

Lorenzo Mediano

**LOS OLVIDADOS
DE FILIPINAS**



1898: El imperio español se ha desmoronado y las tropas derrotadas regresan a la Península. Pero en Filipinas quedan miles de soldados prisioneros en la jungla, olvidados por su gobierno. Entre ellos, cinco oficiales y un soldado anarquista que tratan de alcanzar por sí mismos la libertad.

Aventuras, emboscadas, piratas joloanos, caníbales cortadores de cabezas, brujas del antig-antig, cargas de la caballería de los Estados Unidos, persecuciones, tesoros robados... Son incontables las peripecias en que se verán envueltos los seis protagonistas; hombres de acción que también son hombres que aman: a una princesa tagala, a una joven andaluza, a una esposa desesperada...

Hechos verídicos y apasionantes, novelados por el nieto de uno de los personajes; y como telón de fondo, la oculta traición del gobierno, mantenida en secreto hasta nuestros días.

Lorenzo Mediano

*Los Olvidados
de
Filipinas*

Amor, guerra y traición



Lorenzo Mediano

LOS OLVIDADOS DE FILIPINAS

Ilustración de cubierta original: «Al salir del cautiverio»

Foto perteneciente a los herederos de Lorenzo Mediano Zueras, expuesta en el Museo del Ejército de Madrid, sala de Ultramar.

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

CONTENIDO

NO QUIERO LAS MEDALLAS

LA LLEGADA DEL NOVATO

AL MANDO DE CANÍBALES

NI SIQUIERA POR AMOR

EL ATAQUE DE LOS CAIMANES

ESPAÑOLAS EN TAYABAS

EL REINO DE DIOS

SEVILLA

LA BRUJA

TRAICIÓN EN PALACIO

PLANEANDO LA DERROTA

BRINDEMOS POR EL ANARQUISMO

EL ABORDAJE IMPOSIBLE

ARDERÁ FILIPINAS

PREPARATIVOS PARA EL ASEDIO

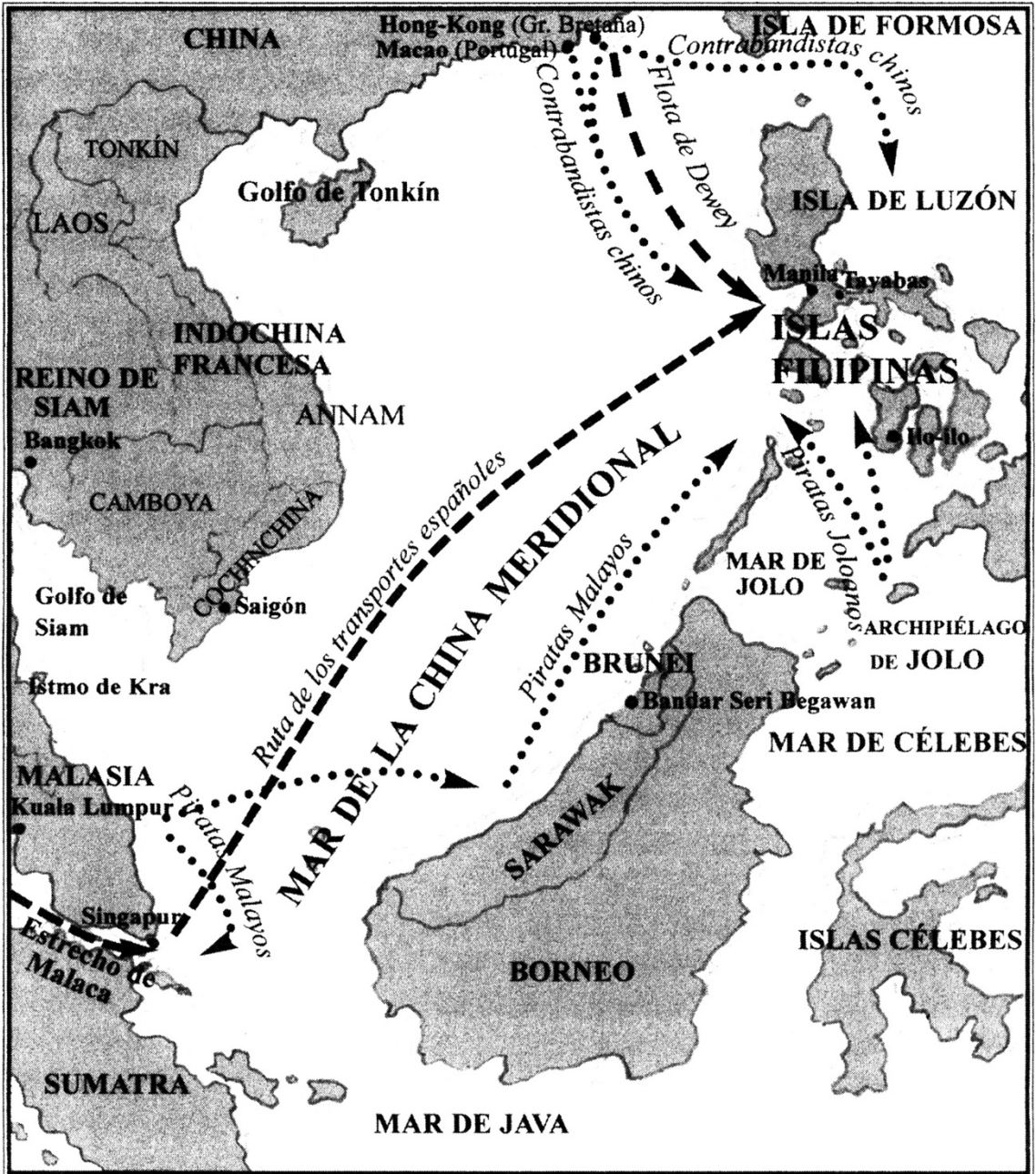
EL MENSAJE DE LOS ANTEPASADOS

CARGA HACIA EL MANANTIAL

MANILA BIEN VALE UN HABANO
EL PRESIDENTE DE LOS INDIOS
LA BATALLA DE TAYABAS
ÚLTIMO DÍA
LA PAMEMA
PRISIONEROS
JOSEFINA ZUERAS
FUGAS Y PERSECUCIONES
COMO MATERIAL AVERIADO
REGATEOS EN TARLAC
CAÑONES CONTRA PALABRAS
LOS CALABOZOS DEL RÍO DAGO
PLACERES INUSITADOS
¡POR DIOS, NO SOY UN CURA!
ENTRE PIRATAS
LA CABALLERÍA EN ROSARIO
VENGANZAS Y TESOROS
EPÍLOGO: DE VUELTA A ESPAÑA
RECONOCIMIENTOS
ACERCA DEL AUTOR

A mi padre:

Siempre supo que algún día yo escribiría esta novela, relato fiel de los hechos secretos acaecidos en Filipinas.



Piratas, contrabandistas y escuadras en el mar de la China meridional. 1898



El istmo de Luzón, con Manila y Tayabas

NO QUIERO LAS MEDALLAS

Madrid, 24 de septiembre de 1900

–Una medalla al valor con distintivo rojo... Otra medalla de sufrimientos por la patria... ¡Una segunda cruz al valor con distintivo rojo! ¡Y pensionada! “Por los hechos de armas acaecidos durante el sitio de Tayabas” –leyó el capitán, reclinándose contra la mesa y acercando el expediente a los ojos. Se ajustó los lentes sobre su nariz aguileña–. Tayabas, eso cae por Cuba, ¿no es cierto?

–Está en Filipinas, mi capitán, en la isla de Luzón –explicó el teniente Mediano, con paciencia. Ante aquella oscura oficina del Ministerio de la Guerra, había esperado su turno durante más de una hora; pero él sabía esperar. Si no supiese, estaría muerto desde mucho tiempo atrás. Se contuvo para no arrancar la carpeta que resumía su vida de

las pálidas manos de aquel capitán, cuya mirada revelaba que nunca había experimentado el horror ni la guerra.

–¡Claro, claro! Todo está en orden –el superior estampó un sello y firmó con un ademán entre ausente y aburrido– La semana que viene le impondrá las medallas el general Fernando Primo de Rivera. Una ceremonia sencilla, ¿sabe? Invite sólo a sus familiares más cercanos. Sin periódicos, una guerra perdida no es popular, y aquí todos preferimos olvidarla.

El capitán entregó una hoja al escribiente que tenía a su izquierda, devolvió la carpeta a Mediano y tomó un nuevo fajo de papeles:

–¡El siguiente!

Mediano saludó y se retiró con el rostro congestionado por la ira. Aquel lechuguino de grado superior le había humillado con su indiferencia burocrática. ¿Dónde está Tayabas? ¿Es posible que alguien no lo sepa? Y le impondrían las medallas en la clandestinidad, como si bordear la muerte mientras se es traicionado fuese algo vergonzoso. Le concedían un devaluado reconocimiento de oropel, para que guardara silencio; así no molestaría a quienes le habían ordenado morir y luego lo habían abandonado a su suerte.

–¡Teniente! –le llamó el capitán cuando ya cruzaba el umbral de la puerta.

–¿Sí, mi capitán?

–No olvide comprar sus medallas para que el general se las imponga.

–¿Qué me dice?

–El Ministerio se las concede, pero no se las regala. Usted debe comprarlas. Le recomiendo una tienda en la calle Mayor que...

–¡Cómo! ¿Debo pagar por mis medallas?

El capitán trató de disimular un bostezo y miró su reloj de bolsillo. Si seguía entreteniéndose tanto, no podría salir a tiempo para jugar su partida diaria de mus en la taberna. Intentó abreviar.

–Teniente... –echó una mirada al encabezamiento del oficio recién archivado para recordar el nombre– Teniente Mediano, el reglamento, si lo ha olvidado, dice...

–¿Debo pagar por lo que pasé en la persecución de Guinjalinan, en el asedio de Tayabas, en los calabozos del río Dago? –el teniente cruzó la oficina en dos zancadas y agarró al capitán por las solapas, levantándolo en el aire con rabia incontenible.

–¿Cómo se atreve a tratar así a un superior? ¡Suélteme!
–chilló el capitán.

–¿Dónde se escondía usted durante la guerra? ¿Detrás de este escritorio, acumulando méritos y tiempo para ascender, mendigando amistades entre sus superiores? ¿Detrás de este escritorio, enviando a morir a los pobres muchachos que no conseguían dos mil pesetas para redimirse del servicio militar?

–¡Que venga la guardia! ¡Se ha vuelto loco!

El teniente, con un gesto de desprecio, soltó al capitán, que se desplomó sobre la silla.

–¡No quiero las medallas! ¡Ni quiero pertenecer a su ejército! Me avergüenzo de vestir el mismo uniforme que usted. ¿Me oye?

–¡A mí qué me importa! –le respondió el capitán, humillado pero más seguro de sí mismo, al darse cuenta de que no iba a causarle ningún daño aquel teniente de ojos azules que desvelaban sufrimientos inconcebibles– No compre sus medallas, solicite la baja del ejército, tírese por un puente... ¿A quién cree que le importará? Ya les hemos olvidado hace mucho y no queremos acordarnos más de ustedes.

El teniente Mediano salió del despacho dando un portazo. El capitán recogió sus lentes, que se habían caído al suelo, reordenó los papeles de su mesa, miró de nuevo su reloj de bolsillo y suspiró. Iba a llegar tarde a la partida de mus.

–¡El siguiente!

Mediano salió del Ministerio de la Guerra caminando con los largos pero silenciosos pasos de quien está acostumbrado a recorrer la jungla, sea persiguiendo, sea huyendo de enemigos mortales. Murmuraba entre dientes: –¿Dónde está Tayabas? ¿Y el río Dago? ¿Y Guinjalinan? ¿Eso cae por Filipinas o tal vez son los suburbios del infierno? ¡Qué fácilmente se han deshecho de nosotros!

Tomó una decisión dramática: se arrancó del uniforme los distintivos de teniente, que tanto tiempo le había costado conseguir, desde que a los dieciocho años se alistase como soldado raso en los carabineros. En plena calle, sacó de su carpeta las menciones recibidas, su expediente de servicio en el ejército y los retratos que plasmaban el transcurso de la juventud a la madurez. Sólo guardó una foto, en la que aparecía con cinco amigos. Martín, el más joven, mostraba un cartel que decía “Al salir del cautiverio”. Aquellos eran los oficiales supervivientes de Tayabas, junto con un soldado anarquista y rebelde, que fumaba un puro con gesto de insolencia. En el centro, se vio a sí mismo con una larga barba, como de náufrago: al caer prisionero, había jurado que no se afeitaría hasta ser libre.

Prendió una cerilla y dio fuego al pequeño montón que simbolizaba sus antiguos ideales. Papeles y galones ardieron ante la indiferencia de los transeúntes: los soldados desesperados y enloquecidos no resultaban ninguna

novedad en el Madrid posterior al Desastre. Mariano Mediano murmuraba para sí:

–¿Quiéren olvidamos? ¡Muy bien! ¡Nunca más hablaré de lo que pasó, del amor, las aventuras y las traiciones que presencié! No molestaré a quienes nos abandonaron. Silencio, Mariano: guarda silencio para que todos puedan olvidar y fingir que no ha ocurrido nada. Pero, por mucho que lo intente, maldita sea, yo nunca dejaré de recordarlo.

LA LLEGADA DEL NOVATO

FILIPINAS

**Dos años y medio antes, en la ciudad de Tayabas
Atardecer del 4 de enero de 1898 Acuartelamiento de la
tercera compañía del doce Batallón de Cazadores
Expedicionarios**

–Bienvenido a nuestra compañía, teniente Martín.

–Gracias, mi capitán. Espero no defraudarles.

El teniente Martín era un joven de diecinueve años aún imberbe y con ojos ingenuos, libres de sangre y batallas. Su uniforme, a pesar del viaje desde Manila, se mostraba impoluto. La mirada del capitán Jaime Orihuela, en cambio, parecía erosionada por los mil combates en los que había participado. Las sonrisas fracasaban en atravesar sus labios tensos; el cuerpo se le derrumbaba con pesadez sobre la incómoda silla en que estaba sentado; las manos, rugosas y

encallecidas, parecían hechas sólo para empuñar el sable y el revólver.

–Su padre no soportaría que usted nos defraudase. Yo serví bajo sus órdenes en la campaña de Cavite. Es una lástima que por la edad ya se haya retirado. Los años no perdonan a nadie –al decir esto, el capitán Orihuela suspiró, recordando tiempos y glorias pasadas, y resignándose a ser derrotado, él también, por el tiempo o por la muerte.

Durante unos momentos de silencio, el zumbido de los mosquitos se apoderó de la estancia. El teniente Martín luchó para mantener su postura, a pesar de que unas moscas recorrían impertinentes su rostro. El capitán parecía no reparar en ellas.

–No le daré todavía el mando de una sección. Prefiero que antes se adiestre con un oficial veterano. La guerra aquí es muy distinta a lo que usted ha estudiado en los libros.

–¿Guerra? Creía que la guerra había terminado el año pasado con la firma de la paz de Biaknabató y que sólo quedaban algunos bandoleros por reducir, los tuiip... los tukil...

–Tulisanes, se llama por aquí a los bandidos. Pero ¿puedo contar con su discreción?

–Sí, mí capitán.

–La paz de Biaknabató es un camelo. El Capitán General

Fernando Primo de Rivera y su sobrino, Miguel Primo de Rivera, son más políticos que militares. Sobornaron al jefe de los insurrectos filipinos, un tal Aguinaldo, con cuatrocientos mil pesos para que se exiliase en Hong-Kong. Así el Capitán General podrá volver a la Península con el sobrenombre de “El Pacificador”. ¡Y un cuerno, pacificador! Las madres españolas lo aclaman pensando que pronto verán a sus hijos, pero lo único que han hecho los Primo de Rivera ha sido cambiar de nombre a los insurrectos, a los que ahora, por orden suya, llamamos tulisanes. Aquí peleamos como siempre.

–Los periódicos decían...

–¡Los periódicos! Los periódicos sólo dicen lo que quiere Fernando Primo de Rivera. Le aconsejo que no se sincere con cualquier desconocido, porque pululan los delatores y acabará usted en el Fuerte de Santiago, la prisión militar de Manila. Si duda públicamente de que estamos en paz, ya se puede despedir de su carrera en el ejército. ¿Quiere ser teniente toda la vida? Llévelo la contraria a Primo de Rivera y se le cerrarán todas las posibilidades de promoción. En cambio, grite bien alto y fuerte lo que le agrada oír a su Capitán General, y le lloverán los ascensos y las condecoraciones.

De nuevo, el silencio permitió que moscas y mosquitos fuesen los únicos en hablar con su zumbido penetrante y molesto. El clima tropical se volvió aún más asfixiante que

de costumbre. Martín se sintió empapado en sudor y, por primera vez en su vida, comenzó a dudar de los ideales que le inculcara su padre. Entrevio un ejército donde el valor importaba menos que las recomendaciones, y decir la verdad constituía una traición. Apartó como pudo tan sediciosos pensamientos.

El capitán Orihuela notó el dolor que sus palabras causaban en aquel oficial aún inocente. Él también había sido joven e idealista, se recordó, y también le había dolido descubrir el pozo de incompetencia y corrupción en que se había convertido la sociedad española de finales del siglo diecinueve. Sintió compasión por aquel teniente entusiasta recién llegado a la vida y a la guerra.

–Sean tulisanes o insurrectos, tenga cuidado. Haga exactamente lo que le ordene el oficial que le asignaré como instructor y deje las heroicidades para los libros de historia. No me gustaría tener que escribir una carta a sus padres diciéndoles que murió por la Patria.

El capitán decidió poner fin a la conversación. Apoyó una mano sobre el hombro del nuevo oficial y trató de esbozar una sonrisa. Sólo consiguió una mueca. ¡Aquellas horribles cartas, todas iguales! “Estimados señores: Tengo el sentimiento de comunicarles que su hijo murió en el combate librado el veintidós del presente, luchando como un héroe contra los enemigos de España...” No era cierto, porque había muerto de disentería tras dos meses de penosa

enfermedad, pero ¿cómo decirles a unos padres que su hijo había sido arrastrado por el ejército hasta el otro extremo del mundo, para morir bañado en sus propios excrementos?

–Acompáñeme a la sala de oficiales, le presentaré a quienes serán sus compañeros –el capitán Orihuela renunció a que sus labios se curvasen en una sonrisa, por leve que fuese, como había renunciado a tantas otras cosas desde que llegó a aquellas malditas islas, cementerio de esperanzas.

La sala de oficiales no era sino una más de las chozas de bambú y ñipa que constituían el acuartelamiento. La luz atravesaba con dificultad las ventanas cubiertas con placas de un marisco llamado “pacuna”, pues los costosos cristales importados de Europa resultaban casi imposibles de conseguir. Esta luminosidad tenue unida al verdor tropical de la cabaña producía la extraña sensación de hallarse en un mundo mágico y misterioso. Sentados en sillas también de bambú, algunos oficiales distraían sus ocios y aburrimientos: unos jugaban al dominó, otros a las cartas, alguno leía un libro y un primer teniente, solitario y con gesto de abandono, aplacaba su nostalgia vaciando una botella de vino.

–Señores, les presento al segundo teniente Martín, nuestro nuevo compañero, recién llegado de la Península. Teniente Martín, le presento al primer teniente Benito Benedí.

Los dos tenientes se saludaron. La mano de Benedí resultaba húmeda y huidiza, un tanto blanda, más acostumbrada a la copa noctámbula que al revólver. Su rostro se dibujaba redondeado y brillaba por el sudor.

–Bienvenido a Tayabas, que es como decir al sitio más asqueroso del mundo. Bienvenido a la disentería, al paludismo, al dengue y a todas las mierdas que uno puede coger –le dijo–. Y no se olvide de tomar quinina o sufrirá terribles ataques de malaria.

–El teniente Martín es hijo del coronel del mismo apellido... ya retirado –señaló el capitán Orihuela. Por un momento, los ojos de Benedí se iluminaron en un brillo de interés, que se apagó tan pronto supo que el padre estaba retirado. El capitán, aunque no exteriorizó nada, se regocijó: había engañado a Benedí. No podía evitarlo: le caía mal aquel oficial que sólo pensaba en ascender estableciendo relaciones provechosas, sin correr los azares del combate; y se burlaba de él siempre que podía.

–El segundo teniente Samuel Estadella... –continuó el capitán. De Estadella emanaba un aire de poesía y romanticismo irresistible. Llevaba el pelo corto, pero ondulado en la frente, y bigotes largos. Una perilla cuidada intentaba disimular unas facciones en exceso juveniles.

Los dos tenientes se estrecharon las manos y se estableció entre ellos una corriente de simpatía. Martín pudo darse

cuenta de que Estadella no era en absoluto débil ni pusilánime, porque aquella mano sujetó la suya con firmeza y sinceridad. Los ojos, brillantes como carbones de fuego, le decían que aquel no era ningún petimetre de los que paseaban los domingos por las Ramblas de Barcelona.

–¿Tiene usted novia, teniente Martín? –le preguntó el capitán Orihuela. Martín enrojeció y se azoró, asintiendo entre tartamudeos– Pues pídale a Estadella que le redacte sus cartas de amor ¡y verá qué diferencia!

Todos rieron, menos el capitán. La muerte de sus soldados le apagaba la sonrisa.

–El segundo teniente Policarpo Gómez...

Martín quedó fascinado por Gómez y apenas pudo levantar la mano y murmurar algunas frases corteses. Gómez también llevaba bigote y perilla, aunque menos historiados que los de Estadella; pero su peinado resultaba extravagante en grado sumo.

El lado izquierdo aún parecía normal, con una raya bien trazada; en cambio, por el derecho, el cabello le bajaba hasta los hombros recogido en una coleta que más parecía de bucanero que de militar hispano. Gómez sonrió:

–¿Le gusta mi peinado? ¿A que es original?

–Esto... Sí, muy original –Martín buscó la mirada de los

otros para saber cómo responder, pero todo el mundo parecía encontrar irreprochable aquella coleta fascinante y antirreglamentaria– Muy original.

–¿Verdad que nunca ha visto nada igual en la Península?
–Martín se imaginó qué habría dicho su padre, el coronel, si hubiese visto a Gómez llegar así a su regimiento– Se lo copié a un pirata malayo al que maté. Un mal bicho, si se me permite decir esto de un difunto; pero ¡qué buen gusto para peinarse! Tengo su cabeza en mi habitación. ¿Querrá verla uno de estos días?

–¿Su... su cabeza? –se estremeció Martín– ¿En su habitación?

–La cabeza del malayo en mi habitación –aclaró el teniente Gómez para evitar confusiones. Aquel novato parecía necesitar que le repitiesen las frases–. Una costumbre muy interesante que aprendí de los burik, la de cortar las cabezas de los enemigos. Claro que no puedo conservar las de todos, por falta de espacio; pero algunos se merecen la molestia. ¿Quiere que le explique cómo se hace?

–No... no, gracias.

–¿De verdad? Es muy fácil y así podrá guardar un recuerdo de su primer combate.

El teniente Martín pensó en cómo le recibiría su prometida si regresaba a España con un saco lleno de cabezas y cerró los ojos. Gómez, delicadamente, no insistió.

–Y aún me falta por presentarle otro segundo teniente, a quien he elegido como su instructor –prosiguió el capitán–. No lo veo por aquí. ¿Sabe alguien dónde está?

–Creo que ha salido para inspeccionar a los centinelas –dijo Benedí.

–Mi capitán, ¿en serio quiere que le adiestre Mediano? –Estadella se mostró horrorizado por tal elección.

–¡Pobre Martín! ¡Con un salvaje! Y estrambótico, además –remachó Gómez, con gesto de condolencia.

Oír esta opinión de Gómez, que llevaba una coleta de pirata y coleccionaba cabezas, intranquilizó en grado sumo al teniente Martín y le hizo añorar España, a su novia e incluso a su padre, el coronel. Bueno, a su padre todavía no.

–No exageren ustedes. El teniente Mediano es un buen oficial. Un poco belicoso, lo admito... –lo defendió el capitán Orihuela.

–¡Un poco belicoso! –rió Gómez– Llega a Filipinas asignado al octavo Batallón de Cazadores y entra en combate. Cuando el mando considera que el Batallón ya ha batido el cobre bastante y lo manda a guarnecer Manila, Mediano

se aburre, se da de baja y se enrola en la Guardia Civil indígena. Acompañado sólo por filipinos de más que dudosa lealtad, se dedica a correr por los montes de Luzón persiguiendo insurrectos y haciéndose amigo de todas las tribus caníbales que encuentra, para que le ayuden. Y ahora que nuestro doce Batallón de Cazadores es enviado para limpiar de tulsanes la provincia de Tayabas, huele la pólvora, se da de baja en la Guardia Civil y ya lo tenemos aquí, en nuestra tercera compañía.

–Mal presagio –intervino el teniente Benito Benedí, que se hallaba apartado de la conversación, explorando las profundidades de una botella medio llena con clarete algo picado por el calor–. Muy mal presagio, si quieren saber mi opinión.

Nadie le hizo mucho caso. De pronto, se escucharon unos rugidos tremendos fuera de la cabaña. El capitán exclamó:

–¡Hablando del rey de Roma! Una sola advertencia – el capitán se dirigió al nuevo teniente–: Nunca, nunca intente gritar más que él. No lo conseguirá. Pero no se preocupe: perro ladrador, poco mordedor.

Apenas dichas estas palabras, la puerta de la cabaña pareció saltar de sus goznes.

–¡Y si vuelvo a encontrarte con el máuser sucio, limpiarás las letrinas hasta que te licencies!

Se escucharon unos tímidos “Sí, mi teniente”, “Perdón, mi teniente”, “No volverá a ocurrir más, mi teniente”; y un gigante se agachó para entrar en la cabaña sin chocar con el dintel. Rezongaba:

–¡Cretino! ¡El arma sucia, que le puede reventar en la cara cuando dispare! ¡Buenas tardes a todos!

Aquel “buenas tardes” parecía más una declaración de guerra que una exposición de buenos deseos. El gigante –casi medía 1,80– poseía una voz fuerte y autoritaria. Si hubiera dicho “¡A formar!”, hasta las moscas habrían cesado su monótono zumbido, alineadas en filas y columnas. Su pelo rojizo estaba cortado según el reglamento; pero la barba – algo descuidada y de un escarlata brillante– le daba aspecto de vikingo lanzado a la captura de una presa. Su traje se veía remendado, pero limpio. Un monito se acurrucaba sobre su hombro.

–Teniente Mediano, le presento al teniente Martín, que acaba de llegar a Filipinas. Espero que usted lo adiestre y consiga que regrese vivo a España.

El gigante pelirrojo examinó a su víctima mirándola de arriba abajo, como si sopesase lo improbable de la tarea que se le había encomendado. No pareció muy satisfecho con lo

que veía. El monito, desde el hombro de su amo, lanzó una mueca burlona.

–Enséñeme su revólver, por favor –le dijo. Martín dio un bote (habría jurado que varias moscas que pasaban cerca de la boca de Mediano caían al suelo atontadas por el volumen de su voz) y, con dedos estremecidos, trató de desenfundar su arma, atorándose al desabrochar la cartuchera.

–¡Muy lento! Si yo fuese un igorrote, ya tendría mi cena para hoy –bramó Mediano. Los igorrotos eran una de las tribus caníbales más belicosas y glotonas de la isla de Luzón.

Martín sintió contra el cuello el filo de un extraño cuchillo, que se desvaneció en la bocamanga de Mediano tan deprisa como había brotado. Cuando Martín consiguió extraer su revólver, se lo entregó a aquel gigante furioso e imprevisible sin poder evitar un ligero temblor. Éste examinó el arma con la meticulosidad de un joyero que valora un diamante dudoso. Pareció fastidiado por no encontrar ningún defecto y le devolvió el revólver.

–¡Bienvenido a Tayabas y a la tercera compañía! –sólo entonces le estrechó la mano, como si esto fuese un privilegio para el que hubiera de hacerse merecedor– Corte el cordón que ata su revólver: queda muy bonito en el uniforme, pero se le enganchará en cuanto se adentre en la jungla. Y méese en su cartuchera.

–Perdón, ¿qué ha dicho?

–¿No me ha oído? –bramó Mediano en un tono de voz que habría roto las ventanas en el caso de haber tenido cristales. Las placas de marisco resistieron– ¡Que se mee en su cartuchera! Ese cuero nuevo tan duro le impide sacar su revólver con rapidez, y la mejor forma de ablandarlo es con orina.

–Sí, señor, sí –el teniente Martín se llevó maquinalmente la mano a la bragueta.

–¡Pero aquí no, que estamos en medio de la sala de oficiales! ¡Será marrano!

–Disculpe, yo creía que... –Martín enrojeció de vergüenza.

Todos estallaron en carcajadas. Incluso el capitán Orihuela casi rió, a pesar de que aquella misma tarde había tenido que escribir dos cartas mentirosas y fúnebres.

Mediano apoyó una mano sincera y pesada sobre el hombro de Martín y lanzó unas risotadas estruendosas invitándolo a participar de la alegría general.

Cuando cesó el jolgorio, se sentaron sobre sillas de bambú y descorcharon una botella salvada de la depredación de Benedí.

–¿Qué noticias trae usted de Manila, teniente Martín?

Aquí los periódicos sólo nos llegan de vez en cuando –preguntó el capitán Orihuela.

–Me he permitido traer un ejemplar del último número del Diario de Manila. Política: El Gobierno afirma que...

–Dejemos estar lo que el Gobierno afirma, que ya nos lo sabemos –sugirió Gómez. Aprobaron la moción por unanimidad.

–Aquí hay una noticia sobre el ejército que les alegrará a ustedes: “Pronto comenzarán a reembarcar hacia la Península los primeros batallones.”

Se escuchó un suspiro callado. Quien más, quien menos, soñaba con regresar a su tierra natal, a sus campos, a sus gentes. A sus novias y esposas. Estadella expresó el sentir común:

–No lea esa noticia tampoco. Mejor no concebir falsas esperanzas. La guerra está ganada, es cierto; pero los tulisanes –como ahora Fernando Primo de Rivera insiste en que los llamemos– pueden obligarnos a danzar por las montañas y las junglas durante muchos meses.

–¿Y los regimientos de voluntarios nativos que se planea formar? ¿No podrían mantener ellos el orden? –aventuró Martín. Los veteranos acogieron sus palabras con burlas irónicas.

–¡Los regimientos de nativos! Es la peor idea de todas las malas ideas que han tenido nuestros generales. En cuanto los filipinos dispongan de armas, nos veremos luchando contra ellos. Y si no, al tiempo – señaló el capitán Orihuela.

–¡Esos asquerosos desagradecidos! –exclamó Benedí, con voz tambaleante– Son apestosos y traidores. No puedes fiarte de ninguno. ¡Ni de ninguna! ¡Son todas unas putas! ¡Hace falta ser un cretino para querer casarse con alguna de ellas!

Estadella se levantó de la silla como picado por un áspid:

–¡Señor, esto no se lo consiento! ¡Me ha ofendido gravemente y exijo una satisfacción!

–Ya se ha liado –susurró Gómez a Martín, que se sentaba junto a él–. Estadella corteja a una tagala de las mejores familias de la ciudad. Y Benedí, por contra, ha fracasado en el intento de obtener los favores de cualquier mujer que no siga un interés mercenario.

–¡Una satisfacción! ¡No sé qué satisfacción me exige usted, si he dicho la verdad! –afirmó la voz aguardentosa de Benedí.

Entonces, Mediano pareció ofrecer una copa de vino a Benito Benedí, con gesto brusco:

–¡Bebe y deja en paz a Estadella!

Estas inocentes palabras llenaron de furia a Benedí, que también se levantó de su asiento.

–Ay, esto se complica –siguió explicando Gómez al novato en voz baja–. “Bebe” es el apodo que dan los soldados al teniente Benedí: Be-be, Benito Benedí, ¿comprende?, porque es un poco aficionado al vino.

El capitán Orihuela puso paz a la disputa entre sus oficiales fingiendo no comprender el insulto de Mediano.

–¡Excelente sugerencia! Bebamos. Caballeros, propongo un brindis por España.

Todos se vieron obligados a ponerse en pie y a brindar.

–¡Por España!

–¡Y por nuestro regreso!

–¡Y por el Capitán General Primo de Rivera! –exclamó Benedí.

Pero nadie coreó este último brindis y Benedí enrojeció de ira silenciosa y profunda.

–Ahora prosigamos con la lectura del Diario de Manila sin más discusiones –sentenció el capitán– ¿No dice algo sobre los yanquis?

Les unía el odio hacia los norteamericanos que, a través

de sus periódicos, atacaban a España por su política colonial.

–¡Como que ellos han dejado muchos indios vivos! Aquí, en cambio, España lleva más de trescientos años y sólo veo nativos por todas partes.

–A ver... –Martín hojeó el periódico buscando alguna noticia– En la página ocho, hay una pequeña nota. “El gobierno de Estados Unidos protesta por la represión española en Cuba y Filipinas...”

–¡Lo de siempre!

–“...y declara que pone en peligro las vidas e intereses de sus compatriotas que residen en dichos lugares...”

–¿Pero qué compatriotas ni qué narices? ¡Si llevo tres años en Filipinas y aún no he visto un gringo!

–“...y para su protección enviará a Cuba el acorazado Maine.”

Quedaron en silencio, como si hubieran oído la propia sentencia de muerte.

Al fin, estalló un coro de indignadas imprecaciones:

–¡Estos yanquis quieren gresca! ¡Un acorazado!

–¿Pero qué se piensan? ¿Y si nosotros enviásemos a

Nueva York un acorazado diciendo que no nos gusta cómo tratan a sus negros?

–¡Pues si quieren guerra, la tendrán! –exclamó Benedí, levantándose de nuevo de su silla. Temblaba de indignación– España posee una gloriosa tradición naval. Recordemos las batallas de Lepanto, Trafalgar, la Armada Invencible...

–Trafalgar y la Armada Invencible fueron derrotas. Y desastrosas –señaló Mediano.

El tono de estas palabras era extrañamente moderado. Entonces, los demás se dieron cuenta de que aquel vozarrón no se había oído cuando juraban contra los yanquis.

–¡En todo caso, fuimos vencidos con honor! –adujo Gómez.

–Es lo que siempre decimos cuando nos dan una paliza.

El capitán Orihuela se extrañó de aquella melancolía tan poco habitual en Mediano. Decidió levantar la reunión para evitar que el espíritu pesimista se extendiera a sus otros oficiales.

–Señores, es tarde y conviene descansar. Retírense a sus aposentos. Teniente Estadella, muestre su habitación al teniente Martín. Mediano, ¿le importaría quedarse conmigo un instante?

Los oficiales se despidieron. Cuando hubieron salido, el capitán Orihuela se encaró con Mediano:

–Creía que usted no conocía el miedo.

–Mi capitán, me da miedo la derrota. No sabría sobrevivir a ella.

–¿Piensa usted que los yanquis nos pueden vencer si declaran la guerra a España?

–En tierra, no creo. ¡En valor no nos gana nadie! Pero, mi capitán, ¿sabe usted lo que es esto? –sacó una bala de su cartuchera y se la mostró.

–Una bala. ¿Qué quiere decirme?

–Que peleamos gracias a ellas. Y toda la munición nos viene de España surcando tres mares. Si los gringos hundan la escuadra española, les bastará con sentarse y esperar a que terminemos las municiones para conquistamos las colonias. Nuestra escuadra es vieja; además, se encuentra llena de averías después de tres años de guerra continuada, mientras que la suya es nueva y se halla en perfecto estado.

–O sea, que no ve nuestra situación con optimismo –resumió Orihuela.

–Para ser sincero, no.

–Le rogaría que no repitiese estas ideas ante la tropa o los otros oficiales. Después de todo, tal vez no entremos en guerra con Estados Unidos.

–Y tal vez el acorazado lo hayan enviado sólo para dar un paseo.

–El sarcasmo no es su fuerte, Mediano. Ni se le ocurra escribir nada parecido en las cartas que envía a su familia, porque la censura militar le pondría en dificultades.

–No se preocupe, no soy tonto. Sin embargo, me gustaría cambiar el reparto de mi sueldo entre mi esposa y yo. Me da la impresión de que aquí no necesitaré el dinero y, en cambio, mi mujer cría nuestros dos hijos, allá en España

–Mediano suspiró al recordar a su lejana familia. También el capitán lo acompañó en la nostalgia.

–Como usted desee –asintió el capitán Orihuela, tras un silencio respetuoso–. Venga mañana a mi oficina. ¿Cuánto desea enviar a su mujer?

–Hasta ahora recibe ciento cuarenta pesetas mensuales. Me gustaría que recibiera doscientas pesetas.

–¡Pero entonces a usted no le quedará casi nada!

–He dicho doscientas pesetas.

El capitán asintió con la cabeza, sabiendo de antemano

que era imposible convencer a un aragonés tan terco como aquél.

Cuando allá, en España, su esposa Josefina Zueras recibió un oficio comunicándole que a partir de entonces recibiría doscientas pesetas al mes, abrazó a sus dos hijos y lloró. Conocía a su marido y supo que, a pesar de las declaraciones altisonantes del Gobierno, de los triunfales titulares de prensa, y de las cariñosas cartas remitidas desde Tayabas, su esposo tardaría mucho en regresar, si es que alguna vez lo conseguía. Daba comienzo el fatídico año de mil ochocientos noventa y ocho.

AL MANDO DE CANÍBALES

Tayabas, noche del 16 de enero de 1898

Una sombra se deslizó por entre las desiertas callejas de Tayabas. La noche sin luna cubría sus movimientos; sólo cuando cruzaba de uno a otro muro se recortaba la silueta de un oficial español. Sin embargo, en vez de ruidosas botas de montar, calzaba las albarcas de los soldados, mucho más sigilosas.

En varias ocasiones pareció dudar, e incluso una o dos veces tuvo que volver sobre sus pasos. Por fin logró llegar a una casa de apariencia lujosa. Allí tomó aliento y, agazapado bajo una de las ventanas, llamó en un murmullo casi inaudible, apagado por el rumor del agua que llevaban los bambanes:

–¡Señorita Liao–Mi! ¡Señorita Liao–Mi!

Esperó hasta que, muy quedo, recibió una respuesta:

–¡Teniente castila! –los filipinos llamaban castilas a los españoles, deformando el sonido de “castellanos”– ¿Qué hace aquí... de nuevo? Ya le he dicho muchas veces que no vuelva. Es peligroso.

–Señorita Liao–Mi, no me queda otra forma de hablar con usted sino a escondidas, como un ladrón –respondió el teniente Samuel Estadella–. Nunca va sola a buscar agua, ni a lavar al río, ni a pasear por la plaza.

–Señor teniente castila, sabe usted que no puedo salir sola, me acompaña siempre un aya. Para mi padre trabaja ya un hombre y me tendré que casar con él. Es mi prometido.

Estadella rechinó los dientes. Llevaba suficiente tiempo en Filipinas como para conocer las costumbres de los tagalos. Cuando un hombre cortejaba a una mujer, iba a vivir a la casa de sus futuros suegros y trabajaba gratuitamente para ellos durante un año, hasta que le concedían el permiso matrimonial.

–¿Pero usted lo ama?

La muchacha permaneció en silencio. Sabía hablar español, como casi todos los tagalos de posición acomodada; pero existían algunas expresiones que no comprendía... y que era mejor para ella no comprender. Con su largo y oscuro cabello se tapó la boca, velando así las palabras que

habría deseado pronunciar. En la oscuridad sólo brillaban sus rasgados ojos, que reflejaban la luz de las estrellas sobre las lágrimas. La delicada silueta de su cuerpo bronceado pareció encogerse, resignarse ante el destino.

–Eso no importa. Si mi padre encuentra satisfactorio el trabajo de mi pretendiente, ni siquiera consultará mi opinión. Siempre ha sido así.

–¡Hablaré con su padre! Yo no puedo trabajar para él, pero le entregaré lo que me pague el ejército durante todo un año.

Liao–Mi suspiró. No podía decirle que su padre odiaba a los españoles y era uno de los cabecillas del Katipunan en Tayabas. El Katipunan, la “Altísima Sociedad de los Hijos del Pueblo”, el ejército de liberación filipino. A pesar de la paz de Biaknabató seguía acumulando armas y pertrechos, reclutando soldados, infiltrándose en la Guardia Civil indígena.

–Eso no es posible, teniente, y usted lo sabe. Adiós. Si me descubriesen con usted, me pasarían cosas terribles.

–¡Señorita Liao–Mi! ¡Señorita Liao–Mi! –llamó Estade–11a. Pero nadie le respondió y, tan sigilosamente como había llegado, pero mucho más triste, regresó a su acuartelamiento.

Maldecía en silencio su propia estupidez: ¡enamorado de una nativa tagala! ¡Y, además, de una mujer fiel a sus dioses ancestrales y que rechazaba el cristianismo!

Se trató de consolar diciéndose que tampoco había tanta diferencia entre las dos religiones. Los antiguos dioses tagalos también formaban una trinidad: Al Dios supremo, creador del Universo, lo llamaban Bathala y lo asociaban al cielo o langit. Este Dios supremo tenía un único hijo, Diwata, asociado al sol. Y el tercer componente de la trinidad era un espíritu panteísta conocido como Laon. Es cierto que también adoraban a una multitud de espíritus menores, los Anitos; ¿pero acaso la religión católica no venera a sus santos? Y los tagalos creían asimismo en los demonios y en almas eternas que recibían después de la muerte un premio o castigo.

No, las divinidades no le separaban de Liao-Mi, se dijo el teniente español. Sólo los hombres.

Después de atravesar las líneas de centinelas que guardaban los cuarteles –si es que podían llamarse así a unas paupérrimas chozas–, se dispuso a acostarse. No sabía que, a pesar de todas sus precauciones para no comprometer a Liao-Mi, alguien le había visto. La sombra se detuvo ante la primera línea de centinelas y corrió hacia el lugar donde se reunía el mando del Katipunán: cualquier debilidad del enemigo podía ser útil para la Causa de la Independencia.

A la mañana siguiente, Mediano silbaba alegre mientras engrasaba sus revólveres –siempre llevaba dos–, sentado en el patio del cuartel. Su inseparable monito jugueteaba en el suelo.

–Parece usted contento –lo saludó el teniente Isidoro Martín–. Lo cierto es que hace un día magnífico.

Mediano le explicó que todavía no había sido asignado oficialmente al doce batallón y, por tanto, sobre el papel aún era teniente de la Guardia Civil nativa. Los tulisanes habían asaltado algunas haciendas y luego huido a las montañas. Era inútil perseguirlos con los soldados peninsulares, pues los tulisanes los esquivarían con facilidad; sin embargo, los indígenas aliados de España podrían –tal vez– capturarlos. Él mandaría el pelotón.

–No estoy hecho para la monotonía del cuartel –le confesó Mediano–. La peor época de mi vida fue cuando serví en la Guardia Real. Toda mi carrera ha discurrido en los carabineros, persiguiendo contrabandistas y bandidos por las montañas pirenaicas, salvo esos tres años terribles y tediosos que pasé en Madrid.

–¿La Guardia Real? ¿Usted ha servido en la Guardia Real, el cuerpo más prestigioso del Ejército?

–Y, sin embargo, aquí estoy luchando en guerrilla.

–¿Por qué?

Mediano guardó silencio, enfundó los revólveres y comenzó a afilar su sable.

–Es imposible explicar lo que se experimenta al combatir en la guerrilla. ¿Quiere comprenderlo? Acompañeme extraoficialmente en mi misión. Estoy seguro de que el capitán no objetará nada y así irá usted cogiéndole el pulso a estas islas. ¿Acepta?

El teniente Isidoro Martín asintió. Nunca había peleado antes y perseguir a unos bandidos –unos tulisanes, como los llamaban aquí–, le pareció excitante y no demasiado peligroso.

–¡Muy bien! –Mediano le dio una palmada en la espalda que casi lo hace caer de bruces– ¿Prefiere ir montado o a pie? Serán muchas leguas; yo iré montado.

–Yo también. En la Academia, íui buen alumno en las clases de equitación... –le interrumpió una carcajada de Mediano– ¿Por qué se ríe usted?

–Ya lo entenderá más tarde. Si va a venir, le aconsejo que disponga sus asuntos. Ya sabe, una carta despidiéndose de su novia, otra para sus padres, y todo eso.

–¡¿Despedirme?!

–Por si muere, claro. Sería una falta de delicadeza morir sin dejar unas líneas a los seres queridos, disponiendo de tiempo para escribirlas. Siempre lo hago cuando voy a salir a una misión, y le doy las cartas al capitán. También le entrego dos anillos: la alianza, para mi esposa; y el anillo familiar, para mi hijo. Y ahora, me despido, tengo que preparar a mi pelotón. Ya le despertaré esta noche para partir.

El monito subió a su hombro y Mediano se marchó, abandonando a un desolado teniente Martín en medio del patio. El día no parecía tan hermoso, ni la gloria tan deseable.

Horas más tarde, Martín todavía luchaba con la carta de su novia. Nunca había aprendido a escribir sino informes y órdenes del día; con enorme esfuerzo le había narrado su viaje desde España; expresarle su amor y sus temores parecía fuera de su alcance. Pasó por allí el teniente Estadella y Martín recordó que se lo habían presentado como consumado escritor. Le pidió ayuda.

–¡Cómo no! Dígame el nombre de su novia.

–María del Pilar. María del Pilar Martínez.

–¿Se tutean entre ustedes? –preguntó Estadella.

–Sí –respondió Martín–. Pero hoy en día es normal entre las parejas más jóvenes.

Estadella pensó que constituía una falta de respeto imperdonable. Pero no dijo nada y comenzó a dictar la carta:

–“María del Pilar, la más tierna entre las mujeres” Dos puntos.

–Yo había escrito simplemente “Querida Pilar”.

–Con perdón, usted no entiende nada sobre cartas de amor. Continuemos:

“Estoy próximo y lejano de ti. Lejano, porque nos separan mares y continentes; próximo, porque estos mares y continentes no consiguen separarnos ahora, ni nunca podrán.”

–¿“Podrán” lleva acento?

–¿Usted cree que su novia se va a fijar en un acento de más o de menos? Escríbalo como le parezca y continuemos con la carta:

“Las lianas espinosas desgarran mi piel y mi uniforme, pero más me desgarran el corazón cada día, cada minuto, cada segundo que no estás a mi lado.” Punto y aparte.

“ Las balas que silban en torno no consiguen hacerme olvidar los ecos de tu voz; los atardeceres del trópico no borran el reflejo de tu piel tostada como los olivos de Andalucía, Liao–Mi...”

–¿Tostada? ¡Pero si la piel de mi novia es blanquísima!

Siempre está evitando el sol. Si le digo que tiene la piel morena, me mata. Y después de “Andalucía”, ¿qué significa ese “liamí”?

Estadella comprendió que Liao-Mi se infiltraba en sus sentimientos venciendo el olvido en el que intentaba sumergirla.

–Perdón, no sé en qué estaría pensando. Corríjalo:

“...tu piel blanca y acariciadora como las nubes de primavera.” ¿Así está bien?

“Amada mía, estos son tiempos de guerra y muerte; pero amanecerán la vida y la paz, y entonces viviremos juntos aunque nuestro amor vulnere la ley y la Iglesia”.

–...vu-ne-re la ley y la I-gle... ¡Un momento! ¡Si yo quiero casarme según la ley y la Iglesia! ¡Esto no tiene ningún sentido!

–Es verdad, disculpe de nuevo –querida Liao-Mi, ¿por qué no me dejas ni un instante?-. Táchelo y escriba: “...aunque ahora la distancia se oponga a nuestro amor.” Y para terminar:

“Y si muriese, has de saber que será tu nombre el último sonido que exhalarán mis labios; tu memoria, mi último recuerdo; y tus besos, mis últimos versos.”

–Muchas gracias, es perfecta. Su novia será muy feliz cada vez que reciba una carta, teniente Estadella –le dijo Martín, agradecido por esta relamida misiva. Se sorprendió al ver una nube oscura borrar el brillo de la mirada de su hasta entonces amistoso compañero.

–No tengo ninguna novia, ni en España ni en ningún lugar –le respondió éste, mintiendo a medias. Se marchó sin despedirse. Martín, a pesar de su inexperiencia y de su juventud, intuyó que algunas heridas no pueden ser ocultadas por los uniformes ni enjugadas por las banderas.

Llegó la noche. El teniente Martín se extrañó de no haber percibido señales de que se preparase alguna expedición. Quizás había entendido mal a Mediano, al que, por cierto, no veía por ninguna parte. Cuando sonó el toque de retreta, se acostó y, tras algunas dudas intranquilizadoras, comenzó a dormirse...

Lo despertó una mano pesada sobre el hombro y una voz ronca que susurraba su nombre. Trató de prender el quinqué.

–¡Ni se le ocurra encender una luz! Vístase –le dijo Mediano.

–Pero no puedo ver en la oscuridad.

–Éste es un buen momento para aprender a hacerlo. No

mire directamente hacia donde quiera ver, sino a un lado; y recuerde parpadear o se le resecarán los ojos.

Así lo hizo Martín y los dos salieron del barracón de los oficiales. Mediano llevaba su mono, aunque parecía extraño cargar con una mascota en una misión de guerrilla. En la puerta, un soldado español que aparentemente estaba de guardia, silbó una señal y unas veinte sombras salieron de las tinieblas. Llevaban un par de monturas

consigo. Pero cuando Martín se acercó, exclamó, lleno de asombro:

–¡Si esto no es un caballo! ¡Es un búfalo!

–¡Por el amor de Dios, no hable tan alto! Y no es un búfalo, aunque se le parece. Se llama carabao y le aseguro que en este país es bastante más útil que cualquier caballo. Monte usted.

El teniente Isidro Martín se amoscó y pensó que le estaban gastando una novatada. En cuanto subiese a aquel como-se-llamase se iluminarían los barracones y los oficiales del batallón aparecerían riéndose de él.

–Ni lo sueñe. Yo quiero un caballo.

Porfiaron un tiempo hasta que Mediano cedió y le entregó el caballo que Martín le exigía. Mediano montó en su carabao.

–¡Por lo menos envuelva con trapos los cascos de su caballo, para que haga menos ruido!

La tropa así formada salió del acuartelamiento sin un sonido que la delatara, salvo el santo y seña que dieron a los centinelas. El teniente Martín notaba algo extraño en aquellos veinte hombres que los acompañaban. No se movían como soldados, sino como sombras nocturnas y siniestras.

–Teniente Mediano, ¿podría explicarme...?

–¡Le he dicho que no grite! ¡Estamos en territorio enemigo!

–¿Territorio enemigo? ¡Pero si caminamos por el centro de la ciudad de Tayabas!

Mediano insinuó un gesto: la columna se detuvo y se ocultó en la oscuridad. Se encaró con el teniente Martín.

–Mire usted, novato engreído y terco: he jurado al capitán Orihuela que le adiestraría y que lo traería vivo, así es que me va a obedecer sin chistar y se va a creer lo que yo diga como si fuese el Evangelio; o por Dios que le arrancaré una oreja, porque he prometido devolverle con vida, pero no necesariamente entero. No toleraré otra estupidez como la de traer un caballo. Escúcheme bien: toda Filipinas es territorio hostil. Hasta en el bulevar más elegante de

Manila, el Katipunan posee ojos, oídos... y puñales. Sígame y no diga ni una palabra más. Aprenda de mi mono: nunca dice tonterías.

Un nuevo gesto y los hombres volvieron a marchar calladamente.

Poco después, ya en los arrabales de la ciudad, uno de los soldados tocó la pierna de Mediano. El teniente, sin musitar una palabra, concedió permiso y aquel soldado se agazapó cuando la columna dobló una esquina. No pasó desapercibido para Martín. Después escuchó algo así como un estertor apagado y, al poco, el soldado volvía a estar junto a ellos, limpiando un cuchillo de raras formas. El aroma dulzón de la sangre llegó hasta él.

–Teniente Mediano... –susurró Martín, estremecido.

–¿Lo ve, Martín? Un hombre del Katipunan nos estaba siguiendo –murmuró Mediano, con voz casi inaudible. Aquel verbo en pasado resultaba sobrecogedor y siniestro, y el teniente Martín no fue capaz de preguntar nada más.

Cuando amaneció, la columna ya se encontraba muy lejos de la ciudad de Tayabas y de los fértiles e inundados tubiganes, regadíos escalonados en los que se cultivaba el palay (arroz) y que constituían el origen de la prosperidad de la comarca. También habían dejado atrás los cocoteros, plataneros y limoneros; las palmeras de burí para obtener

tejidos, las palmas de ñipa para cubrir chozas y destilar aguardiente, los campos de ajonjolí sembrados para obtener aceite medicinal, la caña dulce plantada como golosina, el cacao utilizado en los casamientos y fiestas indígenas... Ahora se internaban en la jungla, que mostraba una engañosa y seductora apariencia: sin que nadie las cuidase, se veían flores por doquier: tornasoles, lirios, azucenas, albahacas, ilang-ilang, gumelas, calachuches, pasionarias, padaca-ques, camputotes y mil otras plantas desconocidas, inusitadas para los europeos en sus aromas, colores y formas. Aquella belleza salvaje e insólita disimulaba los peligros y acechanzas de una floresta donde la palabra compasión era desconocida. Al poco, salieron del camino principal para tomar una senda estrecha medio abandonada. Entonces Mediano dio la orden de detenerse. Los guardias civiles se quitaron los uniformes quedándose medio desnudos y Martín se estremeció. No parecían humanos.

Algunos de aquellos filipinos eran altos y fuertes, sin más adorno que una serie de aretes y collares que portaban con orgullo; su expresión resultaba feroz. Pertenecían al pueblo de los ibilaos, reconocidos caníbales; y el teniente Martín se horrorizó cuando supo que cada uno de estos collares y aretes simbolizaba un enemigo muerto. Mediano, mientras se lo explicaba, se encogió de hombros. –“A nosotros nos dan medallas, no hay mucha diferencia” –dijo, mientras terminaba su desayuno.

Otros llevaban el cuerpo decorado con tatuajes vistosos de mil colores y formas diferentes: se llamaban a sí mismos burik y siempre portaban consigo un hacha afiladísima, denominada ligua, para cortar la cabeza de sus adversarios. Consideraban vergonzoso perdonar una ofensa si no era decapitando y devorando al culpable, y cada mañana, en siniestra oración, recitaban la lista de sus enemigos para no olvidar a ninguno de ellos. Eran, junto con los igorotes, los caníbales más temibles de Filipinas.

Los tinguianes, por último, se peinaban su larga cabellera enrollándosela en torno al cráneo y sus dientes estaban teñidos de negro. Más pacíficos que los dos pueblos anteriores, los tinguianes sólo cortaban cabezas imprevisible y esporádicamente.

–¡Son salvajes! –exclamó varias veces Martín, a medida que Mediano iba explicándole sus costumbres y, sobre todo, cómo no ofenderlos– ¿Por qué el Gobierno español permite que luchan a su lado semejantes individuos? ¿Y por qué ellos luchan con nosotros y no contra nosotros?

Mediano se rascó la cabeza con el cuchillo tratando de decidir cuál de las dos preguntas responder primero:

–No sé de ningún Gobierno del mundo que rechace una ayuda en la guerra, aunque provenga del mismísimo diablo. ¿Que los caníbales desean luchar al lado del católico rey de España? Bienvenidos, señores caníbales. Tomen fusiles y,

por favor, cómanse a nuestros enemigos fuera de nuestra vista, para que podamos fingir ignorancia.

Respecto a por qué ellos luchan junto a nosotros, debo decir que los protegemos contra sus enemigos, los cristianos y civilizados tagalos...

–¿Que los protegemos de los cristianos nativos?

–Por supuesto. Divide y vencerás, ésta es la política de toda potencia colonizadora que se precie. Hemos de evitar que la etnia más poderosa (los tagalos, en el caso de la isla de Luzón, donde nos encontramos) triunfe sobre las otras. Así no pueden hacer frente común contra nosotros, porque no se sienten filipinos, sino ibilaos, burik, tinguianes, apayaos, igorotes, calingas, irayas...

–Igual que hacen con nosotros los capitalistas, por otra parte –intervino el único europeo del destacamento, que hasta entonces había guardado silencio. El teniente Mediano, entre risas, los presentó:

–Teniente Martín, éste es el soldado más indisciplinado, sedicioso y valiente del ejército. Se llama Jordi Roselló y es catalán.

–Tanto gusto –dijo el teniente. Aquel soldado llevaba un espeso bigote y su mandíbula se apretaba en un gesto enérgico.

–Salud y anarquía –replicó el soldado–. Como le decía, los capitalistas, igual que hacemos con los filipinos, nos dividen en naciones para que nos creamos españoles, franceses, ingleses e incluso, sí, incluso catalanes, para explotarnos y que no nos demos cuenta de que somos proletarios, y no nos unamos contra...

–¡Un anarquista! ¡Este hombre es un anarquista!

–¡A mucha honra! ¡Viva Bakunin y Kropotkin!

–¡Dios mío!

–¡Ya que lo dice, además soy ateo!

Aquí el teniente Martín estuvo a punto de sufrir un colapso:

–¡Hay que formarle Consejo de Guerra!

–Hombre, Martín, no sea tan extremista –intervino Mediano, con la burla brillándole en los ojos–. Si puede usted tolerar a los caníbales y a los cortadores de cabezas, bien podrá tolerar a quien tiene ideas políticas diferentes.

–¡Pero este hombre es un anarquista! ¡Y los anarquistas son unos rebeldes, unos asesinos que ponen bombas y matan a la gente!

–No todos, Martín, no todos. Sólo algunos desequilibrados

que, si no existiese el anarquismo, encontrarían otra excusa para matar. A mí también me gustaría ser anarquista –dijo Mediano.

–¿Cómo?

–Pero, por desgracia, creo que la Humanidad no está preparada para tal utopía, porque la ausencia de leyes y de autoridad sólo favorece a los despiadados y a los fuertes. Por lo tanto, tendremos que seguir sometiéndonos a gobiernos, oficiales, políticos, etcétera. Procurando, eso sí, que sean honestos y competentes.

–Sin embargo, con una educación apropiada... –intervino Roselló. Martín, en medio de la jungla filipina y rodeado de caníbales, asistió a un debate sobre si una educación apropiada llevaría a la Humanidad hasta una Anarquía Universal. Entendida como un estado en el que no fuera necesario ningún gobierno, no como desorden, se encargó de puntualizar Roselló. Como siempre que discutían Mediano y Roselló sobre política, no llegaron a ningún acuerdo. Mediano, a pesar de su amistad con Roselló, era un conservador convencido.

–¿Podría explicarme usted por qué está peleando en Filipinas? –preguntó Martín a Roselló, cuando por fin consiguió salir de su asombro.

–¡Qué idiotez! –replicó Roselló– Porque si no vengo, me

meten en la cárcel. ¿Usted cree justo que los proletarios tengamos que luchar, mientras los burgueses se libran pagando dos mil pesetas? Mucha patria y mucha hostia, pero cuando toca recibir tiros, si se tiene dinero, uno paga y se libra. ¡Vaya patriotismo de narices!

Martín no supo qué responderle. Mediano puso fin a la conversación. Se limpió la barba con una servilleta –¡una servilleta en medio de la jungla!, se asombró Martín–, tomó su carabina rémington y dijo:

–Vamos a matar unos cuantos tagalos por culpa del teniente Martín.

–¿Por mi culpa? ¿Qué quiere decir usted?

–Quiero decir que gracias a su insistencia en montar a caballo, no podemos despistar a los que, con toda seguridad, nos siguen. Matar a aquel espía en Tayabas sólo nos ha proporcionado tiempo para organizar la emboscada: las huellas de su caballo son inconfundibles. Van diciendo: “Por aquí ha pasado un castila”. En Filipinas, emplean los carabaos para el transporte y para labrar, así es que el mío pasa desapercibido; pero un caballo...

Mediano dio algunas órdenes en idiomas desconocidos para Martín, y los nativos sonrieron, tomaron sus carabinas rémington y se escondieron entre la espesura.

Las rémington tienen menos alcance que un máuser, pero son más ligeras y ¿de qué sirve el alcance entre la espesura?

–Martín, vaya detrás con su caballo y procure que no relinche. ¿Sabe lo que significa un relincho?

–“Aquí hay un castila” –dijo, avergonzado.

–¡Este chico aprende rápido! –intervino el soldado Roselló– Teniente Mediano, permita que yo cuide los animales. He intervenido en tantos combates que ya no tiene gracia y Martín parece un niño al que los Reyes Magos hayan dejado carbón en los zapatos –Roselló perdió de pronto su semblante risueño, como si se lo hubiera arrebatado un fantasma–. Mis padres nunca tuvieron dinero para comprarme juguetes; es más, de niño yo nunca tuve zapatos.

Roselló se marchó llevando de las riendas el caballo y el carabao; sobre su hombro, sobornado con algunas golosinas, iba el monito.

–Gracias por permitirme luchar –le dijo Martín al anarquista.

–Espere a después para dárme las.

Martín y Mediano se tumbaron bajo un arbusto con sus carabinas preparadas. El pelotón se había distribuido en forma de “L”, para cruzar los fuegos sin riesgo de alcanzar a

alguien del propio bando. El calor y el silencio se fueron haciendo insoportables.

–¿Y si no vienen? –preguntó Martín, cuando ya habían transcurrido varias horas y el sol alcanzaba su cénit.

–No se preocupe. Vendrán –le respondió Mediano–. Y guarde silencio: no imagina el oído tan fino que tiene esa gente.

Casi había atardecido cuando aparecieron los tulisanes. Iban tres delante, buscando las huellas de la patrulla; varios pasos por detrás seguían dos docenas de hombres. La mitad poseía armas de fuego heterogéneas, casi todas robadas a los mismos españoles; la otra mitad iba armada con bolos, machetes filipinos que causan heridas terribles.

Martín se dio cuenta de que sudaba a raudales. Pensaba en Pilar, que lo aguardaba a orillas del Guadalquivir. Si él moría, recibiría una bella carta. No quería caer en Filipinas. Mediano le apartó el dedo del gatillo, para evitar que disparase antes de tiempo.

Vio las caras de los tres que iban en vanguardia. Parecían rostros normales, incluso amistosos. ¿Tendrían también novias, esposas que recibirían bellas cartas cuando muriesen? Sintió un temblor en el estómago. ¿Eso era el miedo? ¿Por qué Mediano no daba la orden de disparar?

Si querían que nadie escapara y delatase la posición del pelotón, no debía sobrevivir ningún enemigo. Por eso, Mediano esperaba hasta que todos entrasen en la trampa que se abría como las fauces de un monstruo invisible.

Los tres de vanguardia apenas distaban cinco pasos del arbusto en que se escondían los dos oficiales. Cuatro pasos. Tres...

Uno de los tagalos abrió mucho los ojos. Antes de que pudiese insinuar siquiera un ademán, la rémington de Mediano le alcanzó en el pecho y lo derribó. También disparó Martín, hiriendo a otro tagalo en el vientre. Sin embargo, aún quedaba uno y los dos españoles no disponían de tiempo para recargar sus carabinas; pero Mediano había dejado a un lado uno de sus revólveres y, tomándolo, descargó tres balazos sobre su atacante, que se derrumbó como una marioneta a la que hubiesen cortado los hilos.

El tagalo herido en el abdomen por Martín se abalanzó sobre éste empuñando el bolo. Con la carabina descargada, Martín se incorporó de rodillas y paró con ella el primer golpe; luego rodaron abrazados sobre el húmedo suelo de la jungla. Martín sentía el aliento de su enemigo que, herido de muerte, quería que lo acompañase en su viaje hacia la nada; trató de desenfundar su revólver, pero no podía hacerlo sin soltar la mano enemiga que empuñaba el bolo. Su oponente, por fin, logró sobreponerse, se desasíó y levantó el arma para atravesar a Martín. Entonces, se

escuchó un disparo y la cabeza del tagalo reventó. Mediano sonrió con gesto amable:

–En la Academia de El Escorial no le enseñaron bien a luchar cuerpo a cuerpo. Otra vez, métale los dedos en los ojos y no se ande con tantas delicadezas.

Martín, cubierto de sangre y masa encefálica, vomitó en una náusea irrefrenable.

Tan pronto comenzaron los disparos, los tagalos trataron de cubrirse; pero atacados desde dos frentes distintos, no podían encontrar refugio. Desconcertados, intentaron retirarse primero y huir después; fue inútil. En poco tiempo, casi todos habían muerto o agonizaban. Uno de los tagalos, más inteligente o más cobarde, al iniciarse la emboscada había escapado sin importarle sus compañeros ni la futura independencia de Filipinas; y habría sobrevivido de no ser porque dos ibilaos lo vieron y corrieron tras él.

En un claro de la selva los ibilaos lo divisaron de nuevo y le dispararon a las piernas. Cayó herido y los caníbales rieron alegres, relamiéndose. Se terciaron las carabinas a la bandolera y desenfundaron sus cuchillos. El tagalo trató de arrastrarse hacia ninguna parte, huir de lo inevitable que lo alcanzaba, sin lograr más que despertar las carcajadas de sus captores. Entonces, el tagalo gritó lleno de desesperación, porque era filipino y sabía lo que Mediano había callado por piedad o tal vez por vergüenza: los ibilaos

preferían comer carne humana viva y palpitante. Los aliados de su Católica Majestad el Rey de España se dispusieron a merendar.

En el campo de batalla, los salvajes se ensañaban con los moribundos tagalos en una desenfrenada orgía sangrienta. Mediano no intentó detenerlos: era imposible, incluso peligroso, interferir en sus bárbaros ritos.

Roselló se acercó con los animales y habló al teniente Martín, que aún estaba arrodillado, temblando y sufriendo arcadas.

–Ahora estoy dispuesto a recibir su agradecimiento. ¿No me dice nada? Pues se lo voy a decir yo: esto es la guerra. Los políticos pronuncian arengas sobre la Patria y la Religión; los militares organizan desfiles por las Ramblas y se inventan grados, uniformes y condecoraciones; los obispos bendicen a los regimientos que parten al frente. Al final, ¿qué sucede? Pues que todo acaba en una casquería. Y eso que usted, teniente Martín, no ha visto aún lo que hace un cañón cargado con metralla disparado a corta distancia: eso sí que lo pone todo perdido. Cuando triunfe el anarquismo, no habrá más guerras porque...

–Roselló, me parece que Martín no necesita discursos, sino que lo dejen en paz. Mire a ver si pone un poco de orden entre nuestros flamantes guardias civiles y les hace vestir de nuevo el uniforme. Procure que no se peleen por

las cabezas, como la última vez: ahora hay cabezas para todos.

–Teniente Mediano –dijo Martín cuando pudo hablar–, he sido un imbécil al insistir en traer mi caballo contra sus consejos. Lo reconozco.

–Bueno, ha tenido suerte.

–¿Suerte? –repuso Martín, contemplando horrorizado el desolador panorama que lo rodeaba. Las mil flores de la jungla goteaban sangre– ¿A esto lo llama usted suerte?

–Pues sí, porque en la guerra, en especial cuando se combate en guerrilla como nosotros, la primera estupidez que cometes suele mandarte al otro barrio; en cambio, aquí sólo han caído enemigos.

–¿Y con el caballo, qué hacemos? Si quiere, lo matamos –propuso Martín.

–Ahora que nos hemos librado de nuestros perseguidores, no es preciso. ¡Pobre animal! Me da pena matarlo.

–Dice usted bien, mi teniente –intervino Roselló, que en ese momento trataba de solucionar el irresoluble problema de dividir ocho cabezas entre cinco burik que se las disputaban–. ¡Sería una salvajada!

Mediano y Roselló rieron con tan tétrico chiste, y Martín

se preguntó si todos estaban locos o, simplemente, él era un ingenuo que aún tenía mucho que aprender.

NI SIQUIERA POR AMOR

Tayabas, noche del 17 de enero de 1898

Mientras Martín y Mediano partían hacia la jungla, el teniente Estadella volvía a ocultarse bajo la ventana de Liao-Mi. Siempre acudía cuando la ausencia de luna o la presencia de nubes lo protegía con un manto de oscuridad. Entonces, Estadella recitaba poemas que componía para su amada –aunque hemos de admitir que algunos los copiaba de viejos libros– o compartía los sueños que lo acosaban sin permitirle dormir: cuando terminase la guerra, comprarían una plantación de algodón –no importaba el dinero, ya lo conseguirían de alguna parte–, construirían una casa y vivirían juntos para toda la vida

¿Y el pretendiente legítimo de Liao-Mi? Estadella se veía a veces desafiándolo a un duelo del que siempre salía triunfador. En otras ocasiones, el teniente se imaginaba que Liao-Mi corría hacia él y la acogía entre sus brazos tiernos y

fuertes; el novio se marchaba cabizbajo, vencido por la fuerza de aquel amor tan puro.

¿Pero cómo convencer al padre de la muchacha? Tampoco soy yo tan mal partido –se decía Estadella–: un oficial del victorioso ejército español. Porque no cabía ninguna duda de que España ganaría la guerra. De hecho, prácticamente la había ganado ya.

–Mi padre sabe lo que hay entre nosotros –le interrumpió Liao–Mi.

–¿Cómo se ha enterado? Siempre tomo las máximas precauciones.

Liao–Mi no respondió, no era preciso. Ella sabía que el Katipunán extendía sus tentáculos por todo Tayabas, a pesar de la paz aparente y engañosa que se cernía sobre la pequeña ciudad.

–Entonces, hablaré con él. Lo convenceré de que la amo a usted y de que la haré feliz. Por supuesto, entregaré todo cuanto haya que devolver al pretendiente por su trabajo. Aunque las pagas llegaran tarde, pediré un préstamo a algún banquero chino de Manila.

–¿Y si no le convences? –susurró Liao–Mi. En ese momento comenzaron a tutearse, sin que les produjera vergüenza hablar así.

Parecía una prolongación natural de su intimidad.

–Entonces, vendrás conmigo sin su permiso. Ya no estamos en la Edad Media, sino a finales del siglo diecinueve. ¿Tú vendrías?

Liao–Mi, instintivamente, se ocultó un poco más tras las sombras, buscando protección. Entre su pueblo, la obediencia a los padres era absoluta y la desobediencia se castigaba con... Liao–Mi se estremeció al recordar el juramento de odio a muerte, el envío de una carta con las cuatro esquinas quemadas, envuelta en un sudario. ¿Cómo podía revelar a aquel oficial vehemente e impulsivo que su padre era la cabeza del Katipunán en Tayabas y que nunca permitiría el matrimonio de su hija con uno de los odiados opresores de la patria? ¿Cómo decirle que ninguno de los dos se encontraría seguro, que el largo brazo del Katipunán llegaba hasta el interior del cuartel español? Liao–Mi trató de que su frente despejada no se arrugase ante los presentimientos mortales que la asaltaron. Con el habitual laconismo de su raza, contestó:

–No, no iría. No puedo traicionar a mis antepasados.

La negativa dejó perplejo a Estadella y el silencio de la noche se interpuso entre los dos amantes. Un gigantesco murciélago pasó aleteando torpemente muy cerca de ellos. Por fin, tomando aire como si decir esto le resultase doloroso, Liao–Mi añadió:

–Sin embargo, mi padre daría su permiso si... –se interrumpió.

–¿Si qué? Señorita Liao–Mi, dígame en qué circunstancias su padre daría permiso para nuestro matrimonio –la negativa de Liao–Mi había roto el tuteo imperante durante sólo unas breves frases, como si la confianza se hubiera desvanecido.

–Mi padre es un gran patriota...

–Yo también lo soy. Nos entenderemos bien. He venido desde el otro extremo del mundo para defender España... y para encontrarla a usted.

–No lo comprende. Para mi padre, su patria es Filipinas. Unas Filipinas independientes –las palabras le parecían a Liao–Mi arrancadas con un hierro al rojo. ¿Esto era lo que llamaban amor?

–¡Su padre es un insurrecto! –Estadella se apartó de la ventana, como si en su alféizar anidase una de las muchas serpientes venenosas que infestaban las islas.

–Un patriota, señor teniente, aunque la patria de mi padre sea distinta a la de usted –matizó Liao–Mi–. Espero que no traicione la confianza que acabo de hacerle.

–Tiene mi palabra de oficial. ¡Pero un insurrecto! ¿Cómo de un traidor a España, su madre patria, puede nacer una

flor tan bella como usted? –Estadella se frotaba los ojos, incrédulo.

Cuando escuchó la palabra “traidor”, Liao–Mi se sobresaltó. ¿De qué manera proseguir?

–Teniente, los patriotas pueden llegar a cualquier parte de Tayabas...

–¡El Katipunan, quiere decir!

–El Katipunan, si así lo prefiere. El Katipunan puede llegar a cualquier parte de Tayabas, incluso al interior de su cuartel; pero hay un sitio en el que no puede entrar, pues sólo se permite el paso a los oficiales españoles...

–¡El polvorín! –exclamó Estadella, con el semblante pálido por el horror.

–Sí, el polvorín. Y mi padre me entregaría a usted si...

–¡Cállese! –gritó Estadella, importándole poco la cautela que hasta entonces había cuidado– ¡Cállese o la mato! ¡La mato y luego me mato yo!

El revólver del oficial había salido de su funda y se apoyaba sobre la morena frente de Liao–Mi. Ella tomó el arma por los costados, como si elevase una oración y le rogó:

–¡Dispare! ¡Dispare usted, señor teniente! ¡Máteme, pues

uno de los dos ha de traicionar a sus antepasados! ¡Prefiero que me quite la vida a que me olvide!

Estadella enfundó el revólver y se marchó con pasos coléricos y destemplados, como si uno de los tifones tan comunes en las Filipinas horadara su interior. Sin poder evitarlo, recordaba cómo había conocido a aquella muchacha encantadora mientras patrullaba las noches de Tayabas:

Al mando de un pelotón, se movía con un sigilo obligado por cien emboscadas. Caminaban por ambos lados de la calle, pegados a las paredes y buscando fundirse con las sombras, agachándose bajo las ventanas de manera que no les disparasen desde el interior, doblando las esquinas con infinitas precauciones y deteniéndose cada poco para escuchar la respiración de un enemigo al acecho.

Pero en vez de oír el cerrojo de un rifle al montarse o el resbalar de un bolo fuera de su funda, Estadella escuchó una canción extraordinaria que provenía de una lujosa cabaña indígena.

Era un bahai que parecía una mansión: los muros, en lugar de ser paredes de caña entrelazada con hojas de pán-dano, como las demás chozas, estaban contruidos con troncos desbastados y adobes; la planta baja se hallaba separada del suelo por harigues de palma para evitar la humedad; una azotea espaciosa permitía a sus habitantes dormir al aire

libre cuando el calor abrasara la comarca; y las puertas estaban talladas en maderas preciosas y aromáticas. Todo indicaba, pues, la residencia de una familia importante e influyente.

Los tapancos y caranes estaban alzados, permitiendo que la melodía impregnase la noche y huyera hacia las estrellas. El teniente, con el revólver en una mano y un cuchillo entre los dientes, trepó por el emparrado que decoraba una de las paredes y se asomó a una ventana. Quizá esperaba sorprender una ceremonia secreta del antig-antig, culto primitivo cuyos orígenes se perdían en la noche de los tiempos, y que ahora resucitaba como forma de resistencia ante el cristianismo invasor.

En vez de eso, vio a una muchacha bella y frágil que entonaba un cumintán, canto tagalo que aúna todos los acordes tristes y melancólicos que se conocen en el pentagrama, o incluso fuera de él. Es una canción salvaje como los bosques umbríos del volcán Banahao, tierna y dulce como la flor del loto, esperanzadora como el primer amanecer tras la temporada de lluvias, temblorosa como la fiebre de los pantanos. Así es el cumintán entonado por una dagala (doncella) mientras sostiene sobre la cabeza una taza de licor de coco y sus caderas se ondulan de manera apenas perceptible, pero insinuante.

Una treintena de filipinos, hombres y mujeres, celebraban

un suizan. Pero aquella muchacha que cantaba no modulaba versos tristes, ni satíricos, ni graciosos, como suele ocurrir en un suizan festivo. Acompañada por la música turbadora del cumintán, ella recitaba un cariquit–diquitán. Esta palabra tagala intraducible puede significar paroxismo de placer entre amantes, o perfección de belleza, o mundo de besos, suspiros y caricias. También le llaman así a los poemas que, mediante murmullos, compendian todo esto.

El cariquit–diquitán improvisado por aquella muchacha tagala, decía así: “Si mi amado muriese, yo iría a dormir sobre su tumba, para que sus huesos no sufrieran el frío de la noche ni se mojaran con el rocío de la madrugada...” En esto, la muchacha se apercibió del rostro asombrado del teniente Estadella que la espiaba desde la ventana, todavía con el cuchillo en la boca, y lanzó un grito. La taza de licor tan cuidadosamente sostenida sobre su cabeza durante el baile, se estrelló contra el suelo y se rompió en pedazos.

Estadella escapó seguido por sus hombres. No habría huido ante la presencia de las más siniestras ceremonias del antig–antig; ni tampoco las balas habían conseguido nunca obligarle a retirarse de una trinchera, aunque buscasen su cuerpo y su corazón. Pero el grito de aquella muchacha hermosa más allá de lo imaginable lo impulsaba a escapar de una belleza nocturna entremezclada con las notas de un cumintán.

Mientras recobraban el resuello tras la carrera, su sargento le preguntó qué había en aquella casa que le había obligado a correr así. El teniente no fue capaz de describir lo que había visto a través de la ventana. Existe un enemigo contra el cual las bayonetas y el valor se muestran inermes.

Aquella noche, el oficial español no logró conciliar el sueño. A la mañana, pensó que debía disculparse ante aquella muchacha a la que había asustado, y fue a buscarla. Aguardó hasta que salió por la puerta acompañada por una vieja nodriza de raza tinguián.

Estadella parecía haber olvidado de repente todo el tagalo aprendido durante el tiempo que llevaba en Filipinas; la chica, notando sus dificultades, le respondió en un español teñido de acentos exóticos.

Así hablaron durante unos instantes. Estadella se explicó y después se despidieron; pero no fue suficiente. Por la noche, en la hora de máxima oscuridad para no poner en peligro a la muchacha, Estadella regresó a la ventana prohibida y misteriosa desde la que escuchase el cumintán. Liao-Mi aceptó su presencia, halagada por el cortejo de aquel oficial decidido y sensible. Pero ella siempre le suplicaba que no volviese más, pues ponía a los dos en peligro.

Noche tras noche, Estadella la desobedeció y regresó para mostrarle versos que, si bien no podían compararse al

cariquit–dicatán, también hablaban de amor. En el entusiasmo de su enamoramiento, una vez la tomó de la mano y se la besó con ternura.

Entonces guardaron silencio, porque ni siquiera los más bellos cantos tagalos habrían podido expresar lo que sentían el uno por el otro.

Con estos recuerdos que laceraban su alma, el teniente Estadella, rechazada su propuesta de matrimonio, huía de Liao–Mi, que lo había tentado con la traición.

Cuando se hubo alejado en la noche, una sombra apareció tras la muchacha. Ella le habló en tagalo:

–Ha respondido que no, padre.

La sombra abrazó cariñosamente el tierno cuerpo de Liao–Mi.

–No ha dicho nada, hija. Y callar es el primer paso para decir sí. Dale tiempo.

–¿Tan importante es la pólvora de los españoles?

–Hija, si conseguimos arrebatarnos la pólvora, no podrán disparar sus cañones y sólo dispondrán de fusiles para contenernos. Llegará un día en que el Katipunan se levante por toda Filipinas como un tigre que se despereza. Entonces, te lo juro por nuestros antepasados, la guarnición

de Tayabas será sumergida en sangre y los españoles llorarán por todo lo que nos han hecho.

–Pero, padre, el teniente se ha marchado –señaló Liao–Mi, incapaz de contener una lágrima. ¿Lo amaba más ahora, tras la ruptura? ¿O lo odiaba, como español y opresor de su patria?

–Ya volverá, hija, ya volverá –respondió su padre, admirando aquella belleza perfecta que deslumbraba incluso en la penumbra. Considerando terminada la conversación, el comandante del Katipunan salió del dormitorio de su hija.

Liao–Mi se quedó un rato más en su ventana contemplando las estrellas, bañada por el frescor de la noche. Luego, con un suspiro fatalista, se acostó sobre su lecho. Soñó con el teniente Estadella, y no de la manera que habría deseado.

EL ATAQUE DE LOS CAIMANES

Jungla en las cercanías de Sapang (Filipinas)

Atardecer del 18 de enero de 1898

Después del combate, o mejor dicho de la matanza, el pelotón continuó su camino. Burik y tinguianes escondieron sus trofeos para recogerlos más tarde, conservándolos con sal en unos sacos. Puesto que no podían llevar consigo las armas capturadas al enemigo, Mediano las abandonó en una orilla de la senda, tras abollar muy ligeramente los cañones.

–¡Qué sorpresa se llevarán los rebeldes que traten de dispararlas! –pensó Roselló, con malicia– Les explotarán en las narices.

–Vamos. Hoy dormiremos en Sapang –ordenó Mediano.

–¿Sapang es un pueblo? –preguntó Martín.

–Sí –fue la respuesta, sin añadir más explicaciones. Mientras marchaban por el sendero abandonado, Martín caviló sobre adonde iban. Por fin, puso su caballo a la altura del carabao de Mediano y lo interpeló:

–Disculpe usted. Hemos tomado mil precauciones para que nadie nos siguiera y ahora vamos a pernoctar en un poblado. ¿Acaso los habitantes de Sapang son leales?

–No.

–¿Entonces?

–Ya verá usted.

Sapang era la típica aldea montañosa. Durante milenios, sus habitantes habían construido terrazas en las que cultivar arroz, modelando el paisaje. Pero los arrozales de Sapang se hallaban incultos y llenos de malas hierbas. Ningún carabao labraba los regadíos escalonados, ninguna acequia permitía circular el agua que en el trópico significa vida y alimentos, ni siquiera una muchacha solitaria escardaba los cultivos. Cuando se adentraron en el pueblo desierto, de las cabañas sólo quedaban armazones requemados y ennegrecidos. Tampoco ladró ningún perro, de esos flacos que plagaban las aldeas nativas. Un córvido se elevó con un graznido ronco, molesto por aquella intrusión en sus dominios asolados.

–Esto es Sapang.

–¡Dios mío! –exclamó Martín– ¿Ha habido aquí algún combate? ¿Lo han asaltado los insurrectos?

Mediano guardó silencio y tuvo que ser Roselló el que contestase.

–¡Qué va! Hemos sido nosotros, los españoles. Por orden del Excelentísimo Capitán General de las Filipinas, ciertos barrios o aldeas que simpaticen con los tulisanes, han de ser abandonados y sus habitantes trasladados a una ciudad próxima.

–¿Y de qué vivirán ahora los antiguos habitantes de Sapang? –preguntó Martín.

–Eso no le importa al Excelentísimo Capitán General. Al parecer, no ha caído en la cuenta de que los arrozales no pueden transportarse a otro sitio –Roselló escupió al suelo con desprecio.

Mediano no hablaba, tal vez porque estaba de acuerdo con Roselló. Recordaba el pueblo donde naciera, Peralta de la Sal, allá en Aragón, y se lo imaginaba calcinado y abandonado. Sus caminos carreteros estaban llenos de baches, algunos terrenos de labor parecían sementeras de pedregales y su única riqueza consistía en tres fuentes salinosas;

pero era su pueblo. Allí se levantaba el colegio de los Escolapios donde estudiase de niño; y había cazado ranas en el humilde arroyo Sosa, que para él había sido tan importante como el mismísimo Amazonas. En aquellos bosques bajos de encinas había jugado a civiles y ladrones, su primer aprendizaje de la lucha en la selva. A pesar de que para cualquiera Peralta de la Sal podía parecer un municipio humilde, para él representaba la infancia y el recuerdo de la ingenuidad. ¿Quién podía ser tan cruel como para ordenar desde un despacho la destrucción de un pueblo inerme?

Mediano ladró unas cuantas órdenes a sus guardias, con un tono aún más duro que de costumbre, ocultando así que estaba conmovido en lo más hondo. Cada uno salió en una dirección: algunos a explorar los alrededores para comprobar que no se veían huellas de enemigos; otros a buscar leña y agua; dos de los burik empezaron a rodear el campamento mediante un sedal de pescar casi invisible, con unas latas de conserva vacías atadas a sus extremos. Así, cualquier enemigo que se aproximase tropezaría con el sedal y sería detectado por los centinelas al escuchar el entrecchoque de las latas.

Dos de los guardias trajeron a un anciano tembloroso, pinchándole con la punta de sus cuchillos para obligarle a caminar más deprisa.

Mediano comenzó a interrogarlo en tagalo. Roselló le iba traduciendo a Martín, en voz baja:

–Le pregunta qué hace en este pueblo. El nativo le responde que aquí se encuentran las tumbas de sus antepasados y que aquí desea morir. Ahora, el teniente le pregunta si sabe que el Capitán General ha ordenado fusilar al que regrese. El anciano dice que no podía traicionar a sus ancestros.

Mediano permaneció callado durante un tiempo interminable.

–Martín, entréguele un saquete de arroz y un poco de sal, para que pueda sobrevivir unos meses.

–Pero, teniente Mediano, las órdenes del Capitán General...

–¡Me jiño nel Capitán General y en la su toda familia, rediez! –rugió Mediano. Al decir esto, casi no se le entendió, porque le traicionó el aragonés de sus queridos Pirineos natales, a los que había regresado su alma sin darse cuenta. Marchó a comprobar el perímetro defensivo, para que nadie percibiera que se le escapaban las lágrimas.

Martín miró a Roselló, como preguntándole qué hacer.

–Yo de usted obedecería a Mediano, porque él está cerca y el Capitán General, lejos –le indicó, con cierta ironía malintencionada. Así es que el anciano, para su sorpresa, fue liberado tras haberle sido entregadas las provisiones.

Sus captores se mostraron decepcionados, pues ya se habían sorteado la cabeza.

Cuando el destacamento estuvo seguro, los soldados cavaron algunos hoyos en el suelo de manera que no se vislumbrase el resplandor de las hogueras en la noche, y prepararon la cena. Cada tribu se separó en tomo a un luego y los tres europeos se sentaron aparte.

–¿Un café con leche, Martín? –le preguntó Mediano.

–¿Leche? –se extrañó Martín–¿De donde piensa usted sacar leche?

–Es que mi carabao no es macho, sino hembra.

Al poco, los tres estaban saboreando un delicioso y humeante café con leche.

–Voy a invitar a nuestros hombres –se le ocurrió a Martín, levantándose al mismo tiempo que lo decía. Mediano y Roselló trataron de detenerlo, pero íue demasiado tarde.

Los burik comenzaron a vomitar ante la simple proximidad de la leche.

–¡Teniente, vuelva aquí al instante! ¡Y repita esto que le voy a decir para excusarse! ¡De inmediato o está usted muerto!

Martín repitió las palabras sin sentido que le dictaba Mediano y regresó a su hoguera.

–¿Hice mal algo?

–Mire usted, para los burik, como para muchos pueblos asiáticos, la leche resulta repugnante. Es una secreción del cuerpo, igual que la orina o el sudor.

–¡Qué tontería!

–Si quiere llegar a ser un buen oficial, tendrá que aprender a respetar las tonterías de sus soldados... y a burlarse de las suyas propias.

–¡Yo no cometo tonterías!

Roselló y Mediano rieron tanto, que Martín tomó su capote, se envolvió en él, se tumbó y les dio la espalda. Miró las estrellas. ¡Qué lejos se veían! ¡Qué lejos estaba él de casa! Se fue quedando dormido, arrullado por las conversaciones que escuchaba perderse en la noche.

Despertó al amanecer. Se extrañó al ver a Mediano sentado junto a él con los revólveres desenfundados y los dedos en los gatillos, dispuesto a disparar.

–¿Hay peligro? –preguntó, buscando su propia arma.

–Siempre hay peligro. Pero esta noche corría usted un

riesgo tan enorme, que Roselló y yo mismo nos hemos turnado para velar su sueño. Le he prometido al capitán traerle de vuelta con vida.

Martín se estremeció.

–¿Qué quiere decir usted?

–Enseguida lo sabrá. Voy a despertar a los hombres. Con delicadeza, porque ya recordará que despertarlos bruscamente o tocarlos mientras duermen constituye un insulto mortal.

Martín intentó acordarse de todos los tabúes estúpidos que Mediano le había explicado el día anterior. ¡Resultaba imposible retener todos en la memoria! Los europeos, sin duda, eran superiores a aquellos salvajes desnudos repletos de prejuicios. Con un suspiro de autosuficiencia, se levantó, se apartó un poco e, inconscientemente, se volvió para orinar, de manera que nadie viera su miembro. Era pecado, le habían repetido mil veces los frailes que lo educaron en España.

Los guardias civiles fueron levantándose. Los burik, mirando al sol matutino, recitaron sus oraciones. Mediano y Roselló los observaron con atención. Cuando los burik terminaron de rezar, los dos europeos enfundaron los revólveres y sonrieron a Martín:

–¡Felicidades! ¡Se ha salvado usted!

–¿Por qué lo dicen? –se extrañó éste.

–Los burik no lo han incluido en su lista. ¿Los ha escuchado?

–Los he oído rezar...

–¡Eso no son rezos! Es la lista de quienes los han ofendido y, por tanto, tienen que matar. La recitan cada amanecer, para no olvidar a nadie. Es una lista bastante larga, porque incluye a los descendientes de aquellos que ofendieron a sus antepasados y contra los que éstos no se vengaron por cualquier circunstancia.

–¡Dios mío! –exclamó Martín– Menos mal que me excusé...

Roselló carraspeó:

–Verá, otra de las características de los burik es que nunca, bajo ningún concepto, aceptan excusas. Una ofensa a un burik sólo se borra con la muerte.

–Entonces, ¿qué fue lo que repetí en su idioma y les hizo perdonarme la vida?

–Usted dijo, más o menos: “Soy un loco, cretino y subnormal. Bebo leche, voy a caballo por la jungla, tropiezo con

cada rama. Soy el mayor idiota del mundo” –explicó Mediano.

–A los burik les dio asco comérselo, pues al comer a otro ser humano se adquieren sus cualidades. Prefirieron no tomarle en cuenta, como a un demente o a un niño –aclaró Roselló.

–De todas formas, le hemos vigilado esta noche, por si acaso cambiaban de parecer. Pero ya puede estar tranquilo: no está en su lista. Y basta de cháchara inútil, desayunemos.

Martín no desayunó: no sentía hambre.

Después se prepararon para la marcha. Volvieron a tapar los agujeros de las hogueras, borraron las huellas del campamento y recogieron las latas y el sedal que les habían protegido durante la noche. Al salir de la aldea devastada, encontraron al anciano sentado en cuclillas delante de una choza derruida que había sido suya. Cuando pasaron frente al umbral quemado, Mediano ordenó:

–¡Vista a la izquierda! –y él mismo saludó al anciano con el sable como si en vez de un nativo cualquiera, hubiese sido un general que revista las tropas. Martín se sintió confundido al desfilar rindiendo honores ante un viejo. De eso no decía nada el reglamento militar.

Habían caminado dos o tres horas, cuando llegaron a un arroyo. Mediano dijo:

–Ya hemos ido suficiente hacia el sur. Ahora giraremos hacia el este.

–¿Hacia el este? –preguntó Martín– ¿Por qué?

–Porque justo hacia allí es donde nos han mandado marchar.

–¿Entonces, por qué hemos caminado día y medio hacia el sur?

Mediano suspiró y se armó de paciencia. Tuvo que recordar cuando él había sido un carabinero al que se le escapaban por las montañas hasta los más torpes contrabandistas. Pero no podía haber sido tan tonto.

–Descansen y beban agua –ordenó a la tropa– ¡Así no, imbécil! –estalló, cuando vio que Martín se agachaba y acercaba los labios al arroyo.

Martín se apartó del riachuelo.

–Con la cantimplora y cerciorándose de que no entra ninguna sanguijuela –le explicó Roselló, más paciente–. Si bebe a morro, puede tragarse uno de esos bichejos y, si se le engancha a la garganta, le asfixiaría. ¡Adiós a la patria, a la novia y a todo lo demás!

Martín rellenó su cantimplora con tanto cuidado, que la vació tres veces hasta estar seguro de que no se había colado ninguna sanguijuela ni nada que se le pareciese. Los hombres fueron tumbándose a la sombra y adormeciéndose para descansar. Mediano comenzó su lección:

–Si hubiésemos salido de Tayabas hacia el este, no habríamos encontrado allí un solo tulsán. Pero saliendo hacia el sur, encontraremos a todos los tulsanes orientales durmiendo en sus nidos. ¿Lo entiende?

Martín meditó, apartando de su mente las sanguijuelas y los burik.

–Sí –dijo por fin. También comprendía que hubiesen elegido a aquel oficial pelirrojo y furibundo para perseguir a los tulsanes en su propio terreno.

–A ver si adivina usted por qué cambiaremos de rumbo justo en este riachuelo.

Martín pensó: –¿Conque “Soy el mayor idiota del mundo”? Le demostraré que no soy tan estúpido.

–Por si nos siguiesen, a pesar de nuestras precauciones.

–¡Muy bien! Porque los insurrectos, al no llegarles ninguna noticia del grupo que nos perseguía, mandarán a alguien para averiguar lo sucedido. Dígame ahora que haría

usted si mandase este pelotón –le preguntó Mediano.

–Marcharía durante algunas horas por el lecho del arroyo. El agua borraría nuestras huellas.

–Muy astuto –lo felicitó Mediano–. Eso es lo que ordenaría un oficial español. Nos llenaríamos de sanguijuelas, pero ¿qué importa?

Martín se irguió, orgulloso.

–¡Cretino! –le gritó Mediano. Parecía retenerse a duras penas para no pegarle un coscorrón, igual que los frailes escolapios en la escuela de Peralta, cuando no entraba un dogma del catecismo–. ¿Qué cree que harán los tulisanes si no encuentran nuestras huellas en la otra orilla? ¿Pensar que hemos echado a volar y regresar compungidos a sus chozas? ¿O explorar el arroyo río arriba y río abajo hasta hallar nuestras huellas en alguna orilla?

Martín enrojeció ante la reprimenda.

–¿Sabe lo que haremos? –la pregunta era, a todas luces, retórica, pues Mediano no esperó respuesta– Retrocederemos unas decenas de metros caminando hacia atrás sobre nuestras propias huellas y luego saltaremos fuera del camino por una roca. Nuestros perseguidores llegarán al arroyo y nos buscarán aguas arriba y aguas abajo. ¡Ya pueden andar! ¡Y llenarse de sanguijuelas!

La perspectiva de unos tulisanes recubiertos de sanguijuelas le pareció a Mediano tan prometedora que no pudo evitar una risotada.

–Señor, ¿dónde ha aprendido usted este truco? Nunca lo he leído en ningún libro –dijo Martín, mientras la admiración apagaba el rubor de vergüenza que cubría su rostro.

–Ni lo leerá, Martín, ni lo leerá. Algo parecido hacen las liebres del Pirineo cuando piensan que les persiguen. Le aseguro que anduve muchas leguas hasta que una vez, por casualidad, descubrí el ardid.

Hicieron lo que había dicho Mediano y, ya totalmente seguros de que nadie caería sobre ellos por detrás, se dirigieron hacia su meta: San Narciso. Pero si evitaban el camino principal, vigilado por los tulisanes, para llegar a este poblado tendrían que atravesar las temibles marismas de Pitogo.

Antes de entrar en ellas, tanto los europeos como los nativos cortaron unas robustas horquillas de unos dos palmos de largo, afiladas por los extremos.

–¿Para qué las preparamos? –preguntó Martín.

–Mejor que no lo sepa –replicó Mediano.

–¡Ah, la ignorancia y el oscurantismo son enemigas del

progreso y de la Humanidad! –intervino Roselló– Para llegar a la perfecta Anarquía, deberían desterrarse de...

Martín no se enteró para qué cortaban aquellas horquillas, aunque sí de cómo llegar a la Anarquía, según Roselló. Presentimientos inquietantes recorrieron su alma.

Se adentraron en los manglares. En ocasiones, el agua les cubría por encima de la cintura y sus pies caminaban clavándose en una capa de fango negruzco, templado y viscoso. El hedor que surgía del suelo resultaba insoportable y sólo muy de vez en cuando pisaban un islote de tierra firme en el que sentarse y descansar.

El caballo del teniente Martín encontraba cada vez más dificultades para seguir adelante, a pesar de que el joven oficial lo fustigaba y espoleaba sin piedad. Sus estrechas pezuñas se clavaban en el barro y sólo con gran esfuerzo conseguía dar un nuevo paso adelante. Martín contemplaba con envidia la silueta de Mediano, con su inseparable monito sobre el hombro, que avanzaba sobre las zonas pantanosas con el paso tranquilo de su carabao.

En una laguna de barro profundo, el caballo, agotado, no pudo salir a pesar de cuantos estímulos y blasfemias le dirigió su jinete. Piafaba y se encabritaba sin conseguir sino clavarse aún más profundo en un fango cada vez más absorbente. El caballo comenzó a relinchar desesperado.

–¡Martín! ¡Haga callar a su caballo o atraerá a...!

–¿A los tulisanes?

–¡A algo mucho peor!

¿Peor que los tulisanes? ¿Qué podía haber en aquellos pantanos peor que los tulisanes? De manera apenas perceptible, algunos troncos muertos comenzaron a flotar hacia el caballo atrapado.

–¡Buaya! ¡Buaya! –exclamó uno de los nativos. Los guardias civiles gritaron aterrados y se dieron a la fuga sin ningún tipo de disciplina. Fueron inútiles las órdenes de Mediano: el terror hacia los buayas era mayor que cualquier sentido de la obediencia.

–¡Roselló! ¡Siga a nuestros hombres y reagruépelos en un lugar seguro! ¡Yo me reuniré con ellos enseguida! –gritó Mediano, girando su carabao y tratando de hacer que corriera hacia Martín. Pero el carabao es un animal lento. Demasiado lento. Cada vez flotaban más troncos hacia el caballo.

–¡Y una mierda, no pienso a dejarles solos con los buayas! –replicó Roselló, encarándose su rémington y metiendo una bala en la recámara. No parecía importarle el agua que casi le alcanzaba hasta los hombros.

–¡Roselló, esto es una orden! ¡Váyase con nuestros hombres al momento!

–¡Soy anarquista y no me voy!

Mediano no disponía de tiempo para discutir:

–¡Martín, abandone su caballo! ¡Ahora?

–¡Espere un momento, teniente Mediano! Casi ha conseguido librarse del barro. Un poco más y...

No hubo un poco más. Los troncos flotaban demasiado cerca. Mediano, harto de que no le obedeciera nadie, desenfundó su revólver y descerrajó un tiro a la cabeza del caballo, que se desplomó. Martín, bañado en lodo, se levantó sorprendido.

–Pero ¿por qué...?

–Por lo que más quiera, Martín, no hable y corra. ¡Corra hacia mí! Tiene un buaya a pocos pasos, a su espalda.

Martín miró tras de sí y se estremeció. Un caimán gigantesco se deslizaba sigilosamente por la superficie del agua. Trató de correr, pero apenas avanzaba, apresado por el fango pegajoso del fondo.

Roselló disparó. Alcanzó al caimán, mas la bala resbaló sobre su coraza. La rémington era la carabina empleada

para la guerra de guerrillas, por su ligereza y porque sus balas blandas ocasionaban graves heridas a los enemigos, pero disparada con un ángulo de tiro tan agudo no podía penetrar la piel dorsal de un caimán.

–¡Mierda de carabina yanqui! –exclamó Roselló, introduciendo una nueva bala en la recámara– Con un máuser lo habría dejado frito.

Comprendiendo que era inútil seguir disparando, el anarquista buscó un árbol al que subirse, para tirar más perpendicular. Pero le costaría tiempo, un tiempo que se agotaba rápidamente.

El carabao llegó junto a Martín y Mediano ordenó:

–¡Cójase al rabo y déjese flotar! Avanzaremos más rápido.

Salieron de allí justo a tiempo. Donde había estado el caballo se desató una espuma furiosa y sanguinolenta. Por un instante, pareció que Martín se había salvado gracias al sacrificio de su montura. Pero dos caimanes que llegaban con retraso, debieron de pensar que aquel cuerpo humano les ofrecía oportunidad segura de conseguir una buena comida. Las mortales estelas giraron hacia Martín.

–¡Mediano! ¡Vienen dos!

–¡Ya los he visto! –replicó éste, aguijoneando al carabao

–¿Tiene usted la horquilla que cortamos antes de entrar en los manglares?

–¡No! ¡La llevaba en el arzón del caballo!

–Tome la mía y, cuando un caimán abra la boca para comerle, se la mete dentro de manera que no pueda cerrarla.

–¿Está usted loco? –preguntó Martín– Además, son dos caimanes. ¿Qué hago con el segundo?

Desde su árbol, Roselló intentaba encontrar un hueco entre el ramaje, mascullando juramentos y blasfemias. Por fin, uno de los dos caimanes pasó al alcance de su vista y sonó un disparo. Esta vez la bala penetró la coriácea piel y el gigantesco animal se revolcó malherido. Una nueva bala en el blando vientre terminó de rematarlo.

–¡Toma! –exclamó Roselló– Así deberían morir todos los explotadores de la clase obrera.

Pero ni la política podía consolar a Roselló. Ya no había posibilidades de alcanzar al otro caimán, oculto tras un frondoso árbol. –Pobre chico –suspiró–, un poco torpe, pero me caía bien.

Pronto comprendió Mediano que no podrían escapar. Por mucho que espolease al carabao, sobre aquel fondo legamoso no avanzaría más velozmente que el caimán que aún

los perseguía. Descabalgó del carabao y colocó sobre la silla de montar al monito, para que al menos él se salvara. Le dijo a Martín:

–Suéltese del rabo y tienda la pierna hacia el caimán por encima del agua, así se la intentará morder.

Martín obedeció. Pasó la horquilla de madera a Mediano, pero éste se la despreció y sacó su revólver:

–La verdad, yo tampoco creo que una horquilla sirva para mucho.

Martín lanzó un aullido y desenfundó su propio revólver. Dio gracias a Dios por haber engrasado las balas para que no se mojasen.

–¡No dispare! Si sólo lo hiere, se sumergirá y nos atacará por debajo, por donde no podemos defendemos –explicó Mediano– Ahora estese quieto y estire una pierna hacia él.

El veterano teniente levantó el percutor de su revólver y apuntó casi hacia el pie de Martín. Cuando el caimán abrió

la boca, una bala le entró por la garganta indefensa. El animal comenzó a dar sacudidas a un lado y otro, tratando de librarse del afilado dolor que desgarraba sus entrañas. Pero aquel dolor sólo cedió con la muerte.

Pasado el peligro, Mediano ofreció un poco de caña de

azúcar a su carabao, que volvió dócilmente. También el monito, travieso, robó un poco de aquella golosina.

Cuando los tres hombres se encontraron a salvo –es decir, todo lo a salvo que era posible sentirse en aquellos pantanos–, Mediano se encaró con Roselló:

–¿Por qué no obedeció cuando le ordené marcharse con nuestros hombres?

–¡Cojones! Encima de que lo hice por salvarles... –replicó éste.

–¡Ni cojones, ni hostias! Puede usted ser un anarquista del demonio si le gusta, pero cuando yo le mande algo me obedecerá o si no...

–O si no, ¿qué? –contestó Roselló, enfrentándosele, sin dejarse impresionar por la estatura ni por los gritos–¿Me mandará al calabozo? ¡Es un palacio, si lo comparamos con este sitio! ¿Me degradará? ¡Si ya soy soldado raso!

–No, no le degradaré. ¡Le propondré para un ascenso! –amenazó Mediano. Roselló palideció:

–¿¡Un ascenso!?

–¡Sí! Y para suboficial. Además, claro está, de algunas condecoraciones al valor que se merece desde hace tiempo. Y aunque me cueste el sueldo de tres meses, pagaré un

anuncio de media página en “La Vanguardia”, para que todos lo sepan.

–¡Yo, suboficial condecorado! ¡Jordi Roselló, el anarquista, suboficial! ¿Qué dirán mis amigos? –el infeliz soldado cayó de rodillas sobre el fangoso suelo, casi ahogándose– No lo haga, por lo que más quiera. Recuerde todo lo que hemos pasado juntos. ¿No cuenta eso para usted?

–Pues desobedézcame de nuevo y le veo bebiendo en la cantina de suboficiales. ¡Y basta de hablar! Levántese, localicemos a nuestros hombres y vayámonos corriendo.

Martín se puso al lado del carabao de Mediano; Roselló, enfurruñado, caminaba detrás de ellos con su carabina cruzada sobre un hombro y cogida por el cañón. Murmuraba para sí amenazadoras profecías acerca de la revolución proletaria y de lo que les sucedería a los oficiales que amenazaban con ascensos a soldados explotados.

–¿Irnos corriendo, teniente Mediano? ¿Con este barro? –preguntó Martín, mirando el manglar que se extendía ante ellos.

–Quiero decir que salgamos de estos pantanos lo más deprisa que se pueda –contestó Mediano, buscando con la vista a sus hombres–. Sólo nos ha faltado lanzar fuegos artificiales para señalar mejor nuestra posición a los tulisanes: después de estos disparos, saben perfectamente

que estamos aquí. Necesitarán un día o dos para reunir suficientes hombres; pero le aseguro a usted que ya se está tendiendo en torno a nosotros una red para atraparnos. Sólo nos salvaremos siendo más rápidos que ellos: no hay ninguna guarnición cercana donde refugiarse.

–¿Y no preparamos otras horquillas por si nos atacan los caimanes?

–La verdad, teniente Martín, prefiero recargar mi revólver. Ningún nativo se adentra en los manglares sin una horquilla y yo se lo permito para tranquilizarlos; pero nunca he probado a meter la mano en la boca de un caimán hambriento... y prefiero volver a España sin vivir esa experiencia, y con mis dos brazos y mis dos piernas.

Pronto se reunieron con los guardias civiles. Mediano profirió unas cuantas órdenes en lenguas desconocidas y arcaicas, y comenzaron a andar. Anduvieron el resto del día y durante toda la noche. La llegada del amanecer los sorprendió en plena marcha.

Martín desfallecía. El peso de su carabina le resultaba insoportable. No habían comido: se habría perdido demasiado tiempo cocinando arroz. Y allí iba Mediano, subido a su carabao, sin apenas mojarse los pies.

–Podría dejarme usted montar un poco en su carabao –jadeó Martín–. Estoy rendido.

Mediano lo miró desde arriba y respondió:

–No.

Y añadió, cuando Martín se detuvo estupefacto:

–No se pare.

–¡Ah, sienta mal estar del lado de los explotados, eh?
–bromeó Roselló– ¿Falta de costumbre? Pues debería trabajar un tiempo en una fábrica. Pero claro, ya se ve que usted es un señorito.

–¡Váyase a la mierda! –replicó Martín.

–¡Qué lenguaje! –Roselló se partía de risa– Yo creía que los señoritos hablaban mejor.

No se pare. Martín se apoyaba en un árbol y Mediano le decía “No se pare”. Trataba de tomar aliento y escuchaba “No se pare”. Miraba al sol que los abrasaba y aquel vozarrón repetía de nuevo: “No se pare”. Al mediodía salieron por fin de los manglares y llegaron a la orilla del mar. Allí se alzaba una antigua fortaleza edificada por los primeros conquistadores españoles para combatir a los piratas joloanos que infestaban aquellas costas. Ahora se hallaba abandonada, derruida por el tiempo y la fértil naturaleza tropical.

–¿Descansaremos aquí? –preguntó Martín– Sería un buen lugar para defendernos si nos atacasen.

–No se pare –le respondió Mediano–. Ya no tendremos que seguir por el barro, ahora empieza el antiguo camino que unía la fortaleza con San Narciso.

–¡Menos mal! –exclamó Martín.

–Todo tiene ventajas e inconvenientes –señaló Mediano–. Andaremos mejor, pero aquí es donde nos esperarán los tulisanes.

–¿Corremos mucho peligro?

–¡Con este señorito la diversión está asegurada! –exclamó Roselló– ¡Que si corremos peligro! ¿Se acuerda de lo que les hicimos a los tagalos que nos perseguían? Pues la idea es la misma, pero ahora al revés.

–Le agradecería que no me llamase señorito, Roselló. Soy un oficial.

–A sus órdenes, señorito oficial. Esos galones le sientan tan bien, que volverán locas a las chicas, señorito; incluso yo, después de unos días sin mujeres...

Mediano les ordenó guardar silencio. Al rato, detuvo la columna –todos se desplomaron en el suelo– y soltó al mono. El animal regresó algo después y recibió un puñado

de caña de azúcar como premio. Avanzaron unos doscientos pasos; entonces se detuvieron otra vez y se volvió a repetir la operación.

–¿Qué hace Mediano con su mono? –susurró Martín al oído de Roselló. Los guardias mantenían un tenso silencio, con las carabinas preparadas para disparar. También Roselló empuñaba la suya.

Antes de que pudiese responder, el mono volvió excitado. Recibió doble ración de golosinas.

La tropa salió fuera del camino introduciéndose en el río Dumalong, suficientemente caudaloso como para ponerlos en peligro varias veces; y luego subieron por las laderas de la montaña del mismo nombre. Bordearon precipicios y fangosos barrancos, donde un solo paso en falso habría supuesto la muerte; pero el carabao les abrió camino a través de una vegetación espinosa y densa: no podían emplear machetes porque los habría delatado el golpeteo. En el ramaje e incluso sobre la hierba anidaban multitud de pequeñas sanguijuelas que se adherían a los que pasaban al lado. Ni Martín ni nadie disponía de tiempo para quemarlas con chisqueros y debían sufrirlas sin detenerse. Tras varias horas de tortura, volvieron a encontrar la senda y de nuevo caminaron en silencio hasta el anochecer.

–Apartémonos del camino y durmamos. Continuar de noche es peligroso: sería muy fácil caer en una emboscada.

Se derrumbaron sin fuerzas siquiera para buscar un poco de hierba seca para mullir el lecho: llevaban caminando treinta y dos horas sin alimentarse ni apenas descansar.

–Lo siento, pero no podemos encender ningún fuego para cocer arroz –se disculpó Mediano–. Tendremos que dormir con el estómago vacío.

A Martín le dio igual. Estaba tan cansado que ni siquiera sentía hambre. Mientras se envolvía en su capote, le preguntó a Mediano:

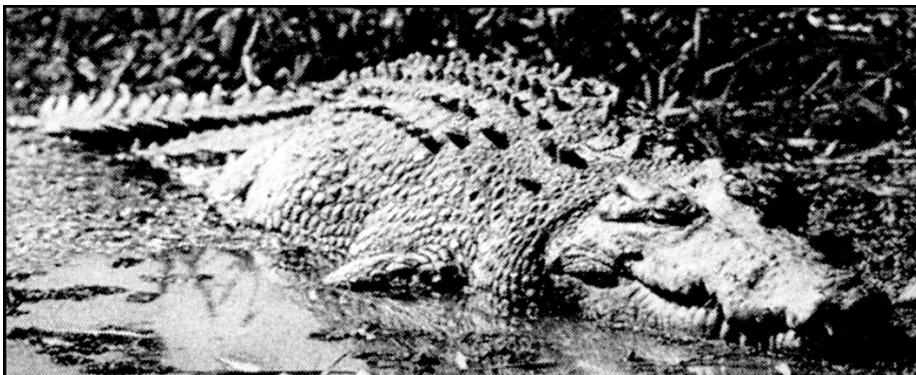
–¿Por qué dimos aquel rodeo?

–Porque mi mono vio que nos tenían preparada una emboscada.

–No me lo puedo creer.

–¿Prefiere regresar y comprobarlo?

El teniente Martín no respondió. Se había quedado dormido.



ESPAÑOLAS EN TAYABAS

Tayabas, medianoche del 19 de enero de 1898

El teniente Gómez se descolgó por el alféizar de una ventana oscura del segundo piso y saltó el par de metros que todavía le separaban del suelo. No se escuchó el menor ruido que lo delatara: llevaba calcetines por encima de unas dúctiles abarcas de esparto, para que sus pies se asemejaran a los de un felino. Aun con todo, permaneció en cuclillas durante unos instantes, mientras se aseguraba de que ningún centinela hubiese reparado en él. En medio de las sombras, parecía uno más de los arbustos decorativos que lo rodeaban.

La ventana pertenecía al dormitorio de una joven dama española, esposa de un funcionario civil; y las precauciones tomadas por Gómez obedecían al deseo de mantener intacta la reputación de su amante. O mejor dicho, de la última de sus amantes.

La vida de una mujer arrastrada por su marido hasta

aquella inhóspita parte del mundo transcurría penosa, si no para el cuerpo, sí para el espíritu. Estaba privada no sólo de comodidades, sino hasta de la menor distracción que llenase sus ocios.

Apartada de Manila, le resultaba imposible comprar vestidos, celebrar fiestas, leer revistas, asistir a conciertos o corridas de toros, ni hacer nada de lo poco que a una esposa le estaba permitido. Sólo podía tejer complicados mantones y leer libros, con tal que no versasen sobre política, ni geografía, ni temas “masculinos” o indecorosos. Incluso las riñas de gallos y las apuestas que suscitaban, pasión nacional filipina, constituían campo vedado para una mujer europea.

Rodeada de sirvientas que le evitaban hasta el menor esfuerzo, la esposa de un funcionario se veía obligada a permanecer todo el día en la hamaca envuelta en vaporosas sedas para evitar los mosquitos, a bañarse en el agua fría de algún arroyo escondido en la selva, a dejarse peinar durante interminables sesiones ante el espejo, a ver transcurrir su vida vacua y desportillada, aguardando el tiempo necesario para que su marido reuniese las influencias precisas y los dos pudiesen regresar a la Península.

También reflejaban esta falta de acontecimientos las ocho hojas de “El diario de Manila”, que de vez en cuando llegaba a Tayabas, siempre con retraso. La mayor parte de él se hallaba ocupado por comentarios religiosos, sermones

inacabables y pacatas admoniciones contra los vicios que acechaban. Para escándalo de los articulistas, algunas mujeres de la colonia fumaban cigarros puros o nadaban casi desnudas en rincones apartados.

En Tayabas sólo habitaban dos docenas de mujeres españolas, que debido a la forzada convivencia se hallaban divididas por rencillas y resquemores. No resulta extraño, pues, que mientras los maridos se distraían con una partida de cartas, o contemplaban una apasionante riña de gallos, o recorrían las aldeas para supervisar la recaudación de tributos, ellas, en su silencio, buscasen el amor como alivio a sus penas nostálgicas o, por lo menos, para llenar sus noches con algo distinto al tedio que las aprisionaba. Así, tal vez podrían apagar el ardor que en sus pieles prendía la calidez inasible del trópico.

Algunos de los oficiales más apuestos respondían a esta necesidad en cierta manera compartida. Después de luchas violentas, los obligados periodos de guarnición les parecían insoportables. No es que fuese difícil seducir a tagalas de clase baja, que no tenían nada que perder si se entregaban a un oficial español. Pero no sólo el cuerpo exigía sus derechos, sino que también las almas masculinas, aisladas en medio de la guerra, buscaban una voz tierna que los arrullase en su lengua natal y les entregara, si no amor, por lo menos un simulacro aceptable.

Al teniente Gómez le entusiasmaban el placer y el peligro.

Su original peinado expresaba muy bien cómo era y lo que ofrecía. Por un lado, un oficial atento y sonriente con un sable de caballero, dulce, galante, de buen humor; por otro, un pirata malayo feroz y salvaje con un kriss a la cintura, cínico, amoral, violento.

Una noche podía traer a su amante un ramo de flores robadas a la jungla, cubriéndola después con besos y caricias; y la noche siguiente, arrancar los postigos de su ventana, abrazarla contra un uniforme cubierto de sangre y polvo, desgarrarle los vestidos cortándolos con su cuchillo de formas amenazadoras, y tomarla sobre el suelo sin conceder tregua a la pasión.

Si algún esposo engañado se apercibía de quién asaltaba la casa y la mujer de su propiedad, prefería mirar hacia otra parte y no correr el albur de un duelo con quien podía derrochar destreza en cualquier arma. A los maridos no les quedaba otra opción sino solicitar de nuevo el traslado, y rezar para que, mientras se tramitaba, la discreción de los amantes superase sus ardores y no lo sometieran a la vergüenza pública.

Aquella noche, Gómez se arrastraba por los perfumados parterres que rodeaban el corazón administrativo de la ciudad. Cuando se encontró lo suficientemente lejos para no comprometer a su fugaz enamorada, el teniente se levantó y empezó a caminar como si diese un paseo bajo las estrellas tropicales.

Vio, sorprendido, al teniente Estadella, que en pie contemplaba la puerta del polvorín. Como siempre, la entrada se hallaba custodiada por dos centinelas peninsulares bien armados. Se acercó a su compañero y lo saludó afable:

–¡Buenas noches! ¿A usted tampoco le permite dormir el calor?

Estadella pareció salir de un ensueño, o tal vez de una pesadilla, y se sobresaltó. No fue capaz de responder a ningún intento de entablar una conversación amistosa. Al final, musitó una torpe y nerviosa excusa que extrañó a Gómez, y marchó hacia su alojamiento. Gómez le permitió irse y luego interrogó a los centinelas. Le dijeron que el teniente catalán había permanecido ensimismado ante la puerta del polvorín durante más de dos horas, en silencio.

–¿La puerta del polvorín? –se preguntó Gómez. ¿Por qué su compañero, al que tan bien conocía, pasaba la noche mirando la puerta del polvorín? Un enamorado contempla las estrellas recortadas por el volcán Banahao, cuya silueta domina Tayabas; o la luna reflejándose en el río, junto a las palmeras; o la ventana tras la que se oculta quien le ha robado el alma. ¿Pero la puerta de un polvorín?

Gómez paseaba por el patio de armas retorciéndose la coleta con dedos nerviosos, como siempre hacía cuando se enfrentaba a un problema irresoluble. El polvorín era el corazón de Tayabas y no podía dejar irresuelto nada que

afectara a su seguridad. ¿Para qué un teniente del ejército mira la puerta de un polvorín, como si de una tentación se tratase? Un teniente enamorado. Un teniente enamorado... de una tagala. ¡De una tagala!

Los dedos dejaron de jugar con la coleta y se deslizaron hacia la empuñadura del kriss. Aún paseó Gómez un poco más por el patio de armas, mientras planeaba sus próximas acciones. Luego se dirigió hacia su dormitorio, que compartía con Estadella. Éste parecía dormir, aunque no consiguió engañar al oído de Gómez, curtido en noches de centinela y muerte. Estadella seguía despierto, debatiéndose en la disyuntiva cruel de elegir entre el amor que lo poseía y la lealtad a sus amigos y a su bandera.

Gómez se desnudó, tomó la quinina de cada noche, extendió el mosquitero y colocó bajo la almohada, como siempre, el puñal malayo a la izquierda y el revólver a la derecha. Al acostarse, notó bajo la mejilla el mango nudoso y pulido de su kriss, y se le escapó un hálito de pena. Con aquella arma había derramado la sangre de muchos enemigos en feroces combates, pero todavía no había matado a un amigo traidor. Esperaba no tener que hacerlo nunca.

EL REINO DE DIOS

San Narciso (Filipinas).

Atardecer del 20 de enero de 1898

La fuerza mandada por Mediano se hallaba oculta en una hondonada de los alrededores de San Narciso. Por fin se sentían lo suficientemente seguros como para encender fuegos y cocer arroz. En previsión de que les fuera imposible volver a cocinar durante los días siguientes, con hojas de árboles envolvían bolas de arroz cocido: de esta manera contarían con alimento si algo iba mal.

–¡Me muero por un buen cigarro! –exclamó Roselló.

–Yo creía que usted no fumaba –dijo Martín, ya saciado de arroz y tumbándose en la hierba. El carabao pasó junto a ellos mientras pastaba con gesto conformado.

Los demás miembros del destacamento descansaban sin

abandonar su aspecto hierático, apoyados contra troncos de árboles y manteniendo los ojos entrecerrados.

–¡Claro que fumo! Pero no se debe fumar cuando se combate en guerrilla. Aparte de que luego ves peor en la oscuridad, esos malditos tagalos te huelen a distancia. Me acuerdo de una vez que tuve que untarme en mierda de búfalo para...

–Martín, ¿quiere venir conmigo a San Narciso esta noche?
–le preguntó Mediano, interrumpiendo el relato de Roselló–
Me gustaría averiguar algunas cosas. Y será instructivo para usted.

–Claro que sí. ¿Iremos a ver al teniente de la Guardia Civil al mando del puesto, para que nos informe?

–¡Por supuesto que no! A Jesús Cordel, el teniente de la Guardia Civil, es al último habitante de San Narciso al que me gustaría visitar –replicó Mediano–. En toda la demarcación de San Narciso, hace meses que no se captura un solo tulisán. ¿Sabe lo que significa eso?

–¿Que no ha habido suerte?

–Que el teniente Cordel es tonto o traidor. Si es tonto, prefiero que no nos estorbe; y si se ha vendido, es mejor que no sepa que estamos por aquí.

–¿A quién iremos a ver, pues?

–A nuestro jefe.

–¿A algún capitán? ¿Hay un capitán en San Narciso? –se asombró Martín.

–No, hombre, al cura. ¿Para que se cree que estamos en Filipinas? Para que los curas sigan mandando aquí –dijo Mediano. Martín se extrañó de que Mediano emitiese un juicio tan contradictorio con la profunda religiosidad y el conservadurismo que dejaba entrever.

–Si en todo el mundo la religión es el opio del pueblo, aquí es la morfina –sentenció Roselló. Movi6 los labios como si tuviese la boca pastosa y a6adi6: –Me muero por un cigarro.

–Yo soy cat6lico practicante –advirti6 Mart6n.

–Yo tambi6n, por desgracia –replic6 Mediano–. Digo por desgracia, porque viendo lo que pasa en Filipinas, hay veces que preferir6a ser ateo, como Rosell6.

–¡Ah, por fin lo admite! –a Rosell6 se le extendi6 una sonrisa de oreja a oreja– Es mejor ser ateo. No hay que soportar sermones...

Mart6n y Mediano no le prestaron atenci6n y marcharon a San Narciso.

El p6rroco de San Narciso se sobresalt6 cuando llamaron a su puerta en mitad de la noche y empu6n6 el rev6lver que

siempre guardaba bajo la almohada. Le dijo a una tagala de edad intermedia con la que compartía el lecho que bajase para averiguar quién llamaba a aquellas horas.

–Dos militares españoles –subió diciendo la tagala poco después. El cura se terminó de abrochar la sotana y bajó a saludarlos.

–Ave María Purísima.

–Sin pecado concebida –le respondieron Martín y Mediano. El sacerdote los bendijo.

–¿Desean beber algo? ¿Y comer? Me queda cochinito asado y algunas perdices que sobraron de la cena –a Martín, que llevaba varios días alimentándose de arroz con tocino, se le hizo la boca agua. Tuvo que pasarse la bocamanga por los labios para no babear.

–Gracias, padre –aceptó Mediano.

–¡Lupita! –ordenó el padre– Ya lo has oído. Trae a nuestros invitados algo para comer. ¿Qué prefieren ustedes: Priorato o Rioja? No se hagan muchas ilusiones: en este clima con el que Dios castiga nuestros pecados, el vino no se conserva demasiado bien.

Cuando hubieron sido servidos, el sacerdote ordenó al ama de llaves que despertase a María Remedios de las Mercedes, para que les hiciera compañía en la mesa.

–¿María Remedios de las Mercedes? –preguntó Lupita. Sus ojos rasgados expresaron un odio y unos celos inextinguibles.

–Si no le es molestia, padre, preferimos hablar a solas con usted –intervino Mediano.

–Como deseen. Hale, Lupita, vete a la cama. Yo iré enseguida.

Cuando se hubieron quedado solos, el sacerdote les dijo:

–Lupita es una joya de ama de llaves, ¿verdad?

Los dos militares asintieron. Martín ardía de vergüenza. Preguntó:

–¿Y quién es María Remedios de las Mercedes?

El sacerdote se azoró:

–Pues es... ¿cómo diríamos? Una joven tagala, muy guapa, por cierto...

–Una huérfana a la que usted recogió por caridad cuando iba a morir de hambre... y Lupita se iba haciendo mayor –le ayudó Mediano.

–En efecto, lo ha adivinado usted –se sorprendió el sacerdote.

–Es bastante común en Filipinas. Y también puedo adivinar que Lupe, a pesar de ser su ama de llaves, tiene varios hijos naturales –siguió Mediano, con una soma que sólo notó Martín, que le iba conociendo–. Ya se sabe, con este clima... y las tagalas, a pesar de haber recibido la Palabra de Dios, siguen siendo tan pecadoras...

–Me ha quitado usted la frase de la boca –asintió el cura–. Ni se imagina lo que hemos de sufrir aquí los sacerdotes para que los tagalos no vuelvan a caer en su antiguo paganismo promiscuo, en sus sevicias y en su idolatría. ¡Qué soledad! ¡Qué sacrificios tan terribles! Y ahora, con ese maldito antig–antig... Pero supongo que no han venido ustedes para consolarme por mis padecimientos, ¿no es así?

Mediano le explicó que necesitaban información sobre los tulisanes que asolaban la comarca.

–¿Han venido a capturarlos? ¿Cuántos soldados traen? –preguntó el sacerdote.

Mediano contestó sin decir nada concreto. No se fiaba ni de un cura nacido en Baracaldo. El sacerdote les dio todos los datos que Mediano le pedía y luego los acompañó hasta la puerta.

–¿Me podría decir su nombre, padre? Para no olvidarle en mis oraciones –le pidió Martín.

Cuando los dos militares se hubieron alejado de San Narciso, Martín se deshizo en improperios contra aquel cura:

–¡Es increíble! Escribiré al obispo. Este hombre es un oprobio para el Catolicismo. Conque ama de llaves y luego dice que enseguida vuelve al lecho. Y lo de la huerfanita no se lo cree ni usted que se lo inventó, esa María Remedios de las Mercedes es su segunda barragana.

–¿Acaso piensa que el obispo no lo sabe? –le cortó Mediano– ¡Parece usted un ingenuo nacido ayer!

Martín se quedó de piedra y no habló más en todo el trayecto. Mediano habría podido darle una conferencia sobre Filipinas y los sacerdotes, pero no era prudente charlar mientras se andaba de noche, aunque fuese cerca de una población con cuartel de la Guardia Civil. La muerte podía interrumpir las conversaciones.

Si Mediano hubiese hablado, Martín habría sabido que la conquista de Filipinas fue realizada más por frailes (agustinos recoletos y jesuítas) que por soldados. En todo el imperio español los misioneros habían realizado una labor importante; pero en Filipinas se habían convertido en los verdaderos fundadores de la colonia. Lejos de las rutas comerciales, sin poseer riquezas que deslumbraran a los aventureros, el único tesoro de Filipinas era intangible: dos millones de almas que llevar hacia Dios. Fueron los jesuítas

y los agustinos quienes habrían de conquistar aquellas islas, como ya Legazpi comprendió desde los primeros tiempos al pedir a la metrópoli más frailes que soldados. Fray Gaspar de San Agustín recopiló las crónicas de una conquista espiritual.

Los misioneros se diseminaron y se convirtieron en párrocos de miles de aldeas esparcidas en cientos de islas. Ellos trazaron caminos, levantaron puentes, construyeron iglesias, hospitales y graneros. Sufragaban las obras públicas cuando la hacienda real no disponía de efectivo, pacificaban hostilidades inmemoriales, sofocaban motines con su palabra e incluso muchas veces con su sangre, pues la tierra filipina fue fértil en mártires.

A finales del siglo XIX, la iglesia filipina había llegado a la cima de su poder, pero también de su corrupción. Ningún gobernador era nombrado por Madrid sin la aquiescencia de los agustinos y de los dominicos, ni ninguno resistía mucho tiempo si los desafiaba. Nada ocurría en Filipinas sin su consentimiento, ni nada podía intentarse sin su benevolencia.

Trescientos años de poder absoluto no podían dejar de tener un precio. Los frailes-párrocos ya no eran misioneros dispuestos al martirio, sino segundones de familias peninsulares que buscaban un pingüe acomodo y que no sentían la menor vocación. Su aislamiento en aldeas alejadas de las ciudades y la falta de una autoridad firme hizo lo demás.

Los párrocos castigaban con palizas a quien dejaba de asistir a misa, a quien blasfemaba, a quien se les oponía. La soledad enloquecedora, un clima tropical que inflamaba la piel y los sentidos, y el conocimiento de su propia impunidad los volvía vulnerables a la exótica belleza de las isleñas. También su casa solía ser la más lujosa de la aldea; su mesa, la mejor servida; sus bebidas, las más delicadas. Es cierto que algunos aún continuaban con el antiguo espíritu de sacrificio; pero constituían una minoría.

El pueblo filipino comenzó a rebelarse ante tal corrupción; y como los frailes disfrutaban de la protección de España, también se sublevó contra España. Los filipinos no protestaban por los impuestos, que ni siquiera bastaban para mantener los gastos imprescindibles de la colonia; las tribus primitivas estaban exentas de ellos y sólo tenían que pagarlos simbólicamente. Ni se quejaban tampoco por la presencia del ejército español, que en tiempo de paz no pasó de diez mil soldados para proteger y subyugar a dos millones de filipinos. Luchaban contra el poder arbitrario que sufrían cada día en su aldea, en su casa, en su alma. Querían ser libres y se levantaron contra quienes los oprimían.

Los Gobernadores trataron de atajar el descontento. Poco podían hacer para combatir el poder de las órdenes religiosas, pero lo intentaron... y fueron rápidamente susti-

tuidos por otros más dóciles. Algunos Gobernadores enérgicos impusieron una proporción de párrocos indígenas, para contentar al pueblo... y fue una catástrofe.

Las órdenes religiosas cedieron sólo las parroquias más pobres, montañosas y alejadas. Esto hizo que los curas indígenas viviesen resentidos, envidiosos de los españoles, más afortunados; además, eran gobernados por obispos peninsulares que los despreciaban. Aún peor: habiéndose criado los sacerdotes indígenas en la venalidad de los sacerdotes españoles –muchos, de hecho, eran sus hijos–, consideraron el curato como una prebenda de la que abusar y fueron todavía más despóticos que sus antecesores. Vastas zonas montañosas del interior de las islas quedaron vacías del dominio espiritual peninsular.

Los filipinos, cuando consiguieron su efímera independencia, antes de caer bajo la dominación de los Estados Unidos, expulsaron a todos los sacerdotes españoles... a los que aún no habían matado por sus abusos. Y aunque esto fue un desastre económico del que las órdenes religiosas nunca se recuperarían, hizo que dejara de fluir hacia ellas la hez de los seminarios, y las volvió más auténticas y cristianas. Muchos habían olvidado que el Reino de Dios no era de este mundo; pero la historia, la muerte y el dolor se lo recordaron.

Como se comprenderá, tras varios días de guerrilla por la jungla, el teniente Mediano no tenía ganas de hablar tanto

y tan seguido, y prefirió que Martín lo descubriera por sí solo. Bastaban unas semanas en Filipinas para darse cuenta de ello.

Llegaron al lugar donde dormían sus hombres protegidos de miradas hostiles y, después de darse a conocer ante los centinelas que velaban por la seguridad del campamento, los dos europeos se envolvieron en sus capotes.

–Aún faltan un par de horas hasta el amanecer –dijo Mediano, mirando las estrellas–. Aprovechemos el descanso, nos hará falta. Tendremos que movernos deprisa.

Martín se preguntó cómo era posible dormir tan poco y caminar tanto. Si pudiese reposar sobre una cama, o aunque sólo fuera un catre... Los párpados se le cayeron.

–El desayuno está preparado –la voz de Roselló sonaba lejana. Al ver que Martín no se movía, el tono se hizo más áspero:

–¡Señorito! El desayuno está preparado. Puede elegir entre un poco de panceta cocida con arroz o arroz cocido con un poco de panceta.

Martín se levantó. Tras el inusual festín de la noche anterior, se sentía ahíto. Siguiendo las órdenes de Mediano, se lavó con barro en un arroyo para quitarse el olor de la cena, que lo habría delatado en la jungla.

Dos sanguijuelas se adhirieron a su piel.

–¡Malditos bichos! ¿Y usted no se lava? –le preguntó a Mediano.

–Yo no.

–¿Y por qué he de lavarme, entonces?

–Porque yo soy el oficial al mando y se lo ordeno.

–¡Empezamos pronto con la arbitrariedad y el autoritarismo del ejército, que reproduce los esquemas capitalistas de opresión del...! –empezó Roselló.

–¡A callar y en marcha! –le interrumpió Mediano.

Al poco tiempo, Martín comenzó a cojear. El desacostumbrado ejercicio y la falta de sueño le habían ocasionado un calambre en una pierna; además, sus pies, calzados con botas en vez de abarcas, estaban recubiertos de dolorosísimas ampollas.

–Podría caminar un poco usted y dejarme montar en el carabao –suplicó Martín.

–No –replicó Mediano, escueto.

–¡Tropezamos otra vez con la arbitrariedad! –intervino Roselló– ¡Para que digan que no hace falta una revolución!

Martín, mirando al monito de Mediano que parecía burlarse de él, estuvo de acuerdo con Roselló. Por primera vez en su vida, se sintió revolucionario. Aquellas ampollas eran de lo más convincente.

Llegaron a Guinjalinan, un pequeño grupo de chozas, y vigilaron desde el borde de los campos de arroz, estudiando la situación. Cuando se hubo cerciorado de que no había tulisanes en el pueblo y que sólo se veían campesinos, Mediano ordenó a sus hombres que rodearan la aldea. Luego, junto con Martín y dos ibilaos entraron caminando por uno de los senderos.

Se reunió con el jefe del poblado en su cabaña. Era un anciano de barba canosa y gestos un tanto temblorosos.

–Respetado jefe, vengo para libraros de los bandidos tulisanes –dijo en tagalo, pues nadie en la aldea comprendía otro idioma–. Están por aquí. ¿Sabes dónde?

–No lo sé. No hemos visto a nadie. Sólo somos campesinos. Leales a España. Muy leales.

–Martín –le dijo Mediano, en español–, no se asuste ahora de lo que voy a hacer y no se mueva. Me da la impresión de que nos está mintiendo. No puedo culpar al pobre viejo: si los tulisanes piensan que colabora con nosotros, le quemarán la aldea. Claro que, por otra parte, si nosotros pensamos que colabora con los tulisanes, también se la

quemaremos. Así es que el abuelo empieza a oler la chamusquina.

Con un rugido, Mediano se abalanzó sobre el anciano y le desgarró la camisa. Apareció una especie de escapulario decorado profusamente.

–¡Ah! Antig–antig –exclamó Mediano, con un grito de triunfo. Antig–antig, el nuevo culto de los tagalos con el que combatir el catolicismo que los aplastaba. Combinaba restos de su antigua religión con creencias animistas y un sincretismo cristiano supersticioso. Creían que aquellos amuletos (a los que también llamaban antig–antig) les protegían del poder del Dios extranjero... y de las balas de los soldados españoles.

–Yo no... señor oficial... los tulisanes me dijeron... –el anciano temblaba, levantado en el aire por los fuertes brazos de Mediano.

–¿Sabes qué hago yo con tu antig–antig? ¡Comérmelo!
–Mediano le arrancó el amuleto de un bocado y empezó a masticarlo– ¡Qué mal sabe, me cago en Dios!

La blasfemia, que proferida en castellano resulta vulgar y común, traducida directamente al tagalo sonaba terrible. Estremecido por aquella doble injuria contra los dos cultos entre los que oscilaba, el anciano se orinó.

–Tú... Tú no eres hombre... Eres espíritu del mal...
–balbuceaba. Nunca había visto alguien de barba y pelo rojos.

–¡Claro que soy un demonio! ¡Y mucho más poderoso que tu antig–antig! Así que ya me puedes ir diciendo dónde están los tulisanes.

El anciano sólo pudo murmurar una palabra antes de derrumbarse en un rincón:

–Vicita de Piris.

Mediano consultó su mapa. No estaba lejos de allí.

–Si alguien intenta avisar a los tulisanes, volveré para devorarle el alma y arrojaré sus intestinos a los perros. ¿Lo has entendido?

El anciano afirmó con la cabeza y los dos españoles, junto a los dos guardias ibilaos, salieron de la aldea. Cuando llegaron a la jungla, se escondieron con el resto de sus hombres. Entonces, Mediano tradujo a Martín su conversación anterior.

–¿No ha sido sacrilegio? –preguntó Martín.

–Más pecado habría sido quemarle los pies para que nos dijera dónde se esconden los malditos tulisanes. En todo caso –añadió Mediano, con ese deje irónico en la voz que ya

reconocía Martín–, cuando vuelva a pasar por San Narciso me confesaré.

–¿Y qué hacemos ahora?

–Esperar para saber a quién temen más: si al espíritu del diablo rojo o a los tulsanes. Si alguien sale corriendo de la aldea para avisarlos, le echaremos el guante y se lo devolveremos hecho picadillo. Confío en no tener que hacerlo.

Martín se estremeció. La guerra empezaba a parecerle terrible y absurda.

Transcurrieron dos horas.

–Creo que han decidido seguir siendo neutrales. Me alegro por ellos. Vamos –ordenó Mediano.

Al amanecer del día siguiente, la pequeña fuerza se hallaba en las estribaciones de la colina que sobre el mapa se llamaba “Puig de San Narciso”, bautizada así por algún explorador catalán. Sobre ella se levantaba Vicita de Piris. Mediano ordenó hacer alto y comenzó a vestirse con un uniforme nuevo que guardaba en un saco de lona impermeable.

–¡Qué guapo se está poniendo, mi teniente! –se burlaba Roselló, al verlo peinarse. Mediano ni se inmutó e impartió sus órdenes.

–Roselló, al flanco izquierdo. Martín, al frente. El sargento Banang, al flanco derecho. Tienen una hora para colocarse en posición. Ya saben qué hacer después.

Pareció dudar unos instantes:

–Roselló, tome mi mono por si muero. Acuérdesse de hacer que un tagalo le pegue un poco cada mes, para que siga advirtiéndole de las emboscadas. Martín, cuide de mi carabao. No se olvide de ordeñarla cada noche.

–¡Hombre, eso me gusta! El mono para mí y el carabao para el novato. Está clarísimo que me tiene manía y le gusta que yo rompa mis abarcas por las selvas de este maldito país –Roselló protestaba como siempre–. ¡Hala, monito, súbete a mi hombro! Vamos a hacer monerías.

Cuando hubo transcurrido la hora, Mediano se desarmó y, enarbolando bandera blanca, se encaminó al campamento insurrecto. No hubo de dar muchos pasos antes de ser detenido por un centinela.

–Llévame ante tu jefe –le dijo en tagalo.

Vicita de Piris podría haber pasado por una aldea tagala normal: las mismas cabañas de bambú, los mismos techos de ñipa, los mismos perros escuálidos, la misma miseria. Pero allí nadie cultivaba arroz: su cosecha era muerte para los españoles.

Ni había carabaos que labrasen la tierra: los hombres sembraban libertad para Filipinas.

Mediano observó que muy pocos llevaban armas de fuego. La mayoría empuñaban bolos, lanzas y flechas envenenadas. Los que poseían armas modernas todavía estaban esperándoles emboscados a la salida de las marismas de Pitogo. Las mujeres preparaban comidas o pilaban arroz, quitándole la cáscara. Algunos oficiales del Katipunan, desertores del ejército, trataban de inculcar una mínima disciplina a los soldados. Mediano tuvo que contenerse para no sonreír ante la poca maña que se daban desfilando; luego se recordó a sí mismo que no era necesario saber desfilarse para combatir como valientes.

El comandante Silang, del Katipunan, se sorprendió ante el español que trajeron a su presencia. Lo observó con detenimiento antes de interrogarlo. Un oficial barbudo, enorme, pelirrojo, de tranquilos ojos azules –algo tristes, tal vez–, impecablemente vestido. Emanaba olor a cochinitillo asado, a perfume ya... ¿carabao? Parecía muy tranquilo, escudándose tras su bandera blanca.

–¿Qué ha venido a hacer aquí? –preguntó por fin el comandante Silang.

–Mi capitán me ha enviado para evitar un derramamiento inútil de sangre. Una compañía de Cazadores cerca su aldea y atacará dentro de media hora, si no se rinden –Mediano

había dudado si decir “un batallón”, pero decidió que una compañía resultaba más creíble. Era suficiente, sólo había visto a unos treinta hombres del Katipunán.

–¿Una compañía? ¿Cómo ha conseguido llegar hasta aquí una compañía sin que nos diésemos cuenta?

Mediano sonrió, como diciéndole que no iba a ser tan tonto de contárselo.

–Si ustedes se rinden, dejaremos libres a las mujeres. A los hombres...

–¡A los hombres nos fusilarán acusándonos de ser insurrectos! –exclamó el comandante– Eso es lo que siempre hacen los españoles.

Mediano ya había pensado la respuesta. Además, le caía bien aquel comandante de gestos nobles y valerosos, aunque fuese un rebelde.

–¿Insurrectos? Ya no existen los insurrectos, por orden de su Excelencia el General Fernando Primo de Rivera. Ahora ustedes son tulisanes, bandoleros, y se les juzgará como a tales. A los que no hayan cometido delitos de sangre, sólo les espera la prisión. Claro que, por si acaso, yo me quitaría esas gorras y uniformes del Katipunán.

–¿Me da su palabra de oficial de que no nos fusilarán?

–Se la doy.

–¿Y cómo sé que usted dice la verdad y que nos está cercando una compañía de Cazadores?

Mediano lanzó una orden al viento y, desde tres puntos distintos de la jungla, se oyeron gritos lejanos que le respondían: “Primera sección, en su puesto.” “Segunda sección, en su puesto.” “Tercera sección, en su puesto”.

El comandante del Katipunan y el oficial español se miraron durante largo rato.

Los ojos oscuros de Silang trataban de adivinar lo que ocultaban los iris azules del aragonés; pero resultaban tan impenetrables como ibones pirenaicos cubiertos de hielo. Mediano sacó su reloj, lo consultó y dijo:

–Comandante, se termina el tiempo. ¿Qué responde?

–Señor oficial, soy su prisionero –cedió el filipino, entregándole su espada.

Los soldados del Katipunan arrojaron sus armas al suelo y se desnudaron de sus uniformes. Entonces, Mediano volvió a gritar otra orden.

–¡Buena cosecha, teniente! –exclamó Roselló.

–Me ha engañado usted –dijo el comandante Silang,

cuando comprobó el escaso número de los guardias civiles españoles.

–Un ardid de guerra legítimo –replicó Mediano–. Pero mantendré mi palabra: no serán fusilados. Ahora que usted se halla indefenso y no puede escapar, le contaré cómo les hemos encontrado: gracias a un traidor. Ya sabe usted quién es, ¿verdad?

–¡Claro que lo sé: es un maldito castila, como ustedes!
–gritó el comandante Silang– Ha aceptado nuestro dinero prometiéndonos armas y luego nos ha vendido. Dígale a Eduardo Campos, el comerciante de Guinanyangan, que...

–No es ése –sonrió Mediano–, pero gracias. Le voy a dar una pista: El traidor va de uniforme.

–¿El teniente Cordel, de San Narciso? ¡Pero si cada mes recibe de nosotros...! –el comandante se interrumpió, dándose cuenta de que había hablado demasiado.

–Puede continuar –le animó Mediano–. Soy todo oídos.

–No diré ni una palabra más –replicó el tagalo.

–No es necesario, ya ha dicho usted bastante –sonrió Mediano. Para sí mismo, pensó que los tagalos pecaban de ingenuidad, confesándose a sacerdotes que eran sus enemigos y confiando que guardarían el secreto de confesión. De los párrocos, con sus sotanas y hábitos, podría decirse que

vestían uniforme. Pero el comandante insurrecto no lo había adivinado.

Mediano miró a sus hombres. Los guardias civiles nativos, después de tantos días en la selva, a duras penas eran contenidos por Martín y Roselló para que no se lanzasen sobre las cautivas tagalas. Comprendió que era imposible llevar así a los prisioneros hasta Tayabas sin que ocurriese un incidente grave, tal vez una matanza colectiva.

–Comandante, mis hombres son burik, ibilaos y tinguianes.

–Ya lo he visto –respondió Silang, escupiendo en el suelo–. Salvajes.

–Pero valientes. Llevan varios días sin hembras. Me gustaría que usted me señalase a tres de sus mujeres que ya no tengan buena reputación para que ellos...

–¡Esto es una violación!

–Es lo menos malo que puede pasar. Se lo suplico, usted conoce a la gente de esas tribus guerreras tan bien como yo y sabe lo que hacen con los prisioneros.

El comandante Silang llamó a tres mujeres. Dos de ellas no parecieron demasiado contrariadas, incluso mostraron algún gesto de alegría; para convencer a la tercera se necesitó más tiempo. Por fin, las tres se quitaron la ropa y

se ofrecieron a sus brutales captores, los cuales no se hicieron de rogar.

–¡Seguid vigilando a los prisioneros, maldita sea! –bramaba Roselló, empleando las expresiones más soeces de los múltiples dialectos que conocía– ¡Que las mujeres no se gastan como el jabón, tendréis para todos!

Mediano y Martín contemplaban la escena.

–¿Qué, Martín, no se anima? –le propuso Mediano.

–¿Y usted?

–¡Yo estoy casado! –contestó Mediano, enseñándole su alianza. Se dio cuenta de que mostraba una mano desnuda, porque había entregado el anillo al capitán para devolverlo a su esposa si él moría. Ocultó la mano. Recordó la última vez que había estado con Josefina Zueras y se juró que si algún día regresaba a España, le nacerían tres hijos más, por lo menos.

–Y yo tengo novia –admitió Martín, en un suspirar resignado y casi arrepentido. ¿No podrían aquellos salvajes sin Dios esconderse en alguna cabaña para violentar a sus cautivas?

–¡Pues yo no tengo novia ni esposa! –Roselló, triunfal, comenzó a bajarse los pantalones, o mejor dicho, lo que quedaba de ellos tras tantos días en la selva– ¡Ni tendré!

¡Viva el amor libertario, sin intervención de curas ni jueces!

–Roselló, esto es, técnicamente al menos, una violación –señaló Mediano, con una sonrisa maligna en los labios.

–¿Ah, sí? ¿Y qué? Por mí, como si es un sacrilegio. ¡Pues faltaría más!

–Es que me parece recordar un discursito suyo sobre el derecho a voto de las mujeres, en el que me decía que son iguales a los hombres y un montón de disparates semejantes –le recordó Mediano.

–O sea, que no sería muy anarquista violarlas. ¿Ni siquiera un poco? –suplicó el desdichado catalán.

–Ni poco, ni nada –Mediano se mostró inflexible y Roselló volvió a subirse los pantalones. Los tres miraron a los guardias disfrutar con las mujeres. El aire se llenó de gemidos de placer y aromas almizclados; los cuerpos morenos se entrelazaban unos con otros en posiciones inverosímiles, nunca antes imaginadas por Martín, cuya experiencia se limitaba a algunos escarceos exploratorios detenidos en las fronteras de la ropa interior de su novia. Los salvajes, demasiado impacientes para aguardar su turno, asaltaban a las mujeres sin que se hubieran desasido de su anterior pareja, encontrando placer en oquedades vedadas por todas las iglesias. Polvo, sudor y semen trenzaban el lecho sobre el que se revolcaban hombres y mujeres. Los salvajes

parecían insaciables y, tras descargarse en una de las cautivas, se dirigían a otra, excitados por la situación y los gemidos.

–¿Sabes? No sé si somos tres caballeros españoles o tres imbéciles –dijo Martín, resumiendo así los pensamientos de todos. Roselló no pudo soportarlo más y se alejó hacia la jungla.

–¿Qué va a hacer? –preguntó Martín.

–¡Hombre, Martín! ¿No puede imaginárselo? –replicó Mediano, y el joven oficial enrojeció hasta las orejas.

Cuando la naturaleza hubo cobrado su tributo, Mediano ordenó a Martín que regresase a Tayabas con los prisioneros y la mayoría de los guardias, ahora pacíficos por un tiempo. Habría sido mejor enviar a Roselló, pero Mediano estaba preocupado por Martín, no sabía cuánto más resistiría los esfuerzos y las privaciones. Muchos soldados españoles morían de fatiga, derrumbándose de pronto, vencidos por el clima y el agotamiento. Le prestó su carabao, para que no tuviese que andar más, y le explicó que si no se lo había dejado antes era porque necesitaba llegar hasta el jefe de los insurrectos con buena apariencia. ¿Le habría impresionado de igual forma un oficial cansado y harapiento? Probablemente no, y él quería capturar sin lucha a los tulsanes, para averiguar si el teniente de la Guardia Civil estaba en connivencia con ellos.

Le ordenó tomar el camino principal hacia Tayabas, por el norte del istmo. Destruida la base de los rebeldes, éstos no podrían organizarse para emboscarlos; por si acaso, le prestó el mono.

–Cuídemelo bien.

–¿Y Roselló y usted?

–Nosotros, con dos guardias, iremos a San Narciso y a Guinanyangan. Quiero hacer un par de visitas.

Mientras Martín se llevaba a los presos, las mujeres iban recogiendo sus pobres pertenencias para emigrar a algún lugar donde encontrar arroz y cobijo. A pesar de encontrarse profundamente enamorado de su esposa, Mediano no pudo dejar de admirar el porte y la belleza de aquella raza de mujeres con rasgos orientales y misteriosos.

–Serán enemigas, ¡pero qué guapas son, maldita sea! –le dijo a Roselló, con un gesto resignado.

Roselló, que trataba de decidir si la igualdad de la mujer era consustancial al anarquismo, no le oyó.

SEVILLA

23 de enero de 1898

María del Pilar Martínez rasgó un nuevo acorde con su guitarra, para meditar mejor. Se oyó la voz lejana de su padre, que exclamaba: –“¡Niña, que no son horas para músicas!” La joven suspiró con resignación, apartó la guitarra y gritó un –“Sí, padre” que tenía mucho de rebeldía callada. Sus padres habrían deseado que continuase con la carrera de piano, mucho más propia para una señorita; y siempre les molestaba cuando ella tocaba un fandango, una seguidilla o unas soleares. –“¿Pero qué marido quieres tener, niña? ¿Un bailaor?”

Para sus padres, como para todos los padres, la única misión de una muchacha era prepararse para atraer a un novio con el riñón bien cubierto y, si fuese posible, con un apellido de relumbrón. Tal vez por eso María del Pilar se había sentido tan satisfecha al entablar relaciones con el teniente Isidoro Martín, de una familia más bien pobre y plebeya. Era hijo de un suboficial que, gracias al valor

derrochado en las guerras carlistas, había ascendido hasta coronel.

Aún se acordaba de cuando Isidoro Martín había entrado con su uniforme de cadete en la mercería, buscando comprar aguja e hilo para coserse la guerrera. Venía de Toledo para visitar Sevilla y se había extraviado en el barrio de Santa Cruz. Era tímido y parecía mirar el mundo con ojos de asombro.

En cuanto ella lo vio, supo que aquél era el muchacho que había esperado siempre. Le cosió el roto y, tras cerrar la tienda, lo acompañó por las callejas de Sevilla, enseñándole la ciudad. A partir de entonces, Martín atravesaba Despeña– perros siempre que le era posible, para volver a encontrarse con aquella muchacha desenvuelta y encantadora.

–“¡Si no sabe qué hacer con su sable, cuando viste uniforme de gala!”, le había criticado su madre, cuando se lo presentó en una tarde calurosa amenizada con jicaras de chocolate y bollos recién horneados. Su padre se limitó a reprobar la elección del novio adoptando una postura orgullosa de cristiano viejo, mientras sorbía el chocolate de la jicara mayor, correspondiente a su rango de cabeza de familia.

–“Nosotros tampoco pertenecemos a la nobleza, madre, que vivimos en el barrio de Santa Cruz y no somos amos de

ningún cortijo” –le replicaba María del Pilar a su madre, cuando discutían sobre la ascendencia familiar de Martín– “Poseer un comercio en la calle de los Descalzos no otorga título de Grandes de España, vamos, digo yo”.

Martín era tan bueno, que parecía haberse equivocado de carrera. Ella lo veía más bien como un médico famoso o un bonachón profesor de universidad. Pero sabía que el coronel, su padre, había puesto sus esperanzas en aquel único hijo varón y lo había destinado desde la infancia a la carrera militar.

–“¿Y si te lo matan? Mira, niña, que el mundo anda muy revuelto”. –“Qué lo van a matar, madre, con lo pacífico que es” –había contestado María del Pilar; pero aquella misma noche, a través de la reja que los separaba, le había suplicado a su novio que jurase no ponerse en peligro. Martín lo juró, como todos los hombres que van a la guerra.

Una semana más tarde, Martín recibió el despacho de segundo teniente y la orden de embarque hacia Filipinas. ¿Cómo decirle a su novia que había pedido el destino para satisfacer a su padre, quien insistía en que no se convirtiese en un militar de vida fácil? Por fortuna, ella desconocía que ningún oficial iba obligado a los mataderos de Cuba y Filipinas. Todos eran voluntarios.

La joven lloró mucho al despedirse. Él la intentó tranquilizar: –“No te preocupes, que allí no pasa nada. La guerra

se ha acabado, lee los periódicos. Es como si me destinasen a Canarias o a Baleares, sólo que un poco más lejos”. Pero a ella eso de Filipinas le sonaba a chinos malísimos con coletas que se dedicaban a matar europeos y a inventar torturas refinadas.

–“Si no pasa nada, ¿por qué no me dejan ir contigo?” –preguntó María del Pilar– “A Baleares o Canarias sí permiten viajar a las esposas de los oficiales”.

De esta manera, entre lágrimas y temores, los dos novios hablaron por primera vez de matrimonio.

María del Pilar volvió de sus recuerdos y, muy bajito, punteó unas notas para no sentirse tan sola. De Martín sólo le quedaban eso, recuerdos, y unas cartas que de vez en cuando le llegaban como palomas mensajeras de amor.

Recompuso el viaje de Martín a través de sus cartas, escritas con una cuidada caligrafía. Incapaz de hablarle de sus sentimientos, le describía las singladuras y los puertos que tocaba su barco. –“¡A mí qué me importan los árabes, o los malayos, o los indios!” –pensaba ella– “¡Me basta con que me diga que me quiere!” Pero no era del todo cierto, a María del Pilar también le gustaba que le contase todas aquellas aventuras exóticas y así imaginarse que viajaba con él.

La primera carta le había llegado desde Barcelona. Una

ciudad muy bien planificada, con fábricas en vez de olivares, y llena de gente que bailaba a corro y a la que casi no entendía, según la descripción de Martín. Desfilaban por las Ramblas los batallones que iban a embarcar hacia Cuba y Filipinas, aclamados por muchedumbres entusiastas que agitaban banderolas y gritaban: “Viva Cuba española” y “Viva Filipinas española”. Cuando los políticos habían dicho “Lucharemos hasta el último hombre y la última peseta”, sólo expresaban el sentir popular. España todavía era un Imperio y todos se sentían orgullosos de los míseros retazos de colonias sobre los que aún ondeaba la enseña hispana.

La siguiente carta llegó desde Port Said, a la entrada del canal de Suez, donde carboneó el “Colón”, barco que lo llevaba hacia su destino. Port Said, donde se mezclaban el jaique, el fez, el turbante, el sombrero, los zaragüelles libaneses, los salacots y mil otras prendas y andrajos. Allí se gritaba en francés, en español, en inglés, en ruso, en turco y en árabe. Era una ciudad dividida en tres barrios: el cristiano, el musulmán y el judío; tres barrios que elevaban iglesias, mezquitas y sinagogas como oraciones al cielo, o tal vez lo imprecaban por permitir la existencia de los enemigos de la única fe verdadera. Martín sólo calló en su carta la existencia de unos barrios menesterosos de las afueras cuyas casas estaban pintadas de carmín; barrios habitados por prostitutas que vivían del comercio con los marinos que allí recalaban. En aquellos lugares no había ningún Dios al que rezar.

En la siguiente misiva, Martín le habló de cómo el “Colón” atravesó el canal de Suez, azotado por un viento seco llamado khamsim, proveniente de las abrasadoras arenas desérticas; y cómo en Adén, ya en el mar Rojo, había muchachos sumergiéndose en el mar para recoger las monedas que les arrojaban los viajeros. Le impresionó que alguno de ellos careciera de piernas, devoradas por los tiburones.

Después de Adén, el barco carboneó en Colombo, tras haber atravesado el Índico. Colombo era el principal puerto de la isla llamada Shingala por los indios, Trapobana por los antiguos exploradores y Ceilán a finales de siglo XEX. Allí, los soldados pudieron descender en lanchones impulsados por remeros malabares y encontraron una ciudad de belleza incomparable, tanto por sus budas y pagodas, como por la exuberante vegetación que colonizaba sus parques y jardines: palmeras, ébanos, teks, sándalos, agaleches y bambúes. Los nenúfares se extendían por la superficie de los estanques y lagos, casi impidiendo ver el agua; y en sus afueras crecía el bosque más aromático del mundo, formado por árboles de la canela. También era un espectáculo contemplar a sus pobladores: cingaleses, malayos, malabares e indios, estos últimos divididos a su vez en múltiples etnias y castas: bil, gond, kol, korku, puliah, vedda...

A la salida de Colombo, el vapor español se cruzó con otro

buque francés, que llevaba tropas a Tonkin, también conocido por Vietnam. Los soldados de uno y otro barco se saludaron jubilosos, alzando las gorras y gritándose ánimos en lenguas mutuamente incomprensibles. Tal vez aquellos hombres, alejados de su patria, se sintieran más europeos y vecinos que extranjeros. O cumplieran el ritual de todos los soldados que son enviados a la muerte: gritar y reír por cualquier motivo, para olvidarse del miedo que ensombrece sus espíritus.

La siguiente carta fue enviada desde Singapur. Para llegar allí, habían tenido que atravesar el estrecho de Malaca, con el faro de Sangalore y la abrumadora silueta del monte Ofir. Los soldados vieron algunos barcos de vela; en su ignorancia no sabían distinguir los praos piratas de los juncos pertenecientes a los comerciantes chinos. No tenían por qué preocuparse: los piratas sabían muy bien que no podían atacar ningún gran navío comercial europeo sin exponerse a brutales represalias.

En el mar de la China se cruzaron con otro barco español, el “Alfonso XIII”, que volvía hacia la patria. Cuando vieron la bandera que enarbolaba, los soldados gritaron de júbilo y sonaron las sirenas de los dos buques, saludándose. Pero hurras y vivas se apagaron cuando vieron el cargamento del “Alfonso XIII””: soldados de rayadillo heridos, mutilados, ciegos, delirantes de malaria y enfermedades desconocidas

y terribles. A muchos de los repatriados se les caían las lágrimas, al ver partir hacia la guerra a unos muchachos tan sanos, animosos y entusiastas como habían sido ellos mismos hasta hacía pocos meses.

Esto encuentro no lo contó Martín en sus misivas, porque Filipinas estaba pacificada.

Treinta días después de zarpar desde Barcelona, Martín divisó a lo lejos la elevada cordillera de Mariveles, en la isla de Luzón. Habían llegado.

Bordearon el fortificado islote de Corregidor, a la entrada del golfo de Manila, y ya de noche se acercaron a las luces de la capital que los llamaba. En la lejanía, hacia el interior de Cavite o de la Pampanga, se oían extraños truenos: si Martín hubiese sido un veterano, habría sabido que eran cañonazos.

Una vez desembarcado, Martín se alojó en un hotel espacioso en el arrabal de Tondo, nombre primitivo de Manila. Las camas poseían un doble y tupido mosquitero. A la mañana siguiente, salió para callejear, ansioso por ver las maravillas que luego describiría a su novia. Pasó el puente de España, vigilado por dos guardias indígenas descalzos y con uniformes azules. El río Pásig se deslizaba manso bajo el puente y por sus aguas transitaban vaporcillos sin arboladura o convoyes de lanchones entoldados con rejillas de bejuco y empujados por tiquines (pértigas de bambú).

Una vez en Intramuros, el centro de la ciudad, Martín visitó la moderna Catedral, que no le impresionó en absoluto, conociendo la de Sevilla. Le llamó la atención la gran cantidad de frailes que transitaban por las calles: agustinos, recoletos, capuchinos, dominicos..., todos en parejas. Ninguno iba solo. ¿Por qué?

Acostumbrado a los calores estivales de Toledo y Sevilla, Martín no jadeaba tanto como sus compañeros recién llegados del norte de España. Un santanderino se desplomó de repente y hubo que trasladarlo al Hospital Militar en un lando alquilado. Después, Martín reemprendió la excursión por el puente de Tondo. Atravesó la calzada del Iris y recorrió anchas avenidas sembradas de jardines y casas coloniales, desbordantes de lujo y flora tropical: el paseo de la Luneta, la avenida de Malacañang y otras calles de nombres hermosos e impronunciables.

Por último, al caer la tarde, se dirigieron al Malecón, buscando inútilmente algo de brisa marina que los refrescase. Allí pasearon en torno a un quiosco donde tocaba una banda militar, amenizando los coqueteos que se intercambiaban las muchachas vestidas de blanco y los oficiales españoles, fueran marinos o de tierra.

Martín observó que los oficiales con las bocamangas rojas de caballería gozaban de más éxito entre aquellas jóvenes vaporosas; a él no le importó que sus bocamangas fueran verdes, porque todo lo miraba sólo para narrarlo más tarde

a su querida sevillana, más bella que la más hermosa de las mestizas manileñas.

Martín no visitó aquello que no merecía la pena: los suburbios plagados de míseras barracas donde se apilaban los tagalos que una vez fueron dueños de la isla. Espoleados por la miseria, se unían en secreto al Katipunan. Se enrolaban firmando con la propia sangre y a partir de entonces su única lealtad, su único sueño, su único deseo era lograr la libertad para Filipinas y expulsar a los odiados españoles.

Martín dejó caer su carta en la estafeta de Manila, diciéndole a su novia que lo habían destinado al doce Batallón de Cazadores Expedicionarios y que partiría en enero hacia Tayabas.

La joven abrió su atlas escolar, con el que había seguido el periplo del “Colón”, y buscó Tayabas. Tardó mucho en localizar la ciudad. ¡Qué lugar tan pequeño y lejano! La fecha del remite era de finales de noviembre; ¿qué haría su Isidoro Martín ahora? ¿Ya viajaría una nueva misiva hacia ella, para describirle quién sabe qué maravillas exóticas?

Tomó pluma y papel. Ahora que por fin tenía una dirección a la que escribir, inició la carta tan largamente pospuesta. Aquella primera carta significaba más que unas simples frases escritas sobre el papel, era un decir “te espero”.

Tranquilizada por la prensa, que loaba al “Pacificador de las Filipinas”, María del Pilar no podía imaginarse que en aquellos momentos su Isidoro Martín, aquel Martín dulce, bueno y sensible, comandaba de vuelta a Tayabas un destacamento de caníbales y cortadores de cabezas.

LA BRUJA

San Narciso (Filipinas)

Noche del 24 de enero de 1898

Ante Roselló y Mediano se levantaba el cuartel de la Guardia Civil de San Narciso, un grupo de grandes chozas protegido por una empalizada de bambú. En la puerta, un centinela hacía guardia de manera tan descuidada y torpe que provocó en Roselló un bufido de desprecio. Los demás habitantes del cuartel dormían.

Mediano meditaba las alternativas. Cuando Cordel, el teniente corrupto, se enterase de que los tulisanes habían sido apresados por los españoles, se evaporaría en la selva y no podría ser capturado; por lo tanto, no había tiempo para pedir refuerzos. Pero también conocía el primario sentido de la lealtad que caracterizaba a los guardias civiles nativos: si intentaba detener a Cordel, se arriesgaba a un motín... o a algo peor. Sólo le quedaba una opción:

–¡Vamos! –dijo. Saliendo de las sombras, comenzó a caminar hacia el centinela exhibiendo su uniforme nuevo. Detrás de él iban Roselló y los dos guardias que les acompañaban. El centinela les dio el alto, aunque se tranquilizó al ver que dos de ellos eran militares peninsulares.

–Venimos a informar al teniente Cordel sobre una emboscada que hemos sufrido a manos de los tulinenses... –Mediano se había ido acercando y su puño alcanzó al desprevenido centinela en el plexo solar, impidiéndole lanzar ni siquiera un gemido. Un revólver golpeó su cabeza y la oscuridad que imperaba sobre el pueblo se apoderó también de él. Uno de los guardias de Mediano ocupó su lugar, mientras el otro lo arrastraba hacia un rincón sombrío. Mediano y Roselló buscaron la choza más cómoda y lujosa, en la seguridad de que el traidor dormiría allí.

–¿Quién llama a estas horas de la noche? –preguntó el teniente Cordel a través de la puerta, empuñando su revólver. A través de una rendija pudo ver la silueta de un oficial y de un soldado, españoles ambos. Enfundó su arma.

–Un mensaje urgente de Manila.

Apenas abrió la puerta, un puño de hierro se estrelló contra su rostro, arrojándolo contra el otro extremo de la estancia. Trató de desenfundar su revólver, pero una sombra se lo arrebató, diciendo con un acento catalán inconfundible:

–¡Esas manos, que luego van al pan!

La primera sombra le apuntó con otro revólver y susurró:

–La menor voz de alarma y le vuelo la tapa de los sesos. ¿Ha entendido? Dígame dónde oculta el dinero que le pagan los tulisanes por hacerse el idiota.

El teniente trató de negarlo, pero aquella sombra dijo:

–Roselló, puede usted pegarle.

–¿De verdad? ¿No es broma? ¡El sueño de mi vida: zurrarle a un oficial! Bueno, amiguito, nos vas a contar dónde guardas tus cuarenta denarios, pero antes dirás: ¡Viva Kropotkin!

–¿Viva qué? –preguntó el infortunado traidor. Una lluvia de golpes cayó sobre él.

–¡Toma esta, por ser un lacayo del capitalismo! ¡Y esta otra, por amenazarme con un ascenso!

–Roselló, no sea injusto, fui yo quien le amenazó con un ascenso –dijo la primera sombra.

–Ya lo sé, pero a usted no puedo pegarle, porque somos amigos y, además, me devolvería los golpes con intereses. Así es que le doy a este imbécil que no conoce ni a Kropotkin.

–¡Auxilio! Éste hombre está loco –gemía el teniente Cordel, pero sin levantar la voz por miedo al revólver que lo apuntaba.

–En efecto –señaló la sombra fornida–, está loco. Le matará si no dice dónde está el dinero.

Finalmente, el teniente confesó sus culpas y Mediano desenterró de un rincón una bolsa con quinientos pesos filipinos. Dejaron inconsciente al traidor, lo envolvieron en una manta y se lo llevaron sin ningún problema.

Dos noches más tarde, en Guinanyangan, el hombre más importante del pueblo, un comerciante español llamado Eduardo Campos, recibió una visita muy parecida. La única diferencia consistió en que ahora Roselló le imprecaba: –“¡Toma, capitalista! ¡Toma, opresor del proletariado!”. Salieron del lugar con otro bulto al hombro, ochocientos pesos y varias pruebas irrefutables de la implicación del comerciante.

–¡Nunca me lo había pasado tan bien! –decía Roselló– Parece un sueño. Si ahora le pudiese pegar a un ministro, sería totalmente feliz.

–Por desgracia, no hay ninguno envuelto en esto, aunque me vienen a la mente tres o cuatro a los que irían muy bien unos cuantos mamporros –suspiró Mediano.

Con sus dos prisioneros, corrieron de vuelta hacia Tayabas por el camino principal. Sin embargo, cuando ya estaban cerca, encontraron a unos comerciantes que les informaron de que un grupo de tulsanes estaba deteniendo a todos los viajeros, matando a los sospechosos de colaborar con los españoles.

Decidieron dar un rodeo por el sur de Tayabas y entrar a la ciudad por el camino de Sariaya. Así lo hicieron, aunque les costó un día de penoso transitar sobre arrozales inundados. Una vez a salvo en el camino de Sariaya, descansaron escondidos tras unos arbustos.

El centinela, uno de los dos guardias civiles, lanzó un silbido casi inaudible, y pronto todos estuvieron en pie con las armas listas para disparar.

Llegaba un hombre corriendo, un tagalo que traía una vestidura grotesca: sombrero de copa, pantalones a rayas, camisa hasta las rodillas y botines acharolados. Los nativos aún no habían aprendido las sutilezas del vestir y este traje indicaba que el tagalo disfrutaba de alta posición, probablemente fuese un jefe de aldea, al que los españoles llamaban, pomposamente, alcalde. Pero el traje se veía roto y manchado, y su poseedor jadeaba corriendo bajo el sol tropical; dos detalles que evidenciaban sucesos extraños y peligrosos.

–Detengámoslo y veamos qué sucede –ordenó Mediano,

revisando una vez más el tambor de sus revólveres y el filo de los cuchillos que guardaba en las mangas.

El recién llegado era alcalde de Anos, una aldea de unos trescientos habitantes que se encontraba a tres horas de allí. El Katipunán la había tomado y el alcalde había huido para pedir ayuda a la Guardia Civil de Tayabas.

–¡Pues estás bueno! –exclamó Roselló– Para cuando los guardias civiles lleguen a Anos, los insurrectos habrán tenido tiempo para desvanecerse en la selva.

–¡Matarán a los que somos leales a España! –el alcalde se retorció las manos, angustiado.

–No se preocupe –lo tranquilizó Mediano–. Estamos aquí nosotros y alistaremos a algún voluntario por el camino.

–¡Pero son unos veinticinco hombres y ustedes sólo cuatro! –exclamó el alcalde de Anos.

Mediano se encogió de hombros.

–¡Teniente! No trataré de repetir la jugarreta de Vicita de Piris. Por estas fechas, la conocerá todo el Katipunán –le advirtió Roselló.

–No se preocupe, Roselló, que no soy un novato.

En Patol, aldea próxima a Anos, alistaron a cinco somatenes de apariencia lamentable. Uno de ellos era el secretario municipal, un abuelo anémico que una y otra vez se ajustaba unos impertinentes empeñados en deslizarse por su nariz; otro, el barrendero, al que la guerra no le iba ni venía, pero que siempre hacía lo que le mandasen; el tercero, un muchacho al que no habían permitido entrar en la Guardia Civil por estrecho de pecho y trataba de hacer méritos para que revisasen su expediente; el cuarto era un vagabundo sacado apresuradamente de la cárcel del ayuntamiento; y el quinto, un hombre gordo vestido con oropeles y lleno de ánimo combativo: el traductor judicial.

De estos cinco, los únicos que no correrían al primer disparo serían el abuelo, porque no podía; el muchacho, porque quería hacer méritos, y el traductor, porque odiaba a los insurrectos con toda su alma. Si algún día triunfasen, se agostarían la fuente de su riqueza:

Ninguna academia judicial había preparado a los jueces españoles para las complicaciones que iban a encontrar en Filipinas. Su principal problema consistía en el desconocimiento absoluto no ya de la lengua, sino de las decenas de lenguas con que se comunicaban los filipinos.

Sólo los filipinos más ilustrados hablaban español, porque la política de las órdenes religiosas consistía en mantenerlos en la ignorancia y no suministrarles un idioma común que pudiera unirlos. Resultaba necesario un traductor en casi

todos los juicios. Y el traductor se caracterizaba por una gran sensibilidad a los sobornos.

Así, los traductores se habían enriquecido y las sentencias constituían ejemplos del surrealismo más extremo: A quien se querellaba por insultos en la plaza pública, se le condenaba a devolver tres carabaos robados; un jornalero debía reintegrar préstamos inexistentes tras denunciar a su amo por no pagarle una semanada; o se absolvía del delito de hurto al asesino de tres niñas.

No es de extrañar que los traductores fuesen firmes defensores de que todo siguiese igual.

Estos cinco somatenes fueron los únicos voluntarios de Patol. Mediano llevaba sus dos revólveres; Roselló tomó otros dos, confiscados al teniente Cordel y a Eduardo Campos, y entregó su carabina al joven estrecho de pecho, el más belicoso de los cinco somatenes. Los demás se prepararon lanzas de bambú. Junto con los dos guardias civiles que ya antes los acompañaban, aquéllos eran los soldados que se enfrentarían a los veinticinco hombres del Katipunán. Cuando Roselló vio la tropa formada para salir, exclamó: –“¡Mare de Deu!”, olvidándose de que era ateo.

Guiados por el alcalde, entraron en Anos a medianoche. Se acercaron hasta la casa donde se cobijaban los insurrectos y observaron durante una hora, para cerciorarse de que ningún vigía se agazapaba en la oscuridad.

–¡Sólo un centinela paseando delante de la puerta! Deben de sentirse muy seguros –murmuró Roselló.

–Saben que Tayabas está lejos. Pero se van a llevar una sorpresa.

Roselló y Mediano se desnudaron completamente y se cubrieron de barro para evitar que se reflejara la luz de las estrellas sobre su piel blanca. Sólo llevaban los cinturones con los revólveres y un cuchillo. Luego reptaron hacia el centinela, moviéndose sobre los codos y las puntas de los pies a intervalos irregulares, para que si provocaban algún ruido, fuera atribuido a ratones, huéspedes comunes de las aldeas tagalas.

Tardaron casi una hora en recorrer diez pasos, hasta que por fin se situaron bajo una sombra que interceptaba el camino del centinela. Roselló insinuó un ademán como de rebanar el cuello, pero Mediano negó con la cabeza. Roselló habría suspirado si no hubiera sido una imprudencia: aquel oficial se empeñaba en hacer todo por lo difícil.

Cuando el centinela pasó de nuevo a su lado, Roselló le abrazó los pies por detrás. El tagalo cayó hacia delante, soltando el rifle para apoyarse. Antes de llegar al suelo, ya había sido golpeado en la cabeza por el revólver de Mediano.

Lo arrastraron lejos y lo dejaron atado y amordazado bajo

la custodia del somatén anciano y tembloroso, que también vigilaba a Cordel y a Campos.

El capitán del Katipunán y sus oficiales se hallaban confeccionando la relación de habitantes de la aldea leales a España, o simplemente sospechosos de serlo, a los cuales había que ejecutar al amanecer.

–En esa lista faltó yo –gritó una silueta desnuda, embarrada y enorme, que se apoderó del umbral de la puerta. Empuñaba un revólver en cada mano–. ¿No queréis saber mi nombre?

–También os habéis olvidado de mí –dijo otra sombra tan siniestra como la anterior, ahora por la puerta trasera. Los amenazaba con otros dos revólveres.

Por las ventanas asomaron varios cañones de carabinas que apuntaban hacia el interior.

Alumbrados por la oscilante luz de un quinqué que colgaba de una viga, los oficiales y soldados del Katipunán estaban perplejos. Tenían enfundados los bolos, apoyadas las lanzas contra la pared, bajados los percutores de los rifles. Eran muchos más que sus atacantes, pero sabían que el primero que se moviese, moriría.

–Di a tus hombres que dejen caer sus armas –ordenó Mediano al que identificó como oficial de mayor

graduación. Llevaba más entorchados que un general en una parada de gala. Uno de los revólveres le apuntó directamente al rostro.

–¡No obedezcáis! ¡Matad a los españoles! ¡Vuestros antig–antig os volverán invencibles! – exclamó una mujer que surgió de un rincón. Era Intantica, una de las principales brujas y sacerdotisas del antig–antig. Iba recubierta por mil amuletos siniestros y macabros, como una divinidad de la muerte; y el tono de su voz parecía surgir de las cavernas de Pamigtinan, boca del infierno.

–Vosotros, cerdos blancos, sois incapaces de apretar el gatillo –dijo la bruja, dirigiéndose a los españoles silbando invocaciones ominosas y estremecedoras–. Sentís cómo vuestra sangre se hiela, cómo los músculos se agarrotan, cómo vuestros huesos se vuelven frágiles y pesados... Vuestros pistolas caen al suelo, caen, caen...

Incluso Roselló, el descreído, sintió que se le aflojaban las piernas ante la horrible voz de aquella mujer; pero Mediano había conocido a muchas brujas del Pirineo tan malignas como Intantica y no se dejó amedrentar:

–Si no callas y ordenas a estos hombres que dejen sus armas, te vuelo la tapa de los sesos. Y veremos si te protegen tus antig–antig –le dijo, apuntándola con su segundo revólver. En los azules ojos del aragonés destellaban relámpagos de ira, como de tormenta en un

cielo de verano. Iba a disparar-. Imaginando que estarías aquí, cargué este revólver con balas de plata.

Mediano sabía que los seguidores del antig-antig se creían invulnerables “al hierro y al plomo extranjeros”. Por eso mentía sobre el metal de sus balas, pues en aquella lucha no se medían las fuerzas, sino las voluntades y el valor.

La bruja retrocedió hacia el rincón del que había surgido como una aparición satánica, asustada ante aquel gigante cubierto de barro, invulnerable a su poder mágico. Los insurrectos, al ver a su sacerdotisa acobardada, dejaron caer las armas.

-Señor, soy un capitán del Katipunán y exijo ser tratado según las leyes de la guerra -dijo el jefe a Mediano, cuando vio que todos sus secuaces habían sido inmovilizados con las manos atadas a la espalda. Tengo derecho a...

Mediano le golpeó en la boca con el cañón de su pistola y el capitán cayó al suelo escupiendo sangre y fragmentos de dientes:

-¿Confeccionar listas de civiles para ejecutarlos está recogido en las leyes de la guerra? -le espetó- ¡Carniceros! Debería dejaros a merced de vuestras víctimas. Pero soy un oficial y os llevaré a Tayabas para que seáis juzgados: no os hagáis muchas ilusiones sobre la suerte que os espera, encontraréis que los jueces militares son tan sanguinarios

como vosotros y ordenarán vuestro fusilamiento sin dudar mucho.

Roselló iba a objetar algo respecto a la injusticia de las ejecuciones sumarias, pero decidió no hacerlo. A Mediano le ponía furioso que se matase a civiles inocentes y era mejor dejarlo tranquilo, al menos hasta que guardase el revólver que agitaba.

Amordazaron y vendaron los ojos a Intantica, para impedirle emplear sus poderes mágicos. Con ella, atados unos a otros, los traidores de San Narciso y los rebeldes de Anos fueron conducidos a Tayabas y a su destino.

El capitán de la Guardia Civil en Tayabas estaba leyendo el informe de su teniente, mientras aquel monito insoportable, eufórico por haberse vuelto a reunir con su amo, le tiraba de los engominados bigotes, distrayéndole e impidiendo la lectura.

–Hay algo que no entiendo de su informe, teniente Mediano –dijo, tratando inútilmente de apartar al mono.

Sus retorcidos bigotes ejercían una atracción irresistible sobre el pequeño simio, que tiraba de ellos una y otra vez–. Usted y yo sabemos que los tulisanes, esos bandidos comandados por Silang y capturados en Vicita de Piris, eran insurrectos del Katipunan. ¿Por qué no lo pone en su informe?

–Les di mi palabra de que no los fusilarían, mi capitán.

–En cambio, a los que capturó en Anos, no le importa que los fusilen.

–Es que esos son unos cabrones, mi capitán –intervino Roselló. Cuando vio la cara del capitán, añadió: –Con perdón.

–Cabrones o no, todos son insurrectos contra España y deben morir. Vaya, rompa su informe y redacte otro diciendo que también los de Vicita de Piris son insurrectos. Y llévese este maldito mono.

Ni el mono ni Mediano se movieron. Roselló cerró los ojos, presintiendo una tormenta. Aunque las simpatías de Mediano se inclinaban hacia los conservadores, había veces que resultaba peor que el más insubordinado de los anarquistas.

–¿No me ha oído, Mediano?

–Le di mi palabra a Silang, mi capitán.

–Su palabra no me ata a mí, teniente, y yo le ordeno que cambie su informe.

Mediano tomó aire. Se jugaba la carrera, pero no violaría su palabra de honor.

–Tal vez si me obliga a cambiar el informe, caiga en la cuenta de que me equivoqué y de que confundí con tulisanes a una partida de cazadores.

–¿Cazadores? ¿Treinta y dos individuos armados pueden ser una partida de cazadores?

–No sabe lo difícil que resulta cazar carabaos cimarrones, mi capitán –intervino Roselló.

–¿También usted, Roselló? ¿Cómo pueden defender a los enemigos de nuestra patria?

–Lo siento, mi capitán. No sabía que los cazadores de carabaos cimarrones fueran enemigos de nuestra patr...

En esto, el monito volcó un tintero estropeando varios documentos que, sobre la mesa, aguardaban la firma del capitán.

–¡Maldito mono! –el capitán añadió unos cuantos juramentos de lo más expresivo– ¡Qué ganas tengo de que ustedes se trasladen de una vez y me dejen en paz! ¡Largo de aquí! ¡No me hablen más de carabaos cimarrones! ¡Y no esperen ninguna medalla por esto!

Roselló iba a añadir algo, pero el capitán se lo impidió:

–¡Ya sé que usted no quiere ninguna medalla, anarquista de las narices!

Roselló, Mediano y el monito salieron del despacho del capitán envueltos en maldiciones. Cuando cerraron la puerta, un ordenanza les preguntó qué había sucedido para que el capitán gritase así, pues tenía entendido que habían realizado una gran captura de insurrectos y tulisanes. Roselló examinó al lechuguino que les hablaba, un guardia civil más acostumbrado a lidiar con timbres y expedientes que con enemigos, y no pudo evitar que sus instintos ácratas se impusieran:

–Nos ha felicitado, pero luego se ha puesto furioso al confesarle que no sabemos cazar carabaos cimarrones. No tiene con quien salir de caza el domingo.

–Yo sí que sé –exclamó el oficinista, iluminándosele los ojos de contento. Nunca había cazado nada mayor que una liebre; pero seguro que antes del domingo encontraba a alguien que le enseñase. Salir de caza con el capitán... A lo mejor conseguía un ascenso.

–Pues entre, entre, y propóngale cazar carabaos cimarrones. Ya verá qué alegría le da.

El oficinista entró en el despacho del capitán con expresión beatífica.

–Roselló, qué socarrón es usted –le dijo Mediano, con una media sonrisa que iba borrando la amargura de no haber conseguido reconocimiento por sus hazañas.

–No lo puedo evitar, mi teniente, es más fuerte que yo.

El oficinista salió corriendo seguido de un archivador arrojado por una mano furiosa. Los juramentos del capitán hicieron temblar el cuartel.

–¡Pero qué lenguaje emplean a veces los oficiales! ¡Y luego se llaman civilizados! –comentó Roselló, mientras salían al patio de armas.

El capitán, tras su mesa, fue calmándose poco a poco:

–¡Carabaos cimarrones! ¡Ya les daré yo carabaos cimarrones! ¡Los voy a empapelar! ¡Informaré a Manila de su comportamiento! –tomó un folio y escribió:

“Excmo Capitán General de Filipinas”

Aquí dudó unos momentos, mientras su sentido de la justicia se sobreponía a su enojo.

“Tengo el honor de proponerle al 2o teniente Mariano Mediano Vilas para la concesión de la Cruz de la clase del Mérito Militar con distintivo rojo en recompensa al comportamiento observado en la persecución y captura de tulsanes...”

La pluma del capitán se interrumpió de nuevo durante unos segundos al llegar a esta palabra. –“Tulsanes y carabaos cimarrones –pensó, incapaz de reprimir una

sonrisa-. Vaya aragonés más tozudo. Cuando se le mete algo en la cabeza, es peor que un carabao cimarrón”. Con un suspiro resignado, continuó el oficio.

En el patio de armas, Mediano y Roselló se despidieron; el teniente se dirigió a la cantina de oficiales. Encontró a sus amigos arremolinados en torno a un periódico de Manila, El Comercio.

El acorazado Maine, de los Estados Unidos, había explotado en La Habana, con gran número de muertes. El gobierno norteamericano se negaba a crear una comisión neutral para aclarar el incidente, rechazaba cualquier excusa o indemnización y exigía la independencia de la isla o su venta a los Estados Unidos.

–Si quieren saber mi opinión –decía el teniente Gómez, jugueteando nervioso con su coleta–, el asunto huele a celada de los yanquis. ¿Para qué íbamos a querer volar un acorazado?

–A mí me amosca que explotase cuando los oficiales estaban fuera en un baile –señaló el capitán Orihuela–. ¡Qué casualidad! Los oficiales pueden tener familias poderosas a las que no contrariar y que exigirían una investigación; pero se puede sacrificar impunemente a unos marineros, pobres diablos por los que nadie se preocupará demasiado.

Todos los oficiales de la compañía asintieron, menos el

teniente Estadella, obsesionado por su dilema entre el amor y la lealtad. En un pequeño recuadro, leyeron que la escuadra de los Estados Unidos se había trasladado desde Yokohama hasta Hong-Kong.

–¡Los barcos yanquis en Hong-Kong! Se están acercando a Manila.

–¿Podrá detenerles nuestra flota?

La pregunta quedó en el aire. No importaba quién la hubiera formulado: todos habían pensado lo mismo. Como intuían la respuesta, nadie contestó. El capitán, prudentemente, pidió a Martín y a Mediano que narrasen sus aventuras, lo cual ocupó el resto de la velada.

Cuando se dirigían a sus habitaciones atravesando el patio de armas, el teniente Benedí tomó a Martín del brazo:

–Se pone fea la situación... –le dijo.

–Eso parece –respondió Martín.

–¿No le gustaría regresar a la Península antes de que nos veamos en apuros?

Martín no contestó. La Península... Volver a las callejuelas de su Toledo natal y a los patios de Sevilla donde le aguardaba su novia, oler azahar y jazmines en lugar de

podredumbre de los pantanos, caminar al atardecer sin preocuparse de que un tulisán surgiera de la sombra y lo asesinara... Benedí interpretó el silencio como un asentimiento avergonzado.

–Yo podría conseguir que volviese...

–¿Usted? –se asombró Martín.

–Tengo buenas relaciones con algunos subalternos de Fernando Primo de Rivera. Podría incluirse entre los repatriados por enfermedad. A cambio de cierta suma de dinero, claro. Es elevada, pero ¿qué precio pagaría usted por seguir con vida?

–¡No soy un desertor! –se indignó Martín, conteniéndose para no abofetearlo.

–Y no lo sería. Todo resulta absolutamente legal: los certificados médicos, la orden de embarque, el pasaporte...

–¡Es usted un canalla! –gritó Martín, golpeándole en la cara con el dorso de la mano. Benedí no pareció darse por ofendido– ¡Los transportes a la Península son precisos para los enfermos que abarrotan los hospitales de Manila!

–Vaya, otro Quijote –replicó Benedí, sin alterar el tono de voz–. Quédese aquí con sus amigos y su bandera, y verá lo que les sucede cuando lleguen los yanquis con cruceros y ametralladoras. Para entonces, yo habré vuelto a casa en el

último transporte, enriquecido gracias a los que aceptan mi razonable oferta.

Martín le dio la espalda y se marchó. Había entrado en contacto con otra dolorosa realidad del ejército bajo Fernando Primo de Ribera: la compraventa de pases para ser repatriados como enfermos.

Los médicos militares no podían luchar contra la autoridad del Capitán General, que defendía a sus paniaguados tan ferozmente que llegó a publicar una orden prohibiendo que se repatriasen más de cinco enfermos por cada sala de ciento cincuenta. El resto de los pasajes era necesario para que regresaran a la Península aquellos que habían ido a Filipinas para ganar ascensos luchando contra tagalos mal armados, pero que no sentían ningún deseo de pelear contra los Estados Unidos. Y, mientras tanto, en los hospitales de Manila agonizaban cientos de españoles afectados por enfermedades tropicales, cuya única esperanza estribaba en ser trasladados a un clima más saludable.

Benedí contempló a aquel joven y exaltado oficial que marchaba hacia su alojamiento, e intentó acordarse del tiempo en que él también había poseído ideales por los que sacrificar la vida. No consiguió recordarlos y llegó a concluir que nunca los tuvo. Quizá no fuera cierto, pero daba igual.

TRAICIÓN EN PALACIO

Madrid, 18 de abril de 1898

Palacio de la Reina Regente

–Señores, acabo de recibir un telegrama secreto de mi tío el emperador Francisco José de Austria. El Senado y el Congreso de los Estados Unidos han autorizado a su Presidente para que movilice el ejército y nos declare la guerra. ¿Qué tienen que decir? –la Reina Regente temblaba de ira y rabia mientras blandía un telegrama para luego dejarlo caer sobre la mesa de su despacho rococó. Sus ojos se veían enrojecidos, como si hubiese llorado– ¿No les ordené que mantuvieran la paz a toda costa?

La reina María Cristina había hablado sin esperar siquiera a que se cumpliesen los ritos cortesanos que la tradición exigía. Los hombres que se encontraban de pie ante ella se removieron inquietos y se miraron unos a otros. Sagasta, el nuevo Presidente del Consejo de Ministros, y también jeté

del partido Liberal, tomó la palabra después de dudar unos instantes:

–Alteza, le juro que hemos hecho cuanto hemos podido para...

–¡No ha sido suficiente! –le interrumpió la reina.

–No hemos encontrado apoyo en ningún otro país europeo –intervino el ministro de Exteriores–. Ni siquiera su tío, el emperador...

–¿Cómo quiere usted que nos ayude el emperador de Austria–Hungría, si apenas posee una flota? –se defendió la reina.

–Majestad, no hay manera de salvaguardar la paz. Los Estados Unidos conocen nuestra debilidad y están decididos a iniciar un imperio a nuestra costa –Sagasta trató de mantener calmada a la reina, para que aprobase el plan que había ideado. Aunque innoble, era la única salida posible. Arrojó sobre la mesa de la regente un paquete de periódicos y revistas–. También nuestro pueblo desea e incluso exige una guerra contra los norteamericanos. Lea usted la prensa española. El Imparcial, Blanco y Negro, El Liberal... Todos vituperan a los yanquis y consideran segura nuestra victoria. Ni siquiera contemplan la posibilidad de una derrota.

–¿Por qué la prensa se niega a contar la verdad al pueblo?

–preguntó la reina– Una guerra con los Estados Unidos será larga y sangrienta.

Sagasta suspiró. Él había sido uno de los principales instigadores de la libertad de prensa –dentro de un orden, claro está–; ahora no podía dominar el monstruo que había creado.

–No sólo es la prensa; la prensa es la voz del pueblo. Los españoles, por calles y plazas, cantan la zarzuela “Cádiz”, evocando la guerra de la Independencia; inventan chistes de mal gusto sobre los norteamericanos, exigen la movilización de nuestro ejército y de nuestra flota... La prensa no se pondrá la soga al cuello por defender algo tan impopular como la cobardía.

–La prudencia, querrá decir usted –señaló la reina.

Sagasta se encogió de hombros y no respondió. Permitted transcurrir el silencio, para dejar claro que le importaba poco la opinión de la reina. Luego, tomó aire un tanto teatralmente, como buen orador, para que la reina atendiese las palabras que iba a pronunciar. Los otros tres hombres que, respetuosamente, permanecían en pie ante aquella reina sensible y enérgica –los ministros de Exteriores, de Guerra y de Hacienda–, ya habían dado su aprobación al plan, el único que salvaría a España de una catástrofe.

–Si intentásemos apaciguar a los Estados Unidos

entregándole nuestras colonias –continuó Sagasta–, nos enfrentaríamos a una revolución. El gobierno y el trono caerían, y la guerra civil asolaría España. Debo añadir que aquellos que hubiésemos firmado la entrega de las colonias seríamos considerados traidores y, muy probablemente, ejecutados. ¿Está de acuerdo Su Majestad?

María Cristina movió la cabeza, asintiendo. Una ola de fervor patriótico barría la Península y nadie era consciente de la naciente potencia militar de Estados Unidos. La entrega de las colonias sin lucha sería tomada como una traición. El pueblo español perdonaba en sus gobernantes que fuesen corruptos, incompetentes, manirroto y mujeriego; pero no toleraba la cobardía. Aunque se tratara de disimular bajo el manto del buen sentido.

–Por otro lado, si nos embarcamos en una guerra prolongada y cruenta cuyo final será, sin duda, la derrota, el país también caerá en la ruina y el caos –argumentó Sagasta.

–Majestad, las arcas de la Hacienda Pública se encuentran vacías –intervino el ministro de Hacienda–. Apenas podemos sostener la lucha contra los insurrectos; un pulso con los Estados Unidos nos llevará a la quiebra en pocos meses.

–Nuestro ejército puede sacrificarse y morir defendiendo cada palmo de tierra española, pero es de todo punto

imposible vencer a los norteamericanos –señaló el ministro de la Guerra.

El silencio llenó la pequeña habitación de Palacio.

–Estoy de acuerdo con ustedes –aceptó María Cristina–. Una larga guerra seguida de una derrota sería un desastre para España. Han olvidado señalar que muchos, muchísimos jóvenes morirían inútilmente.

Sagasta carraspeó, reprochándose en silencio por haber olvidado un argumento de tanto peso ante una mujer generosa:

–Su Majestad siempre piensa en sus amados súbditos.

–Entonces, ¿qué alternativa nos queda?

–He hablado con mis colegas del Consejo de Ministros y todos estamos de acuerdo en que sólo existe una solución –dijo Sagasta–. En cierta manera, esto nos ahorra estériles debates, que serían inevitables si tuviésemos que decidir entre...

–Al grano, señor Sagasta, que aquí no estamos en el Congreso –lo interrumpió la reina–. ¿Cuál es esa única solución?

–Majestad, sé que parecerá deshonroso, y en cierta manera lo es, pero tenga en cuenta que si...

–¡Dígalo de una vez!

–Aceptar la guerra, pero ordenar a nuestros generales y almirantes que se dejen derrotar rápidamente y sin demasiadas bajas –dijo Sagasta, atropellándose.

–¡Eso es alta traición! –gritó la reina, indignada y clavando su mirada en los ministros, que bajaron los ojos, avergonzados– ¡Nunca daré mi consentimiento a semejante ignominia! ¡Antes renunciaré al trono!

–Si Su Majestad conoce una solución mejor... –se excusó Sagasta– Pero tenga en cuenta que la situación interior es muy delicada. No hace falta que le recuerde que Cánovas, nuestro desafortunado antecesor, fue asesinado por un anarquista el año pasado.

–La situación en Andalucía y Cataluña no es buena. Hay muchos agitadores y puede estallar una sublevación en cualquier momento –señaló el ministro de Guerra–. Y el rey aún es menor de edad.

–Las arcas públicas están vacías –repitió el ministro de Hacienda.

–¡Nunca! –se empecinó la reina.

El silencio volvió a impregnar cada rincón de la elegante estancia. Sólo se escuchaban, a lo lejos, los taconeos de la Guardia Real.

María Cristina dejó escapar el llanto. Los ministros se miraron unos a otros: resultaba muy difícil consolar a una mujer que al mismo tiempo era reina.

–¿Y los soldados y marinos que morirán absurda, infructuosamente? ¿Cómo mandarlos a una batalla que sabemos e incluso planeamos perdida? ¿Qué les diremos a sus madres y esposas?

–Majestad –replicó Sagasta–. No penséis que enviamos soldados a la muerte, sino que salvamos el máximo número de ellos.

–Y evitamos una guerra que desangraría España –intervino el ministro de Guerra.

–Y la revolución –añadió el ministro de Exteriores.

–Y la ruina del Reino –remató el de Hacienda–. Además, las colonias nos cuestan dinero cada año. Será mejor perderlas.

María Cristina miró a aquellos hombres dignos, enfundados en sus elegantes levitas, y comprendió que ya todo estaba discutido y decidido. ¿Eran descendientes de los defensores de Sagunto, Numancia y Zaragoza? Ni se habían planteado que una lucha larga y sangrienta también perjudicaría a los Estados Unidos, obligándolos a renunciar a sus propósitos expansionistas. Pero sus ministros eran

políticos y contables, no guerreros ni campesinos montañeses; si les hubiera tocado defender Zaragoza contra las tropas napoleónicas, habrían calculado el coste de la destrucción de las propiedades inmobiliarias y se habrían rendido al segundo cañonazo. Los calificó de traidores bienintencionados y cobardes.

¿Pero cómo gobernar sin su colaboración? Silvela, el sucesor de Cánovas al mando del partido conservador, no era mucho más valeroso. Ella sólo reinaba como reina regente, su posición no resultaba tan fuerte como para atreverse a desafiar a los dos partidos que se repartían el poder.

–¿Y el culpable? Aunque la derrota resulte tan rápida y contundente que deje anonadado a nuestro pueblo, sin pulso para iniciar una revolución, exigirá castigo para los culpables –objetó la reina.

Sagasta había pensado en todo: era un político hábil y sistemático.

–Permitiremos a los estadounidenses hundir nuestras flotas de Filipinas y de las Antillas; al fin y al cabo, sólo son unos viejos barcos a los que esperaba el desguace. Después de esto, será fácil justificar la capitulación de Manila y Santiago de Cuba con poco o ningún combate.

Se juzgará a los dos almirantes y a los dos generales

responsables, pero prolongaremos el juicio hasta que el pueblo haya olvidado la derrota y sólo se les apartará de la carrera militar.

–¿Qué almirantes y generales aceptarán dejarse vencer de forma tan deshonrosa? –preguntó la reina, acorralada por la implacable lógica de Sagasta. No era capaz de oponerse a este plan maquiavélico.

–Unos militares que antepongan la lealtad a Su Majestad a sus propias carreras y fama –intervino el ministro de la Guerra–. No será difícil encontrarlos.

–Si Su Majestad tuviese a bien firmar este documento...

Sagasta extendió ante ella un papel, dando fin a la discusión. A través de las ampulosas palabras, la reina comprendió que se trataba de la ruptura de relaciones diplomáticas con los Estados Unidos. Llorando por aquellos muchachos que iban a morir siguiendo una bandera que los traicionaba, firmó: Yo, la Reina Regente. Cada uno de los caídos, llevaría las iniciales de la reina en sus botones: “M Y C”, María Ysabel Cristina. Los ministros recogieron el documento, se inclinaron ante ella y salieron.

Ya en el pasillo, respiraron.

–Bueno, ya pasó lo más difícil –suspiró el ministro de Hacienda.

–Por un momento pensé que iba a negarse a firmar –comentó el ministro de Exteriores–. Habría sido un desastre.

–Menos mal que no se le ha ocurrido preguntar qué les sucederá a los diez mil soldados dispersos por Filipinas, que caerán en manos de los tagalos cuando Manila capitule –dijo el ministro de la Guerra–. No sé cómo la habríamos convencido entonces.

–Señores –los interrumpió Sagasta–, vayan a sus respectivos ministerios. Supongo que tendrán mucho trabajo ahora que vamos a la guerra con los norteamericanos.

–Arrobas de papeles –suspiró el ministro de Hacienda–. Pero todo sacrificio es poco si se realiza por la Patria. Aunque a veces pienso que deberíamos haber imitado al arzobispo de Toledo y al duque de Alba, que han fundado “La tutelar”, una compañía de seguros que contrata jóvenes necesitados para sustituir a los reclutas de buena familia... ¡Ellos sí que están ganando dinero!

Sagasta se volvió hacia el ministro de Hacienda para reprocharle que hiciese chistes, cuando iban a enviar a la muerte a centenares de jóvenes. Pero al mirarle el rostro, se quedó estupefacto. Aquel ministro había hablado en serio. Totalmente en serio.

PLANEANDO LA DERROTA

Bahía de Cavite (Filipinas). 22 de abril de 1898

Crucero María Cristina, nave insignia de la flota española

–¡Por el amor de Dios, almirante! ¡Salgamos de esta bahía! –el comandante Cadarso casi gritó ante la aparente estulticia del almirante Montojo. ¿Qué le pasaba? Montojo había nacido en El Ferrol y era un buen marino. ¿Por qué insistía en mantener la flota española de Filipinas atrapada en la bahía de Cavite, fuera de la protección de la artillería costera?– ¡Si nos sorprenden aquí los yanquis, destruirán toda la escuadra!

Montojo miró hacia el mar abierto. La flota norteamericana acababa de salir de Hong-Kong y no era necesario ser un gran estratega para adivinar su rumbo. Tampoco se hacía muchas ilusiones acerca de la resistencia de sus barcos

averiados y viejos frente a los modernos cruceros norteamericanos.

–¿Qué propone usted? –preguntó el almirante, para ganar tiempo. Tenía que encontrar una excusa aceptablemente racional para mantenerse en Cavite.

–Si desea defender Manila, situémonos junto a la isla de Corregidor, a la entrada del golfo. Allí, apoyados por la artillería costera, tenemos una oportunidad de vencer: nuestros hombres son veteranos. Además, minaremos los pasos de entrada a la bahía.

El comandante Cadarso se entusiasmaba al exponer una estrategia en la que había estado trabajando desde que el “Maine” voló por los aires:

–Pero sería mejor escondemos entre las mil islas del archipiélago filipino. No nos encontrarán fácilmente –prosiguió Cadarso–. La flota yanqui se encuentra muy lejos de su base en Yokohama. No podrán carbonear ni hacer reparaciones y nosotros, atacando sus líneas de aprovisionamiento, les impediríamos desembarcar. Esto supondría permitir que bombardeasen Manila, pero sin transportes de infantería no podrán ocuparla...

–No –rechazó Montojo.

–¿No? Pero, almirante, ¿por qué...?

–Está usted hablando con un superior –Montejo renunció a encontrar ninguna explicación para permanecer en Cavite y decidió aplicar la disciplina–, eso basta. Vuelva a sus tareas, yo tengo mucho que hacer.

Cadarso saludó, rojo de humillación y rabia, dio media vuelta y se marchó del puente de mando. ¡Dios! ¿Por qué el almirante insistía en mantener anclada la flota en la indefendible bahía de Cavite?

Cuando el comandante Cadarso salió, Montejo se inclinó de nuevo sobre la carta marina que comprendía la bahía de Cavite y comprobó, una vez más, la profundidad que marcaba. Eran aguas muy someras y, cuando sus buques se hundieran siguiendo las órdenes de Madrid, permanecería fuera del agua una parte de los barcos para que no se ahogaran los marineros. Al menos, no muchos. Además, al permanecer lejos de Manila impediría que los tiros perdidos cayeran sobre la ciudad.

¿Cómo explicarle al entusiasta comandante Cadarso que estaba planeando una derrota, por orden de la reina? ¿Cómo justificarse ante sí mismo sin morir de vergüenza?

Apartó la carta marina con gesto resignado y también abandonó el puente de mando del María Cristina. En el camarote que le servía de despacho, examinó los documentos que se apilaban ante él. Leyó un telegrama de Madrid que le hizo, al mismo tiempo, sonreír e indignarse. Después

de ordenarle en secreto dejarse vencer, el ministro de la Guerra lo inundaba con órdenes y sugerencias estratégicas llenas de energía y belicosidad. Montojo comprendió que así recaería sobre sus hombros, y sólo sobre sus hombros, la derrota. Pero sabría ir al sacrificio e incluso al deshonor si se lo mandaba su reina. Releyó el telegrama:

“Cierre los puertos con líneas de torpedos.”

Garabateó la respuesta sobre un papel:

“Su Excelencia sabe que no tengo torpedos.” Pensó en añadir que le habían dado minas sin espoletas, pero se encogió de hombros, aceptando su destino. Llamó al telegrafista:

–Envíe este telegrama cifrado y urgente a Madrid.

El almirante Montojo sacudió la cabeza para alejar la tentación del suicidio y olvidar el revólver cargado que se escondía en el segundo cajón de su mesa. Tomó el siguiente documento. Antes de que los norteamericanos llegasen y hundieran su vieja y amada flota, quería sacar adelante unos expedientes retrasados.

BRINDEMOS POR EL ANARQUISMO

Tayabas, finales de abril de 1898

Los meses de marzo y abril resultaron agotadores para el doce Batallón de Cazadores Expedicionarios. Aquí y allá surgían focos de insurrección que no podían ser sofocados por las fuerzas locales de la Guardia Civil nativa y exigían la presencia de al menos una compañía del ejército. Marchaban por la jungla persiguiendo a un enemigo que no se les enfrentaba, que desaparecía tan pronto entreveía el estandarte del batallón.

Los auténticos adversarios de los españoles eran la malaria, la disentería, el agotamiento... Las enfermedades tropicales causaban muchas más bajas que los machetes y las balas del Katipunán. Los tagalos reservaban sus fuerzas para cuando Estados Unidos interviniese en la guerra.

A las caminatas agotadoras seguían días o semanas de aburrida vida cuartelera en Tayabas, mientras los mosquitos, el tedio y el calor se conjugaban para minar la moral y relajar la disciplina. Precisamente el único suceso digno de mención durante estos meses ocurrió a finales de abril, en uno de esos engañosos paréntesis de paz que precedieron al desastre.

El teniente Benedí había marchado a Manila para embarcarse hacia la Península, víctima de un “estreñimiento crónico”, según atestiguaba un certificado obtenido mediante sus influencias. Pero la avaricia por amasar una fortuna le había retrasado, y sucedió que el general Agustín sustituyó a Fernando Primo de Rivera para evitar que “El Pacificador” sufriese una estrepitosa derrota a manos de los norteamericanos. Al día siguiente del relevo estalló la guerra entre España y Estados Unidos.

El general Agustín canceló de inmediato el tráfico de repatriaciones y los médicos militares de Manila cayeron sobre los falsos enfermos con la rabia de quienes se han visto obligados a prostituir su profesión. El “estreñimiento crónico” de Benedí no resistió el más somero examen y el innoble oficial fue enviado de vuelta a su compañía con un “apto para todo servicio” que sonaba a condena de muerte.

Cuando llegó al cuartel de Tayabas fue recibido por las bromas jocosas de sus compañeros, necesitados de algún motivo de diversión que los distrajese de los negros

presentimientos que los atenazaban: acababan de saber que los Estados Unidos habían declarado la guerra a España y que la poderosa flota del comodoro Dewey había zarpado de Hong-Kong.

–¡Hombre, Bebe! ¿Se ha olvidado algo, que vuelve tan pronto? –le preguntó el teniente Gómez, cuando lo vio aparecer en la sala de oficiales.

–Me alegro de que se haya curado del “estreñimiento crónico” –Mediano se sumó a las risas de todos–. Espero que cuando entremos en combate no se vea afectado por “caguerillas agudas”.

–Búrlense ustedes, si lo desean –replicó Benedí, agitando un papel–, que yo reiré cuando los yanquis los barran con sus ametralladoras mientras yo permanezco en retaguardia gracias a mis conocidos en el alto mando.

–Lleva un membrete: “Subinspección de Infantería, Caballería, Guardia Civil y Carabineros del distrito de Filipinas” –leyó Martín, quien en aquellos meses había adquirido gestos de veterano. Sin embargo, aún conservaba cierta ingenuidad en el rostro– Y dice lo siguiente: “Excmo Señor: Tengo el honor de manifestar a VE. que con fecha de 25 del actual se traslada a Tayabas el primer teniente Don Benito Benedí López, con el cargo de apoderado de las oficinas y almacén del doce Batallón de Cazadores Expedicionarios. Lo que pongo en su conocimiento etcétera.”

–¡Bebe, encargado de la intendencia! ¡Ya me veo comiendo garbanzos podridos! –exclamó Gómez.

–Sigán ustedes con sus bromas y comerán de verdad garbanzos podridos –amenazó Benedí.

–Le gastemos bromas o no, comeremos bazofia, porque parte de la asignación para alimentos se perderá en los bolsillos de nuestro amigo Bebe, así es que por lo menos riamos un poco ahora –propuso Mediano.

–Señores, ya basta –intervino el capitán Orihuela–. El teniente Benedí cumplirá con su deber de oficial y nos suministrará la munición de boca que necesitamos para combatir, o informaré a nuestros superiores.

Benedí sonrió para sí mismo. Orihuela podía enviar quejas e informes a la subinspección hasta agotar todo el papel de la isla. Quien lo había nombrado, participaba de sus ganancias y procuraría que las denuncias se perdieran en la desorganizada burocracia de un ejército en guerra. Pero respondió:

–Pierda usted cuidado, mi capitán.

La dictadura de Benedí sobre la intendencia resultó más nefasta todavía de lo que previesen, y al cabo de una semana los soldados habrían saludado los garbanzos podridos como un festín. Fueron inútiles las

amonestaciones y amenazas del capitán Orihuela e incluso del mismo comandante de Tayabas: Benedí siempre tenía una excusa, nunca se enfrentaba, prometía hacer lo posible... y todo seguía igual.

Una noche, cuando el teniente fue a acostarse en la cabaña que tenía a su disposición (sus compañeros se negaban a compartir cuarto con él), descubrió que se había agotado la mecha del quinqué. Murmuró un juramento y prendió con un fósforo la vela que para estos casos se erguía sobre una palmatoria en su cómoda. La vela se encendió con un zumbido siniestro. Gritando de terror, Benedí apagó el cartucho de dinamita que alguien había colocado en su palmatoria, disfrazándolo con goterones de cera. Aquella noche, Benedí no durmió, aferrado a su revólver y creyendo que cada ruido anunciaba a un asesino misterioso.

A la mañana, alguien llamó a su puerta.

–Buenos días, mi teniente –saludó el soldado Roselló, cuadrándose ante él–. Espero que haya pasado una buena noche. Con todo respeto, le rogaría que mejorase el rancho de la tropa, porque sentimos como si nos estallasen las tripas.

–¡Usted! ¡Ha sido usted! ¡Acompáñeme ante el capitán! – Benedí lo llevó a empujones ante Orihuela.

Cuando el capitán supo lo ocurrido por boca de un

teniente Benedí tembloroso e iracundo, interrogó a Roselló ante su denunciante:

–¿Usted qué dice, soldado Roselló? ¿Sabe algo del cartucho de dinamita?

–¿Yo, mi capitán? ¿Cómo voy a saber algo, si sólo pienso en comer? –Roselló adoptó tal expresión de inocencia, que cualquiera hubiera estallado en carcajadas. Orihuela apenas permitió que sus labios se curvasen en una sonrisa imperceptible.

–¡Capitán, esto es muy serio! ¡Es un atentado contra la vida de un oficial! –se indignó Benedí.

–No se preocupe, realizaremos un atestado, abriremos un expediente, tomaremos declaraciones a testigos y todo lo demás. Yo me ocuparé en persona de esta investigación. Pero no existe ninguna prueba contra Roselló y ya sabe, hay tanto papeleo...

Benedí salió sin despedirse, dando un portazo.

–¿Usted es el soldado anarquista que se trajo Mediano consigo, junto con el carabao y el “monito” que nos revuelve todo? –preguntó Orihuela.

–Anarquista a mucha honra, mi capitán. Pero Anarquía no entendida como desorden, sino como un estado ideal de armonía en...

–No trate de convencerme, que siempre voto a los liberales. Y no abuse de mi paciencia, porque estoy de un humor de perros: tengo mucha hambre.

–Yo también, mi capitán. Yo también.

A la noche siguiente, el teniente Benedí entró en su cuarto con el revólver en la mano. Revisó el quinqué, las velas, debajo de la cama y de la mesa... Cuando estuvo seguro de que no había ninguna bomba, se desnudó y se dispuso a dormir.

Al levantar el embozo, apareció una serpiente llamada kraig, la más mortífera de las serpientes venenosas del archipiélago. Lanzando un grito de horror, el teniente le disparó varias veces, hasta que sólo quedó un amasijo de anillos ponzoñosos.

Por la mañana, volvió a llamar al inefable soldado Roselló:

–Disculpe usted, mi teniente, no estoy seguro de que entendiera bien lo que dije ayer sobre el rancho de la tropa. Siento tanta hambre, que es como si una serpiente se enroscase en mi estómago.

Benedí le apuntó a la cabeza con el revólver. Temblaba de furia y miedo.

–No sé si sus relaciones en Manila son tan poderosas como para salvarle de un Consejo de Guerra por asesinar a

un soldado indefenso que le da los buenos días –observó Roselló, sin perder su aplomo.

El cañón del revólver dudó unos instantes y se apartó, con un gesto de rabia. Tras la marcha de Primo de Rivera, no eran tan poderosas.

Roselló se marchó silbando una tonadilla libertaria, mientras un Benedí rojo de ira iba a quejarse al capitán. Éste prometió abrir una segunda investigación.

A la tercera noche, cuando Benedí abrió la puerta de su dormitorio, una saeta envenenada silbó y, casi rozándole, fue a clavarse en la pared a menos de un palmo de su cuello. Una trampa típica de los igorotes, la más feroz tribu de caníbales filipinos y excelentes amigos de Roselló.

–Disculpe usted, mi teniente. Siento tales punzadas de hambre, que es como si una flecha atravesase mi...

–Déjelo, Roselló. Me rindo –cabeceó un Benedí casi incapaz de articular palabra después de tres noches sin dormir.

Las estrecheces de la intendencia se resolvieron como por ensalmo. Tras un almuerzo sabroso y abundante, el capitán Orihuela mandó enviar recado a Roselló para que acudiera al comedor de oficiales. Cuando se presentó, el capitán levantó su copa:

–Señores oficiales –dijo–, nosotros somos gente de orden.

Pero hoy propongo que durante unos minutos nos olvidemos de eso y brindemos por el anarquismo.

Los oficiales presentes elevaron sus copas y bebieron el Cariñena que había sustituido al aguachirle avinagrada de los días anteriores. Que se sepa, aquella ha sido la única vez en que los oficiales de una guarnición militar española han brindado por el anarquismo. Entendido no como desorden, sino como un estado ideal en el que cada individuo asume sus responsabilidades y vigila que los demás las cumplan, tal como puntualizó un ruborizado Roselló.

Por desgracia, la alegría no duró demasiado: por la tarde llegaron noticias del desastre de Cavite y supieron que el ejército de Filipinas estaba cercado y que debían prepararse para morir.

EL ABORDAJE IMPOSIBLE

Bahía de Cavite (Filipinas). Amanecer del 1 de mayo de 1898

–¡La flota yanqui! ¡Ha pasado nuestras defensas de Corregidor y viene hacia nosotros! –gritaron, uno tras otro, los serviolas de la flota española. En cada barco sonó el zafarrancho de combate y muy pronto el estruendo de las cadenas de las anclas al levarse asustó a las gaviotas y las obligó a despegar de jarcias y mástiles.

–¡Calderas a toda presión! –gritaban los oficiales de máquinas. Los maquinistas, jadeando bajo el puente, alimentaron las calderas para que los barcos iniciasen su última singladura.

En el buque insignia, el almirante Montojo ordenó “todo

avante". Los demás capitanes se extrañaron, pero obedecieron. El María Cristina, el Juan de Austria, el Marqués del Duero, el Isla de Luzón y el Isla de Cuba navegaron hacia su fin. El Castilla y el Don Antonio de Ulloa no pudieron seguirlos: tenían las máquinas averiadas.

El comandante Cadarso, tras varias noches en vela, había descubierto por fin los motivos de Montojo. Cuando sus oficiales, en el puente de mando del María Cristina, se le arremolinaron en torno interrogándole sobre las razones para una maniobra que los conducía directamente hacia los cañones de la flota enemiga, él les contestó: "Hemos de aceptar tan desigual batalla para satisfacer el decoro nacional."

El comodoro Dewey, al mando de una flota norteamericana compuesta por siete cruceros modernos, esperaba, se alisaba las arrugas del uniforme y sonreía. Cuando la escuadra española llegó a cuatro mil metros, ordenó hacer fuego.

Los cañones de tiro rápido aniquilaron a la flota española de tal forma que, tras dos horas y media, los barcos de Dewey se apartaron para desayunar. Es la única vez en la historia que uno de los contendientes se retira para el desayuno y luego, ya terminada la digestión, vuelve para rematar la faena.

Murieron ciento sesenta marinos españoles, entre ellos el

comandante Cadarso, al mando del María Cristina, que se hundió tras recibir cuarenta impactos de gran calibre. El comandante Cadarso, al ver que su artillería resultaba casi inútil contra el blindaje de los norteamericanos, desenfundó su sable y ordenó que el María Cristina, envuelto en llamas, tratase de abordar a los navíos enemigos, para decidir la lucha cuerpo a cuerpo. Pero habían pasado los tiempos en que una batalla naval podía decidirse por el valor: contaba más el grosor del blindaje y el calibre de los cañones. El comandante Cadarso se negó a arriar la bandera y murió empuñando su sable, destrozado por un proyectil mientras su navío se hundía.

Los norteamericanos perdieron un hombre en la batalla, por insolación.

El almirante Montojo, cuando vio regresar a Dewey, ordenó hundir los barcos que todavía quedaban a flote, inutilizando antes los cañones que aún podían disparar. Los capitanes protestaron –intuían que a los buques enemigos no les quedaba demasiada munición–; pero obedecieron. De la flota española del Pacífico sólo quedaron unos pecios semisumergidos donde se apiñaban los marineros que no habían logrado salvarse en los botes salvavidas.

Una vez hundida la flota, Montojo se dirigió hacia la costa en un bote de remos. Allí se encontró con un subordinado, el comandante general Sostoa, que le pidió órdenes para defender el arsenal de Cavite.

–¡Qué más da! ¡Haga lo que usted quiera! –le respondió Montojo, abatido por la pérdida de la flota y la muerte de sus hombres. Sin añadir más, marchó hacia Manila, buscando valor para suicidarse, ya que, por desgracia, los proyectiles norteamericanos le habían respetado. El también había estado en el “María Cristina”.

Cavite, inerme ante la flota norteamericana –sólo contaba con fusiles para luchar contra los cañones–, se rindió aquella misma tarde.

El gobierno de los Estados Unidos ascendió a Dewey como premio a su victoria y ordenó que el general Merritt preparase en San Francisco un contingente de tropas con el que conquistar las Filipinas.

El almirante Montojo fue juzgado y encontrado culpable de negligencia frente al enemigo, y se le apartó de la carrera militar. Fiel a su reina, a su gobierno y a su país, nunca trató de justificarse.

ARDERÁ FILIPINAS

Cavite (Filipinas), 20 de mayo de 1898

Despacho del General Aguinaldo (Jefe del Katipunan)

El próximo doce de junio, el general Aguinaldo proclamaría la República Filipina, de la que iba a ser Presidente y Dictador. Se notaba fatigado pero, al mismo tiempo, sentía una excitación devoradora. Por fin su sueño iba a cumplirse, gracias a la ayuda de los estadounidenses: expulsar a los españoles de Filipinas. Un flujo en apariencia inacabable de rifles yanquis y de patriotas ocultos en mil aldeas fluía hacia el Katipunan, convirtiéndolo en un torrente que barrería la presencia de los colonizadores, después de trescientos cincuenta años de dominación.

Ante el general se extendía un mapa de Filipinas. Lo había estudiado febrilmente durante los días que había durado el viaje desde Hong-Kong en el “McCulloch”. Ahora, gracias al eficaz servicio de espionaje del Katipunan, sabía dónde se

encontraba cada guarnición española, cuál era su fuerza y hasta su nivel de abastecimiento en agua, comida y municiones.

–Sólo nos queda por planear el ataque en la provincia de Tayabas –dijo Aguinaldo– ¿Qué fuerzas tienen allí los castilas?

–No llegan a cuatrocientos cincuenta hombres, entre cazadores, guías y guardias civiles. Eso sin contar los regimientos de voluntarios, que desertarán en cuanto lo ordenemos –respondió su ayudante, consultando una lista.

–¿Cañones?

–Treinta y cuatro, de pequeño calibre

Aguinaldo esbozó un gesto de preocupación. Si los castilas se fortificaban y cargaban aquellos cañones con metralla, sería imposible un asalto. Su ayudante le tranquilizó con estas palabras:

–No podrán utilizarlos contra nosotros. No tienen pólvora –Aguinaldo y sus generales rieron satisfechos cuando se les explicó cómo habían conseguido privar de su pólvora a los castilas.

–Enviaremos siete mil quinientos hombres armados con carabinas rémington y otros tantos con armas blancas, para

el asalto. Por si se atrincherasen los castilas, les acompañarán quince cañones de calibre medio –decidió Aguinaldo. Los americanos aún no le habían proporcionado artillería pesada, por desgracia–. ¡General Miguel Malvar!

–¡Sí... señor! –durante unos instantes, Malvar dudó sobre cómo dirigirse a Aguinaldo. ¿Como Generalísimo? ¿Dictador? ¿Señor Presidente? Optó por la poco comprometida costumbre norteamericana de dirigirse a sus superiores como “señor”.

–Le nombro General en Jefe del Ejército del Sur de Luzón –anunció Aguinaldo pomposamente. Nadie pareció dudar de su legitimidad para nombrar cargos en Filipinas–. Quiero Tayabas conquistada en menos de dos semanas, ¿me ha entendido? Necesito esos hombres y esos cañones para asaltar Manila.

–Si los castilas no pueden disparar su artillería, Tayabas será libre en una semana –declaró el general Malvar, con aire de suficiencia.

Ya habían terminado el plan que desterraría para siempre a los odiados españoles. Aguinaldo preguntó si había alguna cuestión más y sus generales negaron con la cabeza.

–Señores, vayan a donde les he asignado y prepárense. El treinta y uno de mayo, dentro de once días exactamente, lanzaremos una sublevación general y arrollaremos todas

las guarniciones castilas –terminó Aguinaldo. Los generales se sirvieron una copa y Aguinaldo brindó:

–¡Por Filipinas libre!

El general Malvar, tratando de remediar su falta de tacto (pensándolo bien, “señor” no le pareció un título demasiado impresionante), completó el brindis:

–¡Y por el Dictador y Generalísimo Aguinaldo, futuro Presidente de la República Filipina!

Bebieron, y luego cada uno partió para cumplir con sus obligaciones. El treinta y uno de mayo, Filipinas ardería.

PREPARATIVOS PARA EL ASEDIO

Tayabas, 28 de mayo de 1898

Tras el desastre de Cavite, la guarnición de Tayabas se vio obligada a multiplicar sus esfuerzos. Situada esta provincia en la parte más estrecha de la isla de Luzón, con dos mares abrazándola, constituía una de las entradas naturales para el abastecimiento de armas al Katipunan. Los vapores norteamericanos y los juncos de los contrabandistas chinos bordeaban las costas de la provincia. Buscaban un lugar desprotegido donde descargar miles de carabinas rémington y decenas de cañones ligeros.

Los Cazadores españoles no podían sino apretar los puños, pues los barcos se mantenían fuera de su alcance. Como gran parte de las costas se hallaban cubiertas de densos y peligrosos manglares, los españoles debían recorrerlos

tratando, inútilmente, de no perder de vista aquellos barcos. –“¡Si el mar se convirtiera en tierra!” –exclamaban– “¡Qué pronto dejarían de pavonearse ante nosotros y les obligaríamos a correr!”

Pero por muchas novenas que se rezaron en honor de la virgen del Antipolo, la más venerada de Filipinas, el mar continuó siendo mar, y la tierra, tierra.

Las órdenes del general Agustín, el nuevo Capitán General, amenazaban con dislocar la disposición defensiva de sus batallones, y fue muy criticado por ellas. ¿Qué otra cosa podía hacer? Su Estado Mayor se veía solicitado por necesidades contradictorias. Por un lado, si se perdía Manila, la resistencia se tomaría imposible: era el principal puerto y capital del archipiélago, importante almacén de suministros y centro de comunicaciones civiles y militares. Por otro, si por guarnecer la capital se desatendían las provincias, la presencia española se limitaría a permanecer encerrados en una ciudad sitiada que terminaría por caer.

La misma disyuntiva, a otra escala, ocurría en cada región. Si se dispersaban las tropas para guarnecer los pequeños poblados, se corría el riesgo de no contar con ningún punto verdaderamente fuerte y ser sumergidos en cuanto el Katipunán levantase un ejército. Pero si se concentraban las fuerzas en la capital de la demarcación, se permitía al Katipunán apoderarse de las zonas rurales y ejecutar a los tagalos fieles a la metrópoli.

Además, se dudaba –y con motivo– de la lealtad de los regimientos y milicias indígenas, entre los cuales los espías del Katipunán habían infiltrado ideas sediciosas. El Estado Mayor no sabía dónde situar estos regimientos: ¿En lugares clave, acompañados por tropas peninsulares? Podrían suponer la caída de estos puntos estratégicos. ¿Diseminados entre las aldeas? Equivalía a invitarlos a la desertión.

En realidad, desde que se hundió la flota en Cavite todo estaba perdido; pero nadie quería pensar en ello. Los generales y comandantes españoles ideaban planes imposibles para prolongar la resistencia. Sólo un torturado Capitán General conocía las intenciones del Gobierno.

El capitán Orihuela llamó a su despacho a los tenientes Martín y Mediano:

–Desde el puesto de la Guardia Civil de Atimonan nos informan de que la isla de Alabat ha sido dominada por una partida de insurrectos.

–¿Ah, ya vuelven a ser insurrectos? –preguntó Mediano con soma.

–Insurrectos, no tulisanes. Y si me vuelve a interrumpir, se come el mono –el capitán Orihuela no estaba para chanzas. Como todos, presentía la muerte pisándole la sombra–. Han atacado y vencido a un pelotón de la Guardia Civil nativa. Ustedes, con su sección de Cazadores apoyarán a otra

sección de la Guardia Civil, al mando del teniente Terrero, para reconquistar la isla. Se embarcarán en Maubán. ¿Alguna pregunta?

–¿Cuántos son los insurrectos? –quiso saber Martín.

El capitán Orihuela carraspeó. Cuando habló, no miró a sus oficiales a los ojos.

–Los informes del pelotón atacado no son demasiado exactos. Calcularon... unos seiscientos.

–¡No está mal! –exclamó Mediano– Seiscientos enemigos y vamos a ir treinta Cazadores y treinta guardias civiles. La batalla estará equilibrada.

–No puedo proporcionarles más fuerzas: por todas partes estallan disturbios. Señores, hagan sus preparativos. Saldrán mañana al amanecer.

–¡Anda la hostia, qué monito más simpático! –el capitán Ibarrokaetxe estaba al mando del “Antonio”, un vetusto vapor mixto cedido por Tabacalera de Filipinas para transportar las tropas hasta Alabat. Era un vasco valiente y rudo, curtido en mil travesías por el Indico e incapaz de articular una frase sin incluir en ella un terno o una blasfemia.

Se formalizaron las presentaciones de rigor entre los oficiales y embarcó la tropa.

Cuando subía Roselló por la pasarela, inspiró con fuerza y dijo:

–¡Hum, qué aroma! ¡Me parece que vamos a disfrutar de esta travesía, al menos los que fumamos!

Mientras el desvencijado vapor surcaba con dificultad las cristalinas aguas del Pacífico, el teniente Terrero le dijo al capitán Ibarrokaetxe:

–¡Es usted un hombre valiente! ¿Cómo se atreve a permanecer con su barco en Filipinas, después del hundimiento de nuestra flota? Si se encuentra con un crucero yanqui, adiós al “Antonio”. ¿Ya sabe que hunden los cargueros sin previo aviso?

–Mi empresa me ordenó que ayudase al ejército con mi barco, ¡me cago en Dios!, y eso haré mientras me quede carbón, ¡joder! Y si me tropiezo con un crucero yanqui, ¡hostias!, ya veremos.

La entonación del capitán Ibarrokaetxe resultaba tan brusca que el monito de Mediano corrió a esconderse tras un obenque.

–¿Y no teme un motín de su tripulación indígena? –le preguntó Mediano– Recuerde lo que le ha sucedido al “Compañía de Filipinas”. Se pasó a los insurrectos después de que los nativos asesinaran a los oficiales españoles.

–¡Un motín! ¡Ja! –exclamó el capitán vasco, tan indignado que por unos instantes pareció olvidarse de introducir un juramento entre sus palabras– Desde que navego por estos mares, he rechazado siete abordajes de piratas y sofocado nueve motines. Así es que no me viene de nuevas.

Ibarrokaetxe llamó a uno de sus fogoneros, un tagalo empapado en sudor y con sólo un trapo para vestirse. Apoyó su revólver en medio de la frente del asustado marino.

–¡Me cago en tu puta madre! ¿Estás pensando en amotinarte, monicaco de mierda? Dímelo pronto, que te levanto la tapa de los sesos y te arranco los cojones, ¡hostias!

El tagalo no podía adivinar qué había hecho de malo para que su capitán se enfureciese así con él. Como no había entendido muy bien lo que Ibarrokaetxe había dicho entre tantos insultos, no fue capaz de decidir si debía responder afirmando o negando. El sonido de un percutor al levantarse lo urgió a contestar:

–Yo... yo haré lo que usted mande, capitán –farfulló. El revólver volvió a su funda y el capitán despidió al tagalo propinándole una patada en el trasero.

–¡Vete a trabajar, sedicioso de las narices! ¡Canalla! ¡Vago! ¡Asesino! ¡Te descontaré la mitad del sueldo, por holgazán! ¡Me cago en la hostia puta! –se volvió a los oficiales españoles, que lo contemplaban admirados por su

capacidad de introducir una blasfemia, viniese o no a cuento— ¿Ven ustedes cómo mi tripulación me adora, ¡coño!, y no hay peligro de motín?

Desembarcaron en la isla de Alabat. Eligieron el puerto de Sabang, el más cercano al monte Camagón, donde al parecer se escondían los rebeldes.

—Aquí les esperaré, a no ser que esos cabrones de yanquis pongan alguna objeción. Pero no aguardaré en puerto ¡hostias!, porque no me fío de estos hipócritas sonrientes. En cuanto se vayan ustedes, son capaces de robarme el barco, ¡me cago en todo!

La tropa se internó en la jungla, hacia el monte Camagón.

—Teniente Mediano, ¿es cierto que vamos a atacar a unos seiscientos enemigos? —le preguntó Roselló.

—Eso parece.

—Pues entonces, le invito a unos puros. Los guardaba para la vuelta; pero dado que tal vez no haya vuelta... —Roselló sacó de su macuto un puñado de cigarros.

—¡Roselló! Ha robado usted esos cigarros de la bodega.

—Digamos más bien que he expropiado a una empresa capitalista para beneficio del pueblo. Fume usted, que da igual el olor: yendo tanta gente, hacemos más ruido que un

rebaño de búfalos en celo. El Katipunán ya debe de saber hasta nuestros nombres de pila.

En las laderas del monte Camagón, los tres oficiales se reunieron y el teniente Terrero dio las órdenes para el asalto:

–Yo, con mis hombres, atacaré por el centro. Martín, con la mitad de los Cazadores, por el flanco izquierdo. Mediano, con la otra mitad, por el derecho.

–¿Y de reserva? –preguntó Martín, que recordaba las enseñanzas de la Academia y sabía que nunca había que atacar sin una reserva. Terrero replicó:

–¿Pero usted cree que podemos permitirnos esos lujos?

Comenzaron a subir las empinadas laderas. De pronto, el monito de Mediano lanzó un aullido y trepó a un árbol.

–¡Cuerpo a tierra! –gritó Mediano. Un instante más tarde, se escucharon algunos disparos aislados y el teniente Terrero cayó fulminado por varios proyectiles.

–¡Al ataque! –ordenó Mediano, que como oficial de mayor antigüedad se había convertido en el jefe de la fuerza– Roselló, tome el mando del flanco derecho, yo voy al centro.

–¿El mando? ¡Lo que me faltaba! –exclamó– ¡Vamos, moved esos culos, que si no llegamos a la cumbre nos van a

freír aquí! ¡Y no seáis tan idiotas de avanzar en línea recta, id dando curvas!

Cazadores y guardias trepaban las laderas del Camagón despreciando los esporádicos disparos que les dirigían invisibles francotiradores. Súbitamente, se escuchó un silbido.

–¡Cuerpo a tierra! –una nube de flechas voló inofensiva sobre los soldados que se aferraban al empapado suelo de la jungla–Ya ha pasado, ¡adelante!

Casi habían alcanzado la cumbre, cuando un sonido bronco y crujiente les hizo detenerse. Los tagalos habían provocado una avalancha de piedras que se precipitaba a toda velocidad contra el centro de la línea española.

–¡Serán hijos de puta! ¡Protegeos tras los árboles!

Demasiado tarde. Las rocas alcanzaron a los guardias civiles indígenas, muchos de los cuales quedaron inconscientes.

–¡Adelante! ¡A la bayoneta!

Los tagalos no aguardaron a ser asaltados por los españoles. Abandonaron sus posiciones y huyeron, dejando siete muertos.

–¡Victoria! ¡Victoria!

–Teniente, ¿estos son los seiscientos enemigos de los que hablaba? –Roselló señaló burlonamente a unas trescientas familias tagalas, en su mayoría mujeres, niños y ancianos.

Mediano, Martín y Roselló celebraron un rápido intercambio de impresiones. ¿Por qué el enemigo les había hecho creer que tantos de ellos se escondían en el monte Camagón?

–¿Para que no les atacásemos? –insinuó Martín.

–O tal vez para que les atacásemos con todas nuestras fuerzas. Y si querían que nuestra compañía viniese a esta isla es para...

–¡Atacar Tayabas! –terminó Roselló– Mira que son listos esos tagalos.

Improvisaron una primera cura a los guardias alcanzados por las piedras –por fortuna, ninguno estaba malherido–, dieron sepultura al teniente Terrero y corrieron hacia Sabang, en cuya bocana les esperaba el “Aníomo”.

–¡Anda la hostia! ¡Pero qué carreritas se dan ustedes! –los saludó el capitán vasco. Se entristeció al conocer la muerte del teniente Terrero.

Al desembarcar de nuevo en Maubán, Mediano se despidió de Ibarrokaetxe:

–¿Y qué va a hacer ahora?

–No lo sé, ¡me cago en todo! Con el telégrafo de Manila a Maubán cortado, ya no puedo recibir órdenes de mi compañía. ¿Les puedo servir en algo?

–Pues ya que lo dice... ¿Le importaría permanecer durante unas semanas a la vista de Maubán? Si las cosas se ponen feas en Tayabas...

–¿Conque quieren dejarse un escape, cacho cabrones? –el capitán Ibarrokaetxe no quería insultar a nadie, sólo era su forma de hablar– Muy bien, permaneceré al paio frente a Maubán durante algunas semanas, por si me necesitan. Y me parece que me necesitarán. Se oyen rumores de que Aguinaldo va a desencadenar una insurrección; dudo que ustedes puedan resistir con los yanquis bloqueando Manila.

–Que podamos resistir o no es asunto nuestro –repuso Mediano–. Pero en mis montañas natales, ningún conejo se mete en una madriguera si ésta no dispone de al menos otra salida.

La tropa regresó a Tayabas el cinco de junio. Los recibió un ojeroso teniente Estadella:

–¿Ya han vuelto ustedes? Nos encontrábamos preocupadísimos por su suerte.

–Nada, lo de Alabat era humo...

–¿Pero no se han enterado? ¡Ha estallado una insurrección general en Filipinas! Estamos concentrando en Tayabas todas las tropas y guardias civiles de la provincia, y nos preparamos para resistir un asedio. ¡Hoy han caído Lucbán y Tiaong! ¡El regimiento filipino que las custodiaba se ha unido al Katipunan!

–¡Lucbán! –exclamó Mediano– ¡Hemos pasado a cinco leguas de allí! ¡Nos hemos salvado por un auténtico milagro!

–Y Calamba está sitiada por más de dos mil insurrectos –añadió Estadella.

–Si son como los seiscientos de Alabat... –dijo Martín, con desprecio.

–Lo sabremos pronto. Nuestra compañía se está preparando para salir y romper el cerco de Calamba. Me alegra que hayan venido ustedes.

–¡Pero eso es una locura! ¡Debilitar la guarnición de Tayabas cuando todavía no sabemos dónde está el enemigo! –señaló Martín– Si cae Tayabas, los insurrectos se apoderarán de toda la parte oriental de la isla de Luzón.

–Las lecciones de estrategia, déselas a nuestro Capitán General, tuyas son las órdenes –suspiró Estadella.

Mediano y Martín vieron cómo se alejaba la melancólica

figura de Estadella. Al caminar, parecía que un peso le oprimiese el corazón, impidiéndole respirar. Pero no había tiempo para preocuparse por sentimientos.

En su despacho, el comandante Pacheco se hallaba reunido con sus capitanes en Consejo de Guerra para decidir si obedecer la orden de enviar ciento cincuenta hombres a Calamba. Todos estaban de acuerdo en que era una locura. Ahora bien, ¿debían acatar una orden insensata o desobedecerla, con todo lo que esto supone en un ejército?

–Propongo que no hagamos lo uno ni lo otro –sugirió el capitán Orihuela–. Mostrémonos dispuestos a obedecer, pero pidamos aclaraciones ya que la orden salió el día dos y ahora estamos a cinco de junio: la situación ha cambiado. Así lo podremos aplazar indefinidamente o al menos hasta que el coronel se dé cuenta de nuestro juego.

Los demás capitanes rieron y aprobaron remitir al alto mando un telegrama en el que se decía que la situación había cambiado. Así, sin especificar.

Aquella tarde llegaron sacerdotes procedentes de Tiaong, Candelaria, San Pablo y Alaminos.

Las noticias no podían ser peores: como salido de la nada, un ejército del Katipunan de unos quince mil hombres con cañones convergía sobre Tayabas.

–¡Quince mil hombres con cañones! ¡Dios mío! –exclamó el comandante Pacheco, jefe de la plaza– ¿Están seguros?

Los sacerdotes ratificaron sus informaciones. Si bien la Iglesia no había podido detener la insurrección armada, su sistema de espionaje seguía siendo perfecto.

–No difundan esto entre la guarnición, para no minar la moral de los hombres –les rogó el comandante.

–¿Quiere decir que piensa usted resistir? –le preguntaron. Los sacerdotes también conocían al detalle la fuerza que defendía Tayabas.

–Es mi deber. Tayabas es una bisagra que une la parte oriental de Luzón con la occidental. Mientras resistamos, los insurrectos no podrán concentrar sus fuerzas contra Manila.

Los sacerdotes se consultaron entre sí con las miradas.

–Entonces, si no le importa, seguiremos camino hasta Lucena. Allí tal vez encontremos un barco de contrabandistas que nos conduzca a lugar seguro.

–Señores, son ustedes religiosos y no puedo impedirles que vayan donde les plazca. Pero les rogaría que permaneciesen aquí; sería un estímulo espiritual para nuestros hombres.

–Comandante, Tayabas está perdida y usted lo sabe.

–No, el general Agustín enviará desde Manila una columna de socorro. Mientras tanto...

–Deje los cuentos para quien los quiera creer. Nosotros nos vamos de aquí.

Al amanecer, acompañados por algunos funcionarios civiles que tampoco deseaban ser héroes, los cuatro sacerdotes salieron camino de Lucena. Roselló escupió con desprecio al verlos marchar:

–¡Ya se van los cuervos! Desde luego, esos curas son todos iguales.

–Hijo mío, Dios ha creado a los hombres únicos y diferentes –le amonestó el abad de Tayabas, un franciscano que había acudido a bendecir la marcha de aquellos sacerdotes–. Y puesto que sólo Él conoce los motivos que yacen en el fondo de las almas, es mejor abstenernos de juzgar.

–¡No me diga que usted no tiene miedo! –replicó Roselló.

–Claro que lo tengo; pero más fuerte es mi confianza en el Señor. Tú también lo tienes, a pesar de que intentes disimularlo con una coraza de dureza. Todos somos hermanos y...

Roselló bufó y le dio la espalda, marchándose colérico:

–¡Desde luego, no se puede hablar con ningún cura! ¡Y

menos con los franciscanos, que son los anarquistas de Dios!

El abad quedó perplejo. Se dirigió a Mediano, que se reía junto a él:

–¿Pero qué he hecho para que me insulte así, llamándome anarquista?

–Padre, no le ha insultado en absoluto. Este hombre le ha dirigido el mayor elogio que es capaz de imaginar –le explicó Mediano. El abad meneó la cabeza, sin comprender, y marchó a rezar junto con sus monjes, para rogar a Dios que les diese fuerza para soportar las pruebas que se avecinaban.

Junto con aquellos franciscanos también se quedaron algunos agustinos y dominicos, que tampoco temían al martirio. Los cuatro que se marcharon no encontraron ningún barco y una semana después, cuando Lucena cayó, fueron asesinados por sus antiguos feligreses. A uno de ellos lo asaron vivo; y, aún así, los tagalos que habían sufrido su tiranía lamentaron no poder vengarse más.

El comandante Pacheco decidió transformar Tayabas en una fortaleza. Cuatro eran los edificios más sólidos de la ciudad: La cárcel, el convento, el tribunal y el gobierno civil. Planeó unir estas cuatro construcciones entre sí con una trinchera y un muro. No sería fácil construir el muro, pues

no contaban con cemento ni cal; pero unirían las piedras con barro. Era mejor que nada. También colocó una avanzada en la ermita situada en las afueras de la población, para impedir un ataque por sorpresa.

Luego distribuyó sus heterogéneas tropas entre los cuatro puntos fuertes. Suspiró: ¡Qué revoltijo tan desorganizado! Desde que los norteamericanos destruyeron la flota, los batallones se habían visto sometidos a tales marchas y contramarchas, que cualquier estructura orgánica había desaparecido.

Asignó al convento una compañía del catorce de Cazadores, junto con treinta guías rurales y treinta guardias civiles; en el edificio del gobierno, situó una sección de tiradores y una sección de caballería que se había refugiado en Tayabas; en el tribunal, la compañía del doce de Cazadores al mando del capitán Orihuela; y en la cárcel, un batiburrillo de marineros sin buques, de guardias civiles escapados de las indefendibles aldeas en que prestaban servicio, de carabineros sin aduanas que vigilar, de funcionarios españoles que prefirieron empuñar las armas y no huir a Lucena. Contuvo un nuevo suspiro derrotista, que amenazaba con delatarle ante sí mismo, y comenzó a estudiar los emplazamientos de los cañones. Con ellos podrían detener los asaltos del Katipunán.

Aquella noche, a orillas del río, la tercera compañía del doce Batallón de Cazadores Expedicionarios se afanaba en

terminar secretamente una obra esencial para la defensa de Tayabas. Parecía ridículo que una ciudad atravesada por el río Alitao pudiese ser vencida por la sed. Pero los escasos defensores no eran suficientes para sostener todo su perímetro y tendrían que atrincherarse en los cuatro edificios de piedra. Estos edificios recibían el agua a través de un sistema de acequias con el que también se regaban los arrozales; el agua sobrante corría por las calles encauzadas en los llamados bambanes, de donde la ciudad tomaba el agua potable. Después, también servían como albañales para encauzar los detritos. El gran bambán incluso movía un molino para descascarillar palay, abasteciendo a la ciudad de arroz.

Bastaba con que los insurrectos destruyesen el azud de las acequias, para que los defensores de Tayabas muriesen de sed a veinte pasos de un río. Por eso, aprovechando una noche sin luna, la compañía del capitán Orihuela trabajó en secreto para encauzar un pequeño caudal mediante tubos de bambú enterrados. Debían camuflar la toma perfectamente, pues era imposible mantener en su poder el manantial: estaba dominado por varias colinas.

Por una vez, incluso el teniente Benedí había comprendido la importancia de la obra y colaboraba con su compañía, dejando el despacho de intendencia.

–Es la primera vez que veo sudar así a Bebe –comentó Roselló a los soldados que cavaban con él–.

Y eso que habría jurado que prefería el vino al agua.

Los soldados rieron en voz baja y continuaron trabajando.

Al amanecer, una tubería de bambú corría bajo tierra hasta el perímetro defensivo, sin que nadie pudiera imaginar que existía. El suministro de agua estaba asegurado.

Los siguientes días transcurrieron en un agotador trabajo de fortificación, supliendo mediante voluntad la escasez de medios. La falta de noticias resultaba ominosa: se había cortado el telégrafo y aquellos exploradores enviados a Lucbán y Candelaria para conocer noticias del enemigo no habían regresado, sin duda habían sido capturados o muertos. Benedí estaba entre los que no volvieron. Avergonzado por su actitud anterior, se había presentado voluntario para esta misión tan peligrosa; y ninguna de las razones aducidas por su comandante logró disuadirlo.

–Permítame rehabilitarme ante mis ojos y los de mis compañeros, ya que vamos a morir –le suplicó, y el comandante no supo negarse. Ahora había muerto, con toda probabilidad.

Al desaparecer el oficial encargado de la intendencia, el capitán Orihuela asignó nuevas misiones a sus oficiales:

–Teniente Gómez, usted, al mando de una sección y

acompañado por algunos guardias civiles nativos, se encargará de patrullar los alrededores de Tayabas y nos avisará cuando lleguen los tagalos. Teniente Mediano, usted sustituirá a Benedí al mando de la intendencia de la plaza... –un rugido lo interrumpió.

–¡Dispensero! ¡Yo! ¡Mariano Mediano Vilas! ¡No puede ser! Y, mientras tanto, Gómez recorriendo los montes y peleando contra las avanzadillas del enemigo.

–Escuche, teniente Mediano, en Tayabas nos encontramos cuatrocientos cincuenta soldados, cincuenta civiles y noventa prisioneros. En cuanto comience el asedio, conseguir que los alimentos duren hasta que llegue una columna de socorro constituirá una tarea esencial; por eso el comandante Pacheco se la confía a usted –lo tranquilizó Orihuela.

–¡Hum! –masculló Mediano, no muy convencido. El mono, al verlo más apaciguado, descendió de la lámpara a la que había trepado para protegerse– Pero así que oiga jaleo, iré para allá ¡le guste al comandante o no!

–Señores, empiecen su trabajo ahora mismo –concluyó el capitán.

–Muy bien. Camarero Mediano, tráigame un cafetito y un bollo para merendar –dijo Gómez. Saltó por la ventana antes de que unas manos furiosas pudieran estrangularle.

–¡Cuando lo coja, le hago tragarse la coleta! –gruñó Mediano, entre las risas de sus compañeros.

El día doce de junio la ciudad de Tayabas se acostó como si no ocurriera nada. Al amanecer del día siguiente, se encontraba desierta. Los veinte mil habitantes se habían marchado en total silencio, dejando a los españoles solos, defendiendo una ciudad fantasma.

–¡Qué mal me huele esto! –exclamó Roselló. La patrulla, al mando de Martín, recorría las calles solitarias–. Se han ido hasta los comerciantes chinos, y éstos saben lo que hacen. Una vez me vendieron...

–¡Cállese, Roselló! –le ordenó Martín. Sorprendentemente, Roselló obedeció sin chistar, lo cual preocupó a Martín aún más que aquella ciudad fantasmagórica a la espera del ángel de la muerte. Si un veterano como Roselló estaba impresionado, la situación tenía que ser muy grave.

Otra patrulla, al mando del teniente Estadella, también registraba la ciudad vacía. Estadella sometió a una minuciosa inspección el domicilio de Liao–Mi, abandonado como los demás. Buscaba desesperadamente un indicio que le orientase hacia su amada. Pero no encontró ninguna pista que le dijese hacia dónde había marchado. ¿Qué iba a hacer él ahora? Sin la presencia de Liao–Mi, aunque fuese lejana, la vida parecía carecer de sentido.

–Mi teniente, aquí no hay nada importante –el sargento de su sección interrumpió sus melancólicas meditaciones y le obligó a regresar al presente: una ciudad abandonada por sus habitantes, como si se aproximase una amenaza innombrable.

De regreso, encontraron abierta la farmacia. Estadella entró empuñando el revólver. Para su sorpresa, el farmacéutico permanecía tras el mostrador de su botica.

–¿Qué desea, teniente?

Estadella se quedó asombrado ante la normalidad con que lo saludó.

–¿Cómo sigue usted aquí? –le preguntó, estupefacto.

–¿Dónde iba a estar, si no? ¿Es festivo, tal vez? –replicó el farmacéutico.

–¿Pero no sabe que todo el mundo ha abandonado Tayabas?

–¡Claro! ¿Acaso cree que soy ciego? Pero usted también sigue aquí –el farmacéutico pareció cansarse de aquel juego de preguntas sin respuesta y comenzó a quitar el polvo a sus frascos de preparados galénicos.

–Yo soy militar.

–Ya lo veo. Y yo, farmacéutico. Si no va a comprar nada, le agradecería que dejase pasar al siguiente cliente.

Estadella salió de la farmacia sin encontrar argumentos con que rebatir a aquel hombre íntegro y malhumorado. Pareció pensárselo de nuevo y volvió a entrar.

–Correrá peligro cuando lleguen los insurrectos. Venga a nuestras trincheras y póngase a salvo.

–¡Esto es gracioso! –replicó el farmacéutico, interrumpiendo la limpieza de sus anaqueles para plantarse en jarras– Me propone ponerme a salvo ¡en una trinchera! Por mi profesión, soy neutral; y cuando lleguen los del Katipunán (que espero serán mejor educados que usted), les diré lo mismo: “¿Qué desean, señores del Katipunán?” Y por favor, ¿quiere dejar de ocupar la puerta e impedir el paso a mis clientes?!

Estadella dejó al farmacéutico rezongando sobre la gente que no tenía nada que hacer sino molestar a los que trabajaban.

Mediano también trabajaba y murmuraba entre dientes. Ya había conseguido elaborar una lista exhaustiva de los alimentos y ahora se hallaba en el polvorín. Había contado los fusiles, las carabinas y el número de cajas de balas para cada calibre. Lanzó una nueva blasfemia, por verse obligado a realizar una labor de almacenista, mientras sus compañeros

patrullaban. Por fin, ya estaba acabando. Numeró los barriles de pólvora, marcándolos con tiza. Pensó que tal vez la humedad tropical hubiese estropeado alguno de ellos y los abrió para comprobarlo. Introdujo la mano en el primero y apresó un puñado de inerte e inútil arena de río. Lo dejó caer al suelo con un gesto de horror. Lo mismo sucedió con los demás barriles: sólo había arena.

La guarnición de Tayabas no disponía ni de una onza de pólvora para disparar sus treinta y cuatro cañones.



TELEGRAMA OFICIAL

ILO-ILO 11 de junio de 1898.

MADRID 16 de junio de 1898.

Comandante general de Visayas y Mindanao á Ministro Guerra:

Comisionado que mandé día 1.º á Sur de Luzón, con orden de continuar por tierra hasta encontrar estación hábil para comunicar con Capitán General, llegó á cabecera de Batangas y vuelve hoy, sin verificarlo, con noticia de que telégrafo Sur Luzón cortado por insurrectos, que dominan desde Tayabas á Manila, aunque defendiéndose tropas peninsulares en cabeceras Batangas y Tayaba. Milicias organizadas desertándose al enemigo con armas y municiones y sublevadas algunas compañías ejército indígena. Crucero americano desembarcado Sur Luzón bastantes armas. Apesar proximidad no comunico con Manila desde día 30, pero lo haré con Luzón cuanto posible sea, para dar cuenta V. E. Con Capitán General no creo poder conseguirlo. Visayas y Mindanao hasta hoy sin novedad. Procuraré estar tanto de todo, asegurando V. E. que circunstancias aumentan nuestros alientos para defender integridad territorio.

EL MENSAJE DE LOS ANTEPASADOS

Tayabas, noche del 12 de junio de 1898

Liao-Mi se acercó al altar familiar desde donde sus antepasados velaban por ella. En cada bahai de Tayabas, estuviese habitado por una familia pobre o rica, se empaquetaban los objetos de valor para huir antes de que llegase el ejército de patriotas y aniquilara a los castilas. Las babay -mujeres-, fuesen dalangas o matandás -doncellas o viejas- apagaban las velas que iluminaban el altar de los antepasados, preparándose para la marcha.

Después, las babay enrollaban las esterillas de pándamo que utilizaban para dormir, enjaulaban los gallos de pelea, amontonaban las carejais -cazuelas en que cocinaban la comida-, arrastraban el luzón o mortero para pilar arroz, y metían en balutaris -cofres- las camisas de guiñara. Todo

esto lo cargaban en carretones tirados por pausados y soñolientos carabaos, que doblaban la cerviz bajo el peso de su enorme cornamenta.

En la casa de Liao–Mi, una profusión de batas –criados– se encargaba del guardarropa de la muchacha, propio de una joven rica: patadiones bordados en fibras de abacá, sayas de mil pliegues, blusas etéreas y finas como el viento, tapis o sobrefaldas, camisolines para dormir, trajes de fibra de piña con listas de seda y, lujo entre los lujos, camisas de jusi, una seda especial que no puede lavarse y sólo sirve para una postura. Completaban este guardarropa diminutas chinelas bordadas retenidas por el dedo meñique, que se utilizaban para salir a pasear, aunque con ellas sólo fuera posible dar pasitos cortos y recatados.

Liao–Mi iba vestida con una transparente y vaporosa chambrá escotada, que dejaba al descubierto uno de sus hombros. Su negra cabellera le llegaba hasta la cintura en una aparente libertad, olvidado cualquier peinado. Un tapis le cubría desde las caderas hasta las rodillas, impidiendo que una luz excesiva revelase sus partes más secretas. Ella misma se encargaba de recoger sus joyas de ágatas y perlas, engarzadas en plata repujada con mil filigranas.

Ordenó a los batas que la dejaran sola con sus antepasados. Los sirvientes, con una sonrisa teñida de buyo, se inclinaron ante ella y se fueron. Liao–Mi arrugó la nariz en un gesto de repugnancia: odiaba el buyo, mezcla

narcótica de hojas de betel, cal y nuez de bonga, que manchaba de rojo sangre los dientes y las encías, dando a los hombres aspecto de vampiros.

Se inclinó ante el altar. ¿Acaso ella tenía derecho a un altar de los antepasados? ¿No era una mestiza, producto de la pasión de su padre, tagalo, hacia una joven china, hija de un rico comerciante? Ni siquiera su nombre sonaba a tagalo: como todo en ella, era una mezcla entre dos culturas. Su madre había sido recluida en el lazareto de un islote rocoso poco después del parto, cuando se manifestó en ella la lepra, la más terrible enfermedad, desfigurando sus facciones. Seguramente ya había fallecido, aunque Liao-Mi no podía saberlo con certeza absoluta: los leprosos eran considerados muertos en vida, y se les abandonaba y olvidaba.

Como muchas mestizas, Liao-Mi poseía una belleza poco usual en las dos razas de las que naciese. Pero su padre consideraba la enfermedad de su esposa producto de la ira de los dioses ancestrales, por haber mezclado la raza tagala con sangre china; para hacerse perdonar su falta, el padre se había entregado al antig-antig y a la insurrección contra los españoles. Odiaba a todos aquellos que no fueran tagalos, salvo a su propia hija. A ella no: le recordaba una breve época en la que el amor le pareció más importante que la libertad de la patria.

Liao-Mi se culpaba de haber nacido; y ahora se preguntaba si sus antepasados le perdonarían el haberse enamorado de un hombre perteneciente a la malvada raza de los opresores, ¡ Pero él era tan matapan –valeroso–! Y, al mismo tiempo, tan sensible. Nadie le había dirigido poemas tan bellos; hasta entonces, en las miradas masculinas sólo había entrevisto admiración o lujuria. No podía olvidar la primera vez que él la espió, con un cuchillo entre los dientes, como si la quisiera robar de su hogar y de su estirpe.

Tal vez los antepasados la perdonaran. Por ellos había exigido la pólvora al teniente Estadella, a pesar de que en lo más profundo del alma Liao-Mi no quería convertir a su amante en un traidor. Tampoco quería serlo ella. Deseaba huir con él a un lugar donde no importasen las razas, ni las lenguas, ni las banderas, y los antepasados sonriesen al unirse en un hijo común con otros antepasados de pieles tintadas en otros matices. ¿O la castigarían como a su madre, destruyendo con lepra la belleza y el amor?

A pesar de la urgencia del momento en que Tayabas huía, decidió preguntárselo en un mangcuculam. Quemó incienso ante las imágenes de sus ancestros y luego dejó flotar en un cuenco sagrado hojas de gayuma y de jonjon. Se estremeció ante lo que vio.

Los espíritus se mostraban iracundos y le prometían sufrimientos aún mayores que los de su madre, pues si la madre había enturbiado la sagrada sangre de los tagalos, la

hija había entregado el corazón a sus enemigos de piel blanca.

Buscando consuelo, tomó el dado sagrado. En cuatro de sus caras estaban grabadas cuatro constelaciones: Kala-wan, Bayi, Peho y Dim. Lo arrojó y también las estrellas le prometieron dolor sin límites.

–¡Estoy enferma de Mali–Mali! –gimió la muchacha. Este mal obliga a quien lo padece a imitar los gestos de quien pase junto a él. Los europeos lo consideraban una farsa o simple histerismo, pero los tagalos lo creían causado por la maldición de un brujo. Esta maldición es conocida en todo extremo oriente, aunque con diferentes nombres: Sakit–latar en Java y Malasia, Olon en Siberia, Olgandshi entre los cosacos argúricos... Liao–Mi no podía permanecer más tiempo lejos de su amante, debía acompañarlo e imitarlo en todo: luchar, si él luchaba; traicionar, si él traicionaba; agonizar, si él moría. Por eso se consideraba maldita, pues todos los españoles de Tayabas iban a ser aniquilados. Y Liao–Mi viajaría con su teniente al país de las sombras.

Tomó un pedazo del uniforme de Estadella, recibido como regalo de amor. Su vieja nodriza pertenecía a la tribu de los tinguianes y le había enseñado que los enamorados obligados a separarse debían compartir un pedazo de prenda para llevar consigo el aroma del otro. Así nunca se olvidarían.

–¡Yo no quiero olvidarle, a pesar de que él sera mi muerte!
–sollozó Liao–Mi. Los espíritus permanecieron mudos sin responder, pues ya la habían amenazado a través del mangcuculam. La muchacha apagó las velas del oratorio, envolvió cuidadosa y respetuosamente las figuras de sus ancestros, y las metió en un balutari ornamentado con taraceas de maderas preciosas. Pero el pedazo de uniforme del teniente enemigo lo escondió en su seno, muy cerca del corazón.

CARGA HACIA EL MANANTIAL

Tayabas, 13 de junio de 1898

El Consejo de Guerra se había reunido secretamente, para no alarmar a los soldados. Ocultos como conspiradores, el comandante Pacheco y sus capitanes discutían la situación. También se hallaba presente Mediano, encargado de la intendencia. El robo de la pólvora resultaba embarazoso y desmoralizador; de manera que decidieron ocultarlo a los soldados mientras fuera posible; ni siquiera lo hicieron constar en el diario de operaciones para que nadie lo pudiese descubrir accidentalmente.

–Si alguna vez me encuentro con el cabrón que se ha llevado la pólvora, le arranco la piel a tiras –juró el comandante Pacheco.

Cuando todos se hubieron desahogado apoyando las

palabras de Pacheco, llegó el momento de decidir qué hacer.

Podían abandonar Tayabas y huir hacia Maubán, donde les esperaba el "Antonio". Hacinados en sus bodegas, era posible llegar hasta Hong-Kong o Singapur y, desde allí, en buques neutrales, viajar hasta la Península. El Katipunan, sorprendido por este movimiento inesperado, no reaccionaría a tiempo. Pero eso significaría darse por vencidos antes de combatir, salvar la vida a costa del honor. Si cedía Tayabas, los insurrectos se apoderarían de la parte oriental de Luzón sin dificultades y caerían luego sobre Manila.

–Además, señores, antes de que se cortase el telégrafo me llegaron noticias de que el general Monet, al mando de una columna de dos mil hombres, ha salido para aplastar la insurrección en la Pampanga y luego se dirigirá hacia aquí.

Saludaron con júbilo la noticia. ¡Venían refuerzos! Sólo había que resistir algunas semanas, a pesar de carecer de pólvora para los cañones.

El general Monet, cuando su columna iba a ser cercada, la abandonó a su suerte, embarcó en un cañonero y se refugió en Manila. Tal vez temiera lo que pudiesen reservarle los insurrectos si caía en sus manos, pues durante el levantamiento de Cavite había ordenado fusilar a mujeres y niños

indefensos. La columna, a la que había dejado en una situación insostenible, hubo de rendirse el treinta de junio.

–Si abandonamos Tayabas, el ejército de quince mil hombres que nos amenaza girará contra Monet y tomará Manila. Señores, somos nosotros o Manila. No tenemos elección. Resistiremos hasta que aparezca Monet.

Los capitanes salieron animados del Consejo de Guerra.

–¡Lo de Monet es una buena noticia! –dijo uno de ellos a Mediano.

Este respondió con un gesto que podía significar cualquier cosa. Había servido a las órdenes del “carnicero de Cavite” y no confiaba demasiado en él.

Los días siguientes transcurrieron sin novedades dignas de reseñarse. Mediano ordenó saquear las casas de Tayabas abandonadas por sus habitantes, recogiendo los víveres que hubiesen dejado atrás en su huida. El molino de la ciudad fue cuidadosamente vaciado de todo resto de arroz descascarillado o sin descascarillar. Aquellos soldados que no cavaban trincheras, se dedicaron a cosechar hierba en las afueras de la ciudad, para mantener durante el asedio las vacas, carabaos y caballos de la guarnición; los forrajeadores se hallaban protegidos por la patrulla de Gómez.

El día veinticuatro, a las seis y media de la tarde, se escuchó un clamor unánime aullado por cientos de gargantas. Este grito habría de ser oído por los defensores de Tayabas durante todos los días del asedio: “Patay castila”, que traducido del tagalo significa “muerte al castellano” (por extensión, a los españoles).

–Sección, a formar en dos filas –ordenó el teniente Gómez–. Primera fila, rodilla en tierra. Corneta, avise a los forrajeadores para que se retiren.

“Patay castila” iba sonando más y más fuerte tras una loma, hasta que apareció una masa hormigante que agitaba al aire bolos, rifles y lanzas. Los tagalos se arrojaron sobre las dos delgadas líneas de Cazadores.

–¡Calen bayonetas! –cincuenta temblorosas manos calaron las bayonetas en sus máuser.

Uno de los Cazadores abandonó la formación gimiendo de terror:

–¡Son muchos! ¡Van a matarnos a todos!

Se encontró encañonado por el revólver del teniente Gómez. De sus ojos grises había desaparecido la sonrisa que tanto encantaba a las mujeres y su trenza le daba un aire siniestro.

–Si huimos, aniquilarán a los forrajeadores; pero antes yo lo mataré a usted. ¡Vuelva a su puesto!

El soldado volvió.

Los tagalos se lanzaban al ataque sin poder salir del camino, encajonados por los arrozales. Buscaban aplastar a los Cazadores por el peso de su número; pero aquellos que llevaban rifles no podían disparar, estorbados por los que avanzaban corriendo.

–Primera línea. Apunten. ¡Fuego! –ordenó Gómez.

–Segunda línea. Apunten. ¡Fuego!

–Primera línea. Apunten. ¡Fuego!

Mientras una línea cargaba, la otra disparaba, de manera que un flujo continuo de plomo surgía de los Cazadores, derribando a los tagalos de vanguardia, que eran rápidamente sustituidos por otros que ocupaban su lugar.

–Primera línea. Apunten. ¡Fuego!

–Segunda línea. Apunten. ¡Fuego!

Cada vez se hallaban más cerca, a pesar de la terrible matanza provocada por los máuser. El teniente Gómez, con gesto resignado, comprobó que el kriss salía bien de su funda y desenvainó el sable. Si llegaban al cuerpo a cuerpo,

estaban perdidos. No permitió que su voz transmitiese la menor duda ni alteró la regular y ajustada cadencia de las órdenes.

–Primera línea. Apunten. ¡Fuego!

–Segunda línea. Apunten. ¡Fuego!

Apenas les separaban del enemigo una docena de pasos. Unos segundos más y las bayonetas emprenderían una lucha desigual contra las lanzas y los bolos. Los casqui- llos vacíos se amontonaban a los pies de los soldados, humeando. Gómez apartó de su mente el recuerdo insidioso de la mujer con la que había pasado la noche, que insistía en ser su último pensamiento antes de morir.

De pronto, se quebró el ánimo de los atacantes, desangrados ante aquel muro de fuego infranqueable. Los que cayeron por una descarga no fueron sustituidos por los siguientes y el grito de “Patay castila” dejó de dominar el aire. Primero uno, después muchos y por último todos los tagalos iniciaron la huida.

–¡Victoria! ¡Viva Filipinas española! –gritaban los Cazadores. Algunos se tenían que apoyar en sus fusiles para no desplomarse temblando en el suelo, vencidos ahora por el terror; otros saltaban y gritaban poseídos por una alegría no menos arrolladora. Volverían a pasear por el barrio de Triana, por la Concha de San Sebastián, por las Ramblas de

Barcelona; no morirían –por lo menos aquel día– en un archipiélago remoto.

El teniente Gómez se acercó al soldado que había intentado huir y lo derribó al suelo de un puñetazo.

–¡Al próximo que se retire sin mi permiso, le pegaré un tiro sin avisar! ¿Lo han entendido todos?

Los soldados asintieron con la cabeza. Entonces, Gómez se sintió atraído por la visión de un uniforme entre el cementerio de cuerpos malheridos y muertos en que se había convertido el batallón tagalo que los atacase.

Por lo que conocía sobre los uniformes del Katipunán, se trataba de un comandante. Se arrastraba moribundo, tratando de alcanzar el sable que se le había caído al ser alcanzado en el pecho por una bala.

Gómez se acercó con la cantimplora en una mano y el revólver en la otra. No confiaba en los tagalos: más de uno había muerto feliz arrastrando consigo a un español.

–Comandante, han luchado ustedes con valentía –le dijo, callando que habían sido unos imbéciles por atacar en masa y por un camino angosto sin que nadie les cubriese. Un moribundo merece respeto.

–Patay... castila...

–Beba un poco de agua y luego le alcanzaré su sable, así morirá empuñándolo.

El herido aceptó el agua que se le ofrecía y tomó su sable (Gómez le pisó disimuladamente la bocamanga, para que no pudiese acuchillarlo con su último aliento). El tagalo murmuró:

–¡Viva Filipinas Libre! ¡Viva el Dictador Aguinaldo!

El teniente Gómez, una vez cumplidas las normas de caballeridad entre oficiales, lo abandonó en su agonía para dar órdenes a los soldados, mientras mascullaba para sí:

–¡Mira que dejar de ser una colonia para nombrar un dictador!

La sección de Cazadores se retiró en buen orden hacia Tayabas, pues los vigías les avisaron que se acercaban más enemigos y, ya a salvo los forrajeadores, no tenía objeto seguir defendiéndose en una posición expuesta.

Atrás quedaba una alfombra de casquillos brillando al sol, una multitud de tagalos muertos y malheridos, y un inexperto comandante moribundo que empuñaba su sable: el padre de una muchacha llamada Liao–Mi. En el barrio de Muntinbaya, la sección de Gómez se reunió con el resto de su compañía, que había acudido para reforzarles.

–¡A buenas horas! –les dijo éste.

Mediano no contestó nada, pero rechinaba los dientes de envidia. ¡Y él, mientras tanto, había estado supervisando el almacenaje de sacos de arroz!

Los tagalos volvieron a atacar. Aprendida la lección, parte de ellos disparaba un fuego continuo mientras los demás avanzaban. Los Cazadores fueron retrocediendo por las calles, puesto que no querían detener a los tagalos en las afueras de la población, sino retrasar el cerco todo lo posible.

Los tejados de ñipa se hallaban resecos como la yesca, pues todavía no había llegado la estación de las lluvias, y algunos fogonazos de disparos prendieron fuego a las casas. Con los dos bandos enzarzados en un feroz combate, nadie se preocupó de los esporádicos incendios que alumbraban el atardecer hasta que fue demasiado tarde.

Las llamas separaron a los contendientes y les obligaron a cesar la lucha. Los Cazadores corrieron a refugiarse en sus trincheras y en sus edificios de piedra con tejado de chapa. Tayabas ardía: un espectáculo dantesco y estremecedor. El infierno de la guerra destruía una pequeña ciudad hasta los cimientos.

La población ardió durante toda la noche. Cuando el fuego se extinguió por falta de casas que devorar, Tayabas había

dejado de existir y apenas quedaban en pie los edificios defendidos por los españoles.

Durante el día siguiente, veinticinco de junio, la tercera compañía del doce Batallón de Cazadores Expedicionarios recibió tres visitas inesperadas.

La primera fue la del párroco de San Narciso, que se había refugiado en la guarnición de Tayabas demasiado tarde para escapar hacia Lucena. Tuvo la mala suerte de salir a pasear el día anterior justo antes del ataque y había sido capturado por los insurrectos. Lo devolvieron vivo, pero castrado y con los testículos colgando de su escapulario.

–¡Qué horror! –exclamó Martín, al recogerlo en la trinchera para llevarlo a la enfermería. Olvidó su anterior indignación por la conducta del sacerdote– ¡Qué salvajes!

–Pues a mí estos tagalos cada vez me caen mejor –repuso Roselló. A pesar de sus cínicas palabras, tomó en brazos al desdichado sacerdote para acercarlo a la enfermería. Pero las heridas se infectaron y, al cabo de una semana, falleció, delirando y llamando a Lupita. El abad de Tayabas le dio la absolución y le cerró los ojos.

La segunda visita surgió de los rescoldos humeantes como una aparición angelical en medio de una negrura de desesperanza:

–¡Teniente Estadella! ¡Teniente Estadella! –gritó Liao– Mi cuando los centinelas le impidieron acercarse más a las posiciones españolas.

–¡Liao–Mi! –respondió éste, intentando salir del parapeto. Lo detuvo la mano áspera y firme de su capitán:

–No abandone su puesto. Puede ser una trampa para incitarlo a desertar.

–¡Teniente, déjeme pasar! –suplicó la muchacha– Ya que usted no traiciona a su patria y a sus antepasados, lo haré yo. Permítame compartir los días que le resten de vida, antes de que los míos venzan y les maten.

La muchacha, llorosa por el silencio que le contestaba, sacó de su tapis un fajo de pesos filipinos:

–¡Teniente, he vendido todas las tierras que pertenecieron a mi padre para conseguir mi bigay–caya (dote)! Cobre lo que su rey le deba por matar a mi pueblo, y vayámonos a su España para casarnos, vivir muchos años juntos y tener hijos que perpetúen nuestra sangre entremezclada.

Estadella lloraba en silencio, retenido por su capitán. Las órdenes eran tajantes: sólo podrían refugiarse en la guarnición aquellos nativos que fuesen funcionarios o militares.

Faltaban víveres para mantener a las amantes tagalas de los soldados.

No había visto a Liao–Mi desde la noche fatídica en que ella le rogó que trabajase para el Katipunán. Se había mantenido apartado de la ventana donde ella le aguardaba para evitar que su atormentadora belleza le arrancase la promesa de una traición. Sin embargo, aún la amaba. Seguía escribiéndole cartas repletas de sueños y de nostalgias, aunque ahora rompía estos mensajes de amor nada más escribirlos. Sus noches todavía se llenaban de ella, con su cuerpo menudo y frágil, con sus ojos rasgados en forma de corazón, con su peculiar y dulce manera de hablar castellano. ¿Por qué habían de militar en bandos distintos? Él no debía traicionar su honor. El honor no era sólo una palabra abstracta, sino que reunía los rostros de sus amigos: el severo capitán Orihuela, el mujeriego y valeroso teniente Gómez, el irascible Mediano con su travieso monito siempre sobre el hombro, el cándido teniente Martín, al que nunca abandonaba su mirada de inocencia...

Estadella amaba a su patria; pero aunque no hubiera creído en ella, como Roselló, el anarquista, no podría traicionar a sus amigos. No era capaz de entregarlos al Katipunán. La voz de Liao–Mi volvió para sacarlo de sus meditaciones:

–Teniente, ¿acaso me mentía en sus cartas nocturnas? Las he recordado cada día, cada noche que hemos estado

separados, hasta que me he visto obligada a acudir: no podía soportar que usted muriese sin tener mis brazos para cobijar su último aliento, aunque eso signifique que yo también haya de morir.

Los soldados miraban al suelo, para permitir a su teniente la pequeña intimidad de unas lágrimas, y recordaban a aquellas tagalas que los habían consolado de la lejanía de su patria. Quizá no fuesen tan hermosas como Liao-Mi, pero habían representado un oasis de amor en un desierto de guerra y muerte.

–¡Teniente Estadella, es usted un mentiroso, como todos los castilas, asesinos de nuestro pueblo! –sollozó Liao-Mi, despechada por el silencio que le respondía. Arrojó los billetes al agua de un bambán próximo, que los arrastró lejos de ella. Aquello era todo lo que poseía– ¡Ojalá nunca le hubiera conocido! ¡Nunca! ¡Le odio más que a ningún otro castila!

Liao-Mi se marchó a través de las ruinas ennegrecidas de lo que había sido Tayabas. El teniente se abrazaba a la tierra reseca de su trinchera, como si así pudiera consolarse de la pérdida de Liao-Mi. ¡Ah, si pudiera tomar lo que su rey le debía por matar tagalos y, junto con Liao-Mi, vivir de nuevo en su Cataluña natal! Pero su rey no sólo le pagaba tarde y poco, sino que le exigía continuar defendiendo una bandera clavada en el centro de un pueblo habitado por cenizas y fantasmas.

Un abatido teniente Estadella balbuceó que no se fuese, que regresara, que la amaba. Pero la muchacha no le oyó, ni él quería que le oyera.

–¡Pobre chica! –masculló Roselló– Está condenada. Aunque Tayabas parezca desierta, los ojos y los oídos del Katipunan siguen ahí, y no le perdonarán que haya intentado traicionarlos.

Gómez respiró con alivio. Su compañero Estadella no era un traidor y no sería necesario continuar vigilándolo para matarlo. Pero entonces, ¿quién había robado la pólvora de los cañones? ¿Qué oficial tenía acceso al polvorín?

La tercera visita fue la más desagradable de todas. A mediodía, unos quinientos tagalos comenzaron a construir trincheras en tomo a la toma de agua, frente a la tercera compañía.

–Ya intentan cerrarnos el grifo. ¡Qué sorpresa se llevarán cuando vean que no nos morimos de sed!

Sin embargo, los sorprendidos fueron los españoles. El agua dejó de correr por los bambanes, pero también dejó de manar del caño de bambú que tan secretamente tendieran.

–¡Dios mío, y aún no han llegado las lluvias! –pensaron, tratando de imaginarse cuántos días podrían resistir sin

agua en aquel clima tropical. ¿Tal vez dos, con mucha suerte? Siendo tan pocos, resultaba imposible asaltar aquella trinchera desde la que les apuntaban cientos de carabinas rémington.

–¡Si hubiésemos construido aljibes! –pensó el capitán Orihuela– Pero sin cemento...

–Voy a informar de lo que sucede al comandante Pacheco –dijo el capitán, en voz alta–. Mediano, tome el mando en mi ausencia.

Unos minutos después, se escuchó una voz burlona que, oculta tras un parapeto, provenía de las posiciones enemigas:

–¿Qué tal, hace calor? Espero que tuvieseis llenas las cantimploras, así duraréis un poco más.

–¡Bebe! –exclamaron ciento cincuenta gargantas reseca y furiosas.

–En efecto. Bebed ahora vosotros, si podéis.

Una cacofonía de imprecaciones le respondió.

–Gracias por vuestras felicitaciones, aunque prefiero el agradecimiento de los tagalos. Por descubrirles la conducción del agua me han nombrado coronel. Coronel Benedí, del Ejército Dictatorial. Suena bien, ¿verdad?

Cuando los insultos se apagaron, Benedí continuó.

–Pero no lo he hecho sólo por el ascenso. Lo cierto es que me pagaron mucho, mucho dinero a cambio de vuestra pólvora. ¿No lo sabíais? ¿Os lo han ocultado vuestros oficiales, esos en los que tanto confiáis? ¡No podéis disparar un solo cañonazo, imbéciles!

Las carcajadas de Bebe resonaron sobre los rostros desconcertados de los Cazadores. ¿Cómo se defenderían sin cañones cuando los tagalos los asaltasen? Muchos sintieron miedo y, por primera vez, se preguntaron si no sería mejor rendirse.

–También os habrán dicho que viene una columna al mando del general Monet para rescataros. Siento comunicaros que el general ha huido a Manila y que su columna se encuentra cercada y sin víveres. Estáis solos.

–¡Bebe, asoma tu jeta de cerdo y deja que veamos ese precioso uniforme de coronel del Katipunan! –gritó Roselló, encarándose el máuser y ajustando el alza.

–¡Ni lo sueñes, Roselló! ¡Como si no te conociera! Pero no todo va a ser noticias malas: hay un tiempo para el trabajo y otro para el placer. Mirad lo que os ofrezco.

De las trincheras tagalas se levantó una temblorosa y cabizbaja Liao–Mi. Se hallaba desnuda y con los brazos

atados a la espalda. Para que no huyese, Benedí le había anudado un lazo al cuello, como si en vez de una mujer fuese una perra. En la piel se le marcaban los verdugones con los que habían vencido su resistencia desesperada.

–¡Maldito! –exclamó Mediano– Roselló, tome el mando de la primera sección, voy junto a Estadella. Esto puede volverle loco.

–El mando, el mando... A ver si se entera de una vez que soy anarquista –rezongó Roselló. Pero supo que todos le obedecerían, incluso el teniente Martín y los cabos y sargentos que, sobre el papel, eran sus superiores; de hecho, lo consideraban un oficial excéntrico que se negaba a llevar sus insignias.

Estadella, en la segunda sección, asía su revólver con manos pálidas y crispadas.

–¡Estadella! He de admitir que tienes buen gusto –continuó Benedí–. Es muy guapa, como podéis ver. Y era virgen.

Benedí se concedió un largo silencio, para que Estadella digiriese el significado de aquellas palabras.

–De hecho, es tan deliciosa que, junto con otras tagalas traidoras como ella, la he enrolado en mi burdel. ¡Me estoy haciendo de oro! No sabéis lo fogosos que son estos tagalos. Les cobro diez pesos; pero por ser vosotros antiguos

compañeros míos, os la dejaré por cinco. ¿Qué opinas, Estadella? Sólo por cinco pesos puedes obtener lo que tanto quisiste. Claro que no serás el único, ni el primero, pero eso ¿qué importa?

Muchos soldados apretaban las mandíbulas, pensando en aquellas tagalas que les habían dado un poco de amor –o aunque sólo fuera, un poco de placer–, y que ahora estaban sometidas a un castigo indigno. Pero Estadella tenía ante sus ojos a Liao–Mi, desnuda, atada, humillada. Comenzó a trepar fuera de la trinchera.

–¡No lo hagas! ¡Te matarán! –Mediano trató de retenerlo por la ropa, pero Estadella le golpeó y se desasíó. Comenzó a correr hacia Liao–Mi y hacia el enemigo, empuñando su revólver.

–¡Maldito Bebe! ¡Me las pagarás!

Mediano sacudió la cabeza, atontado, y corrió tras él para obligarlo a regresar de la muerte segura hacia la que se dirigía.

Roselló se apercibió de lo que pasaba:

–¡Que nos matan al teniente Mediano! Primera sección, ¡a la bayoneta! ¡Viva España! ¡Viva la Anarquía!

Los amigos anarquistas de Roselló se habrían escandalizado al escuchar semejantes gritos, porque el anarquismo

es intemacionalista. Pero cuando alguien decide cargar a la bayoneta con cuarenta hombres contra una trinchera desde la que les apuntan quinientos rifles, no busca coherencia en los gritos, sino valor, o tal vez inconsciencia para no pensar qué está haciendo.

El teniente Gómez se hallaba apoyado contra el parapeto atusándose la coleta y disfrutando de la desnudez de Liao-Mi. Siempre era agradable contemplar una hembra bien hecha. Entonces, vio que la primera sección cargaba a la bayoneta.

–¿Se habrán vuelto locos? Tercera sección, ¡a la bayoneta!

Los soldados de la segunda sección, sin oficiales, se miraron los unos a los otros y también saltaron de la trinchera para no ser menos que sus compañeros. Toda la tercera compañía corría caballerosamente para salvar a aquella mujer desnuda y humillada, sin importarle el número de los enemigos, ni carecer de fuego de cobertura, ni haberse olvidado atrás banderas y cornetines.

Benedí contempló asombrado aquella línea irregular de trajes rayadillos que avanzaban hacia él por el camino de Lucbán. Aquello infringía cualquier norma táctica.

–¡Disparad! ¡Matadlos a todos! –gritó, mientras tiraba de Liao-Mi. Comprendió, demasiado tarde, que pocos de sus hombres estaban acostumbrados a aquellas nuevas

carabinas rémington recién obtenidas de los norteamericanos y que no habían ajustado bien las alzas. Los disparos pasaban altos, inofensivos. Y en aquellas carabinas no se podía calar bayonetas: resultarían inútiles en una lucha cuerpo a cuerpo. ¿Pero cómo prever que en vez de desmoralizarse, aquellos locos atacaran a un enemigo tan superior?

–¡Resistid, seguid tirando! –les gritó a sus hombres, mientras huía con su prisionera.

Los soldados filipinos no eran como los españoles. Los oficiales peninsulares instructores de regimientos nativos decían que si un oficial español se vuelve para huir, se encuentra con las bayonetas de sus hombres; pero si un oficial filipino se vuelve, sólo ve las espaldas de sus soldados. Los tagalos dependían en exceso de la moral de sus oficiales: si éstos eran valientes, podían atacar realizando prodigios de valor; pero si los oficiales huían o dudaban, un batallón filipino podía desmoronarse como un castillo de arena alcanzado por el mar.

Benedí no tenía ninguna intención de convertirse en mártir de la causa filipina y, cuando sus soldados le vieron escapar, ellos también empezaron a huir.

El goteo de los que dejaban las posiciones fue aumentando hasta que se convirtió en un torrente que abarcó todo el batallón. Incluso los más valerosos, al

sentirse abandonados por sus compañeros y ver acercarse la vociferante línea española, tomaron sus carabinas recién estrenadas y huyeron.

Cuando la tercera compañía alcanzó las trincheras que protegían la toma de agua, no se les opuso ni un solo tagalo. Entonces se detuvieron, agotado su ímpetu y sin saber muy bien qué hacer después de aquel rapto de locura.

Estadella recorría las trincheras enemigas como un leopardo al que han robado su hembra.

–¿Dónde está? ¿Dónde se la ha llevado?

Llegaron corriendo el capitán Orihuela y el comandante Pacheco.

–¡Tenientes! ¿Qué ha sucedido? ¿Cómo han atacado sin órdenes?

Los tenientes acudieron como niños traviesos dispuestos a aceptar la regañina de sus madres por haber roto un cristal.

Pero Estadella se sentía demasiado furioso como para acatar ninguna jerarquía:

–¡Ustedes! ¿Saben lo que pienso sobre sus patrias, sus guerras, sus banderas...?

No lo llegaron a saber, porque Mediano impidió que dijera nada imprudente, propinándole un golpe formidable que lo derribó aturdido al suelo.

–Esto por el que me pegaste antes.

–Cuando hayan terminado sus asuntos, les agradecería que se explicasen –el comandante Pacheco hablaba despacio y amenazador–. Les voy a formar Consejo de Guerra. ¡Y no saldrán bien librados! ¡Han dejado un hueco enorme en nuestras defensas! ¡El enemigo podría haber conquistado Tayabas!

En eso, se acercó el soldado Roselló, aún jadeando pero con una sonrisa: había inventado una excusa perfecta. No ignoraba la gravedad de la falta que los tenientes habían cometido.

–¡Mi capitán! Tengo el honor de comunicarle que, cumpliendo sus órdenes, hemos tomado el caño de la toma de agua.

–¿Mis órdenes? –se extrañó Orihuela– Cuando me fui, sólo dije: “Mediano, tome el mando en mi ausencia.”

–Perdone usted que le contradiga, mi capitán, pero los soldados oímos: “Mediano, tome el caño en mi ausencia”. Tal vez usted quiso decir otra cosa, pero en un Consejo de Guerra toda la sección declarará bajo juramento que usted

ordenó tomar el caño, lo cual hemos cumplido sin bajas –replicó Roselló.

El capitán Orihuela y el comandante Pacheco se miraron sin saber si enojarse o reír; dado que enfadarse contra Roselló resultaba inútil y que, al fin y al cabo, habían conseguido una victoria incruenta, optaron por esto último. El capitán Orihuela dejó escapar un fugaz esbozo de sonrisa; Pacheco lanzó unas sonoras carcajadas y, como si esto fuese una señal, se contagiaron los demás oficiales. Al poco, sin saber por qué, toda la compañía reía de manera desaforada, liberando la tensión que había creado en ellos una carga demente y suicida.

Sólo el teniente Samuel Estadella, medio inconsciente tras el golpe recibido de Mediano, permanecía inalterable. Aunque sus sentidos hubiesen estado despiertos, no se habría unido a la alegría común. ¿Cómo reír sabiendo que Liao–Mi se hallaba cautiva en el burdel militar de Benedí, accesible a todo aquel que pagase unas monedas?

MANILA BIEN VALE UN HABANO

Cavite (Filipinas), 28 de junio de 1989

Cuartel general del ejército de ocupación de los EE UU.

El general Merrit encendió un puro habano y le ofreció otro al señor Edouard André, cónsul belga en Manila.

–Ya perdonará usted el desorden. Son tiempos difíciles –se disculpó Merrit, abarcando con la mano el amplio despacho, lleno de polvo. El cónsul belga dejó entrever un gesto conformado, como quien acostumbra a pasar grandes penalidades sin queja alguna. Descorcharon una botella de oporto y brindaron:

–Por la paz.

Una vez terminadas las manifestaciones amistosas, el general Merrit ofreció al señor André una vieja butaca y, tras sentarse también en otra, pasó a los asuntos importantes:

–Así pues, dice usted que el general Agustín rendiría Manila si fingimos un combate.

–En efecto –asintió el cónsul, saboreando una nueva bocanada de humo y de vino.

–No comprendo el por qué de esta condición –repuso Merrit.

–Verá usted, general –explicó el señor André, con aire de suficiencia–. El código de honor español es muy estricto: un militar puede ser derrotado, pero no rendirse sin combatir. Por lo menos, ha de parecer que lucha, por muy desesperada que sea su posición.

–Yo también sería pesimista, si estuviese en su lugar. Rodeado por decenas de miles de insurrectos en tierra, nuestra flota dominando el mar...

–...Y el ejército norteamericano en Cavite. Éste es el punto decisivo que quería comentarle, de parte del general Agustín, actual Capitán General de Filipinas –dijo el cónsul; y Merrit prestó toda su atención, olvidando el oporto y el habano.

El cónsul se demoró concentrándose en las volutas de humo, como si lo que fuera a decir no tuviese importancia:

–El general Agustín teme una conquista por parte de los insurrectos...

–De los “indios” –matizó con desprecio el general Merrit.

–...por parte de los indios, que saquearían Manila y matarían a sus antiguos opresores. Sin embargo...

–Sin embargo... –sonrió Merrit, que iba comprendiendo.

–Rendiría Manila ante el ejército de los Estados Unidos si se le permite salvar su honor con un simulacro de combate, y usted garantiza las vidas y propiedades de los españoles.

Merrit fingió que meditaba la oferta, aunque le llovía del cielo la solución al problema que le había preocupado durante el último mes: cómo conquistar Manila dejando fuera a los “indios”.

–Muy bien. Acepto. Sin embargo, los españoles tendrán que mantener a raya a los salvajes durante un mes más, hasta que me lleguen las suficientes tropas para combatir a los “indios” si se enojan y tratan de expulsarme de Manila.

–Resistirán –predijo André–. Por la cuenta que les tiene.

–Permítame recompensar su humanitaria intervención, que ha salvado tantas vidas –dijo Merrit, sacando de una caja fuerte un fajo de dólares y entregándoselo al cónsul. El dinero desapareció en un bolsillo de la levita–. Y dígame al general Augustín que si también sufre de alguna necesidad... digamos pecuniaria, estaré encantado de resolvérsela tan pronto nos entregue Manila.

–¡Oh, no! Él es un militar español a la antigua usanza. Ya sabe usted: valor, integridad, honor...

–¿Honor? ¿Dice honor? ¡Pero si me está entregando Manila sin combatir! –se extrañó Merrit.

El cónsul carraspeó. Muy lentamente, como si sólo se atreviera a decirlo una vez, empezó a explicarle lo que de verdad pensaba:

–Verá usted... Entre el cuerpo diplomático acreditado en Manila, corre un rumor... Casi más que un rumor... Pensamos que el Gobierno español quiere deshacerse de sus colonias lo más pronto posible, sin demasiada sangre ni demasiado estruendo. Con discreción, ¿entiende?

–¿Quiere decir que el Gobierno español intenta perder la guerra? –Merrit no salía de su asombro.

–Digamos mejor que, siendo incapaz de ganarla, prefiere perderla deprisa, sin sufrir mucho. –el cónsul belga se retrepó en su asiento, satisfecho por la sutileza de la frase, y trató de memorizarla para repetirla en las tertulias de Manila.

Encendió de nuevo el habano: con tanta conversación, se le había apagado. Dio algunas chupadas tan desaforadas que el general Merrit no pudo evitar imaginarlo como un cerdo obeso y glotón.

Merrit guardó silencio. Nunca entendería a los políticos, ni siquiera a los de su propio país.

Pero le ofrecían la oportunidad de conquistar Manila sin sufrir bajas y la aprovecharía.

–No me importan las razones de Augustín, ni quiero saber si es un cobarde o sólo un militar que obedece las órdenes indignas de su Gobierno. Dígale que tiene mi palabra de honor: respetaré nuestro trato.

André se levantó y, tras estrechar la mano del general Merrit, se dispuso a marcharse para comunicarle a Augustín que la negociación había sido un éxito.

–¡Ah, por cierto! –dijo, ya en el umbral– ¿Podría proporcionarme usted algunas cajas de estos excelentes cigarrros? En Manila, tras dos meses de sitio, comienzan a faltar las comodidades más imprescindibles.

–No se preocupe –lo tranquilizó el general Merrit, dándole unas palmaditas en la espalda–. Tendrá los cigarros que me pide. Todos los que quiera.

EL PRESIDENTE DE LOS INDIOS

Cavite (Filipinas), 6 de julio de 1898

Cuartel general del ejército de ocupación de los EE. UU.

–General Merrit, estoy furioso. Tan furioso como para no haber asistido ayer al baile que celebraba la independencia de los Estados Unidos –exclamó Aguinaldo, de raza tagala, nuevo Presidente de la República Filipina–. En la invitación se me llamaba “General Aguinaldo” y no “Presidente Aguinaldo”.

–¿Por tan nimio detalle de protocolo se enoja? –se asombró Merrit, pasándole un brazo por los hombros– ¿Por qué no me lo dijo?

–Intenté encontrarle, pero usted siempre estaba ocupado –la ira de Aguinaldo se aplacó y empezó a calmarse.

–¿Decía a los ordenanzas que el Presidente de la República deseaba una entrevista y ninguno le trajo hasta nosotros? –el general Evett, segundo de Merrit, parecía estupefacto– No le comprenderían bien. Pocos de nuestros hombres hablan español.

–No vamos a dejar que este pequeño incidente enturbie nuestras relaciones –dijo Merrit, descorchando una botella de jerez, legítimo botín de guerra tras la captura de Cavite–. ¿Una copa de sherry?

Aguinaldo aceptó y tomaron asiento. Los tres hombres ostentaban el grado de general, aunque Evett era un subordinado de Merrit.

–Haré que el culpable de este error sea castigado severamente –exclamó Merrit–. General Evett, quiero al responsable ante mí en menos de veinticuatro horas.

–¡Sí, señor!

–¡Oh, no sea demasiado severo! –dijo Aguinaldo– Todos los ordenanzas me trataron con corrección; pero no conseguían localizarle, o estaba usted revistando las tropas, o presidiendo un desfile...

–¡Será castigado! ¡Será castigado con rigor!

Es inútil que usted interceda por el culpable.

La disciplina es fundamental –repetía Merrit, mientras Evett lo acompañaba con gestos de asentimiento.

El Presidente filipino se sintió halagado por el evidente enojo de los dos generales norteamericanos.

–Ya que está aquí, desearía pedirle un pequeño favor –dijo Merrit–. Verá usted, llevamos dos meses en Cavite y no hemos conseguido nada espectacular. Sí, la flota española ha sido borrada del mapa, pero la gloria corresponde (y con justicia) al almirante Dewey. Nuestros superiores están inquietos y la prensa empieza a preguntarse qué hacemos en Filipinas, tan lejos de nuestra patria.

–Si me hubiesen proporcionado los cañones que necesito, hace semanas que yo habría conquistado Manila –señaló Aguinaldo, con amargura.

–¡Estimado Presidente! –exclamó Evett– Ya le hemos entregado miles de fusiles para combatir a los españoles, además de facilitarle transporte para las armas que ustedes están comprando en Hong–Kong a los contrabandistas chinos. ¿Qué más quiere?

–Cañones. Cañones pesados con los que abrir brecha en las murallas de Manila. Los que tenemos son demasiado ligeros y apenas arañan esos centenarios bastiones de piedra –replicó Aguinaldo.

–Señor Presidente, no es tan fácil. Una cosa son los fusiles y otra los cañones pesados. Existen trámites burocráticos... Habría que obtener una autorización del Congreso... Conseguir un informe favorable del Jefe de Estado Mayor... Y luego, el transporte desde California...

–Evelt acumulaba objeciones como si fueran batallones dispuestos para el ataque.

–¡Basta, Evelt! –gritó Merrit– Nuestro aliado nos pide cañones y ¡por Dios que tendrá cañones! ¡No quiero ninguna excusa!

–Pero, señor...

–¡Soy su superior y me obedecerá! Si el Presidente Aguinaldo no ve sus cañones el quince de agosto, ¡juro que le degradaré a usted! ¿Me ha entendido?

–Sí, señor. Cumpliré sus órdenes, señor –murmuró un pálido Evelt. Parecía un recluta sufriendo la reprimenda de un sargento.

–Querido Presidente Aguinaldo, solucionado el enojoso asunto de los cañones, desearía volver al favor del que hablaba antes. Una bagatela –Merrit sonreía amistoso–. Desearía desembarcar mi ejército en la playa de Magtubig y participar en la toma de Manila. De una manera simbólica, claro está. Tan sólo para justificar ante la prensa nuestra

presencia aquí y (por qué negarlo) conseguir un ascenso o una condecoración.

Aguinaldo se envaró súbitamente y casi se le cayó la copa.

–¡Qué me dice! ¿Participar ustedes en la toma de Manila?
–dudó.

–Sólo de forma simbólica. Es poco lo que pido a cambio de los cañones –suplicó Merrit.

El Presidente de la República de Filipinas meditó durante unos segundos mientras Merrit y Evett aguardaban, en apariencia indiferentes.

–Les seré franco –dijo Aguinaldo por fin–. Mis consejeros me advierten de que ustedes no han venido en nuestra ayuda, sino para apoderarse de Filipinas. No lo creo yo así, desde luego –se apresuró a añadir Aguinaldo ante las vehementes protestas de Merrit y Evett, los dos generales norteamericanos–; pero tomar posiciones junto a Manila daría lugar a sospechas innecesarias.

–¿Cómo conquistar Manila sin la ayuda de los filipinos, atacando sólo en un punto? –señaló Evett– Los españoles concentrarían allí sus fuerzas y no avanzaríamos ni un palmo. Además, frente a Magtubig se encuentra la fortaleza de San Antonio Abad, imposible de tomar sin la ayuda del ejército filipino.

–El general Evett tiene razón –apoyó Merrit–, hemos de confiar los unos en los otros. Somos aliados, ¿no es así?

–General Merrit, le concederé su posición junto a los muros de Manila si me promete por su honor que conquistar Filipinas no entra en sus planes –dijo Aguinaldo, mirándole fijamente a los ojos.

Merrit mantuvo la mirada y la expresión de sinceridad.

–Presidente Aguinaldo, una palabra de honor puede ser rota con facilidad por un hombre sin escrúpulos. Le daré algo mejor: un hecho. En toda la historia de los Estados Unidos, jamás hemos poseído una colonia. Saque sus propias conclusiones.

–General Merrit –consintió Aguinaldo–, mañana puede desembarcar su ejército junto a Manila, en Magtubig.

Los tres hombres siguieron intercambiando cortesías y anécdotas. Cuando Aguinaldo se marchó, el risueño rostro de Merrit se deshizo como una máscara de cera bajo el sol y dejó ver al frío profesional que se escondía debajo.

–General Evett –dijo en un inglés glacial, lento y perfecto–, ya puede comunicarle al general Agustín que entraremos en Manila el día trece de agosto. El día quince ese indio de Aguinaldo verá sus cañones... apuntándole desde lo alto de los muros de Manila.

–¡Yes, sir! Daré las órdenes pertinentes, sir.

–Por lo demás, en privado continuaremos llamándolo presidente de su república de indios; pero evitaremos cualquier acto oficial o documento escrito que pueda significar el reconocimiento implícito de su autoridad o de su independencia. Hasta ahora los Estados Unidos no han tenido colonias... pero nunca es tarde para empezar, sobre todo cuando ya hemos exterminado a los indios piojosos que dificultaban nuestra expansión por el continente.

–Muy bien, sir.

–Y encuéntreme de inmediato al culpable de que no se invitara al “presidente” Aguinaldo a los festejos de ayer –terminó Merrit.

–Me parece que lo he encontrado, sir –contestó Evett, mostrándole un espejo–. ¿Qué castigo desea imponerle?

Los dos generales rieron con una risa franca y atroz.

LA BATALLA DE TAYABAS

Tayabas, 26 de junio de 1898

Los Cazadores se apoyaban contra el parapeto del Tribunal, que los protegía tanto de las balas como del sol inclementemente. Salvo los centinelas, los demás se escondían buscando la sombra para economizar agua, un agua que sólo podían beber los heridos, los enfermos y los que trabajaban en los pozos que, de momento sin resultado, se excavaban en diferentes puntos.

La posición junto al manantial resultaba indefendible y los Cazadores se habían visto obligados a abandonarla, tras proveerse de cuanta agua pudieron. Por la noche, los tagalos habían vuelto a cortar el azud y a guarnecer las trincheras, esta vez con un batallón veterano al mando de un coronel dispuesto a luchar: Tayabas se había quedado definitivamente sin agua potable. El río Alitao, que pasaba a menos de veinte pasos del muro del convento, además de

resultar inalcanzable, había sido envenenado por los filipinos.

–Y digo yo, ¿qué demonios estoy haciendo aquí? –preguntó Jordi Roselló, liando su último pitillo. A partir de entonces, tendría que fumar hierba seca.

–No hable usted, que le dará más sed –jadeó Martín.

–Cada vez que me acuerdo de que en Maubán nos espera el “Antonio”, con sus bodegas repletas de cigarros, es que me pongo enfermo –Roselló, como de costumbre, hizo caso omiso a la orden de su superior.

–Pues lárguese a Maubán y déjenos en paz de una vez –gruñó el teniente Mediano, acariciando la cabeza del monito que asomaba por su zurrón. Era la décima vez en aquel día que Roselló les hablaba del “Antonio” y sus cigarros–. Pero dése prisa: en cuanto los insurrectos terminen de excavar sus trincheras en torno a nosotros, no podrá escapar tan fácilmente.

–“¡Lárguese a Maubán!” ¡Como si me fuera a ir sin ustedes! A mí me importa un ardite el pedazo de trapo que ondea ahí encima, pero no me marcharé dejando a mis amigos con los tagalos a punto de atraparles. Y como nadie huirá de esta ratonera hasta que se lo mande un tipo cuya única cualidad consiste en alguna estrellita cosida al uniforme, aquí me quedo. ¡Seremos cretinos! Mucha

bandera, mucho desfile, muchos discursos, muchas medallas, y al final uno pelea para salvar a un amigo, para que una mujer lo admire o porque una vez le llamaron cobarde.

–¡Qué distinto es esto de lo que yo pensaba! –exclamó Martín, entrecerrando sus ojos soñadores– Creía que la guerra consistía en asaltos heroicos, flamear de banderas, cometas sonando mientras las balas silban por encima, combates cuerpo a cuerpo en los que esgrimir mi sable. Y la realidad es que se asesina a los civiles que cometen el delito de señalar nuestra posición, que las tres cuartas partes del tiempo las pierdes espantándote las moscas de la cara y rascándote los piojos de la cabeza, y que cuando se combate cuerpo a cuerpo se muerde, se araña y se grita de terror.

–¿Se acuerda de aquel primer tagalo que casi le mata por comportarse como un caballero y no meterle los dedos en los ojos? ¡Casi echa usted la primera papilla! –lo interrumpió Roselló, con una risita burlona. Martín no se dejó distraer y continuó:

–La única carga parecida a lo que imaginaba en la Academia ¡ha sido para intentar salvar a una mujer en pelota picada!

–O sea, que lo de la gloria es un camelo –resumió el anarquista, un tanto tendenciosamente–. ¿Y usted, teniente Mediano? ¿Por qué vino aquí, si podría haber

vivido sin dar golpe en la Guardia Real? Bastaba con decir “Sí, Majestad”, “Lo que usted desee, Majestad”.

–¿Quieren la explicación oficial o la verdadera?

–Cuéntenos ambas y, si le parece, luego decidimos cuál es la mejor.

–A mis amistades y a mi esposa les dije que me aburría, que para mí no era la vida de Madrid. Después de perseguir contrabandistas por sierras agrestes y elevados pasos de montaña, las calles de Madrid se me convertían en prisiones. Lo que para otros habría sido la existencia ideal, un trabajo sencillo y de categoría, sin esfuerzo, para mí constituía una condena.

–Como explicación oficial no es mala –aceptó Roselló–. ¿Y la verdad?

–La verdad es tan estúpida, que me causa rubor contársela a ustedes –Mediano dudó, pero continuó animado por el silencio de sus compañeros. Era como hablar consigo mismo–. Me he preguntado muchas veces por qué, al hartarme de Madrid, no pedí el traslado a mis amados Pirineos y, en vez de eso, me presenté voluntario para venir a Filipinas. Y fue porque mi hermano, casi diez años mayor que yo, tuvo la suerte de luchar en las guerras carlistas contra los guerrilleros que infestaban el Maestrazgo. Por méritos de guerra, de soldado raso ha llegado a capitán. Y yo,

que no poseo menos valor que él, a los treinta años sólo soy segundo teniente. ¿Cómo se puede ascender persiguiendo contrabandistas?

Cuando estalló la rebelión filipina, pensé que era mi oportunidad para igualarme a mi hermano mayor, admirado y envidiado. Dejé en España a mi esposa y a mis dos hijos, diciéndoles que la Patria me necesitaba. ¡Seré imbécil! ¡Luchar por envidia!

–Todos los que hemos venido a Filipinas somos imbéciles –le consoló Martín.

–¡Eh, a ver a quien señalamos, que yo he venido por no poder pagar! –se indignó Roselló, olvidándose de que unos minutos antes él mismo se había llamado cretino–. Yo no habría sido tan tonto como para pasarme cuatro años de servicio militar defendiendo a los curas, que son el opio...

–Roselló, que ya me sé de memoria sus opiniones sobre los curas –le interrumpió Mediano–. Lleva martillándome con ellas desde que nos conocimos en el calabozo.

–¿Ustedes se conocieron en un calabozo? –se extrañó Martín. Nunca se había preguntado dónde se cimentó aquella rara amistad entre un oficial y un anarquista.

–¿Dónde sino? –Roselló dejó escapar una risa cargada de sarcasmo y amargura– Siempre que no estaba luchando, me

arrestaban. De las trincheras al calabozo. ¡Ni un día para intimar con esas maravillosas tagalas!

–Todo empezó cuando servíamos en el octavo Batallón de Cazadores, bajo la autoridad del general Monet –le explicó Mediano–. Nos encontrábamos en plena campaña contra Macabulos, el general insurrecto. Durante tres meses estuvimos luchando en las estribaciones del monte Kamansi, del que parecía manar sangre en vez de arroyos.

–Ang katapangang ¿pinakita ni hen. Makabulos nang salkayin ng mga Kastila ang bundok ng Kamansi ay isa sa lalong ikinabantog ng ka... –dijo Roselló.

–Se olvida de que Martín no comprende el tagalo –lo interrumpió Mediano–. Haga el favor de hablar en español.

–Perdonen, cada vez que me acuerdo de aquella campaña, se me nubla la mente y no sé ni en qué bando peleé –se disculpó Roselló–. Decía que el general Macabulos derrochó valor durante los combates contra nosotros e incrementó su fama gracias a la carnicería que nos infligió.

–Al final, vencimos, simplemente porque éramos más y podíamos poner más cadáveres en la balanza, pero luchamos en guerrilla durante tres meses –explicó Mediano–. Si no hubiera sido por nuestros aliados los macabebes, nos habrían derrotado.

Mediano se sumergió súbitamente en un triste silencio, al recordar a todos los camaradas que habían caído en la toma del monte Kamansi. Martín se estremeció al revivir el horror del combate en guerrilla; no podía imaginarse lo que podía suponer luchar así durante tres interminables meses.

–¿Sabe qué ocurrió cuando hubimos coronado ese monte maldito, el veintiocho de noviembre? –dijo Roselló, ansioso por desahogar el rencor que sentía, compartiendo con el teniente Martín lo que había sucedido. Pero Mediano se lo impidió, apretándole del brazo con tanta fuerza, que le marcó cinco moretones. No deseaba rememorar su primer desencanto al chocar con la corrupción: cuando por fin callaron los fusiles, apareció el general Monet con sus oficiales de estado mayor, que se habían mantenido prudentemente fuera del alcance de las balas, y distribuyó entre aquellos cobardes medallas, ascensos y honores. Mientras tanto, los soldados y oficiales harapientos y agotados que habían peleado en primera línea de fuego, regresaron a su cuartel sin más premio que unos días de permiso para visitar los burdeles o para escribir cartas a los familiares de los amigos muertos.

Roselló decidió continuar su historia omitiendo aquel episodio vergonzoso, que causaba tanto dolor a su amigo:

–Cuando volvíamos, tomó el mando de la compañía un capitaneólo que parecía haber ascendido poniendo el cul...

–¡Roselló! –lo interrumpió Mediano– ¡Un respeto hacia los oficiales!

–¡Pero si eso precisamente es lo que usted le dijo, delante de toda la sección! Además, añadió que era un imbécil, un cobarde, un incompetente y un hijo de la gran puta –le recordó Roselló.

–¿Le llamó eso ante la tropa? –se admiró Martín. Ya conocía el genio del teniente Mediano, pero hasta para él parecía excesivo.

–Bueno, tenía la sangre un poco caliente, después de tantos meses de lucha –se avergonzó Mediano–. Cuando apareció aquel panoli ufanándose de sus medallitas de escritorio y dio aquellas órdenes absurdas, me enfadé.

–Lo cogió por las solapas y lo levantó del suelo –continuó Roselló, sin perdonar un detalle–. Todos los soldados estaban asombrados, pero yo aplaudía pidiendo un bis. Resultado: Mediano y Roselló, al calabozo.

–¿Cómo no lo degradaron? –preguntó Martín.

–Por falta de testigos –suspiró Roselló.

–¿Falta de testigos? ¿No lo hizo delante de toda la sección?

Les costó responderle. Aquéllos habían sido sus amigos,

durante tres meses infernales habían luchado hombro con hombro y habían entremezclado su valor y su sangre. Mediano respiró y le explicó:

–Murieron todos. Me había enfadado con el capitán porque nos ordenó marchar en fila de a cuatro, como si desfilarásemos por la Gran Vía. Sin exploradores en vanguardia, sin cubrir los flancos, sin separar una retaguardia que pudiese acudir en nuestra ayuda en caso de un ataque. Los tagalos están vencidos, dijo el muy imbécil.

–Cuando la sección atravesó una aldea, todos sus habitantes la saludaron con vivas a España. No agitaban bandereas porque no tenían. De pronto, desaparecieron las mujeres y niños, y de las ventanas surgió una descarga mortífera; luego, al grito de “Patay castila”, cientos de insurrectos cayeron sobre la columna enarbolando sus bolos. Los nuestros ni siquiera llevaban caladas las bayonetas y fueron aniquilados, la mayoría sin tener tiempo para encararse sus fusiles –continuó Roselló.

–Sólo nos salvamos nosotros –Mediano tomó el relevo, para distribuir entre los dos supervivientes el peso de narrar esta historia terrible–. No nos formaron Consejo de Guerra, porque los tagalos demostraron que yo tenía razón y que aquel capitán era un idiota que sólo sabía pavonearse. Monet disimuló el desastre en sus informes y nos mandó al ostracismo.

–Como no había mucho futuro para nosotros en el octavo batallón, pedimos el traslado a la Guardia Civil indígena; y cuando nos cansamos de correr por la selva acompañados de salvajes y supimos que el doce Batallón de Cazadores Expedicionarios venía a Tayabas...

Un clamor surgió del fondo de uno de los pozos. La palabra mágica recorrió la guarnición interrumpiendo el relato de Roselló y Mediano:

–¡Agua! ¡Agua! ¡Han encontrado agua!

Martín cerró los ojos, musitando:

–¡Gracias, Dios mío!

En cambio, Roselló masculló una blasfemia:

–¡La cagamos! Unas horas más sin agua y el cabeza cuadrada de nuestro comandante nos habría ordenado empaquetar los bártulos, romper el cerco y correr hacia Maubán y hacia ese simpático barquito cargado de cigarros. Ahora nos toca quedarnos aquí y morir por Dios, la Patria y el Rey.

–Roselló, que eso lo decían los carlistas –le advirtió Mediano.

Roselló se encogió de hombros:

–Lo dirían los carlistas, pero podría firmarlo cualquiera de los oficiales de esta guarnición: ¡me juego la paga de un mes!

Nadie aceptó su apuesta. Y eso que hacía mucho que no recibían paga alguna.

Durante los días siguientes, se sucedieron las escaramuzas en torno a Tayabas. Los españoles aún conseguían forrajear, pero cada vez les resultaba más difícil. De todas las maneras, se les estaba acabando el ganado. Las seiscientas personas cercadas consumían una vaca al día –en un principio–, un carabao de carne escarlata y fibrosa después, y un correoso caballo por último; aun así apenas llegaba para mantener a unos soldados que cada día debían combatir.

Mediano sacrificó su carabao, que a través de tantas sendas traicioneras le había llevado. Logró prolongar un día más la ración de carne, a costa de algunas lágrimas derramadas en la soledad.

El día treinta, las trincheras enemigas se cerraron en torno a Tayabas. A partir de entonces, nadie podría entrar ni salir. Dos días antes, el comandante Pacheco había enviado a dos guardias civiles nativos con mensajes, para que comunicasen a la capital la situación en que se encontraban y urgieran a la columna de Monet.

La columna de Monet se acababa de rendir, abandonada

por su jefe que, para ponerse a salvo en Manila, se había embarcado en el cañonero "Méndez Núñez" junto con su estado mayor.

Una vez cercada Tayabas, los insurrectos emplazaron sus cañones y comenzaron a bombardearla día y noche.

Unos días más tarde, durante una de esas pausas arbitrarias que se producían en los tiroteos, una figura tambaleante salió de las trincheras tagalas y se encaminó hacia los españoles. Se agarraba el abdomen y caminaba arrastrando los pies.

–¡Alto el fuego! ¡Es el farmacéutico!

Cuando llegó hasta los españoles, observaron que le habían disparado en el vientre. Antes de la invención de los antibióticos, esto significaba una muerte segura, lenta y dolorosa.

–¡Canallas! Lo han enviado aquí para que muera.

Recordemos aquí el nombre de aquel héroe pacífico, que trató de permanecer neutral en medio de una tempestad de pasiones y odios. Se llamaba Luis Alandi. Paz a los valientes que aman la paz.

Por esos días comenzó la estación lluviosa, por la que tanto habían suspirado los españoles cuando sufrían sed; y ahora la maldijeron. Las techumbres, acribilladas, dejaban

pasar el agua a raudales. No había un solo sitio donde permanecer secos. Incluso en la enfermería se veían obligados a achicar agua con cubos.

La guarnición española iba debilitándose. Además de los muertos que, bala a bala, le ocasionaba el continuo fuego de cañón y de fusilería, el número de heridos ascendió a noventa y dos. Pero mucho mayor era el de enfermos por causa de la intemperie, del clima tropical, del paludismo, de la alimentación insuficiente. En la enfermería ingresaron doscientos noventa soldados, de un total de cuatrocientos cincuenta; y eso que por falta de espacio se internaba tan sólo a los enfermos graves.

A medida que pasaban los días, las deserciones iban en aumento. Los guardias civiles indígenas dejaban sus puestos y se pasaban al enemigo con armas y municiones, al comprender que España había perdido la guerra; pero también desertaron cinco soldados peninsulares empujados por el hambre y seducidos por las copiosas promesas con que los insurrectos les acosaban.

Los edificios apenas se sostenían en pie. Los tejados habían desaparecido y gran parte de los muros mostraban tales boquetes que parecían a punto de derrumbarse. Una de las paredes de la cárcel, la que daba hacia fuera y, por tanto, la más castigada, se desplomó. Los defensores levantaron en su lugar una barricada con piedras y tablones; como quizá tan endeble parapeto no detendría un ataque,

construyeron una segunda barricada detrás, en mitad del edificio.

Las trincheras tagalas avanzaban con un ritmo lento pero continuado, acercándose hacia las españolas. Cuando llegasen junto a ellas, sería el fin: una oleada de insurrectos inundaría a los defensores saliendo, literalmente, de la tierra. Resultaba imposible detener a los que excavaban, pues los cañones de la guarnición, sin pólvora, habían permanecido mudos desde el comienzo del asedio.

Sin embargo, el comandante Pacheco se niega a rendirse. Por cuatro veces, los insurrectos lo conminan a la capitulación: el veintiséis de junio, el tres, el diecinueve y el veintitrés de julio. Las cuatro veces se niega. Si se rindiese, el Ejército Dictatorial (como ahora se llama el Katipunán) caería sobre Manila y se apoderaría de ella.

La cárcel se ha revelado el bastión más débil de Tayabas y sobre ella se arrojan los filipinos. Varias veces ha resistido los asaltos, pero el día diecisiete de julio los insurrectos consiguen apoderarse del muro exterior y se entabla un tiroteo con pocos metros de distancia entre los tagalos y los treinta españoles que defienden la mitad de cárcel que les queda todavía. En el sótano, se apiñan noventa y cuatro presos que allí esperan juicio o cumplen condena.

De pronto, frente a los hispanos se abre la amenazadora boca de un cañón, que al primer disparo revienta la

barricada. ¡Los tagalos han emplazado su artillería a menos de veinte metros de las líneas españolas! La situación resulta angustiosa: si cae la cárcel, se colapsará la defensa de Tayabas.

Conscientes de que si ese cañón vuelve a abrir fuego están perdidos, los treinta defensores de la cárcel se arrojan contra la trinchera enemiga antes de que los artilleros consigan recargar. El comandante Pacheco ordena que los tenientes Celdrán y Pérez, de la Guardia Civil indígena, flanqueen al enemigo, cada uno con veinte hombres.

El cañón es disputado con ferocidad. Los bolos se enfrentan a las bayonetas, los rémington a los máuser, las voces hispánicas a las tagalas. Se mata, se muere, se hiere, se es herido: da igual. Los setenta españoles –de hecho, cuarenta son salvajes tatuados, pero todos se consideran españoles, todos son salvajes– golpean con las culatas, se abrazan a sus enemigos mientras los acuchillan, aúllan, gritan de ira y odio.

Ante aquellos demonios famélicos, los tagalos retroceden hacia sus trincheras. A pesar de la superioridad numérica, ya han sufrido más de cincuenta muertes. Pero los españoles, aunque se han apoderado del cañón que los amenazaba, han enloquecido y los persiguen. Alcanzado por una bala explosiva, cae el teniente Pérez. ¡Qué importa, si ya nadie obedece a nadie, si sólo se desea matar! Le sucede en el mando el sargento Francisco Bautista, que poco

después muere también alcanzado por tres balas y un golpe de bolo. ¡Da igual, adelante! Allí luchan también el maestro de Tayabas, que ha abandonado la cartilla para tomar el fusil, el registrador de la propiedad, el alcalde de San Narciso...

La furiosa turba que antes fueran disciplinadas unidades del ejército español, asalta la primera trinchera tagala, mata a todos los enemigos que se ponen a su alcance y se apodera de ella. Pero no se detienen. Se arrojan sobre la segunda trinchera y también la conquistan. Y aún toman a la bayoneta la tercera línea de los tagalos. Allí se paran jadeantes: no encuentran a nadie más a quien matar. Setenta soldados han roto el cerco de quince mil enemigos. Los setenta españoles han sufrido cuarenta bajas.

Pero el Ejército Dictatorial no ha sido derrotado, sólo le ha sorprendido la furia de unos locos. Varios batallones convergen hacia ellos.

Arrastrando a sus heridos, se intentan retirar. Pero no pueden. Se encuentran atrapados en la tercera trinchera enemiga y serán aplastados, aunque realicen prodigios de valor. Entonces, el comandante Pacheco, que ha rebañado todos los soldados que no fueran imprescindibles en otros puntos, que ha obligado a levantarse a los enfermos, acude a cubrir su retirada bajo el fuego infernal de los cañones que les apuntan.

El comandante Pacheco siente cómo una bala explosiva le destroza una mano; pero tras una cura de urgencia sigue dirigiendo las operaciones. Los soldados que han regresado, a pesar de las heridas, muestran orgullosos su botín: un cañón que no podrán disparar por falta de pólvora y quinientos sacos terreros con los que apuntalar las fortificaciones. Los muertos cubren el campo de batalla.

Durante los días siguientes, el bombardeo disminuye en intensidad. Los tagalos parecen haber comprendido que incluso los edificios en ruinas constituyen fortalezas temibles si son defendidos con decisión, y empiezan a excavar hacia otro punto débil: los parapetos que enlazan unas construcciones con otras.

Además, saben por los desertores que los alimentos se están terminando en Tayabas y que el vigor de la guarnición decae día a día. Para pillar arroz o cortar leña han de emplearse convictos vigilados por soldados; a veces huyen los presos y los soldados no reúnen fuerzas ni siquiera para perseguirlos o dispararles. También se han acabado los medicamentos, en especial la quinina, y prácticamente todos los peninsulares se ven atacados por accesos de fiebre que no pueden combatir. Los centinelas se sientan en sillas, incapaces de aguantar en pie una hora entera.

—¡Podrían tener la delicadeza de parar a la hora del almuerzo! ¡Es nuestra única comida del día!—comentó

Roselló cuando un cañonazo conmovió el edificio del Tribunal, donde se hallaban cobijados. Un soldado que disparaba por las aspilleras lanzó un gemido y, alcanzado por una esquirla, cayó al suelo con la cara ensangrentada— ¡Teniente Estadella, uno de sus hombres ha resultado herido!

Estadella se encogió de hombros, como diciendo que a él todo le era indiferente. Desde la captura de Liao-Mi se había vuelto un apático, que muchas veces Martín tenía que sustituirlo para dirigir su sección. Pero el capitán no quería apartarlo del mando, para que no constase en su hoja de servicios; sentía lástima del desdichado oficial y, tal vez, también se reprochaba no haber acogido a Liao-Mi cuando pidió refugio.

Martín organizó el traslado del herido a la enfermería, tras ordenar que otro soldado ocupase su puesto en la aspillera. A pesar del intenso fuego de fusil y cañón, los Cazadores debían seguir respondiendo.

Roselló movió con su cuchara el plato de arroz con carne, al que había caído una gran porción de yeso de la pared.

—Teniente Mediano, ¿usted cree que el yeso alimentará?
—no esperó contestación y engulló una cucharada— Delicioso, pero ¿podría hacerle dos sugerencias, señor oficial de intendencia?

—No —replicó Mediano, que se enojaba cada vez que le

recordaban tan poco heroica misión. Roselló no pareció oírle:

–La primera, que le vendría bien un poco de sal a las comidas.

–Se nos ha acabado la sal –gruñó Mediano, dándole la espalda y tratando de terminar su ración sin ser molestado.

–La segunda, que el cocinero podría cortar en trozos menores los rabos de las ratas –dijo, mostrando un apéndice de roedor casi entero.

–No se preocupe, que ya no conseguimos encontrar más ratas. A partir de ahora, sólo nos queda arroz para comer. Y no más de unas cucharadas al día.

–Han durado menos que los gatos y los perros. ¡Vaya glotonería la nuestra! –Roselló se tragó el rabo como si fuese un fideo: no era cuestión de desperdiciar ni una onza de comida.

–Somos más de quinientas personas.

–Y un mono –recordó Roselló, mirando con ojos glotones al pequeño simio, que asomaba la cabecita por el morrión de Mediano.

–¡Ni se le ocurra tocarle un pelo a mi mono!

–Bueno, hombre, sólo era una broma. Es que el hambre le hace a uno ver chiribitas. Y encima, esos cerdos que se pasean por tierra de nadie...

Los dos hombres se miraron entre sí con ojos brillantes. Aquella noche no habría luna y saldrían de caza.

Hasta entonces, se habían resistido a comer aquellos cerdos repugnantes. Escapados de granjas abandonadas, se alimentaban con los cadáveres putrefactos de los enemigos muertos en los ataques. Sería una especie de canibalismo interpuesto; pero el hambre les obligaba a ser poco escrupulosos.

–¡Estadella! ¿Se viene de caza esta noche? –le invitaron.

Ni siquiera se dignó en contestar. Siguió mirando al frente, sin reparar en los cañonazos que a intervalos regulares golpeaban el edificio.

–Si no quiere participar, allá usted; pero le advierto que luego el teniente Mediano y yo pensamos visitar cierto burdel tagalo muy interesante...

La apatía de Estadella desapareció de pronto.

Aquella noche, Roselló, los dos oficiales y ocho guardias civiles nativos se preparaban para salir.

Se desnudaron completamente, excepto de sus armas, y

se mancharon con barro todo el cuerpo. Los nativos no llevaban carabinas, sino arcos.

Confundiéndose entre los cadáveres que cubrían la tierra de nadie, reptaron hacia los cerdos que, gruñones, hociaban y devoraban restos humanos. Los arcos pronto dieron cuenta de seis de ellos.

–Ya es suficiente –susurró Mediano–. Con este calor y sin sal no podemos conservarlos. Arrastrémoslos hasta nuestras líneas.

Cuando los cerdos estuvieron en lugar seguro, Estade-11a, Roselló y Mediano se deslizaron hacia las posiciones enemigas, con sendos cuchillos entre los dientes. Se oía cavar a los tagalos: aprovechaban la oscuridad para acercar sus trincheras hacia los españoles.

Aún estaban a unos cuarenta pasos de los centinelas enemigos, cuando se escuchó un grito de alarma:

–¡Castilas! ¡Alerta!

–¡Maldición! ¡Son igorrotos! –exclamó Roselló, rodando sobre sí mismo. Una flecha se clavó donde había estado un segundo antes–. ¡Salgamos de aquí!

Los tres españoles corrieron agachados y en zigzag hacia sus líneas, perseguidos por una lluvia de balas y flechas.

Sobre ellos volaban antorchas apresuradamente encendidas y arrojadas al aire para alumbrarlos y convertirlos en blancos fáciles.

Ya a salvo tras los parapetos del tribunal, Roselló jadeó:

–¿Lo han oído? El que nos ha descubierto era un igorroto, el acento lo delata.

–Si las tribus salvajes que eran nuestras fieles aliadas se han pasado a los insurrectos, es porque creen que la causa de España está perdida –el tono de Mediano contenía un inusual matiz de pesimismo.

–Pues ahora de aquí no sale ni una mosca –aseveró Roselló–. El único que puede sorprender a un igorroto, es otro igorroto. ¡Adiós, barquito cargado de cigarros, adiós!

Estadella regresó a su mutismo. No existía ninguna posibilidad de salvar a Liao–Mi. Con pasos de viejo prematuro, se encaminó hacia un rincón para adormilarse, sin que Mediano ni Roselló acertaran a transmitirle esperanza alguna.

Al día siguiente, mientras comían arroz con tocino apoyados contra su parapeto, Roselló exclamó:

–¡Puaj! Esto sabe a carroña.

–Le voy a comprar un babero que ponga: “Come y calla”

–replicó Mediano.

El diez de agosto se terminaron también los cerdos. Quedaba arroz para una semana, si las raciones se reducían aún más.

Los tagalos volvieron a asaltar la cárcel, llegando a meter los cañones de sus fusiles por las aspilleras. Pero los españoles, temblorosos por la fiebre, se los doblaron con furiosos golpes de barras de hierro. Los insurrectos arrojaban al interior cartuchos de dinamita, obligando a los defensores a retirarse; sin embargo, la guarnición reconquistaba a la bayoneta las posiciones que la dinamita le había forzado a abandonar. Los filipinos introdujeron de nuevo un cañón por la brecha y los defensores lo atraparon con un lazo e intentaron llevárselo. No lo lograron por falta de fuerzas. Los tagalos escalaron por tres veces los restos de muros que aún quedaban, y por tres veces fueron rechazados. Al atardecer, sobre la cárcel seguía ondeando una bandera española hecha jirones. Pero aquél había sido el postrer esfuerzo de unos hombres extenuados por la inanición, las fiebres y los combates.

El médico llamó a Mediano a la enfermería y le mostró un cadáver demacrado.

–¿Por qué me lo enseña a mí? –preguntó Mediano.

–¿No es usted el oficial encargado de la intendencia?

–replicó el médico– Creí que le interesaría ver esto.

Ante la mirada interrogadora de Mediano, el médico se explicó:

–Ha muerto de hambre. Es el primero. Mañana, serán más.

En Tayabas no quedaba una brizna de hierba con la que alimentarse. Mediano inclinó la cabeza en silencio, porque supo que habían sido derrotados.

Aquella noche, como casi todas, desertaron cuatro guardias civiles nativos

El día doce de agosto, viernes, los españoles celebraron su última misa en la iglesia de Tayabas. Los franciscanos, a quienes pertenecían la iglesia y el convento, iniciaban un jubileo en honor de santa Clara. A pesar de no ser domingo, acudió la guarnición entera, excepto quienes se encontraban en su turno de combate y, por supuesto, Roselló y algunos descreídos más.

La iglesia estaba dedicada a San Miguel, que presidía el altar combatiendo al demonio. ¿Habría sido derrotado este arcángel en su combate celestial, si Dios lo hubiera abandonado a su suerte y se le hubieran terminado las provisiones?

Cuando se elevó la sagrada forma, las balas enemigas

repicaron las campanas al chocar contra ellas. Los soldados que disparaban a través de las aspilleras del cimborrio interrumpieron la lucha durante unos instantes para arrodillarse, y los estandartes de las compañías se inclinaron ante el Señor. Hasta entonces, sólo ante Él se habían humillado; pronto conocerían la amargura de ser vencidos.

Todos pasaron a comulgar, aunque la hostia que se les entregaba fuera minúscula: incluso esto se había terminado en Tayabas. La lluvia calaba dentro de la misma iglesia, de techo y cúpula atravesados por los cañonazos.

El teniente Policarpo Gómez también comulgó, a pesar de haber yacido aquella misma noche con una mujer casada. ¿Se peca al consolar y ser consolado en medio de la desesperación, al entregarse ansiosamente buscando olvidar el hambre que araña el estómago y las explosiones que retumban en los oídos, al cerrar los ojos ante los edificios que se derrumban, al acariciar una piel empapada por los monzones contra los que no quedaba un techo donde refugiarse? Gómez pensaba que no, que no se pecaba; y si estaba equivocado, Dios se lo perdonaría al considerar las penalidades que se veía obligado a sufrir. El infierno no podía ser peor.

El día trece al amanecer, las trincheras enemigas llegaron a treinta pasos de los parapetos que unían el gobierno civil con el tribunal y la cárcel. Entonces comenzaron a instalar allí cañones.

–¡Soldados! –Mediano se dirigía a los restos patéticos de lo que una vez había sido la tercera compañía del doce Batallón de Cazadores Expedicionarios– En cuanto disparen esos cañones, destruirán el parapeto. Y si destruyen el parapeto, conquistarán Tayabas. Sólo hay una manera de impedirlo. ¡Calen bayonetas!

Mediano aún era capaz de dar órdenes; tal vez porque, a imitación de su monito, se había alimentado con cantidades ingentes de termitas. Las bayonetas se calaron lenta, perezosamente.

–¡Adelante! ¡A por ellos! –gritó. Pero a pesar de su vozarrón imperativo, los soldados apenas dieron algunos pasos tambaleantes y se detuvieron– ¿Pero qué os pasa? ¿Por qué dudáis?

Uno de los Cazadores dejó caer su máuser y se sentó sobre el barro:

–Mi teniente, no podemos más. Esos cañones están muy lejos...

–¿Cómo que muy lejos? Se hallan a sólo treinta pasos. ¡Adelante! –nadie se movió– ¡Cobardes! ¡Adelante o disparo!

Les apuntó con su revólver, pero ninguno inició un gesto.

Al contrario, se fueron arrodillando, sentando o, directamente, tumbándose.

–No somos cobardes, teniente, casi todos hemos sufrido una u otra herida. Pero nos es imposible caminar con estos fusiles tan pesados. Dispare si quiere: nos da igual vivir que morir.

–¡Ahora veréis cómo se muere! –les espetó, corriendo hacia los enemigos, como si tratase de conquistar sin ayuda aquellos cañones. Lo retuvo Roselló, abrazándole las piernas– ¡Suélteme, maldito anarquista!

–¡Será burro! ¡De todos los oficiales cabezones que he conocido, usted se lleva la palma! ¿No ve que todo ha acabado? No se haga matar tontamente, piense en su esposa y en sus hijos, que le esperan –Mediano cedió y también se derrumbó sobre el fango de la trinchera, renunciando a luchar y a morir.

El comandante Pacheco fue informado de que los soldados eran incapaces de asaltar los cañones que apuntaban hacia los parapetos. Un abatido Mediano le comunicó también que sólo quedaban municiones para un par de combates y que los alimentos se habían terminado. El médico le acababa de presentar el parte del día: ya eran once los muertos por hambre. Y aquella noche habían desertado veintitrés guardias civiles, presintiendo el final. Ordenó izar bandera blanca de rendición.

–¡Prisionero! –exclamó Mediano– ¡Qué vergüenza!

–No se preocupe usted –le animaba Roselló–, que no ha sido culpa nuestra, sino de quienes nos abandonaron aquí. Aunque si me hubiesen hecho caso y hubiéramos aprovechado el maravilloso barquito que nos aguardaba en Maubán, nos habríamos evitado el disgusto. Por cierto, ¿sabe alguien si dan tabaco a los prisioneros? No sé si tengo más hambre o ganas de fumar...

Mediano desenvainó y trató de romper su sable contra la rodilla. No lo logró. Aunque no quería admitirlo, también a él le habían abandonado las fuerzas. Lo tiró al pozo.

Los otros oficiales de la guarnición se reunieron con él e imitaron su gesto. Los que estaban casados se quitaron sus alianzas y se las tragaron. Mediano hizo lo propio con la alianza que lo unía a Josefina Zueras y con el anillo de su familia.

–No pongan esas caras de funeral –les decía Roselló jovialmente, aunque tuvo que enjugarse una lágrima con el dorso de su encallecida mano–. Un par de meses de cautiverio y para casa. Se acabaron los peligros y las aventuras.

Por desgracia, Roselló se equivocó.

Oden de la Plaza sitiada de Bayabas de 15 Agosto 1898.

Habiendo capitulado esta Plaza en el día de hoy, después de setenta y cuatro días de incomunicación y cincuenta de sitio bajo el fuego del enemigo, destruyendo cinco edificios sin las condiciones de defensa necesarias, sin recinto ni zona que pudiera mantener al enemigo a distancia, puesto que desde los primeros días pudo tomar posiciones dentro de la población.

Agotados todos los medios, los alimentos, medicamentos y con poquísimas municiones, siendo el número de enfermos tan grande que inutiliza cubrió hasta el servicio ordinario, y estando el resto de la fuerza inutilizada también para continuar la lucha por la falta de comestibles que la tiene esterminada; se ha convenido la Capitulación en términos honorrosos que colocan a estas fuerzas a una altura de valor y adrección que puede servir de ejemplo a cuantos sufran en las armas.

Solo recomiendo que en lo sucesivo, continuen portándose como buenos y conduciéndose en todo a lo que corresponde a personas honradas y leales españoles. = El Comandante Jefe Militar = Pacheco =

Joaquín Pacheco

ÚLTIMO DÍA

Manila, residencia del Capitán General

Noche del 12 de agosto de 1898

Ultimo día de dominación española sobre Filipinas

El general Jáudenes contemplaba melancólico los bulevares desiertos de Manila. Los civiles habían huido o permanecían ocultos en sus casas, enterrando sus joyas en los sótanos. Jáudenes había recibido un mensaje del general Merrit: “Estamos listos para la pamea”. No habría luchas desesperadas, ni los soldados se inmolarían por la patria, ya que no interesaba para la política nacional, o al menos eso le habían dicho.

Cuando amaneciese, la bandera de España dejaría de ondear para siempre sobre Filipinas. Y él sería quien la arriase. El general Agustín, incapaz de sobreponerse a la vergüenza, se había vuelto atrás en el último instante, hacía tan solo una semana. Había sido fulminantemente destituido por un telegrama del Gobierno y ahora le correspondía a Jáudenes cargar con el descrédito y el

deshonor. En los libros escolares, los niños aprenderían que él perdió Filipinas, y lo considerarían un mal soldado. Pero cumpliría las órdenes de su adorada Reina, aunque hubiera preferido mil veces que lo mandase a la muerte antes que a la traición.

Ya había impartido las órdenes precisas. El inexpugnable fuerte de San Antonio abriría sus puertas a los norteamericanos tras un simulacro de combate. Las altas murallas de Intramuros serían abandonadas por sus defensores, dejando también las puertas abiertas. En unas pocas horas, la bandera norteamericana sustituiría a la española.

Pero aún era Capitán General, y se sentó a la mesa del despacho. Sólo quedaba un expediente por resolver, que le había llegado de Tayabas antes de que los insurrectos cortasen las comunicaciones. Lo estudió con detenimiento, buscando olvidar su pena con un trabajo rutinario. A medida que lo leía, fue suscitando su interés. Hablaba de un segundo teniente de Cazadores, antes perteneciente a los Carabineros y la Guardia Real, y que había acudido a Filipinas como voluntario. Luchó con valor en el octavo de Cazadores hasta que este batallón fue destinado a la guarnición de Manila; entonces pidió el traslado al 20 Tercio de la Guardia Civil en Tayabas, la provincia más conflictiva de todas. Tras pacificar la zona que le había sido asignada –tuvo que releer dos veces el expediente para cerciorarse de que no se había

equivocado: en una ocasión atrapó a más de veinte miembros del Katipunan con sólo dos guardias civiles y algunos voluntarios–, había pedido destino en el doce Batallón de Cazadores Expedicionarios para combatir de nuevo.

Suspiró. ¡Si existiesen más oficiales como este teniente Mediano! Pero pensándolo bien, mejor que no los hubiese, porque entonces Manila no se rendiría. Tomó la pluma y dio comienzo a su penúltimo acto oficial como Capitán General –el último sería la firma de la capitulación–:

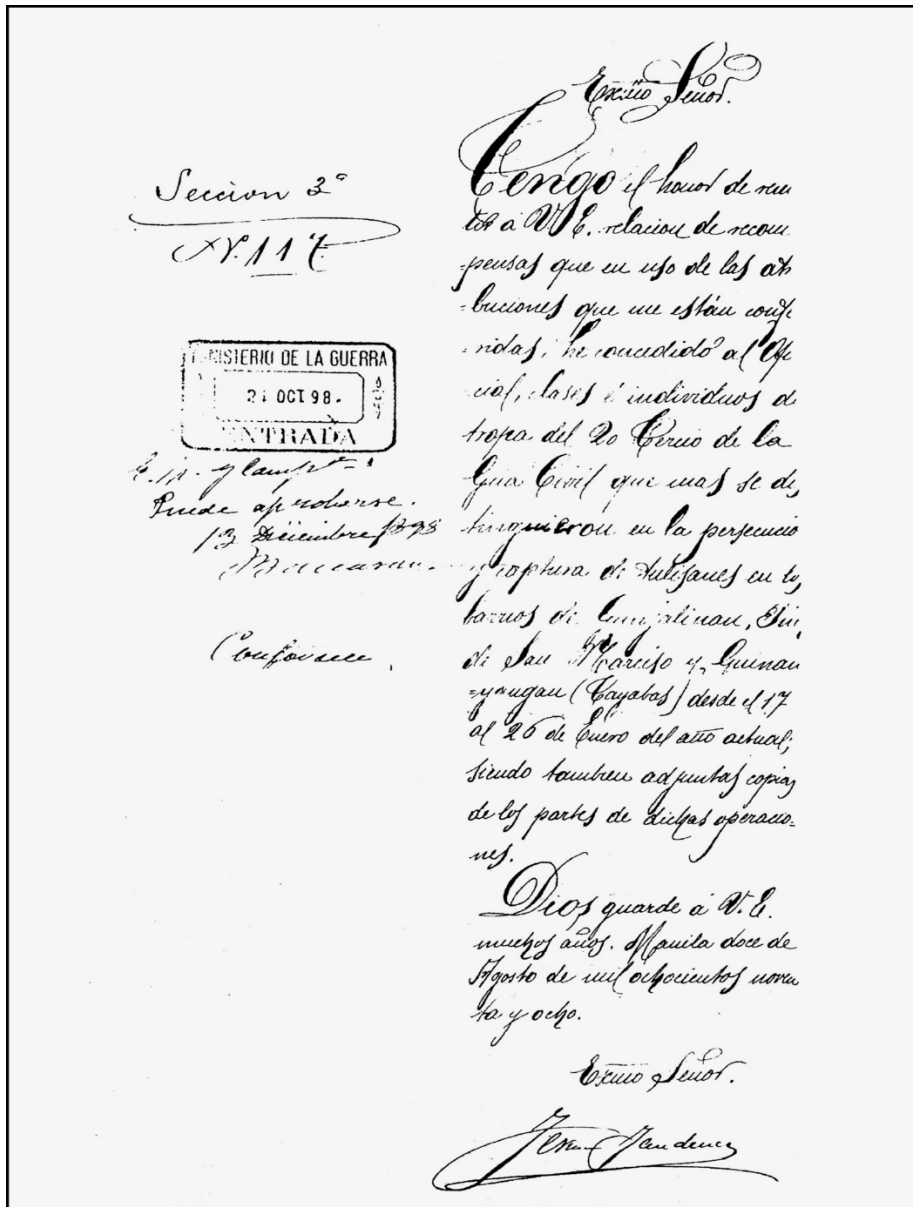
Dirigido al Excmo Señor Ministro de la Guerra. Excrno Señor.

Tengo el honor de remitir a VE. relación de recompensas que en uso de las atribuciones que me están conferidas, he concedido al Oficial, clases e individuos de tropa del 20 Tercio de la Guardia Civil que más se distinguieron en la persecución y captura de tulisanes en los barrios de Guinjalinan, Puig de San Narciso y Guinanyangan (Tayabas) desde el 17 al 26 de enero del año actual; siendo también adjuntadas copias de los partes de dichas operaciones.

Dios guarde a VE. muchos años. Manila, doce de agosto de mil ochocientos noventa y ocho.

Firmado: Excmo Sr. General Jáudenes

El general dejó la pluma para esperar inmóvil el amanecer y el deshonor. No podía imaginar que, dos generaciones más tarde, sus descendientes emparentarían con los de aquel teniente Mediano al que acababa de conceder una medalla, y les revelarían un secreto celosamente custodiado durante cien años por la familia Jáudenes. Una verdad escondida que salvaguardaba la memoria de una Reina al precio del descrédito de su apellido.



LA PAMEMA

Manila, amanecer del trece de agosto de 1898

La flota de Dewey bombardea las fortificaciones españolas, pero todos los tiros fallan. Las baterías de costa situadas en Manila responden al fuego, su puntería también es pésima y las salvas quedan cortas. Los buques concentran los disparos sobre la muralla que da a tierra, para abrir una brecha a las tropas. Una vez conseguida, vuelven a disparar contra lugares deshabitados, para que parezca desarrollarse una batalla.

Ocurrieron algunos incidentes: un desconocido teniente español, que no se había enterado o que no había querido enterarse del guión de la comedia, atacó con sus tropas a una batería estadounidense que avanzaba con los cañones montados sobre arzones; pero tuvo que retirarse ante la

avalancha humana que se le venía encima: todo un regimiento de Minnesota acudió en ayuda de la batería atacada; y la sección de aquel teniente anónimo, llorando de rabia e impotencia, se vio obligada a retirarse.

En otro lugar, un grupo de insurrectos filipinos, creyendo que el ataque iba de veras, se unió a los norteamericanos y disparó contra los españoles, que respondieron al fuego. Tras sufrir algunas bajas, los estadounidenses alejaron a los filipinos y deshicieron el equívoco.

A medida que el ejército de Merrit y Evett se aproximaba a los muros de San Antonio, iba arriándose la bandera de España y alzándose bandera blanca de rendición. Los soldados norteamericanos ni siquiera fingieron que escalaban las murallas: las puertas se les abrían y ellos seguían adelante.

La bandera estadounidense ondeó sobre el fuerte de San Antonio a las once de la mañana y sobre el último baluarte español a las seis de la tarde. Los oficiales españoles rompían sus sables sobre las rodillas, dejando escapar lágrimas o maldiciones, según su carácter.

En el asalto a Manila murieron accidentalmente seis norteamericanos y cincuenta españoles. Jugar con armas de fuego, por mucho cuidado que se ponga, siempre es peligroso.

Un día antes, el doce de agosto, España había solicitado el armisticio a los Estados Unidos. Es decir, se había rendido. Pero los generales norteamericanos no permitieron que Jáudenes comunicase con su gobierno. Querían la ciudad y la gloria.

Merrit y Evett conquistaron Manila, y también sus medallas, a cambio de tan sólo cincuenta y seis vidas: pocas veces una capital y unas condecoraciones han costado, en un lote de ocasión, un precio tan barato.

El general Jáudenes, a su regreso a España, fue juzgado e internado en una prisión militar durante el año 1899, a pesar de que sólo había gobernado Filipinas durante una semana. La misma suerte sufrieron el general Toral, que rindió Santiago de Cuba, y el almirante Montojo, responsable del hundimiento de la flota española en Cavite. Tan pronto se apagaron los ecos del Desastre, los tres salieron libres, aunque nunca volvieron a ostentar un mando. El general Toral, el más desgraciado de todos, fue absuelto pero perdió la razón y murió cinco años más tarde internado en un manicomio. Desde su celda acolchada, daba una y otra vez órdenes para defender la ciudad que su Gobierno le había confiado y, al mismo tiempo, le había ordenado entregar al enemigo.

De los cuatro oficiales españoles de alta graduación a los que se había ordenado perder la guerra, sólo se salvó de la infamia el almirante Cervera. Estaba situado con su flota en

una posición inexpugnable dentro del puerto de Santiago de Cuba, lo que al mismo tiempo impedía la conquista de la ciudad por parte de las tropas de tierra norteamericanas. El gobierno le ordenó salir para enfrentarse a la muy superior escuadra enemiga. El almirante Cervera, en vez de obedecer, hizo constar su oposición, firmada también por todos sus oficiales, lo que no permitió relevarle, como a Agustín. El Gobierno tuvo que mandarle públicamente –y por escrito– que saliese del puerto en el que se encontraba seguro. Por fin, el almirante acató la orden, aunque procuró mantener la flota cerca de tierra para que se salvara el mayor número posible de marineros. Ordenó a sus capitanes que embarrancasen en las playas cuando las vías de agua pusiesen en peligro los barcos. A la escuadra norteamericana sólo le costó la muerte de un hombre destruir la flota española de las Antillas. Murieron trescientos cincuenta marinos españoles.

Puesto que el almirante Cervera resultaba inatacable gracias a la orden del gobierno y a que había hecho constar su protesta por escrito, se decidió hacer de él un héroe y no se le procesó. Pero la flota española yacía en el fondo del mar o embarrancada en la bahía de Santiago.

Cuando Aguinaldo, “Presidente” de la República de Filipinas, intentó reaccionar y entrar en Manila con su ejército, se encontró con que se lo impedían las bayonetas norteamericanas, súbitamente hostiles.

De nuevo recibió buenas palabras de Merrit, que se excusaba del equívoco y que prometía permitirle la entrada en la capital tan pronto le llegasen instrucciones de sus superiores. Pero ahora, por fin, Aguinaldo comprendió que los Estados Unidos habían decidido apoderarse de Filipinas y que debía prepararse para una guerra larga y dolorosa contra una potencia imperial en auge.

Aguinaldo tuvo que esperar hasta el año 1901 para entrar en Manila. Su regreso no fue tan triunfal como una vez soñase: llegó cubierto de cadenas, tras su derrota, como prisionero de los norteamericanos.

PRISIONEROS

Tayabas, 16 de agosto de 1898

–¿Han oído ustedes? Dicen los insurrectos que Manila ha caído y que España ha pedido la paz.

Este rumor se extendía por entre las filas de los oficiales y soldados formados en la plaza tras haber entregado las armas, según una capitulación negociada durante dos días. Tayabas no se habían rendido incondicionalmente: habían capitulado. Esta pequeña diferencia semántica les permitía conservar algo de su orgullo.

El día anterior habían inutilizado los cañones que de tan poco les habían servido durante el asedio y Mediano había escrito un inventario de cada fusil y cada cartucho entregado a los vencedores. Las ordenanzas militares son muy estrictas, hasta en la derrota. Ahora, aquellos que

podían mantenerse en pie esperaban a que llegara el enemigo.

–Si hemos perdido la guerra, mejor, así volveremos pronto a España –era el comentario unánime de todo aquel que recibía la noticia. No se escuchaban lamentaciones por haber cedido Cuba, la perla de las Antillas, y Filipinas, la perla del Pacífico. Se encontraban ahitos de guerra, de heroísmo, de malaria; querían volver a casa y abrazar a sus esposas, a sus novias, a sus hijos, a sus madres; reír en la taberna de sus pueblos mientras jugaban al mus o al dominó; labrar sus tierras tanto tiempo abandonadas, aunque fuesen míseras y no les prometieran sino una escasa subsistencia. Habían luchado y habían sido vencidos; para no pensar en la humillación, soñaban con el regreso.

Unos pocos no querían volver. Entre las junglas inhóspitas habían encontrado fértiles arrozales desde los cuales les había sonreído una muchacha. Siguiendo a aquella muchacha deseaban trocar el buey por el carabao, la boina por el sombrero cónico de paja, la palloza por la choza de bambú, y el trigo por arroz.

Ahora, olvidadas las armas, buscarían a la joven que les sonrió para fundar una familia en el otro extremo del mundo; nunca más verían a sus ancianos padres, ni a los amigos de la infancia, ni los paisajes hispánicos que habían moldeado su carácter y su memoria. Uno de estos hombres que por amor abjuraban de su pasado era el teniente

Estadella. Pero para él no resultaba tan fácil rescatar a Liao-Mi del burdel en que se hallaba presa.

Llegó el estado mayor del Ejército Dictatorial, escoltado por una compañía bien armada, y el general Malvar dirigió una arenga a aquellos filipinos que servían en las filas españolas. Los amenazó si no se unían al ejército de su patria; y ofreció ascensos y perdón para cualquier delito que hubieran cometido.

Todos desertaron, si abandonar a una potencia colonial agonizante que se retira puede llamarse desertar. Sólo un oficial nativo decidió seguir prisionero en vez de unirse al victorioso Ejército Dictatorial de Aguinaldo: el teniente de la Guardia Civil Teófilo Lozoya.

–¿Servir yo al Dictador Aguinaldo? –Lozoya dejó escapar un rictus de repugnancia– ¿Al que vendió su causa en la paz de Biaknabató a cambio de medio millón de pesos? Prefiero seguir con España. Aunque haya sido vencida, España tiene honor. No nos venderá por cuarenta monedas.

El teniente Lozoya no podía imaginarse que ya en ese instante los diplomáticos españoles y norteamericanos estaban negociando el tratado de París, en el que se vendía Filipinas a los Estados Unidos, legalizando así sus apetencias expansionistas y traicionando a los filipinos, ya hubiesen luchado a favor o en contra de España:

“Artículo III (sobre Filipinas):

España cede a los Estados Unidos el archipiélago conocido por las Islas Filipinas, que comprende las islas situadas dentro de las líneas siguientes: Una línea que corre de Oeste a Este, cerca del paralelo 20o...

...Los Estados Unidos pagarán a España la suma de veinte millones de dólares (\$ 20.000.000) dentro de los tres meses después del canje de ratificaciones del presente Tratado.”

Pero en Tayabas aún se creía en el honor. Cuando escucharon las palabras de Teófilo Lozoya, los oficiales españoles aplaudieron esta gallarda postura. Roselló pensó que aunque España fuera honesta, tal vez sus políticos no lo fuesen; pero no dijo nada, porque nadie le prestaría atención: él sólo era un anarquista.

El general Miguel Malvar y Carpió, general en jefe del Ejército del Sur de Luzón, se indignó y ordenó que aprisionaran a Lozoya para juzgarlo por traición y fusilarlo. Los oficiales españoles rompieron filas y rodearon a su compañero.

–Si usted ordena matar a uno de nosotros, tendrá que matarnos a todos –lo amenazó el comandante Pacheco–. El teniente Lozoya es español, si no por sangre, por adopción y bravura; juntos hemos luchado y juntos moriremos.

Parecía que aquellos hombres famélicos y desarmados fueran capaces, si no de combatir, sí de sacrificarse; y el general Malvar no quiso ensangrentar lo que para él constituía una jomada gloriosa.

Se encogió de hombros y pasó a ofrecer recompensas a aquellos soldados peninsulares que desertaran y se alistasen en el Ejército Dictatorial: sabía que los norteamericanos se habían apoderado de Manila y que una nueva guerra resultaba inevitable. Nadie aceptó, a pesar de que la alternativa era la prisión.

Los ciento cinco enfermos y heridos, al cuidado del médico titular de Tayabas y de un veterinario que le servía como enfermero, fueron enviados a Lucena para embarcar hacia Manila y ser repatriados, según se había estipulado en la capitulación. Sin embargo, los barcos no llegaron y tuvieron que esperar. Esperar... El treinta de noviembre seguían esperando y de los ciento cinco ya habían muerto sesenta.

Los funcionarios civiles y sus esposas fueron dispersados y puestos en libertad tan pronto fue oficial el nacimiento de la República Filipina. Tras algunas vicisitudes provocadas por la inminente guerra entre norteamericanos y filipinos, consiguieron regresar a España.

Los sacerdotes y frailes de Tayabas fueron respetados. Eran franciscanos, en su mayoría, y no habían poseído tierras ni poder; por lo tanto, no eran odiados como

aquellos que se habían apoderado de las vidas y aldeas de los filipinos. Se les condujo a prisión, pero sin sufrir tormentos ni morir a manos de sus captores.

Terminadas las ceremonias y separados los distintos grupos de cautivos, se marchó el general Malvar con su escolta. Los veinte oficiales y ciento setenta y cinco soldados españoles supervivientes quedaron solos en el centro de aquella Tayabas en ruinas que tanto habían defendido. Para someterlos, había hecho falta setenta y dos días de combates, de los cuales cincuenta lo fueron de asedio y con fuego ininterrumpido día y noche. El Ejército Dictatorial filipino de quince mil hombres sufrió mil seiscientas bajas y no tuvo tiempo de dirigirse hacia Manila para asaltarla.

Gracias a los heroicos esfuerzos de la guarnición de Tayabas y de otras guarniciones como ella, los filipinos no lograron concentrar suficientes fuerzas para asaltar los muros de Manila. El día trece de agosto ondeó sobre la capital la bandera norteamericana y no la de la República Filipina, y España ganó veinte millones de dólares.

Tras la marcha del general, los oficiales y soldados hispanos se quedaron mirando unos a otros, como preguntándose: ¿Y ahora, qué?

Un griterío ensordecedor, una cacofonía de gritos ininteligibles se elevó de las trincheras tagalas y fue acercándose. Los españoles buscaron algún arma, pero no la encontraron.

–¡Calma, señores, mantengan la formación! –ordenó el comandante Pacheco, con su brazo en cabestrillo– No se muevan ni defiendan, pase lo que pase. Somos prisioneros y, por lo tanto, protegidos por el tratado de Ginebra.

Una turba jubilosa y frenética compuesta por miles de tagalos armados con bolos saltaba las trincheras, trepaba por los parapetos, se introducía por las brechas de los edificios. Se lanzaron sobre los soldados españoles y los despojaron de todo: anillos, medallas del Sagrado Corazón y de la Virgen del Pilar, incluso de calzado, ropas o sombreros. En pocos instantes, los dejaron tal como habían nacido y se lanzaron sobre los cuarteles: el magro botín consistió en ollas, cazuelas, cantimploras, jergones, mantas, capotes... Todo resultaba aprovechable para su miseria. Sólo respetaron la iglesia y el convento, fuese por religiosidad o superstición.

–Menos mal que nos hemos tragado las alianzas – susurró Orihuela a Mediano.

–¡Calle usted, que si se enteran son capaces de abrirnos en canal! –respondió éste.

Entonces se presentó ante ellos el coronel encargado de dirigirlos a sus prisiones.

–¡Bebe! –exclamaron ciento noventa y cinco almas horrorizadas.

–Buenos días, queridos compañeros –contestó éste– . No os veo en muy buen estado. Oléis mal, estáis llenos de piojos y se os pueden contar las costillas. Pero lo peor son los uniformes: qué indisciplina, presentaros así, desnudos.

–Teniente Benedí... –le interpeló el comandante Pacheco. Benedí lo interrumpió:

–Coronel Benedí, por favor. Sepárense: los soldados irán a Lucbán y los oficiales a Atimonan –los españoles obedecieron: detrás de él llevaba una guardia personal de rufianes malcarados que sólo esperaban una excusa para matar a alguien–. Con los soldados no, Roselló, tú vas con los oficiales.

–¡Pero si soy un soldado! –protestó éste. Un golpe lo derribó al suelo.

–¡No repliques!

Benedí pareció recordar algo y comenzó a pegarle patadas:

–Ésta por la dinamita. Ésta otra por la serpiente. Ésta para que te acuerdes de la flecha. Ésta porque siempre me has caído mal. Y esta última porque me da la gana.

–Te olvidas... por ser... anarquista –masculló un maltrecho Roselló.

–Ya que la pides, ¡toma! –Roselló se desplomó, desnudo y manándole sangre por boca y nariz–. Si lo dejo con los soldados, este tipo me organiza una revolución en dos semanas.

A pesar de la paliza, al escuchar esto Roselló revivió durante unos instantes. ¡Si lo hubiesen oído sus amigos anarquistas de Barcelona! ¡Vaya revolucionario peligroso, dirían con envidia! Todo empezó a darle vueltas y con la sonrisa de orgullo aún en la boca, se desvaneció.

Los veinte oficiales y un desmayado Roselló, al que llevaban en parihuelas, se dirigieron hacia Atimonan. De allí, por una orden arbitraria y contradictoria, volvieron sobre sus pasos hacia Tiaong.

Fueron alojados en un edificio ruinoso. Por las noches eran recontados y encerrados, pero durante el día se les permitía deambular por las calles de la aldea: ¿dónde podían escapar, si toda Filipinas pertenecía a los insurrectos? Por otra parte, ¿cómo huir, dado el estado de postración en que se encontraban?

Los maderos de la cabaña se hallaban carcomidos e infestados de termites, para gran placer del monito de Mediano. Infinidad de chinches se escondían en los mil recovecos que presentaban las paredes, por las ventanas entraban mosquitos que para alimentarse no se veían obstaculizados por ninguna ropa, y hacia cualquier sitio que

se mirase podía verse polillas, escarabajos, orugas y otros insectos que no por inofensivos resultaban menos molestos y repugnantes.

No había camas, ni siquiera jergones. Por no haber, no contaban ni con un montón de paja sobre el que acostarse. El suelo sería su lecho, su silla y su mesa; por las noches tendrían que iluminarse con la luz de la luna que se filtrase por ventanas sin cortinas, postigos o cristales; cuando lloviese, las goteras se extenderían a lo largo de la única sala y los obligarían a permanecer encogidos, dejando que la lluvia resbalase por su piel.

–Al menos, aquí no nos despertarán los cañonazos – dijo Gómez, en un rasgo de humor teñido de resignación.

–¿Qué tal se comerá? –preguntó un primer teniente del octavo Batallón de Cazadores.

–Mejor que en Tayabas, eso es seguro –respondió Mediano–. Estoy harto de masticar termitas como mi mono.

Al poco tiempo, Mediano entretenía su forzado ocio cazando insectos.

El rancho era un poco mejor que en Tayabas, pero en absoluto suficiente. Se les proporcionaba, por persona y día, una “chupa” de arroz, una onza de manteca (28 gramos) y cuatro onzas de carne (110 gramos) de la más baja calidad,

muchas veces huesos. Con eso no podía mantenerse un hombre, y mucho menos recuperarse tras dos meses de privaciones.

–Cuando lleguen nuestras pagas, podremos comprar más comida –soñaban los oficiales.

–Déjense ustedes de pamplinas y pensemos en algo para no morimos de hambre –dijo Roselló.

–¿Cómo que pamplinas? –le replicaron– Según el Reglamento, los oficiales prisioneros devengamos haberes y el Gobierno español ha de pagarnos...

–¡El Gobierno español! ¡Pues estamos buenos, si esperamos que nos pague! ¿Cómo quieren ustedes que nos pague?

Se miraron unos a otros desconcertados. No concebían que su Gobierno los abandonase: Eran gente de bien y de orden.

–Ya hay paz entre España y Estados Unidos, no tiene por qué surgir ningún problema...

–Los yanquis se han apoderado de Manila, ¿no? –les hizo ver Roselló– Y en Manila estaban los fondos públicos, que ellos habrán tomado como botín. Así es que, señores oficiales, que tan bien conocen los entresijos del Ministerio de la Guerra, díganme cuánto tiempo será necesario para

aprobar nuevos fondos en Madrid, liberarlos y enviarlos a Filipinas. Sin contar los días que pasarán hasta que lleguen a nosotros, si es que llegan. Porque nadie sabe que nos encontramos presos en Tiaong.

Guardaron silencio. La lógica implacable de Roselló había hecho mella.

–¿Y qué haremos? Podríamos enviar un oficio a Manila...
–sugirió el teniente Gómez.

–Envíen todos los oficios que deseen. Yo buscaré trabajo
–repuso Roselló. Desde niño se había esforzado en fábricas durante jornadas agotadoras; estaba mejor preparado para sobrevivir que aquellos oficiales que siempre habían dependido de las pagas giradas por el Ministerio de la Guerra.

–¿Trabajo, dice usted? Según el convenio de Ginebra, los prisioneros tenemos derecho a... –empezó el capitán Orihuela. Roselló le interrumpió. Siempre había sido irrespetuoso con sus superiores; pero ahora que se hallaban desnudos y sin insignias parecía creer que todos eran iguales, y rayaba la impertinencia.

–¡Una mierda, los derechos! ¡También los trabajadores tienen derecho a un salario digno y han de dejarse la vida por dos reales! ¿Saben cuáles son los dos únicos derechos que cuentan? El del dinero y el de las armas. ¿Poseemos armas o dinero? No. Pues no disfrutamos de ningún derecho

y estaremos sometidos al capricho de cualquiera con medio dedo de frente y dos galones en la hombrera. Si se dan cuenta de esto, tal vez consigan salir vivos de aquí. Y ya basta de hablar: voy a tejerme con hierbas un taparrabos y saldré a ver lo que encuentro.

–Yo no pienso humillarme ante un filipino –repuso Mediano–. Estoy seguro de que muy pronto nos liberarán y prefiero pasar hambre; tan convencido estoy de que será así, que no me cortaré la barba hasta no verme en el barco que me llevará a España.

Los demás oficiales aprobaron con un “¡Muy bien!” esta actitud y Roselló se marchó a buscar trabajo murmurando sobre la tozudez y ceguera de los oficiales en general y de su amigo Mediano en particular.

A medida que pasaban las semanas sin cobrar sus soldadas y sin ver satisfecho su apetito, la fe en el convenio de Ginebra fue disminuyendo.

–Tal vez se haya producido algún retraso –decían, mirando envidiosos a Roselló, que había conseguido del Presidente local (alcalde insurrecto) el puesto de barrendero público a cambio de más comida y de unos pantalones para cubrirse. Además de la suciedad propia de una aldea sin alcantarillado ni recogida de basuras, debía barrer las inmundicias que los tagalos arrojaban adrede sólo por disfrutar al ver cómo se humillaba un español. Pero cada

noche, cuando los encerraban en su cabaña, Roselló era el único al que no lo atormentaba el hambre.

Además, la inactividad venía a ser un ariete con el que la desesperación asediaba el ánimo de los oficiales. Pasaban el día tumbados al sol o a la sombra, según la temperatura, recordando antiguas batallas, soñando en lo que harían cuando fuesen liberados o, más simplemente, quejándose del hambre, de las privaciones y de las incomodidades.

El capitán Orihuela se levantó una mañana:

–Señores, estoy harto de comportarme como una plañidera. No sé si lo considerarán deshonroso, pero voy a seguir el ejemplo de Roselló.

Los demás oficiales lo imitaron, menos tres. El comandante Pacheco, pues su herida en la mano lo volvía inútil para cualquier tarea servil. El teniente Estadella, que desde la pérdida definitiva de Liao–Mi había caído en una profunda indiferencia, hasta el punto de que sus compañeros le obligaban a alimentarse, para que no muriese de inanición. Y el teniente Mediano, que prefería seguir cazando lagartos e insectos para él y su mono, antes que admitir su equivocación.

Se formó así una especie de comunidad de bienes en la que quien tenía poco recibía de quien poseía más; algo parecido a una comuna en la que se compartiese la miseria.

A Pacheco y a Estadella, incapacitados por sus heridas del cuerpo y del alma, respectivamente, les regalaban parte de los alimentos tan trabajosamente obtenidos; a Mediano no le ofrecían nada, porque no lo habría aceptado.

–Siempre existirán gentes individualistas, carentes de espíritu colectivo –lo amonestaba Roselló, molesto por aquella lacra que estropeaba la sociedad perfecta que por fin había encontrado en una aldea filipina. Pero sabía que todo era inútil: aquel aragonés tozudo seguiría comiendo babosas sin dar su brazo a torcer.

Las familias pudientes de Tiaong pudieron permitirse el lujo de contar con uno o dos criados españoles, a cambio de algo de alimento y, de vez en cuando, una pequeña propina.

El teniente Policarpo Gómez, el conquistador de la coleta malaya, consiguió la protección de dos o tres acaudaladas damas que le regalaban por sus servicios el esqueleto de un pollo para preparar sopa. Mientras los veintiún prisioneros compartían un caldo delicioso, ninguno preguntaba lo que Gómez había tenido que hacer para conseguir estas viandas exquisitas: eran caballeros a la antigua usanza.

A finales de diciembre, leyeron una noticia que, aunque llegada con retraso, les llenó de contento: En un periódico de Manila, "El Herald Filipino", se aseguraba que España y los Estados Unidos habían firmado un tratado de paz definitiva en París. Todos se sintieron más cerca de casa y la

alegría les hizo reír y abrazarse, hasta que se percataron de la expresión del teniente Teófilo Lozoya, el único nativo que había preferido el cautiverio antes que renegar de la causa hispana.

–España nos ha traicionado a los filipinos, ¿se dan cuenta?
–musitó, con voz mortecina y tenue–. Ha vendido Filipinas a los yanquis, que ahora cuentan con una excusa legal para esclavizarnos.

Los oficiales, entonces, sintieron vergüenza de ser españoles. Resultar vencidos no constituye ningún deshonor; pero incluso en la derrota se puede guardar alguna dignidad. Los patriotas filipinos habían sido utilizados como carne de cañón para expulsar a España; ahora llegaba el nuevo amo con la aquiescencia y los parabienes del anterior.

No supieron qué replicar y lo que en un momento había sido júbilo, se tomó tristeza.

Lozoya dejó de trabajar y también hubo que obligarlo a alimentarse. Igual que Estadella, permanecía vuelto hacia la pared, como si la vida le hubiera desengañado tan ferozmente que nada le interesara.

Llegó la nochevieja del año 1898, el año más triste en la existencia de aquellos oficiales. El teniente Martín se pre-

guntaba cómo era posible que la vida de un hombre cambiara de tal manera. Hacía un año, sólo un año, había desembarcado en Manila con sueños de gloria, honor y victoria. Ahora, como prisionero, se agotaba con un trabajo extenuante y apenas pagado; las chinches, pulgas y mosquitos no le dejaban dormir; y, a pesar de que no corría peligro de fallecer por inanición, empezaba a olvidar el sabor de otros alimentos distintos al arroz y a la carne semipodrida. Por fortuna, no había matanzas. Todavía no.

Con pequeñas variaciones, los pensamientos de los prisioneros discurrían por los mismos cauces. Anteriores nochebuenas y nocheviejas con las familias, risas, cotillones, cardo con salsa de almendras, cordero asado con patatas, hijos que descubrían maravillados los obsequios de los Reyes de Oriente...

El veintitrés de enero de 1889, los presos recibieron la buena nueva de que el Presidente Aguinaldo había decretado la libertad para los prisioneros de guerra enfermos. ¿Quién no estaba enfermo? ¿Quién no padecía fiebres cada noche, quién no sufría desnutrición, quién no tosía continuamente debido a la poca ropa y a la mucha humedad? No prepararon el petate porque nada poseían; pero los sueños sobre el regreso se intensificaron. ¿Cuándo estarían de vuelta en España? Mentalmente, repasaban el trayecto que recorrieron a la ida. Se preguntaban si se detendrían mucho en Singapur o si habría problemas para carbonear en Adén

o Colombo. Analizaban la posibilidad de que una tempestad los retrasase en el Índico o de que problemas burocráticos los demorasen al cruzar el canal de Suez. Luego, trataban de recordar los horarios de trenes desde Barcelona, puerto de llegada, hasta sus poblaciones de origen, donde los esperaban esposas, hijos, novias, madres... Entonces se decían en un arranque de optimismo delirante: “Para Pascua abrazaré a los míos. ¿Me reconocerá esa hija pequeña que dejé hace tres años? ¿Me habrá sido fiel mi novia, a pesar del tiempo y la distancia? ¿Vivirá aún mi anciano padre o habrá muerto de pena al no recibir noticias de su hijo perdido en Filipinas?”

Por eso, las nuevas que les llegaron el siete de febrero resultaron tanto más crueles cuantas más expectativas se habían creado en torno a la libertad.

El día cuatro había estallado, por fin, la guerra entre los patriotas filipinos y los estadounidenses. Ambos bandos habían acumulado fuerzas desde la derrota española, aguardando el momento preciso para independizarse, los unos, y conquistar el archipiélago entero, los otros.

Los filipinos trataron de asaltar los bastiones de Manila. Fueron aniquilados por las ametralladoras y los cañones pesados emplazados en lo alto de las murallas, y la artillería de la flota de Dewey los diezmó cuando se intentaron retirar.

La aplicación del decreto de Aguinaldo ordenando la libertad de los prisioneros quedó suspendida mientras durasen las hostilidades, que era como decir indefinidamente.

JOSEFINA ZUERAS

Madrid, 10 de enero de 1899

Josefina Zueras había permanecido durante tres días en la cola del Ministerio de la Guerra, junto con cientos de mujeres que buscaban noticias de sus maridos o hijos apresados en Filipinas. Diez mil soldados españoles habían caído en poder de los norteamericanos, y sobre ellos no pesaba ninguna amenaza. Pero otros nueve mil soldados, dispersos entre las guarniciones del interior, se hallaban cautivos de los insurrectos tras agotar las balas o las provisiones. Estos nueve mil soldados habían desaparecido como por encantamiento. Nadie sabía cómo enviarles dinero, comida, ropa, cartas de los suyos diciéndoles que los querían y los esperaban.

Josefina Zueras aguardaba en la inmensa cola con la paciencia que otorga la desesperación. Llevaba con ella a sus dos hijos, Benita y César, embutidos en ropas de abrigo

para resistir a la intemperie el frío de Madrid: no podían dormir en ninguna fonda, so pena de perder el puesto tan trabajosamente conquistado. Enviaba a sus hijos con unas perras gordas a comprar pan y bollos, y un poco de leche caliente; una castañera próxima, compadecida de estos y muchos otros niños, les permitía a veces calentarse las manos acercándolas a las brasas.

¡Qué frío hacía en Madrid por la noche! Incluso ella, montañesa y habituada a los hielos de Jaca, sentía que se le helaban los huesos y las esperanzas de amanecer. Pero ahora, por fin, se acercaba su turno para saber algo de su esposo, Mariano Mediano, del que no le llegaban noticias desde hacía muchos meses. ¿Habría muerto? No, no era posible que aquel gigante invencible que un día la conquistase con su gallardía hubiera muerto. Pero las balas no respetan la fuerza ni el valor, se decía a sí misma en un infructuoso intento de racionalidad.

–¿Mariano Mediano? –le preguntó un oficinista agotado por el aburrimiento– ¿De qué cuerpo?

–Del doce Batallón de Cazadores Expedicionarios. Segundo teniente. La última vez que me escribió fue desde un lugar llamado Tayabas, en la isla de Luzón.

–¿Mediano? –volvió a preguntar el oficinista, consultando diversas carpetas– Sí, aquí está en la lista de los que capitularon en Tayebas...

–Tayabas –corrigió Josefina Zueras–. Creo que se llama Tayabas.

–Da igual. Su esposo seguía vivo y sin heridas el quince de agosto, cuando fue aprisionado por los rebeldes.

–¿Y después? Han pasado cinco meses desde entonces.

El oficinista carraspeó. A pesar de todas las veces que lo había repetido, seguía resultándole embarazoso:

–Verá, casi no sabemos nada. Al parecer, fue enviado a un lugar llamado Atimonan.

–¿Podría... no sería mucha molestia... hacerle llegar este paquete? Hay una carta, un par de chorizos, unos dulces de higo y almendra, como a él le gustan, una camisa... ¡Ah, y una foto de sus hijos, para que los vea crecer!

–Cómo no, señora –dijo el oficinista. Había aprendido por experiencia que era mejor aceptar los paquetes y no explicar a aquellas mujeres desoladas que resultaba casi imposible hacerlos llegar a sus destinatarios. Confiaba que aquella no llorase, como tantas. ¡Y encima traían niños! ¿Poiqué no los dejaban en sus pueblos, con algún pariente?

–Teniente Mariano Mediano. Doce Batallón de Cazadores Expedicionarios. Atimonan. Isla de Luzón (Filipinas) –anotó el oficinista sobre el paquete, hablando en voz alta mientras escribía para impedir que aquella mujer le dijera cuánto

quería a su marido, cómo lo necesitaba, con qué intensidad deseaba su regreso.

–¿Mariano Mediano? –preguntó un compañero suyo que trabajaba en una mesa contigua– Me parece que nos ha llegado un oficio con ese nombre.

Josefina Zueras esperó con el alma en vilo, aferrando a sus dos hijos tan fuertemente que empezaron a llorar. ¡Dios mío, que no me notifiquen que ha muerto! No lo creeré, no puede ser verdad, él no.

–Aquí está. Felicidades señora, su esposo es un héroe. Le han concedido una medalla. Le voy a leer el oficio y se lo entregaré a usted; así evitamos el correo y sus azares:

“Don Alfonso XIII, por la gracia de Dios Rey constitucional de España, y en su nombre y durante su menor edad, la Reina Regente del Reino:

Por cuanto en observancia de lo establecido en el Real decreto de...”

Josefina Zueras escuchaba sin comprender aquellas palabras solemnes que no significaban nada para ella.

Sólo quería saber si su esposo estaba vivo o muerto y le respondían con realezas y decretos ininteligibles.

“...por la persecución y captura de tulisanes en los barrios

de Guinjalinan, Puig de San Narciso y Guinanyangan del 17 al 26 de enero de 1898...”

¡Un año! ¿Qué le importaba a ella que su marido hubiese capturado “no entendía qué” hacía un año? ¡Quería saber si aún vivía, si aún latía aquel corazón fuerte y violento que tantas veces ella había escuchado tras el acto matrimonial!

“...se le concede la Cruz de primera clase del Mérito Militar, con distintivo rojo...”

¡Qué mérito militar ni qué narices! Él le había prometido que no correría peligros inútiles y, en cambio, había aprovechado la primera ocasión para volver a hacer de las suyas, igual que cuando pasaba días enteros persiguiendo contrabandistas en medio de ventiscas impenetrables. Cuando volviera, le diría cuatro palabras sobre eso de creerse un valiente.

“...Dada en Palacio a cinco de enero de mil novecientos ochenta y nueve. Firmado: Yo, la Reina regente.”

Los dos oficinistas le ofrecieron aquel documento sonriéndole orgullosos, como si también ellos compartiesen la gloria de aquel héroe perdido en Filipinas. Josefina Zueras lo recogió.

–Son ustedes unos imbéciles, como todos los hombres –les dijo con voz baja, serena. Les volvió la espalda haciendo

a sus dos hijos y aquel papel sin significado. Los dos oficinistas se miraron uno al otro, diciéndose que de todas las reacciones extrañas que les tocaba presenciar, aquella era la más excéntrica. Luego se encogieron de hombros, miraron resignados la fila de mujeres que esperaba y siguieron trabajando.

Poco después entró una muchacha sevillana, de labios carnosos y ojos verdes. Guardaba en sus manos temblorosas un montoncito de cartas enviadas por su novio, del que no sabía nada hacía mucho. Su novio era un teniente de Cazadores llamado Isidoro Martín.

El paquete preparado con tanto amor por Josefina Zueras nunca llegó a su destino. No habría llegado aunque su esposo hubiera permanecido en Atimonan: En el puerto de Manila un oficial estadounidense lo abrió buscando dinero o algo de valor. Al no encontrar nada de esto, regaló la comida a los descargadores filipinos, se probó la camisa con satisfacción no disimulada y tiró las fotos y la carta, aquella carta llena de cariño y consuelo, al mar.

FUGAS Y PERSECUCIONES

Tiaong (Filipinas), 5 de marzo de 1899

El teniente Lozoya había cambiado desde que supo del comienzo de la guerra entre Estados Unidos y la recién nacida República Filipina. De la postración pasó a una excitación incontenible que se apoderó de él. No podía dormir: sus compañeros lo oían revolverse una y otra vez a lo largo de la noche; y cuando por fin lo vencía el sueño, éste discurría ansiosamente, turbado por pesadillas.

El cinco de marzo reunió a los otros oficiales supervivientes de Tayabas y les dijo que había decidido unirse al Ejército Dictatorial en su lucha por la libertad de Filipinas.

–No me malinterpreten, no quiero abandonarlos en su cautiverio. Pero aunque ustedes sean mis amigos, debo defender mi patria de la agresión yanqui. Puesto que España

ha traicionado a los filipinos vendiendo su tierra a los americanos, me considero relevado de cualquier obligación hacia ella. Y aunque no me agrada Aguinaldo ni su República Dictatorial, he de luchar contra los extranjeros que intentan esclavizarnos.

Así resumió el teniente Teófilo Lozoya los pensamientos que lo atormentaban y la resolución que había tomado. Era el único de los oficiales nativos que permanecía prisionero.

Sus compañeros lo comprendieron. Habrían hecho lo mismo, si hubiesen estado en su lugar. Lo abrazaron y le dieron la mano, entre lágrimas.

–¡A ver si les da una paliza a los yanquis de nuestra parte!
–dijo Roselló, cuando se despidió.

–¡Buena suerte! –le desearon todos, mientras su amigo se encaminaba hacia la jungla. Lo acompañaban algunos guardianes que lo conducirían hasta el general Malvar, quien necesitaba desesperadamente oficiales valerosos y con experiencia para luchar contra los cañones norteamericanos.

En el borde de la jungla, antes de que el verdor lo sumergiera, el teniente Lozoya se volvió hacia ellos y los saludó. Los oficiales españoles, semidesnudos y famélicos, se pusieron firmes y contestaron a su saludo.

Lozoya se volvió y desapareció de su vista para siempre, en busca de su destino.

Moriría el veintiocho de septiembre de ese mismo año, atacando a la bayoneta los cañones pesados que arrasaban aldeas y diezmaban las filas de los patriotas filipinos. No consiguió llegar hasta ellos: la metralla lo destrozó.

Unas semanas más tarde, a los españoles se les terminaron las esperanzas de recibir auxilio o, por lo menos, alguna noticia indicadora de que el mundo no se había olvidado de ellos. Entre todos, juntando las propinas de muchos meses, reunieron dinero suficiente para sobornar a un guía local que condujera a uno de ellos hasta Manila. Allí estaban los norteamericanos y los restos de la Administración española.

Los guardianes recontaban a sus presos al atardecer, pero podrían disimular la fuga de un oficial durante unos días para que tomase ventaja y no fuera atrapado. ¿Quién sería, de entre los veinte? ¿Quién volvería a los suyos, a España, a la libertad, a la dignidad, mientras los otros permanecían en el cautiverio?

–Propongo que sea Mediano –dijo Roselló–. Él cuenta con más posibilidades de llegar. Tiene práctica en moverse por la selva y su mono le avisará de las trampas que le puedan tender.

El aludido gruñó y escupió los huesecillos de un lagarto que acababa de devorar crudo.

–Ni soñarlo. Si me escapo, será con todos ustedes.

No hubo más discusión. No sólo porque ya lo conocían y sabían que nunca daba su brazo a torcer, sino porque su barba, que iba creciendo más y más, le confería un aspecto amedrentador y salvaje. Había dicho que no se la recortaría hasta ser libre y cumpliría su promesa.

Se decidió que el elegido sería el comandante Pacheco, por dos razones: la primera, porque estaba manco y podía colaborar poco en el bienestar del grupo; la segunda, porque era el oficial de grado superior y sería más probable que consiguiera recursos del Ministerio de la Guerra.

Primero fingieron que Pacheco se hallaba enfermo –es decir, más enfermo de lo habitual, porque casi todos temblaban por la malaria– y consiguieron que sus guardianes se acostumbrasen a verlo bajo una manta. Luego, confeccionaron un muñeco con hierbas, el cual ocuparía el lugar del evadido durante los recuentos.

El engaño, aunque burdo, funcionó durante varios días. Sus captores habían relajado la vigilancia de aquellos presos que se habían convertido en esclavos sumisos: los recuentos eran más una formalidad que una precaución. Cuando se dieron cuenta de que habían sido burlados, los tagalos se

enfurecieron. Golpearon a los prisioneros, los interrogaron y les arrebataron las escasas posesiones que habían conseguido reunir: un par de jergones, tres mantas para los más enfermos, algunas camisas y sombreros para cubrirse los que realizaban trabajos al aire libre, un par de zapatos que se turnaban entre los veinte (el otro par de zapatos le había correspondido a Pacheco, para que pudiera huir)... Estos pequeños tesoros fueron confiscados y destrozados por los guardianes, entregados a tal paroxismo de rabia que los presos temieron por sus vidas.

Cuatro días después, los perseguidores que se habían internado en la jungla volvieron sin haber logrado capturar al comandante evadido. Los españoles, ahora privados del derecho a salir de su cabaña medio en ruinas o de trabajar, los saludaron con burlas hacia los tagalos y vítores para su comandante:

–¡Pacheco, sólo te queda una mano, pero tienes un par de...!

Roselló se interrumpió sin llegar a terminar la frase. Habían aparecido unos soldados filipinos de aspecto iracundo, armados hasta los dientes. Su oficial se encaró con el Presidente local, que parecía justificarse; pero el recién llegado no le permitió extenderse mucho: le descerrajó un disparo en medio de la cara.

Los españoles, horrorizados, comprendieron que aquel

destacamento formaba parte de la llamada Guardia de Honor. Se había formado para sofocar la corrupción y la incompetencia que amenazaban a la recién nacida República Filipina; y sus métodos no podían ser más extremos: si las explicaciones del presunto culpable no les convencían, se aplicaba de inmediato la única sentencia a la que condenaba dicho tribunal: la muerte, sin apelación posible.

Les preguntaron hacia dónde había huido Pacheco y los prisioneros lo confesaron para no ser asesinados también: hacia Manila. Había pasado tiempo suficiente para que no lo alcanzaran. Entonces, sus nuevos guardianes los ataron y los condujeron hacia una nueva aldea.

Allí les esperaba el coronel encargado de los presos en la provincia de Tayabas.

–¡Bebe! –exclamaron los españoles. Roselló, además, añadió:

–Ya me parecía que te buscarías alguna prebenda: no casa con tu carácter morir por la República Filipina peleando contra los yanquis.

La guerra no iba bien para los patriotas tagalos. Cuando los estadounidenses encontraban resistencia, destruían la zona con artillería antes de avanzar. Así causaron veinte mil muertos entre los soldados filipinos, pero doscientos mil entre los civiles. No importaba: eran “indios”.

Progresaban lentamente hacia el norte de la isla de Luzón; el sur y el este, donde se hallaban prisioneros nuestros protagonistas, aún resistían los ataques norteamericanos, a costa de ríos de sangre.

Benedí ignoró la provocación.

–Señor Benedí –el capitán Orihuela, ahora al mando por ser el más veterano de entre los capitanes, no fue capaz de llamar “coronel” a aquel traidor–, usted ha sido un oficial y conoce el significado del tratado de Ginebra. Por lo tanto, exigimos que se nos alimente de manera adecuada y que no nos veamos obligados a trabajar.

–Tiene razón, capitán – respondió Benedí, para sorpresa de todos, que habrían esperado más bien que la emprendiera a golpes con su antiguo superior–. A partir de este momento, no tendrán queja de la comida.

Sin añadir nada más, los abandonó. No podían salir de la cabaña en la que estaban reclusos más que una vez al día, para acudir a unas letrinas excavadas en las afueras del pueblo; y siempre se hallaban bajo la custodia de al menos cinco o seis vigilantes armados. Pero salvo esto, la vida mejoró sensiblemente. Disponían de mantas para dormir sobre unos jergones y la alimentación resultaba abundante, si bien no variada. El arroz casi flotaba sobre la grasa y la carne.

–¿No comen ustedes? ¡Está delicioso! –decían los otros oficiales, lamiéndose las manos para limpiar hasta el último resto de comida. Después de tantos meses de privaciones, aquello parecía el paraíso.

–No me fío de Bebe –replicaba Roselló–. Es capaz de haber envenenado el rancho.

–Por una vez, comparto la opinión de Roselló –lo apoyaba Mediano–. De semejante sabandija no hemos de esperar nada bueno.

–Siempre puede haber cambiado. O tal vez sienta remordimientos –sugirió el teniente de navío De las Virtudes.

No conocía mucho a Benedí, porque De las Virtudes pertenecía a la marina y había participado en la defensa de Tayabas por casualidad: viajaba hacia Manila en busca de una pieza para su cañonero, averiado en el puerto de Lucena. Alegres por la súbita abundancia de alimentos, los oficiales estallaron en carcajadas ante tal disparate: ¡semejante canalla, con escrúpulos! Orihuela casi sonrió.

–A lo mejor vienen mal dadas para la guerra que los filipinos sostienen con los yanquis y quiere reconciliarse con nosotros –apuntó Gómez.

–Esto sería más propio de él. Pero después de las que ha

hecho, tendría que servirnos gloria bendita para que lo perdonásemos –dijo Martín, y todos se mostraron conformes.

–Sea como sea, no pienso atracarme hasta averiguar lo que trama. Comeré únicamente lo imprescindible –concluyó Mediano, mesándose su ya larga barba para pensar mejor.

Sólo Roselló lo acompañó en su postura. A los demás, el hambre atrasada les nublabla el entendimiento. Así transcurrió lo que quedaba del mes de abril de 1899. A primeros de mayo, regresó Bebe y ordenó que los prisioneros fuesen maniatados, lo cual se cumplió en un instante. Luego les mandaron formar frente a su cabaña.

–Ahí viene Bebe. ¿Pero quiénes son esos tipos tatuados que lo acompañan? –se preguntaron los oficiales. Roselló y Mediano, que habían luchado en guerrilla junto a ellos, los reconocieron:

–¡Igorrotes! ¿Qué harán aquí, tan lejos de su territorio? –los dos palidecieron, sin creerse lo que esto implicaba. Ni siquiera Bebe podía vender así a sus antiguos compañeros.

Los salvajes tatuados recorrieron las filas palpando a los atónitos españoles y seleccionaron a los dos que mejor se habían recuperado de las privaciones: un teniente y un capitán del catorce batallón.

–¿No sois amigos de los españoles? ¿No hemos peleado juntos contra los tagalos? –les preguntó Mediano en su idioma. Uno de los igorotes, sorprendido de ser interpelado en su propia lengua, le respondió:

–Cabellos–de–fuego, los derrotados no tienen amigos.

No hubo más conversación y se llevaron a sus prisioneros obligándolos a caminar pinchándoles con sus lanzas.

–¡Auxilio! ¡No! ¡No queremos ir! ¡No! –gritaban los infelices.

–¡Traedlos de vuelta, salvajes! ¡Hijos de puta! ¡Cabrones!

Los españoles sólo podían desahogarse profiriendo insultos, maniatados como se encontraban y vigilados por soldados armados con carabinas. Benedí reía ruidosamente, como si estuviese contemplando una comedia en algún teatro de provincias. Cuando los gritos de las víctimas se perdieron a lo lejos, Benedí se enfrentó a sus antiguos compañeros de Tayabas:

–¿Acaso creéis que he olvidado las bromas y los motes con que os divertíais a mi costa? Nunca olvido, ¡nunca! Ahora me toca divertirme a mí. Durante las próximas semanas estaréis preguntándoos cuándo regresarán los igorotes, a quién le tocará esta vez, qué se sentirá al ser devorado vivo...

Benedí dudó si seguir hablando. Se le escapó una mueca de indiferencia:

–Los igorotes no encuentran hombres que devorar en sus ceremonias caníbales, imprescindibles para mantener la virilidad de sus guerreros. Porque la República Filipina, dominada por los tagalos, no es tan tolerante como España en lo que respecta a sus costumbres ancestrales: donde desaparece alguien, llega la Guardia de Honor y arrasa el poblado igorrote más próximo –Benedí se detuvo unos instantes para tomar aliento y luego continuó:

–Siempre que surge una necesidad, aparecen comerciantes como yo que ofrecen el “producto” solicitado. En especial si en territorio igorrote se encuentran minas de oro que les permiten pagar extraordinarias sumas por la carne humana que anhelan –en este punto, Benedí se vio interrumpido por los insultos de sus prisioneros. Un lánguido gesto de su mano, y los guardianes se abalanzaron sobre los que gritaban golpeándolos con las culatas de sus carabinas.

–Procuro seleccionar individuos aislados que nadie echará en falta: un soldado separado de su regimiento, unos marinos que viajaban por la jungla cuando fueron apresados... Pero con vosotros, queridos compañeros de armas, haré una excepción. Tendré que gastar parte de mis beneficios para hacer desaparecer vuestras huellas de los archivos del Ejército Dictatorial; pero no todo ha de ser ganancia,

¿verdad? También hay que dejar lugar para los placeres. Y hablando de placeres, Estadella, he de admitir que Liao-Mi es la joya de mi burdel. Espero que tarde mucho en contagiarse de sífilis.

Nadie encontró energías para responderle. Ni siquiera Roselló.

–Hasta pronto, camaradas –se despidió Benedí, con una sonrisa–. Comed bien, o vuestros guardianes os embucharán la comida a la fuerza, como hacen en Francia con las ocas.

Ya se marchaba, cuando se le ocurrió una idea muy divertida y se volvió para compartirla con los presos:

–Por cierto, si se os ocurre que tal vez la Guardia de Honor descubra mis pequeños negocios y os libere, desengañaos: yo soy el jefe de la Guardia de Honor en Tayabas. Muy remunerador, el cargo: todo el mundo ha de pagarme un porcentaje de sus beneficios o es ejecutado por corrupción –aquí no pudo contenerse y estalló en carcajadas.

Unos asombrados españoles fueron desatados y arrojados al interior de la cabaña que les servía de cárcel. Se les sirvió de nuevo más comida, que se vieron obligados a ingerir bajo la atenta mirada de sus guardianes. Por supuesto, nadie sentía apetito. Cuando quedaron solos, se desencadenó un coro de indignadas exclamaciones:

–¡Maldito Bebe!

–¡Es inaudito! ¡Increíble!

–¡No puede ser verdad!

–¡Somos prisioneros! ¡Esto contradice el convenio de Ginebra y...!

–¡Basta! –gritó Roselló– ¡Al próximo que mencione el convenio de Ginebra, le rompo la crisma! ¿Inaudito? ¿Increíble? ¿En qué mundo han vivido ustedes, señores oficiales? ¡Son los cabrones los que mandan y hacen de nosotros lo que les viene bien! ¿Quieren que vengamos a que nos maten en Filipinas? Agitan unas banderolas y todos corremos a donde nos ordenan. ¿Que les vendrían bien unas minas de fosfatos en África? Nos ponen un crucifijo delante y nos organizan una cruzada para que vayamos al Rif a conquistar infieles.

–Aquí tenemos a alguien –continuó Roselló, recorriendo con la mirada a cada uno de los oficiales– que quiere beneficiarse de nosotros vendiendo lo único que poseemos: nuestras vidas. ¿A qué juez acudiremos? ¿A qué policía para que nos defienda? ¿A qué superior para que abra un expediente? ¡A ninguno! ¿Y por eso lo vamos a consentir? ¿Estamos dispuestos a morir como corderillos mientras invocamos nuestros derechos según el tratado de Ginebra? ¿O vamos a luchar? ¿Son ustedes soldados, señores

oficiales? Durante toda mi vida, los poderosos han intentado darme por el culo; unas veces lo han logrado y otras no; pero nunca me he rendido sin combatir. Díganme: ¿vamos a pelear o nos rendimos? ¿Esperamos a que nos concedan la libertad o nos la tomaremos nosotros?

Un grito guerrero acogió sus palabras, que habían borrado el abatimiento de tantos meses de cautiverio, de tedio infinito, de ver pasar el tiempo sin esperanza, de carencia de noticias sobre los familiares. Roselló, empleando un discurso que, con pequeñas variantes, le había dado buen resultado en varias huelgas obreras, les había devuelto la voluntad de luchar. Incluso Estadella, que languidecía resignándose a la ausencia de Liao-Mi, sintió que no todo estaba perdido y que existía una oportunidad, pequeña e inexplicable, de salvarla.

–Propongo que comamos todo lo posible para recuperar nuestras fuerzas; pero procuraremos escamotear algo de arroz guardándolo bajo los jergones. Dejándolo secar, nos servirá para alimentarnos en nuestra huida –empezó Martín.

Pronto los demás lo siguieron con otras ideas: uno se había fijado en un descuido habitual de los guardias, otro en un sendero que tal vez los condujese a la liberación; planeaban la fuga con el mismo entusiasmo que anteriormente habrían puesto en seguir un estandarte.

Dos semanas después, el plan estaba ultimado y sólo faltaba una ejecución audaz; y audacia les sobraba a aquellos valientes.

Cuando por la mañana los llevaron a las letrinas, se arrojaron sobre sus guardias, que estaban demasiado cerca para utilizar las carabinas con eficacia. Pronto éstos yacieron desangrándose, acuchillados por las dagas de bambú que los cautivos habían improvisado. Por desgracia, no pudieron impedir que sonasen varios disparos que dieron la alarma.

Durante el forcejeo, el teniente Pedro de Vega, de la caballería, fue alcanzado por una bala de rémington en el abdomen:

–Si consiguen llegar a España, no digan a mi esposa que la muerte me llegó así, huyendo de unos caníbales –gimió, tratando de robar algunas frases al dolor que lo desgarraba–. Cuéntenle lo de siempre, una carga de caballería que arrolló al enemigo y que, en medio de la victoria, me alcanzó una bala en el corazón y no sufrí nada.

Roselló movió la cabeza mientras recogía una carabina y una canana de balas, y se probaba los zapatos del guardián muerto. ¡Pero qué puede importar cómo la espiche uno! Estos militares hasta muriéndose piensan en el honor.

–¡Vamos, de prisa, no pierdan tiempo! –gritó– ¡Recojan las

provisiones y las mantas, y corramos a la selva!

Los guardias que dormían en otras chozas acudieron presurosos; pero fueron recibidos por certeros disparos de carabina que tumbaron a varios y disminuyeron el entusiasmo de los demás. Los seis españoles que ahora poseían una rémington cubrieron la huida y luego fingieron que también se marchaban. En vez de eso, se ocultaron entre la maleza.

Los primeros guardianes que se aventuraron a salir de sus refugios y comenzaron a organizar la persecución, volvieron a ser víctimas de las balas de los emboscados.

–Ahora sí que podemos irnos –rió Gómez–. No tomarán ánimos para salir tras nosotros en bastante tiempo.

Pero muchos de los españoles iban descalzos: sólo poseían los seis pares de zapatos arrebatados a sus guardianes; y la jungla no está hecha para pies europeos que no resisten los guijarros ni las espinas. La ventaja que habían tomado no duraría mucho.

Decidieron emplear el truco de Mediano, que tan buenos resultados daba. En cuanto tropezaron con un arroyo, fingieron que habían seguido su curso cuando en realidad caminaron hacia atrás y saltaron fuera de la senda. Se apartaron unos cientos de pasos y se ocultaron en los arbustos.

–Ahora, a encamamos como liebres durante tres o cuatro días, hasta que se cansen de perseguirnos. Aunque traigan perros, no nos encontrarán. Luego, poco a poco, a Manila y a España –dijo Mediano, y todos estuvieron de acuerdo con él.

Pasaron los días, lentos como el atardecer de un condenado a muerte; pero ellos sabían esperar, y esperaron, conscientes que del sigilo y la quietud dependían su libertad y sus vidas. Contemplaban cómo la luz cambiaba a lo largo de las horas, cómo las sombras se iban moviendo despacio, muy despacio, hasta que se alargaban y, poco a poco, se apoderaban del mundo. Escuchaban los mil ruidos de la jungla: amenazadores algunos; siniestros, otros; extraños, la mayoría. A veces, veían pasar un animal del que no podrían decir el nombre en español, aunque tal vez sí en alguna de las lenguas salvajes que conocían. Sentían impaciencia por levantarse y moverse, romper a caminar hacia su destino; pero superaban la tentación. De vez en cuando, el calor y la somnolencia vencían sus párpados y caían en un estado que no era sueño ni pesadilla, sino algo más y algo menos, un estado mental que se deslizaba entre la vigilia y la inconsciencia. Y siempre, la sed, que sólo podían satisfacer con gotas de rocío y masticando hojas tiernas: muy poco para un clima tropical, aunque buscasen permanecer en la sombra.

Ya pensaban que habían despistado a sus perseguidores,

cuando el monito de Mediano lanzó un grito de pánico y se le abrazó. Rodeándolos, surgieron docenas de soldados tagalos, apuntándoles con sus armas y volviendo imposible cualquier intento de defensa. Los españoles se rindieron.

–¿Pero cómo ha podido fallar? –se preguntaba Mediano–
Es la primera vez.

Pronto encontró la respuesta. Una vez maniatados, Benedí salió de la espesura.

–¡Otra vez tú! –exclamaron los prisioneros.

–Depende de cómo se mire. Desde mi punto de vista, yo diría: “Otra vez vosotros”. Mira que es difícil mataros con un poco de refinamiento. Cuando mis hombres me avisaron de que habíais escapado y habían perdido vuestra pista en un arroyo, me acordé de cierto truco que un teniente aragonés nos contaba en la cantina de oficiales. ¡Y aquí estoy!

Mediano pensó que las mejores palabras son las que nunca se dicen.

–Vamos a acabar pronto, que mis negocios me reclaman. Como habéis matado a unos guardianes, según el tratado de Ginebra perdéis vuestros derechos como prisioneros de guerra y...

–¡Sera caradura! ¡Venimos ahora con tratados!

–...Y vais a ser pasados por las armas de inmediato. ¡Sargento, fusile a estos asesinos! Empiece por esos dos de allí. Adiós, Mediano. Adiós, Roselló. Siempre deseé fusilar a un anarquista.

A culatazos, apartaron a los dos hombres de sus compañeros y los pusieron frente a un pelotón de tagalos.

–¡Carguen!

–¡Viva España y mueran los cabrones! –gritó Mediano, tratando de apartar su mono con la cabeza, para que no le alcanzasen las balas. El animal, sin comprender, se obstinaba en no abandonar a su amo.

–¡Y viva el anarquismo! –le coreó Roselló.

–¡Apunten!

–Ha sido un honor luchar al lado de usted, Roselló –murmuró Mediano, en el último segundo.

–Lo mismo digo, mi teniente.

Benedí demoró la orden postrera, gozando al ver a sus enemigos esforzarse por no mostrar miedo ante la muerte:

–¡Fuego!

Los percutores cayeron sobre cápsulas vacías. Todo había sido un simulacro, una refinada tortura. Benedí reía a

carcajadas, mientras Mediano y Roselló apenas podían evitar que el temblor los traicionase y doblara sus rodillas.

—¿Pero habéis creído que era fácil morir, después de haberme ofendido? Voy a llevaros a un lugar donde encontraréis algo tan angustioso que maldeciréis no haber muerto hoy. Hacia los calabozos del río Dago. ¡En marcha!

Los esbirros de Benedí condujeron a los prisioneros a través de inhóspitas sendas que atravesaban la jungla, sin dejarles una oportunidad para escapar. No sólo iban maniatados, sino que una cuerda con nudos corredizos enlazaba sus cuellos, de manera que cuando uno tropezaba y caía, casi estrangulaba a sus compañeros de infortunio. En las paradas, también les vendaban los ojos para que nunca pudiesen saber con certeza si eran vigilados o no.

No había escapatoria, a pesar de que buscaban desesperadamente la manera de huir. Todo resultaba inútil. Ni siquiera se les desataba para orinar o defecar, por lo que acabaron despidiendo un hedor insoportable. Comían como animales, inclinándose sobre el arroz que les arrojaban al suelo; y sólo bebían cuando se cruzaban con un arroyo en el que sumergir los labios, venciendo el temor a las sanguijuelas.

Durante tres días caminaron hasta desfallecer, siempre empujados a culatazos si dudaban o se entretenían; las cuerdas habían mordido sus muñecas de tal forma que a los

presos les parecían alambres espinosos; los pies descalzos iban dejando huellas ensangrentadas. Al cuarto día divisaron el río Dago y, aunque allí les aguardara una muerte horrible e inimaginable, respiraron con alivio.

Llegaron a una destruida fortaleza a la orilla del mar, levantada hacía siglos contra los piratas joloanos. Los tagalos la habían vuelto a poner en servicio reparando lo más imprescindible, en un intento inútil de defenderse contra los cruceros estadounidenses. Estaba guarnecida por un batallón y algunos viejos cañones. Allí desataron a los españoles y los encerraron en calabozos subterráneos excavados en la roca, que en su tiempo parecían haber sido cisternas. Las puertas habían sido repuestas recientemente y los candados eran nuevos, a pesar de una sospechosa capa de óxido. Los distribuyeron en dos celdas.

–Menos mal que hemos llegado antes de que lloviese –les dijo Benedí–. No sabéis lo húmedas que resultan estas mazmorras. Confío que nadie sufra de reúma, porque veo algunas nubes en el horizonte de lo más... inquietantes. Adiós.

Apenas los había dejado solos en la oscuridad, los prisioneros palparon las paredes, golpeando cada pulgada para buscar un punto débil. No encontraron ninguno: todo era roca firme y granítica.

Los goznes de las puertas y sus cerrojos fueron también

examinados minuciosamente. Si hubieran poseído una lima o una sierra... Pero carecían de todo, salvo de uñas y dientes, y de unas alianzas que habían conseguido salvar hasta entonces de la rapiña, pero que por ser de oro resultaban inútiles contra el hierro.

–Cuando nos traigan luz y comida, mantendremos los ojos bien abiertos. Encontraremos alguna manera para escapar de este sitio –concluyeron.

Pero en vez de comida, aquella tarde apareció un sonriente Benedí.

–¡Ya llueve!

Volvió a salir, riendo.

–¿Qué demonios querrá decir con eso de “Ya llueve”? ¿A nosotros qué nos importa, si permanecemos a cubierto? –se preguntaban los españoles.

Pronto encontraron respuesta para el enigma. Aquellas cuevas estaban comunicadas con el río Dago; cuando crecía su caudal, las cuevas se inundaban.

Al sentir cómo el agua se deslizaba insidiosa bajo las puertas e iba subiendo de nivel, incluso Roselló, el ateo, se unió al coro de los que rezaban en la oscuridad.

COMO MATERIAL AVERIADO

Manila, 15 de mayo de 1899

Oficina del general Jaramillo. Presidente de la “Comisión para la selección y transporte del material de guerra”

El comandante Pacheco hervía de impaciencia. Tras una arriesgada fuga a través del territorio dominado por los filipinos, durante la noche había atravesado el frente de guerra entre tagalos y estadounidenses. Lo había conseguido, a pesar de contar con sólo una mano y no disponer de armas. Pero aquí, en Manila, de nada servían el atrevimiento y el valor del comandante: la burocracia empantanaba cualquier iniciativa y le obligaba a desperdiciar sus horas por despachos oscuros y miserables.

Llevaba veinte días en Manila y aún no había conseguido ningún socorro para los amigos que había dejado atrás y que

depositaron su confianza en él. ¡Si lograra asaltar a la bayoneta aquellas trincheras de legajos y oficios! ¡Si pudiera combatir, aunque fuese con su única mano, a aquellos plumíferos armados con tinta y papel! Pero no, debía guardar cola durante toda una mañana para que le enviaran a un nuevo despacho, defendido, a su vez, por otra cola inmensa. Mientras tanto, sus compañeros –sus amigos– pudriéndose en Tiaong... si es que seguían allí tras su fuga. Habría sido mejor permanecer juntos, desafiando el tedio, la nostalgia y la miseria sin esperar auxilio de nadie.

Apelando a su grado y a sus heridas, humillándose ante quienes ostentaban el poder de una firma y de un letrado a la puerta de su despacho, suplicando como merced lo que constituía su derecho, había logrado una audiencia con el general Jaramillo. Escasas audiencias, en verdad, pues el general se ocupaba de los prisioneros única y exclusivamente los lunes. Los demás días los dedicaba a las negociaciones con los norteamericanos, para que devolviesen el material de guerra aprehendido, según se especificaba en el Tratado de París.

¡Material de guerra! Pacheco rechinó los dientes al recordar que no existía un departamento específico para los cautivos y que eran incluidos en la “Comisión para la selección y transporte del material de guerra”. Ellos eran material de guerra inservible, oxidado por la disentería y enmohecido por la malaria. Pero hoy quizá podría hablar

con el general Jaramillo y proporcionar alguna ayuda a los oficiales presos, además de averiguar lo que les había sucedido a sus soldados.

Tras interminables horas de espera, le llegó el turno a Pacheco.

–¡Ah, el comandante Pacheco! –exclamó el general, cuando se hubo presentado– El defensor de Tayabas, ¿no es así?

–En efecto, mi general.

–Tengo excelentes noticias para usted –rebuscó entre los mil documentos que abarrotaban su mesa–. ¿Dónde lo habré dejado? Disculpe el desorden: ¡No sabe la cantidad de papeleo que he de tramitar!

Pacheco se mantenía envarado para no demostrar su impaciencia. ¿Tal vez los filipinos habían liberado a sus soldados y oficiales después de su fuga y él, en su peregrinaje de despacho en despacho, aún no lo sabía?

–¡Aquí está! –exclamó el general con un grito de triunfo– Tome, léalo usted mismo.

“Excmo Señor: El Auditor ha examinado detenidamente las presentes diligencias previas instruidas por orden de VE. para esclarecer y depurar los hechos relacionados con la defensa y capitulación de Tayabas...”

–¿Pero qué es esto? –exclamó Pacheco– ¿Diligencias para esclarecer y depurar lo que ocurrió en Tayabas?

–Por supuesto, comandante, ya conoce las ordenanzas: usted se rindió, luego ha de emprenderse una investigación para saber si su capitulación fue justificada o debida a la cobardía.

–¿Cobardía? ¡Por Dios, general! ¡Ya habían muerto once soldados de hambre! ¡De hambre, entiende usted? Y habríamos muerto todos si no nos hubiésemos rendido. ¿Por qué no investigan a los que nos ordenaron resistir y luego nos abandonaron? –el comandante estaba tan indignado que golpeó con su puño la mesa, como si aún poseyese un puño, lo cual le arrancó un gemido de dolor.

–No se excite, comandante. Si sigue leyendo, verá que queda absuelto de toda responsabilidad y que el Teniente Coronel Auditor incluso le felicita por su valor y previsión. Creo que se ha ganado usted una de las más altas condecoraciones.

–¡Faltaría más! –replicó Pacheco, reprochándose su acaloramiento. Debía mantenerse sereno aunque sólo fuera por los hombres que habían confiado en él– ¿Y sobre los prisioneros? ¿Qué tiene usted que decirme sobre los prisioneros?

–¿Los prisioneros? –el general Jaramillo carraspeó y

reordenó los papeles de su mesa para disimular su azoramiento— ¿Los prisioneros de Tayabas?

Pacheco no respondió. Su rostro lo decía todo.

—Aquí tengo el acta de su rendición y, como puede ver, conocemos su nombre, grado, unidad a la que pertenecían, si estaban heridos o no... Sólo nos falta un pequeño detalle: No sabemos dónde se encuentran.

—¿Pero qué dice usted?

—Verá, comandante Pacheco, la administración filipina es catastrófica. Ni ellos mismos conocen muy bien dónde guardan los prisioneros. Si no se lo dijéramos nosotros, no sabrían ni cuántos son: nueve mil ciento cincuenta y nueve, si contamos a cuatrocientos frailes y obispos, y trescientos diez particulares —el general Jaramillo sonrió satisfecho ante la perfección de la burocracia española.

—¡Nueve mil hombres! Y ustedes no tienen idea de dónde están.

—Nueve mil ciento cincuenta y nueve —corrigió Jaramillo—. Aunque muchos están siendo liberados gracias al avance de las tropas norteamericanas por el norte de Luzón. Y sí que sabemos dónde se encuentran: en poblados de la jungla, presos de los filipinos.

—¡Un año prisioneros en la jungla!

–Diez meses –volvió a corregirle el general, irritado por la falta de precisión de aquel comandante. Con semejante jefe, no le extrañó que se rindiese Tayabas. Ordenaría al Auditor que revisara el expediente de la rendición, en busca de inexactitudes.

–¿Y sus pagas? ¿Se imagina lo que dan de comer los tagalos? Si no les llegan sus pagas, se morirán de hambre.

–Sus pagas son debidamente anotadas y se les abonarán tan pronto sean liberados. No se preocupe por estos detalles: nuestra administración es casi perfecta. Y si no tiene nada más que tratar conmigo...

–Sí. Quiero decirle que los oficiales supervivientes de Tayabas están en Tiaong.

–¿Tiaong? –el general escribió el nombre con letra pulcra y cuidadosa– ¿Ve usted? Poco a poco vamos localizando a todos los presos. Hay que tener paciencia.

–¿Les llegarán sus pagas? Y las cartas de sus familias: no sabe usted lo que es sentirse olvidado.

–Por supuesto. Aunque no inmediatamente. Hay que calcular los haberes, liberar los fondos, pedir permiso y escolta a filipinos y norteamericanos, que a su vez han de concertar una tregua... Los trámites resultan muy complicados con una guerra de por medio.

El comandante Pacheco intuyó que nunca les llegaría dinero ni noticias a aquellos prisioneros abandonados.

–Usted saldrá en el próximo vapor hacia España –le dijo el general–. Supongo que estará deseando abrazar a su mujer e hijos.

–Por supuesto. Pero preferiría quedarme aquí, en Manila, realizando cuantas gestiones sean precisas para ayudar a mis hombres.

El general se estremeció. Lo último que deseaba era un mutilado colérico que lo acosase con exigencias imposibles.

–Saldrá usted en el próximo vapor. Es una orden. Nosotros nos ocuparemos de todo. Además, el próximo tres de junio finaliza oficialmente la repatriación de prisioneros.

–¡Finaliza la repatriación! ¿Y los que todavía sigan en poder de los tagalos?

–El próximo tres de junio finaliza oficialmente la repatriación de prisioneros –repitió el general, como si fuera un conjuro que haría reaparecer a los engullidos por la selva, transportándolos por ensalmo a España–. Y si me disculpa, tengo mucho trabajo. El comandante Pacheco salió apretando con rabia su único puño. Maldito. Maldito fuese aquel militar pulcro y ordenancista. No podía hacer nada para ayudar a aquellos hombres que habían confiado en él.

El general Jaramillo respiró con alivio y ordenó que no le pasaran más visitas. Tenía que resolver un asunto endiablado: en mayo de 1898 se habían vendido billetes de lotería en Manila, pero debido al asedio de la ciudad nunca se había celebrado el sorteo. Ahora se debían clasificar todos los billetes y devolverlos a la Hacienda Pública en España, para que allí se decidiera si celebrar el sorteo y remitir los premios de vuelta a Manila, o bien anular el sorteo y reembolsar el importe del billete a quien lo reclamara.

Dice mucho de la eficiente administración española que llegase a la Península el cargamento de billetes de lotería sin faltar uno. Las instancias competentes decidieron anular el sorteo—, y cuando hubo transcurrido un año sin que nadie reclamara el importe del billete, los décimos de lotería fueron destruidos. Sin faltar uno.

Batallon Cazadores Numero 12

Estado numerico de las clases e individuos de tropa de este Ba-
tallon que en la actualidad se encuentran prisioneros de los insurrectos

Expresion	Num ^o	Lugar donde se encuentran
Argentarios	32	se ignora
Cabos	72	
Cargadores	38	
Soldados de 1 ^a	27	
Soldados de 2 ^a	1083	
Total	1252	

Manila 17 de Enero de 1899

El Cap. Comd^{te} Mayor acst

Juan Hernandez

[Signature]

Batallón de Cazadores Número 12 Número de soldados prisioneros: 1.252
Lugar donde se encuentran: se ignora.

REGATEOS EN TARLAC

Tarlac (Filipinas), principios de mayo de 1899

Sede de negociaciones hispano–filipinas para la repatriación de los prisioneros

Las conversaciones avanzaban con enorme lentitud. Los primeros contactos se demoraron hasta principios de mayo de 1899, y comenzaron con mal pie. El general Jaramillo, deseoso de no enemistarse con los norteamericanos que dominaban Manila y Cavite, dirigió una carta al Presidente de la República Filipina, Emilio Aguinaldo, sin llamarle por ningún título sino el de “Señor don Emilio Aguinaldo”. Este proceder indignó a los patriotas filipinos, pues equivalía a no reconocer ninguna legitimidad a su Gobierno.

Primero se discutió si los religiosos debían incluirse en las negociaciones. La delegación española decía que a todos los efectos eran funcionarios del Gobierno y, por tanto,

prisioneros de guerra; los filipinos se negaron a considerarlos así.

Tras un intercambio de argumentos, los filipinos aceptaron, por fin, que los religiosos entrasen dentro del concepto “prisioneros de guerra”. Después, se iniciaron las negociaciones en serio. Aquello no había sido sino una escaramuza preliminar.

Después de mil protestas de amistad y consideración hacia la antigua metrópoli, los delegados filipinos ofrecieron liberar a los presos españoles a cambio de dos condiciones:

La primera, que se pagase al Gobierno filipino la suma de siete millones de pesos, en concepto de indemnización. Así valoraban los daños provocados por la guerra y los gastos originados por los cautivos. La segunda, que España reconociese la independencia de Filipinas.

Los representantes españoles se sintieron escandalizados por tamañas exigencias y ofrecieron dos millones de pesos. Como concesión, los filipinos rebajaron de siete a seis los millones solicitados. La delegación española no subió su oferta.

Se rompieron las negociaciones y no se reanudaron hasta octubre de 1899.

Nuevamente los filipinos exigieron seis millones de pesos

y España se mantuvo en su ofrecimiento inicial: dos millones. Los diplomáticos españoles regresaron a Manila sin ningún acuerdo.

Nunca más se entablaron conversaciones para liberar a los cautivos. Tras la ofensiva estadounidense en el norte de Luzón, que liberó a algunos miles, la guerra filipino–norteamericana se estancó durante la estación de las lluvias y quedaron en Filipinas seis mil prisioneros a los que no llegaban alimentos, medicinas, pagas ni noticias.

Todo el mundo se olvidó de su existencia, excepto sus familiares. Los periódicos españoles, hastiados de derrotas y lágrimas, dirigieron sus titulares hacia Silvela, nuevo presidente conservador del Consejo de Ministros, hacia estrenos de sainetes y cuplés, hacia toreros en aquella época famosos para siempre y hoy apenas recordados, hacia los increíbles inventos de Marconi, hacia la guerra de los bóers...

En el mes de julio de 1899 se repatriaron “Los últimos de Filipinas”, aquellos héroes que resistieron durante todo un año de asedio en El Baler. Con ellos terminó la repatriación oficial de prisioneros. Sólo quedaron atrás seis mil españoles abandonados por su nación y por su Gobierno: los olvidados de Filipinas.

CAÑONES CONTRA PALABRAS

Mediados de mayo de 1899

Despacho del general Merrit. Jefe del ejército de ocupación de los EE.UU.

El general Merrit se hallaba inmerso en otra de las eternas discusiones que mantenía con el general Jaramillo, pues el español parecía no comprender el alcance de la derrota e insistía en comportarse como un igual del estadounidense. Tomaba el tratado de París al pie de la letra e insistía en su aplicación como si se tratara de un contrato. Pero aquí no existía un juez al que acudir en caso de desacuerdo: el general Merrit interpretaba el Tratado como mejor conviniera a sus intereses –incluso cambiaba el sentido de las cláusulas según le parecía–, porque él era el vencedor.

El general Jaramillo se apoyaba en sus razonamientos para hacer frente al ejército y la flota de los Estados Unidos de

América. Palabras contra cañones: el resultado era previsible.

–Mi querido general –le estaba diciendo Merrit a su homólogo español–, he sabido que los filipinos imponen ciertas condiciones para la liberación de los prisioneros...

Jaramillo no necesitó preguntar cómo se había enterado. El telégrafo de Manila se hallaba en manos americanas (como todo, por otra parte) y cada telegrama que los españoles recibían era descifrado, copiado y puesto sobre la mesa de Merrit, antes incluso de llegar a su destinatario.

–En efecto. Son condiciones inaceptables. ¡Seis millones de pesos! –exclamó Jaramillo.

–Igual de inaceptable que los dos millones de pesos que ustedes les ofrecen –Merrit ni siquiera disimuló que se encontraba perfectamente informado de las conversaciones–. General Jaramillo, estamos combatiendo contra los insurrectos...

–Antes les llamaban ustedes patriotas filipinos –señaló el español, sin conseguir morderse la lengua.

–Llamamos a la gente como mejor conviene a nuestros intereses. Como le iba diciendo, estamos combatiendo contra los insurrectos y no permitiremos que reciban unos fondos que emplearán para comprar armas.

–No tienen ustedes derecho a impedir que...

–No discuto que tengamos derecho. Digo que no lo permitiremos –el general Merrit no necesitaba gritar para imponer su dominio. Jaramillo enmudeció, al comprender que no se trataba de hablar sobre justicia y tratados, sino pura y simplemente de poder.

–Por otro lado –continuó Merrit, mientras encendía un cigarro sin ofrecer otro a su colega español–, no aconsejaría a su Gobierno que reconociese la existencia de la República Filipina, la segunda condición para liberar a los prisioneros. Les recuerdo que ustedes nos vendieron este archipiélago y que tal gesto sería considerado como... ¿hostil, es la palabra? Digamos poco amistoso. Incluso podríamos pensar que invalida el tratado de París y que nuestras dos naciones vuelven a encontrarse en guerra.

–¿Qué más pueden quitarnos ustedes? –preguntó Jaramillo, con amargura.

–Cuando me concedan el retiro, me gustaría visitar las islas Canarias. Un lugar precioso, de clima ideal y situadas en el centro de las rutas comerciales del Atlántico sur. Dicen que son tan maravillosas, que despiertan la envidia de otras naciones: yo concentraría allí su flota para defenderlas. ¡Oh, perdone! Olvidaba que hemos hundido sus escuadras. Espero, por lo menos, que las baterías costeras sean mejores que las de Manila.

El general Jaramillo inclinó la cabeza, acusando el golpe. En Canarias no había baterías costeras:

–Recomendaré a mi Gobierno que no reconozca la República Filipina.

–No esperaba menos de su inteligencia –Merrit tomó una larga chupada de su cigarro, que paladeó con fruición–. Nadie desea más que yo la libertad de sus pobres soldados, prisioneros de los rebeldes desde hace tanto tiempo. Si algo se encuentra a mi alcance...

–Hemos conseguido localizar a parte de ellos. Si, por lo menos, pudiésemos hacerles llegar sus pagas, mejoraríamos su situación –aventuró Jaramillo.

–¡Pero, mi querido general–replicó Merrit–, esas pagas acabarían en los bolsillos de los rebeldes! Una nación civilizada como España no querrá financiar a unos salvajes levantados en armas contra su legítima potencia colonizadora.

–Al menos, permita que un barco de la Cruz Roja descargue víveres y medicinas en los puertos de los insurrectos, para nuestros soldados más necesitados –suplicó Jaramillo, desesperado por conseguir alguna concesión.

–¿Cruz Roja? La Cruz Roja cumple sus benéficos fines durante las guerras, y aquí no hay ninguna. Las guerras se

declaran entre gobiernos civilizados; en Filipinas sólo existe una insurrección. Ahora bien, si los rebeldes permitiesen la entrada en sus puertos de nuestros barcos, ondeando la bandera de los Estados Unidos...

“Lo cual sería igual que admitir la soberanía norteamericana. Nunca lo aceptarán”, pensó Jaramillo.

–Pero si puedo hacer algo por sus prisioneros que no contraríe los intereses de mi país, esté seguro de que lo haré –continuó Merrit–. Y si le parece, pasemos al siguiente problema que tenemos pendiente.

El general Jaramillo suspiró, resignado, y pasó a hablar de unas locomotoras que habían sido construidas en España y que aún no habían sido pagadas por los ferrocarriles filipinos. Puesto que era evidente que seguían siendo propiedades españolas, solicitaba permiso para embarcarlas hacia la Península.

Merrit interpuso una pequeña, muy pequeña objeción legalista, y dejó que su contrincante se estrellase contra ella. Mientras Jaramillo desgastaba su elocuencia, Merrit sonrió al recordar cómo había obligado a los españoles a quitar la pólvora de once millones de cartuchos de fusil, uno por uno, lo cual ocupó durante varias semanas a todas las fuerzas peninsulares que aún restaban en Manila. Así previno posibles disturbios mientras llegaban los buques que debían reembarcar a los soldados hacia la Península.

Al general estadounidense le vino a la memoria una frase latina: “Vae victis”. ¡Ay de los vencidos! No era cruel y sabía lo que estaban pasando los presos; por su gusto, los liberaría, es más, había dado órdenes a sus tropas de que los trataran bien cuando diesen con ellos en su avance. Pero ante todo se consideraba un patriota y no perjudicaría un ápice los intereses de su país aunque muriesen todos los españoles del mundo.

Sacudió la cabeza y volvió a los argumentos que el general Jaramillo aducía para demostrar la españolidad de las locomotoras. Merrit decidió que las necesitaba para suministrar munición a sus tropas en el frente y que nunca saldrían de Filipinas. Volvió a interponer otra pequeña, muy pequeña, objeción legal.

LOS CALABOZOS DEL RÍO DAGO

Río Dago (Filipinas), 22 de mayo de 1899

En los calabozos del río Dago, el agua llegaba hasta la cintura de los oficiales españoles y seguía subiendo.

–Señores, gritando y golpeando la puerta no conseguiremos nada –señaló el capitán Orihuela–. Propongo que el teniente de navío José Pancracio de las Virtudes tome el mando: estamos sumergidos en el agua y éste es su elemento.

–¿Hasta para ahogarnos como ratas necesitamos jefes? –bufó Roselló, anarquista inveterado. Pero salvo esta previsible objeción, nadie se opuso.

Siguiendo las órdenes del teniente de navío en la oscuridad más completa, Gómez se subió encima de los hombros de Mediano, intentando alcanzar el techo de la prisión. No lo tocaron y concluyeron que estaban encerrados en una

cueva natural transformada en celda. Ahora, la inundación les cubría los hombros.

–Aún tenemos una oportunidad. Tal vez el agua forme una burbuja y no llene del todo la cueva, como sucede al meter un vaso invertido en el agua –los animó el teniente de las Virtudes–. Encontramos algún asidero para resistir.

Volvieron a palpar las paredes, tratando de hallar rugosidades a las que sujetarse; pero habían sido alisadas.

–No es por nada, mi teniente de navío, pero ya estoy de puntillas para no tragar agua –señaló Roselló, sin perder el humor ni siquiera en aquel trance extremo–. ¿Ordena algo usía?

De las Virtudes pensó frenéticamente para salvar a aquellos hombres que se habían colocado bajo su mando.

–Nademos –dijo. La orden fue recibida por Roselló con una carcajada:

–¡No se me habría ocurrido nunca! ¡Menos mal que hemos elegido un jefe!

–Apóyense en mí –el vozarrón de Mediano se escuchó en las tinieblas–. Aún puedo mantenerme en pie.

Gracias a su estatura, que le había permitido ingresar en la Guardia Real, Mediano no necesitaba nadar aún, pues les

sacaba casi una cabeza a sus compañeros. Seis pares de manos lo buscaron en las tinieblas: algunos de aquellos oficiales apenas sabían nadar.

Transcurrió un tiempo eterno. A través del agua, les llegaban gritos de desesperación desde la otra celda: ellos no disponían de un teniente gigantesco al que sujetarse. Poco a poco, aquellas agónicas llamadas de auxilio fueron apagándose.

–¡Gracias a Dios! Parece que no sube más –señaló Mediano, manteniendo a duras penas la boca por encima del nivel del agua–. Tal vez se haya formado la burbuja que predecía De las Virtudes o quizá haya dejado de llover.

El mono, retrepado sobre la cabeza de su amo, fue el único que no lanzó un suspiro de alivio.

Pasaron las horas, que no podían medir en aquella completa oscuridad: les parecían días, o mejor dicho, noches. El agua no estaba fría, incluso al principio la sintieron desagradablemente templada; pero a medida que transcurrió el tiempo, empezaron a temblar.

–¡Quién iba a decirnos que moriríamos congelados en Filipinas! –dijo Roselló, castañeándole los dientes.

Nadie rió la broma.

Pasada la primera excitación, una somnolencia invencible

se apoderaba de ellos. Querían dormir y olvidar, soñar que regresaban a España y que no se encontraban flotando en una mazmorra mortífera, dejarse deslizar hacia la muerte y no luchar más. Cuando alguno cabeceaba, los otros lo sostenían durante unos minutos para que no se ahogase; estos lapsos de sueño reparador iban seguidos de un despertar desengañado y triste. Sólo a Mediano le estaba prohibido el reposo: firme como una estatua, sostenía las vidas de sus amigos.

–¡No se duerma usted, por lo que más quiera! –le decían cuando notaban flaquear su asidero. Y Mediano, despierto gracias a su fuerza de voluntad y a las súplicas de sus camaradas, volvía a estirar sus piernas doloridas.

–¡Por fin ha vuelto a España, esposo mío! –le decía Josefina Zueras, abrazándolo en el puerto de Barcelona y uniendo sus dos corazones–. Mire a sus hijos Benita y César, cómo han crecido mientras usted peleaba en Filipinas.

Los dos niños se le abrazaban y jugueteaban con la barba pelirroja, admirados y orgullosos de tener un padre tan grande y valiente.

–¡No se duerma! –le gritó el capitán Orihuela, tirándole de la barba para despertarlo. Y el titán regresó desde el puerto de Barcelona a su celda inundada.

Trataban de calcular cuánto sería necesario resistir. No

más de día y medio, aseguró Roselló, aún no ha llegado la temporada de lluvias y esto es un chubasco ocasional. ¿Cuánto tiempo llevarían ya? Nadie sabía decirlo, ni siquiera aproximadamente.

Permanecieron así durante tres días con sus noches, antes de que las aguas bajasen. Cuando sus compañeros pudieron sostenerse por sí mismos, Mediano se desplomó sobre ellos, agotado por la falta de sueño y la postura mantenida durante tantas horas.

Casi tan rápidamente como creciera, disminuyó el nivel del agua. A pesar del frío que penetraba sus huesos y sus almas, los siete hombres se dejaron caer sobre el suelo encharcado para dormir.

–Sacad los cadáveres y tiradlos a una fosa, para que no hiedan –los despertó la voz de Benedí, al mismo tiempo que se habría la puerta de la mazmorra y la luz de una antorcha obligaba a parpadear a los prisioneros.

–¡Hola, Bebe! –lo saludó Roselló, sacando fuerzas de donde no las había para mostrarse burlón y animoso– Gracias por el baño; pero te olvidaste del jabón.

–¡Aún estáis vivos! ¡No es posible! –los tagalos abrieron la otra celda y, como era de prever, todos habían muerto– Al final, os voy a tener que fusilar. Mira que me fastidia que muráis a vuestro gusto, como militares.

Una orden suya y los tagalos sacaron a los españoles, incapaces de resistirse. Empujaron al primero, De las Virtudes, contra un paredón en el que se notaban huellas de disparos y sangre fresca. De las Virtudes sintió el agradable calor del sol sobre su cuerpo, que calmaba la gelidez de la mazmorra. ¡Qué hermoso era aquel destellante cielo azul!

–¡Preparados! ¡Apunten! ¡Fuego! –gritó Benedí. Sonaron cinco disparos y el teniente de navío cayó muerto. Lo arrastraron hacia una fosa común, tirándole de los pies. A continuación, colocaron a Mediano. Apenas se sostenía sobre las piernas y parecía incapaz de resistir ni siquiera el peso de su monito sobre el hombro.

–Adiós, Josefina, siento mucho no haber logrado volver, como te prometí –murmuró, besando la alianza que se había colocado de nuevo en su anular.

–¡Preparados! ¡Apunten!...

–¡Alto! –ordenó una voz tagala. Apareció el coronel Silang, del Ejército Dictatorial– ¡No ejecuten a este hombre!

Mediano trató de identificar a quien le salvaba la vida. Sus ojos azules, cegados por el sol después de tres días de oscuridad absoluta, lagrimeaban impidiéndole la visión. Por fin tomó forma aquel rostro: era el comandante del Katipunán al que había salvado la vida en Vicita de Piris, fingiendo creer que él y sus hombres eran tulisanes, bandidos, y no

insurrectos. Tras aguardar juicio en la cárcel de Tayabas, había sido liberado al caer la ciudad en manos de los rebeldes. Ahora ostentaba el rango de coronel.

–¿Con qué autoridad detiene usted el fusilamiento?
–Benedí se giró rabioso hacia el recién llegado, al que acompañaba una sección de caballería tagala– Estos prisioneros asesinaron a varios de sus guardianes cuando intentaban escapar, y han de morir ahora. Soy el jefe de la Guardia de Honor de esta provincia y...

Benedí interrumpió su discurso al notar el cañón de un revólver sobre su abdomen.

–Con esta autoridad –dijo Silang. Sus soldados de caballería apuntaron a los secuaces de Benedí.

–Coronel...

–Silang, coronel Javier Silang, del ejército del Centro de Luzón.

–Coronel Silang, se halla usted fuera de sus provincias. No tiene usted derecho a...

–Señor Benedí, si sus hombres no arrojan las armas al suelo inmediatamente, mis soldados dispararán. Y yo le abriré un segundo ombligo con mi revólver.

Aquella voz no admitía discusión. Benedí ordenó a sus esbirros que dejaran caer las carabinas.

–Ahora, ¡váyase! ¡Váyase antes de que sea yo quien caiga en la tentación de fusilarlo!

–Coronel Silang, esta traición a la patria filipina llegará a oídos de nuestros superiores –lo amenazó Benedí, mientras se marchaba a pie por un sendero, seguido de sus rufianes. La guarnición de la fortaleza, espectadora pasiva del pulso entre los dos coroneles, lo despidió con gritos burlones. Después de todo, Benedí era un renegado español y Silang un tagalo de pura raza: no había duda de hacia dónde se inclinaban sus simpatías.

–Señores, ¿serán ustedes capaces de mantenerse sobre un caballo? –preguntó Silang a los oficiales españoles.

–Con tal de apartarnos de este lugar, nos atreveríamos a cabalgar sobre el mismísimo demonio –le contestaron. Poco después, escoltados por el escuadrón de caballería, galopaban hacia Batangas.

–Hemos de salir de la provincia de Tayabas lo más pronto posible. El poder de Benedí no alcanza más allá de sus límites –les dijo Silang.

–Ha sido una suerte que apareciera usted y nos salvase –comentó el capitán Orihuela durante un reposo de los

caballos, mientras descansaban antes de ascender al monte Malabarát, frontera entre las dos provincias. Mediano aún no era capaz de articular palabra tras el terrible esfuerzo en las prisiones del río Dago.

–De suerte, nada –replicó Silang–. Su antiguo compañero, el teniente Teófilo Lozoya (ahora capitán de nuestro ejército) procuró mantenerse informado sobre la suerte de ustedes. Apenas supo que se habían evadido y que Benedí salía tras sus huellas, me avisó para que les salvara de las garras de ese renegado.

Como se aproxima la estación de las lluvias, no es probable una ofensiva yanqui, y mi general me concedió permiso para buscarles cuando le expliqué cómo Mediano me había salvado la vida. Tomé un escuadrón de caballería tagala y galopé lo más deprisa que pude: No he llegado ni un segundo demasiado pronto.

–De hecho, llegó unos segundos demasiado tarde –suspiró Orihuela, recordando al valeroso teniente de navío ejecutado–. Pero nada se le puede reprochar a usted. ¿Qué piensa hacer con nosotros?

–Existe en Rosario un campo de prisioneros españoles. Allí serán ustedes internados. La provincia de Batangas se halla bajo el mando del general Malvar, del Ejército Dictatorial del Sur de Luzón, el que tomó Tayabas. Es un hombre honesto. No han de temer que se repita lo de Camarines.

–Perdone usted –repuso Orihuela–, apenas hemos recibido noticias del exterior. ¿Qué sucedió en Camarines?

–¿No lo saben? –se extrañó Silang. Habría preferido no nombrarlo siquiera, tan avergonzado se sentía de sus compatriotas– En el campo de prisioneros de Camarines, los españoles, cansados del largo cautiverio, realizaron un plante, una especie de huelga exigiendo su libertad.

–¡Así se hace! –intervino Roselló, que siempre se mantenía al tanto de cualquier conversación, en especial si se hablaba de huelgas– ¿Y fueron liberados?

–Los guardias los pasaron a cuchillo. Ciento quince españoles inermes fueron troceados por los bolos de sus guardianes.

Roselló y Orihuela quedaron boquiabiertos. Silang decidió proseguir con la conversación, como si la carnicería de Camarines no hubiera existido.

–Pero en Rosario no han de temer nada. Sin embargo, he de pedirles su palabra de honor de que no tratarán de huir.

Se la dieron. Se hallaban tan agotados, que ni siquiera concebían un intento de fuga.

–Tiene nuestra palabra. Pero no entiendo qué espera conseguir el Gobierno filipino reteniéndonos –le dijo Orihuela.

–Yo tampoco –admitió Silang–. Algunos de nuestros generales y políticos creen que, a cambio de los presos españoles, lograrán el reconocimiento diplomático de nuestra independencia y grandes cantidades de dinero para comprar armas; pero dudo mucho de que España se atreva a desafiar a los Estados Unidos. Dejemos de hablar: los caballos ya han descansado lo suficiente. Mientras no vuelva a llover y sigamos caminos principales, iremos más deprisa que sobre carabaos –rió Silang, dirigiéndose a Mediano. Éste, con los ojos aún vidriosos, no le respondió.

Tras alojar a los seis amigos en el campo de prisioneros en Rosario (provincia de Bantangas), Silang partió hacia el frente, donde lo reclamaba su deber. En Rosario se encontraban unos sesenta cautivos, entre soldados y oficiales, bien tratados y alimentados; incluso les proporcionaban quinina para combatir las fiebres. A partir de entonces, sólo habrían de sufrir la languidez del cautiverio; sus huesos volvieron a recubrirse de carne y sanaron sus úlceras y heridas. Pronto volvieron a sentirse tan fuertes como antes; pero a pesar de su apariencia saludable, sus almas no se curaron de la pesadumbre que las embargaba.

Antes de despedirse, Silang le entregó a Martín un precioso regalo: las cartas de amor de su novia María del Pilar, robadas tras la caída de Tayabas. Por un azar, habían llegado

a manos de Lozoya y éste, conocedor de su valor sentimental, se las remitió.

Poco después, los presos españoles consiguieron un ejemplar del “Manila Times”, un nuevo periódico. Así se enteraron del final de la gesta de El Baler y de cómo “Los últimos de Filipinas” habían sido repatriados. El cuatro de junio, con la marcha a la Península del general Ríos, se había dado por terminada la repatriación oficial de prisioneros. Quedaban aún seis mil españoles agonizando bajo los ataques de la malaria y de la melancolía.

–Dios mío, se han olvidado de nosotros. Nos han dejado atrás –repetían desolados aquellos a los que se traducía el artículo del “Manila Times”.

Nadie fue capaz de decir sino “Dios mío, se han olvidado de nosotros”. Cuando se pierde toda esperanza en los hombres, sólo queda invocar a Dios.

PLACERES INUSITADOS

Lucena (Filipinas), 12 de julio de 1899

La lluvia caía interminable desde hacía un mes, como si Dios quisiera borrar los pecados de los hombres con un nuevo Diluvio. La humedad enmohecía las armas y los corazones, inundando de nostalgias los recuerdos. Sólo en el placer hallaban alivio las penas del alma.

Benedí vaciaba, una vez más, una botella de vino. Se preguntaba qué extraña virtud poseía Liao-Mi que lo trastornaba de aquella forma. De entre sus treinta rameras, cautivas por haber cometido el imperdonable delito de amar a un español, sólo Liao-Mi lo seguía atrayendo después de un año de someterla a las mayores humillaciones y sevicias. Las otras ya no eran para él sino un capital valioso que procuraba administrar con prudencia.

Tal vez se debiese a que nunca había logrado quebrarla por completo. Las otras tagalas se habían rendido a su suerte con fatalismo oriental; pero en los ojos de Liao–Mi seguía brillando un destello peligroso, delator de un odio inigualable. Benedí nunca le habría dado la espalda, ni se habría permitido junto a ella un sueño reparador.

Al principio, la había violado obligándola a ceder mediante golpes inmisericordes, hasta que mediante el dolor o la inconsciencia la forzaba a abandonarse. También la había humillado entregándola a sus guardias, permitiéndoles realizar sobre su bello cuerpo las más abyectas perversiones. Ante tales maldades, todas las mujeres caían en un estado de sumisa indiferencia, de pasividad por la suerte que les estaba reservada. Tras un mes o dos de vejaciones y torturas, sus almas acababan rompiéndose en mil pedazos y las lágrimas se les secaban.

Pero no Liao–Mi. Ya no se oponía a la violencia, pues defendiéndose sólo excitaba más a sus verdugos. Se mantenía atrincherada en una principesca altivez y permitía que hiciesen con su cuerpo lo que quisieran, pero sin colaborar nunca con un gesto ni una caricia, y sin permitir que escapasen de su boca gemidos, reproches o súplicas.

Benedí la había atormentado hasta que comprendió que la podía matar o violentar, pero no poseer en lo más íntimo.

Su resistencia lo atraía hasta el punto de obsesionarlo, e

ideó nuevas e ingeniosas maneras para asaltar el alma de Liao–Mi.

La mantuvo en un calabozo maniatada, desnuda y en oscuridad total, sin permitirle oír un sonido ni una palabra. Sólo él se acercaba para alimentarla en la boca, para lavarla, para darle el consuelo de una voz. Al cabo de pocos días, cualquier persona habría confundido a su carcelero con un amigo; a quien la torturaba, con un benefactor. ¡Tan fácilmente un ser despiadado puede engañar al corazón de su víctima!

Liao–Mi resistió. Aceptaba el agua y la comida de la mano de Benedí, porque quería mantenerse viva para su teniente Estadella. Mas sus ojos no dejaron de entrecerrarse en un odio inextinguible, cada vez que su verdugo la iluminaba con una luz; y las sombras no la asustaron, porque se repetía una y otra vez las cartas de amor que un día feliz recibiera, y rememoraba incansable cada uno de los escasos instantes que pasaron juntos, ella y su teniente, en aquella ventana de Tayabas.

Esta mujer inexpugnable venció a su raptor; en vez de ser ella la que cediese, fue Benedí quien se enamoró de su belleza y orgullo. Habría dado la mitad de sus tesoros por un beso, un beso sincero lleno de amor; pero no quería admitir que esto fuera así. Le prometía piedras preciosas, perfumes embriagadores y sedas exquisitas, junto con criadas, mansiones y carrozas tiradas por caballos andaluces, para

tentarla. Sólo para tentarla, se repetía a sí mismo. Hasta le ofreció matrimonio, fuera católico, antig-antig o por ambos ritos, como prefiriera.

Pero los regalos y las galanterías fueron tan rechazados como los golpes y las violaciones. Ella aceptaba las joyas con indiferencia y sin una palabra de agradecimiento. Apenas quedaba sola, aplastaba las esmeraldas y los diamantes, dejándolos reducidos a añicos. Benedí se enfurecía ante las fortunas dilapidadas y volvía a azotarla y a poseerla salvajemente, para luego arrepentirse y llorar en su regazo, jurándole que nunca más le volvería a pegar y rogándole que lo amase, aunque sólo fuera un poco. Le prometió cambiar de vida, llevar juntos una existencia acomodada en el lugar del mundo que ella eligiera, ser su esclavo y satisfacer hasta la más ínfima de sus apetencias.

Todo resultaba inútil ante aquella mujer enloquecida de amor hacia un recuerdo. Benedí, al principio, pensó en traerle la cabeza de Estadella, pero lo retuvo el temor de que Liao-Mi se suicidara: intuía que sólo la esperanza de volver a encontrarlo la mantenía con vida.

Por fin, acabó aceptando que ella nunca claudicaría ante sus ruegos y halagos. El odio se le entremezcló con la pasión. La humillaría, sí, y la obligaría a sentir placer y a suplicarle que la cubriera con su cuerpo.

Decidió convertirla en una prostituta de lujo y entregarla

sólo a algunos ricos y viciosos comerciantes chinos. Si Liao-Mi creía haber experimentado todas las facetas del horror, hubo de convencerse de que todavía le faltaban por sufrir las peores.

Cuando se concretaba una cita con uno de los comerciantes chinos, la visitaban dos criadas javanesas que habían servido en el harem del sultán de Brunei y en algunos refinados prostíbulos de Bandar Seri Begawan. En silencio, la desnudaban, la bañaban, cepillaban sus largos cabellos negros y luego la cubrían con joyas de formas delicadas.

Le colgaban pendientes en los lóbulos de las orejas e introducían los dedos de manos y pies en finos anillos. Un aro atravesaba el tabique de su nariz, para que el cliente pudiese dominarla como a una res a la que se lleva al mata-dero. El collar, finamente trabajado, podía cerrarse como si se tratara de una horca, para estrangularla y aproximarla a la muerte. Dos diminutas pinzas, unidas por una fina cadena, atenazaban sus pezones con una presión que se aproximaba al dolor, sin llegar hasta él. En sus tobillos y muñecas se cerraban ajorcas decoradas con exquisitez, pero con una argolla para atarla. De los labios que cubrían sus partes más femeninas colgaba otro par de cadenitas; al unir las una a la otra por detrás de las caderas, la abrían y desnudaban más allá de la desnudez.

Luego la obligaban a beber un afrodisiaco, la perfumaban y la trasladaban al reducto más secreto y lujoso del burdel.

Allí colgaban sus muñecas de una viga del techo, de forma que apenas llegase a sostenerse con la punta de los pies; y le separaban los tobillos ligándolos a un bastón. Dispuesta y ofrecida, aguardaba la llegada del cliente que había pagado una inmensa cantidad de dinero por conocer un placer poco común.

Aquel comerciante chino había alcanzado la mediana edad, cuando los ricos siguen experimentando deseo, pero necesitan excitaciones extremas para estimular sus sentidos abotargados por el opio y los placeres. Lo cubría una túnica de seda recamada con dragones y aves del paraíso; al sentarse sobre unos cojines permitió que ésta se abriese mostrando un vientre prominente. Llevaba consigo dos guardaespaldas gigantescos, nacidos en Manchuria, que mostraban sus torsos musculosos y portaban alfanjes desenvainados.

Cuando el cliente encendió su aromática pipa de opio y dio su consentimiento con una leve inclinación de cabeza, las dos criadas javanesas comenzaron su trabajo, en el que eran insuperables. Benedí les pagaba una suma enorme, repercutida en las tarifas de los clientes ansiosos por disfrutar de Liao–Mi.

Primero azotaron a la muchacha con unas finas varillas de bejuco, empleando la fuerza precisa para marcarla y despertar un gemido en los labios, pero sin llegar a dañar la piel tersa. Después, cuando la epidermis ardía, tomaron plumas

y la acariciaron, o empaparon finos pinceles de pelo de mar-ta en lociones calmantes y turbadoras, hasta conseguir los mismos suspiros que antes, pero provocados por un gozo que aplacaba el dolor.

Liao-Mi luchaba para cerrar su boca y sus sentidos; pero aquellas criadas eran maestras en cada ramificación nerviosa, en cada punto exquisito de la anatomía, en cada fragmento de piel susceptible de enloquecer con los dos extremos de la percepción.

Se concentraban en sus caderas, por la parte posterior; luego pasaban a la fina piel del abdomen y por último incendiaban la cara interna de los muslos. Liao-Mi se estremecía y trataba de cerrar sus piernas o de escapar ante aquellas caricias odiosas; pero las javanesas sabían muy bien que cuanto más huyese del placer, con más intensidad se apoderaría de ella.

El comerciante chino fumaba su pipa de opio y contemplaba el tormento de Liao-Mi con miradas depravadas, mientras otra experta prostituta lo excitaba lenta, morosamente, con el ritmo pausado de la adormidera. No había prisa.

Liao-Mi no sabía si mantener los ojos abiertos o cerrados. Si los cerraba, las sensaciones que le provocaban las dos mujeres se convertían en únicas e irresistibles; si los abría, veía a través del humo las selectas evoluciones de la

prostituta sobre el comerciante chino y, como dos estatuas, a los musculosos manchúes, aparentemente inmóviles pero sin poder disimular su excitación ante el espectáculo que ella les ofrecía.

Cuando las javanasas estuvieron seguras de haber despertado la piel de Liao–Mi, dejaron los bejucos y la acariciaron con distintos instrumentos, uno para cada parte del cuerpo. Para el vientre, metal romo y frío, que la estremeciese. Para las orejas, plumas de cisne. Para la espalda, cuchillos que, sin cortar, arañasen. Para la flexura de las rodillas y de los codos, pinceles de pelo de castor almizclado. Para los labios, una loción de clavo que los entreabría con fragancias y hormigueos anestésicos. Para los hombros, gotas de cera ardiendo. Para las nalgas, finas agujas de acupuntura que estimulasen hasta la última onza de su energía erótica. Para el largo cabello de Liao–Mi, cepillos de caoba entremezclados con dedos cuidadosos que masajearan el cuero cabelludo. Para los pezones, anillos de oro que los oprimiesen. Para el cuello, ningún instrumento podía igualar a unos dientes que mordisqueaban con distintas cadencias e intensidades. De vez en cuando, arañaban la parte interna de los muslos con uñas de plata, de arriba hacia abajo, pero cada vez un poco más arriba y un poco menos abajo.

Benedí contemplaba el involuntario placer de su víctima a través de una mirilla secreta que le permitía observar sin ser

visto. Él se estremecía con cada estremecimiento de Liao-Mi, y gozaba con cada placer, y sonreía con cada gemido, sin importarle qué lo provocaba.

Cuando al cabo de mucho, mucho tiempo, las dos criadas javanasas consideraron que Liao-Mi se hallaba preparada, le abrieron con las cadenillas los velos que una naturaleza pudorosa ha proporcionado a las mujeres. Entonces, sin que Liao-Mi pudiese hacer nada por impedirlo, la acariciaron con otros instrumentos demoniacos.

La abanicaban con paipáis de palma, le frotaban con pequeños cojines de pluma de ganso o deslizaban brochas de cien formas y texturas, cada una adaptada a un pequeño rincón de la intimidad. Con suaves esponjas del índico, la bañaban con agua aromatizada, cálida como el infierno que despertaba. También susurraban canciones a poca distancia de sus recovecos, para que sintiese el aliento deslizarse por las oquedades. Incluso utilizaban a veces sus manos para aplicarle una pomada suave y tibia, preparada con plantas secretas y ardientes.

Después, al comprobar que el interior de la muchacha se contraía en espasmos invencibles, una de las javanasas le abrió su parte posterior y también la excitó hasta el paroxismo, mientras la otra continuaba sin abandonar su presa.

En su arte no olvidaban al cliente, obligando a Liao-Mi a que se girase y mostrara las partes que le ardían; además,

sabían muy bien que la sensación de ser contemplada excitaría aún más a su víctima.

Las dos javanasas se consultaron con la mirada y se mostraron de acuerdo en que había llegado el momento de utilizar los olisbos. Tomaron unos estuches finamente adornados y los mostraron al mercader. Había olisbos de todos los tamaños, materiales y formas: de marfil tallado con finísimas filigranas que describían escenas de perversión increíble, de metal frío con fundas de seda, de caucho con suaves y flexibles rugosidades, rellenos de agua para que al moverse despertaran sensaciones inasibles, con perdigones en el interior de manera que vibrasen en las entrañas, con una protuberancia que golpease el placer cuando se introdujera... El comerciante chino eligió dos de ellos, con una sonrisa. Cuáles eran no quiso saberlo una jadeante Liao-Mi, que se negó a mirar. Esto no preocupó a las mujeres, pues ellas se encargarían de que muy pronto los experimentase.

Lubricándolos con una crema untuosa, se los introdujeron despacio. Muy despacio. Mientras una de ellas se los sujetaba, la otra comenzó a azotar a Liao-Mi con fuerza, para obligarla a moverse y a contraerse. Trató de resistir, pero su cuerpo la traicionó y se agitó contra los olisbos como le habría gustado agitarse contra su amado teniente. Gritó, no sabía si de dolor o de placer. La criada que la azotaba también tiraba de la cadenilla que unía sus pezones,

forzándola a bailar una danza sensual que rompía sus entrañas y su entendimiento.

El látigo cayó al suelo y la javanesa, situada a su espalda, apresó los pechos tumbidos y turgentes de Liao-Mi con ambas manos, oprimiéndoselos. Al mismo tiempo, se había colocado en la boca unos colmillos de oro con los que mordió la nuca de su víctima, haciendo resbalar por la espalda pequeñas gotitas de sangre y terribles destellos de placer. Como si tuviesen vida propia, las caderas de Liao-Mi se estremecieron contra los olisbos que la otra mujer sostenía.

Cuando temblaba en un orgasmo incontenible, sus torturadoras interrumpieron las manipulaciones, la descolgaron y, sin desatar sus pies separados por un bastón, la arrastraron hasta el comerciante. La prostituta que lo había entretenido se ausentó, y las javanesas introdujeron el miembro en la trémula boca de Liao-Mi. Volvieron a obligarla a experimentar el máximo placer mediante los olisbos y la presión sobre sus pechos, mientras el comerciante chino derramaba en su boca el líquido de la vida, que Liao-Mi no fije capaz de escupir.

Las mujeres se inclinaron en una reverencia, cumplido su trabajo, y se marcharon. En cuanto salieron, el comerciante chino concedió permiso a sus fornidos guardaespaldas, que habían contemplado el tormento de Liao-Mi, y se abalanzaron sobre ella. No entendían de sutilezas tales como joyas de oro, plata o bronce; sólo sabían que ante

ellos se ofrecía el cuerpo abierto, tembloroso e indefenso de una muchacha, y estaban dispuestos a aprovecharse con toda la brutalidad que les pluguiese. Se apoderaron de ella y la violentaron repetidas veces con ansia no contenida. Liao-Mi ya conocía lo que era ser violada por salvajes insensibles, lo había experimentado muchas veces a lo largo de aquel último año de terror. Pero siempre había conseguido dominarse, nunca su piel y su vientre habían sido sensibilizados tan metódica y sabiamente. Ahora, además de la repugnancia que experimentaba, se veía humillada por el ardor de su cuerpo, que la obligaba a gozar en contra de su voluntad, a estremecerse e incluso, tal vez, a suplicar que continuasen.

Por fin satisfechos sus guardaespaldas, el comerciante chino concedió a Liao-Mi unas palmadas en la cabeza, como si de un animalillo domesticado se tratara, y se marchó. La infeliz joven comenzó a llorar, invadida por la desdicha.

Había traicionado a su teniente español. No, no le había traicionado, sólo había sido derrotada por un enemigo más fuerte y experto que ella. También en Tayabas los soldados de la guarnición habían sido vencidos por los miles de tagalos que los cercaban, se recordó. Pensó en suicidarse, pues sintió su cuerpo sucio e indigno de Estadella.

Aturdida y exhausta, vio que Benedí se acercaba con una sonrisa que desbordaba lubricidad, y comprendió que la pesadilla todavía se hallaba en su inicio. Antes de perder de

nuevo el dominio de sí misma bajo los embates del odiado Benedí, juró ante las divinidades infernales que algún día mataría a aquellas dos odiosas mujeres javanesas, por lo que la habían obligado a gozar.

¡POR DIOS, NO SOY UN CURA!

Rosario (Filipinas), 19 de septiembre de 1899
Campo de prisioneros españoles

El tiempo transcurría eterno. Cada día se dibujaba igual al anterior durante aquella estación lluviosa. Los prisioneros permanecían encerrados en sus cabañas, sin poder salir de ellas por las precipitaciones torrenciales que caían día y noche. La comida monótona, aunque sana y abundante, se conjugaba para crear en las almas la sensación de hastío. Sin sol ni esperanza, languidecían en su prisión, perdido incluso el consuelo de trazar planes de fuga, pues se hallaban atados por la palabra de honor dada al coronel Silang.

La barba de Mediano, roja como el fuego, iba creciendo cada vez más, dándole aspecto de náufrago o de fraile capuchino. Había jurado que no se la cortaría hasta alcanzar la libertad y mantendría su palabra por encima de todo.

Desde la celda del río Dago, algo se había roto en el alma del gigante pelirrojo. El esfuerzo sobrehumano que había realizado para salvar a sus compañeros, junto con su fusilamiento posterior, interrumpido en el último instante, lo habían dejado exhausto, agotado. Era incapaz de nada sino de jugar con tristemente con su monito, tumbado en el jergón, sin aprovechar los escasos lapsos entre lluvias para salir y pasear.

Sus amigos, Roselló, Martín, Orihuela y Gómez no sabían qué hacer para sacarlo de su melancolía. No creía en la posibilidad de reunirse con Josefina, igual que Estadella desesperaba de encontrar a Liao-Mi. Ni siquiera el coronel Silang había podido dar esperanza alguna a Estadella: Liao-Mi era una traidora a su raza y a su patria, y se encontraba en Tayabas, una provincia fuera de su alcance.

Un amanecer, llegó la muerte hasta su cabaña. Repentina, inesperada, absurda, como siempre nos alcanza la muerte. Los guardianes habían estado bebiendo toda la noche, pues a ellos también se les contagiaba el tedio y el sopor; y tras varias botellas recordaron las ignominias y abusos sufridos a manos de ciertos frailes españoles. Circulaba sangre y alcohol por sus venas, y se inflamaron sus deseos de venganza. En una de las cabañas se alojaba un prisionero que llevaba una barba enorme, de fraile. Tenía que ser un cura disfrazado de soldado español para escapar a la justa venganza del pueblo filipino. Pero ese fraile disoluto no

había contado con que ellos se darían cuenta de su disfraz. Lo fusilarían.

Irrumpieron en la cabaña profiriendo gritos de borracho y golpeando a todos con las culatas de sus rifles. Los asombrados españoles, arrancados del sueño, no comprendían lo que pasaba hasta que Roselló, que hablaba muy bien el tagalo, descifró sus frases casi ininteligibles.

–¿Un cura? ¡Qué va a ser el teniente Mediano un cura! –les gritó. Los guardias, furiosos por su impertinencia, le pegaron con un rifle y lo dejaron inconsciente. Apuntaron a los demás oficiales, amenazándolos con disparar. Incluso el monito fue alejado a patadas y tuvo que refugiarse trepando al techo.

Arrastraron a Mediano hacia las afueras del poblado, sin que protestara ni opusiera resistencia. ¡Qué más daba! Si había de morir en Filipinas, que fuese pronto; si la muerte constituía la única liberación para su cautiverio, sería bienvenida.

Contra la pared, Mediano aguardó serenamente a que preparasen sus armas aquellos borrachos que iban a fusilarlo por ser un cura. ¡Qué final tan estúpido para los sueños de gloria que amasara desde niño, cuando veía a su hermano mayor regresar a casa cubierto de polvo, cicatrices y condecoraciones!

Recordó a su familia y se dio cuenta de que sus captores lo habían arrancado del jergón sin siquiera darle oportunidad de entregar a sus compañeros el anillo de familia y la alianza, para que los hicieran llegar hasta sus hijos y su esposa. Abrió un pequeño y disimulado bolsillo de su pantalón, donde escondía los dos anillos, y se los colocó en el dedo anular.

Se llevó la mano a la boca y los besó con un beso de despedida eterna:

–Adiós, esposa mía, la más querida entre las mujeres. Adiós, padres que me entregasteis este anillo familiar para que lo llevase con honor. Adiós, hijos que abandoné lejos y a los que nunca podré entregar esta única herencia.

Miró entonces a quienes le iban a ejecutar. De cara, que supieran cómo muere un valiente. Pero el oficial tagalo, en vez de ordenar que sus hombres disparasen, miraba el dedo y los anillos. Al principio, Mediano pensó que quería robárselos y se dispuso a pelear hasta el fin, manos desnudas contra rifles con bayonetas: se los arrancarían a su cadáver, pero mientras alentase su espíritu y latiese su corazón, no entregaría aquellos anillos que lo unían al amor y a las generaciones pasadas y futuras.

–¿Tú casado? ¿Tú alianza? ¿Tú no fraile? –le preguntó el oficial filipino en chabacano. El chabacano era un español degenerado y simple que hablaban los filipinos de clase

baja. Los oficiales españoles, por extensión, llamaban “chabacano” a todo lo burdo o primitivo.

Mediano quiso lanzar un torrente de improperios en tagalo; pero no le alcanzó el resuello. Dándose cuenta de que había salvado la vida gracias al romántico gesto de colocarse la alianza, se arrodilló abrazándose a aquel anillo de oro como si fuese una mujer.

–Gracias, Josefina. Te quiero más que a nada –le dijo entre sollozos a aquella esposa fantasmal que lo había protegido desde el otro extremo del mundo. Por primera vez desde que se conocían, Mariano la tuteó; y el espíritu de su mujer no sintió en eso ningún desprecio, sino una muestra de cariño.

Los tagalos bajaron los rifles y, súbitamente sobrios, volvieron a sus cuarteles sin poder soportar el espectáculo de un hombretón barbudo y colérico que hablaba a sus anillos, pronunciando palabras incomprensibles en el tono universal del amor.

Era la tercera vez que Mariano Mediano Vilas, nacido en Peralta de la Sal, provincia de Huesca, se encontraba ante un pelotón de fusilamiento. Y por tercera vez, milagrosamente, había salvado la vida.

Mediano sintió renacer la esperanza, pues el ángel de su esposa lo protegía atravesando mares y continentes, y supo

que, custodiado por su amor, regresaría para educar a sus dos hijos y engendrar más, por lo menos tres más. Incluso tal vez intuyera que uno de sus descendientes, pasados cien años de silencio, relataría al mundo la verdad escondida, los hechos terribles y las conspiraciones secretas sucedidos en Filipinas, donde el amor y la traición se entrelazaron con la muerte, la guerra y la desmemoria.

ENTRE PIRATAS

Lucena (Filipinas)

Medianoche del 14 de octubre de 1899

Treinta mujeres, con grilletes en los pies, subieron al prao, tradicional navío pirata del sudeste asiático. Iban vigilándolas las dos javanesas y siete u ocho rufianes de Benedí, los de más confianza. Portaban pesados cofres cargados con oro, joyas y distintos tipos de monedas, el beneficio de dos años de corrupción y traiciones. Benedí, en persona, llevaba un par de sacas con banderas filipinas pintadas en su exterior: los fondos del Ejército Dictatorial en la provincia de Tayabas, robados en el último momento.

No podía demorar más la partida. A pesar de los cuantiosos sobornos distribuidos entre altas instancias, el clamor producido por sus bellaquerías amenazaba con arrastrarlo a un juicio sumario que sólo podía terminar en su ejecución.

Además, con el final de la temporada de lluvias era previsible una nueva ofensiva del ejército norteamericano, y Benedí no se hacía muchas ilusiones sobre la capacidad de resistencia de la agonizante República Filipina.

El prao se deslizó por la tranquila corriente de los ríos Iyam y Dumacao, hasta alcanzar el mar con la marea favorable. Los vigilantes del puerto, bien pagados por Benedí, no se apercebieron de nada.

–Rumbo a Singapur y a la opulencia –se dijo el antiguo teniente español. Allí vendería sus prostitutas a algún proxeneta chino y luego, convertido en un respetable hombre de negocios portugués, marcharía a Europa. Casado con Liao–Mi, por supuesto, a no ser que ésta prefiriese extinguirse poco a poco en los burdeles de Kuala Lumpur.

Al amanecer, el prao atravesaba el estrecho de la isla Verde, entre Batangas y la isla de Mindoro, con buen viento. Ante su amenazadora presencia, se apartaban los barcos con los que se cruzaba: los pesados juncos con proas cuadradas pertenecientes a comerciantes y contrabandistas chinos; los basnig, pequeños pesqueros semejantes a los drakkar normandos; y los salambaos, pesqueros de altura. Un karakao pirata, sin velas, se aproximó impulsado por sus remos, pero al comprobar el número y la catadura de la tripulación del prao, comprendió que constituía una presa demasiado peligrosa. Ya sólo faltaba cruzar el paso de Calavite y el mar de la China Meridional se abriría ante

Benedí. Entonces, el capitán lanzó un juramento y señaló otros tres praos que acababan de salir tras un promontorio de las islas Lubang, navegando hacia su estela: piratas joloanos.

Benedí los contempló preocupado a través de la suave luminosidad del amanecer, mientras la tripulación instalaba en cubierta unas lantacas escondidas hasta entonces en los piques de proa y popa. ¡Piratas joloanos! Sin duda, se habían enterado en Lucena de sus planes de luga y de su tesoro, y lo habían esperado a la salida del estrecho. Los espías de los piratas, siempre a la búsqueda de cargas valiosas, infestaban los puertos del archipiélago.

Su prao no podía decirse que estuviese indefenso: bajo la apariencia de un pacífico carguero de arroz, escondía cinco culebrinas y una decena de mortíferas lantacas, los primitivos cañones preferidos por los piratas malayos. Porque su tripulación también era pirata: malayos acostumbrados a asesinar a quienes se aventurasen por el estrecho de Malaca o las costas de Sarawak. Benedí los había preferido a los joloanos, siempre proclives a una traición.

Eran tres contra uno. La lucha sería sangrienta, kriss malayo contra kampilán joloano; pero sólo podía terminar con la derrota y muerte de Benedí. Lo que sucedería a las mujeres si caían en manos de los piratas joloanos es demasiado ominoso para imaginarlo.

–¡Rumbo a Corregidor! –ordenó el capitán malayo. Aquélla era su única oportunidad de escapar. Benedí aprobó la maniobra: siempre era mejor huir que luchar en desventaja.

El timonel, siguiendo instrucciones de su capitán, empujó el doble remo que servía de timón. Viraron a estribor y, desde un largo, pasaron a navegar en bolina. Las escotas se tensaron contra el viento y los palos parecieron doblarse bajo el peso de las velas, mientras el barco escoraba hasta que la regala casi rozó la superficie del mar. El prao buscó desesperadamente la entrada del golfo de Manila. No importaban los pantocazos que resonaban en el casco y hacían crujir las cuadernas: debían escapar si querían seguir vivos.

En la sentina, las prisioneras experimentaron el brusco cambio de rumbo. Las olas, que hasta entonces habían mecido el barco entrando por el través de estribor, pasaron a chocar contra él por la amura de babor. Muchas mujeres empezaron a vomitar, mareadas por la fetidez de la sentina y el violento agitarse del navío. Liao–Mi se preguntó qué sucedía arriba, pues escuchaba el correr de pies descalzos por la cubierta del prao y sentía la vibración producida por el arrastre de las lantacas hacia disimuladas poternas.

Los tres praos dieron caza al barco de Benedí, cortándole el paso hacia mar abierto. Éste los veía acercarse por la aleta de babor. Sin embargo, antes de que los praos consiguieran

abordarlo, Benedí llegó a la vista de la fortaleza situada en el islote de Corregidor, ahora en poder de los estadounidenses. Prudentes ante las baterías costeras, los piratas joloanos cambiaron de rumbo y regresaron hacia las islas Lubang. Con un suspiro de alivio, el capitán malayo ordenó a su tripulación que escondiera las armas bajo cubierta, para volver a convertirse en un inofensivo carguero de arroz.

Desembarcaron en Cavite, la única posibilidad que les quedaba. Manila resultaba demasiado peligrosa y los piratas joloanos los aguardaban en el mar. El dinero de Benedí solucionó cualquier objeción por parte de las autoridades estadounidenses y le procuró un edificio colonial de las afueras que, con algunas pequeñas reformas, podría transformarse en un burdel.

Benedí tendría que cambiar de planes, obligado por las circunstancias. Esperaría en Cavite el fin de la guerra e iría blanqueando su fortuna mediante negocios respetables, convirtiéndola en dólares americanos. En diez o doce meses, tomaría un vapor hacia Europa, mientras su dinero viajaba por seguras transferencias bancarias. Mientras tanto, continuaría enriqueciéndose a través de la prostitución, sin despreciar el tráfico de opio y, sobre todo, de municiones, que la República Filipina estaba dispuesta a comprar por cantidades exorbitantes.

Cuando Liao–Mi supo que continuaban en Filipinas, sintió

renacer la esperanza y la rebelión. Sin duda, las autoridades estadounidenses no permitirían que se mantuviese a unas mujeres en tan vergonzosa esclavitud. Con infinita paciencia, estimuló una callada rebeldía entre las demás prostitutas, para que siguieran el plan que ella había trazado.

Por las noches, fueron aprendiendo de los clientes yanquis las palabras que serían necesarias para denunciar su situación. Por las mañanas, cuando el burdel dormía, se intercambiaban cada palabra, cada expresión, atesoradas como armas con las que luchar por su libertad.

Un mes después del forzado desembarco en Cavite, cada una de las treinta mujeres era capaz de repetir en inglés algunas frases que resumían lo desesperado de su suerte. Liao-Mi decidió que había llegado el momento de actuar. Ella se encontraba demasiado vigilada; pero nadie echaría en falta a Hiwasayan, una tagala pequeña y tímida, que parecía no existir.

Mientras las demás distraían a los guardianes, Hiwasayan se descolgó con una sábana por una de las ventanas del segundo piso, que no tenía rejas. Una vez en la calle, preguntó a los transeúntes por el cuartel de los yanquis, corrió hasta él y en su inglés tambaleante solicitó hablar con el oficial que estuviera al mando. Se negó a contar nada a los subalternos que la atendían.

Cuando el comandante la admitió en su despacho, la mujer le narró sus desventuras y solicitó su protección, para ella y sus compañeras. El comandante la interrogó sobre el número de los esbirros de Benedí, sobre las riquezas que se guardaban en aquella casa y sobre cómo se habían obtenido. Aunque a veces hubo de repetir sus preguntas para que Hiwasayan las comprendiese, por fin se formó una idea clara de cómo actuaba el que todos conocían por Francesco da Oliveira.

Al mando de un pelotón con las bayonetas caladas, se dirigió hacia el burdel. Una vez que los soldados lo rodearon para que nadie pudiera escapar, el comandante entró en el vestíbulo, acompañado por Hiwasayan. En la entrevista que mantuvo con Benedí, hizo saber al español que estaba al tanto de todos sus asuntos y que iba detenerlo de inmediato. Aunque tal vez si...

Al cabo de una hora, llegaron a un acuerdo sobre la participación que el comandante estadounidense tendría en los negocios de Benedí a partir de entonces. El norteamericano salió del burdel muy satisfecho con los beneficios de aquella jornada. Pero una traicionada y aterrorizada Hiwasayan quedó en manos de Benedí, para que hiciera con ella lo que prefiriese.

Por la noche, el prostíbulo permaneció cerrado. Ni siquiera los mejores clientes pudieron acceder a él.

Hiwasayan fue torturada ante sus compañeras de infortunio. Las dos mujeres javanesas demostraron que conocían tan bien los resortes del dolor como antes habían demostrado dominar los del placer, y provocaron los aullidos de su víctima hasta la madrugada, cuando Benedí mandó que la matasen y arrojaran su cadáver a la bahía de Cavite, atado a un peso.

Las demás prisioneras quedaron estremecidas y rotas. Lo que habían visto durante aquella horrible noche, segó hasta la menor brizna de rebeldía. No volverían a soñar con la libertad: el terror las había paralizado. Sólo Liao–Mi cerraba los puños con rabia, jurando matar a sus secuestradores; las demás únicamente sabían que no querían sufrir lo mismo que Hiwasayan. Había sido una locura intentar sublevarse: eran mujeres sometidas.

Benedí arrastró a Liao–Mi hasta su habitación, la encadenó por el cuello a los barrotes de la cama –de donde nunca más la soltaría–, le arrancó los vestidos y, aún excitado por los estremecimientos del cuerpo de la muchacha torturada, la golpeó y violó salvajemente. Ahora sin ningún refinamiento: era suya y la poseía cómo y cuándo quería. Sospechaba que aquella rebelión había nacido en el alma indómita de Liao–Mi, pero bastaría con mantenerla encadenada y no permitirle ninguna comunicación con sus compañeras. Benedí no quería verse obligado a matarla. No, sólo deseaba que ella le dijera que lo amaba para siempre.

Bajo los asaltos y golpes de su secuestrador, una silenciosa Liao-Mi invocaba a sus dioses ancestrales y les juraba, una vez más, que algún día se vengaría. No sabía cómo, ya había perdido toda esperanza de salvación, pero algún día se vengaría.

LA CABALLERÍA EN ROSARIO

Lipa (Filipinas), 13 de enero de 1900

Campo de prisioneros

La nochebuena y la nochevieja del año 1899 fueron tristes, muy tristes para los prisioneros españoles. Era la segunda nochebuena lejos de sus familias después de ser apresados por los filipinos; dos nochebuenas sin noticia alguna. Y muchos de estos soldados, antes de caer prisioneros, llevaban ya uno, dos o tres años luchando en Filipinas, sólo conectados a los seres queridos por el frágil lazo de cartas esporádicas incapaces de contener sino una pizca del amor y las lágrimas derramadas en los recuerdos.

Aunque no lo sabían de seguro, los cautivos intuían que el Gobierno español había abandonado las negociaciones para liberarlos. Habían sido tachados de las listas de la memoria oficial, ansiosa por apartarse de una derrota muy poco heroica.

¿Qué esperaban? Nada. Morir sin ocasionar molestias a las instancias superiores, que querían ir desmantelando retazos de semblanzas extraviándolos en la jungla. Y la jungla guardaba su secreto: las sepulturas españolas se cubrían rápidamente de vegetación. A los pocos meses, de aquellas tumbas apresuradamente cavadas no quedaban sino árboles y plantas extrañas y exóticas que en nada se parecían a los pinos, robles y encinares de la amada y desagradecida España.

A primeros del mes de enero de 1900, se escucharon truenos en el horizonte.

–¿Truenos? ¡Ca! Eso son disparos de cañones pesados –afirmó un oficial de artillería. Inmediatamente, en el campo de prisioneros de Lipa estalló una ebullición de rumores:

–Serán cruceros yanquis que bombardean la costa...

–¿Y si es el frente de batalla? ¿Pueden haber llegado los americanos hasta aquí?

Nadie sabía lo que había de cierto en una u otra hipótesis–, la proximidad de los estadounidenses se vio confirmada cuando los tagalos entregaron picos y palas a los cautivos, y los obligaron a cavar trincheras.

Cada vez se escuchaban más cerca los cañonazos y

aumentaba el nerviosismo de los guardianes, que por cualquier motivo banal golpeaban a los prisioneros.

El día trece de enero, estalló la primera granada en Lipa, haciendo añicos una cabaña y obligando a todos a buscar refugio. Los siguientes proyectiles no se hicieron esperar: la ciudad entera, compuesta en su mayoría de cabañas de ñipa y bambú, comenzó a arder. En las afueras, agazapados en cualquier hueco disponible, los españoles se admiraban de la cantidad, cadencia y calibre de los proyectiles que caían por todas partes.

–¡Esto es artillería y lo demás son cuentos!

–¡Vaya pepinos mandan los yanquis! Me parece que los tagalos no van a resistir mucho.

En efecto, la moral y las defensas de los filipinos se desmoronaban ante el feroz bombardeo al que se veían sometidas. Del frente llegaban regimientos de patriotas arrastrando tras de sí un reguero de heridos y mutilados. Muchas unidades parecían correr a la desbandada; todos miraban hacia atrás con el miedo reflejado en los ojos: contra aquellos cañones no servía de nada el valor. Destrozaban a los soldados antes de que pudieran disparar los fusiles que empuñaban, arrasaban en segundos trincheras excavadas durante días y destruían fortificaciones en apariencia inexpugnables.

Del orgulloso Ejército del Sur de Luzón, que un día conquistase Tayabas, sólo quedaban en condiciones de luchar unos mil hombres al mando del general Miguel Malvar, que se negaba a aceptar la derrota. Los demás habían sido muertos o dispersados por las granadas. No podrían contener a los dos mil soldados del Treinta y ocho de Voluntarios de los Estados Unidos, al mando del coronel Anderson, que se estaban preparando para asaltar la ciudad.

Al mediodía, tras un intenso bombardeo y un posterior asalto del Treinta y ocho, se desintegraron los últimos restos del ejército filipino, que huyeron hacia Rosario. Los norteamericanos encontraron Lipa desierta, a excepción de ciento cincuenta prisioneros españoles.

El coronel Anderson se entrevistó con el jefe de los españoles, el teniente coronel Naval. Éste le suplicó que enviase una columna hacia Rosario, donde se encontraba el último campo de prisioneros que quedaba en Filipinas.

Anderson se negó. Sus órdenes eran terminantes: dirigirse hacia el sur, hacia la ciudad de Batangas, capital de la provincia del mismo nombre. Si en el camino liberaba españoles, los trataría bien y los enviaría a Manila; pero no pensaba desviarse ni una pulgada de su misión por salvar a ningún extranjero.

Naval, mediante un intérprete, apeló al honor militar, a la solidaridad entre oficiales civilizados, a la compasión de

Anderson y al tratado de Ginebra. Todo fue inútil. Rosario se encontraba en medio de una zona pantanosa sin ningún valor estratégico y Anderson prefería conquistar Batangas.

El español, abatido, se retiró y comunicó a los otros oficiales el fracaso de sus gestiones.

–¿Ha probado a mentir? –le preguntó Roselló.

–¿Mentir? –se indignó Naval– ¡Soy un oficial español! Además, usted es un soldado y no debe estar presente cuando delibera el mando. ¡Vaya a su alojamiento y aguarde órdenes!

Roselló se encogió de hombros y no obedeció, como era su costumbre cuando le mandaban algo estúpido. El coronel lamentó no poder fusilarlo o, al menos, encerrarlo en un calabozo. Gritó la orden aún más fuerte, pero aquel maldito anarquista no pareció impresionarse. Había llegado a Lipa hacía una semana, huyendo desde Rosario; y ojalá no hubiese aparecido nunca. Este soldado insolente y atrevido constituía una tortura para cualquier militar de carrera; parecía surgido de una pesadilla.

Diez días antes, en Rosario, los oficiales prisioneros deliberaban sobre la situación creada por las victorias estadounidenses, que conocían gracias al diario Columnas Volantes.

Estudiando un mapa que dibujaron sobre el suelo, dedujeron que las tropas norteamericanas se apoderarían de Lipa, pero no llegarían hasta Rosario.

–¿Y si nos fugamos los sesenta? –sugirió Roselló. Los oficiales de Rosario ya hacía mucho que habían renunciado a apartarlo de sus reuniones. Lo aceptaban como a las moscas, los mosquitos o los piojos: un mal inevitable.

–¡Hemos dado nuestra palabra de honor de que no escaparíamos! –le respondieron, y siguieron examinando posibilidades. Decidieron enviar una carta a Lipa, suplicando al comandante estadounidense que los rescatara. ¿Quién la llevaría? Todos los oficiales habían prometido no huir.

–Yo lo haré –se ofreció Roselló. Él también había dado su palabra de no escapar, pero estaba más que dispuesto a incumplirla.

Los oficiales de Rosario lo contemplaron llenos de dudas. Su capacidad diplomática y su educación eran discutibles; pero por otro lado habían de admitir que, a pesar de ser un anarquista insoportable, poseía valor e ingenio.

El capitán Orihuela y los tenientes Mediano, Estadella, Martín y Gómez lo apoyaron. Roselló dominaba el tagalo y varias lenguas salvajes: si alguien podía llegar a Lipa, era él. Vencieron las reticencias de los demás oficiales, y se le entregó una carta cuidadosamente redactada, en la que

describían su cautiverio, se invocaba el tratado de París y se terminaba apelando a los sentimientos cristianos y civilizados.

Al día siguiente, Roselló se fugó. Apenas había caminado unas leguas, abrió la carta, la leyó y se echó a reír. Aquellos militares no sabían en qué mundo vivían. Tendrían que haber participado en algunas huelgas para saber cómo se negociaba. Se bajó los pantalones, se agachó y utilizó la carta para limpiarse, entre suspiros de placer: desde hacía mucho tiempo sólo usaba piedras u hojas de platanera.

Una vez en Lipa, se mezcló con los otros prisioneros. En medio del desorden producido por la proximidad de las tropas norteamericanas, pasó desapercibido para los guardianes.

Ahora, ya conquistada Lipa por los americanos, Roselló tenía el atrevimiento de sugerir al teniente coronel Naval que mintiese, como si no poseyera honor y decencia. El teniente coronel enrojeció ofendido. El anarquista se encogió de hombros y se llevó del brazo al intérprete, un soldado andaluz nacido cerca de Gibraltar.

–Ven conmigo y traduce al yanqui lo que voy a decirte. Y no hagas ni caso a esos idiotas con estrellas.

Los oficiales quedaron tan atónitos por el atrevimiento de Roselló, que no fueron capaces de detenerlo.

–¡Espere! ¡Alto! ¡Es una orden! –gritaron, cuando por fin lograron reaccionar. Pero Roselló fingió no oírles.

Unos minutos después, Roselló montaba en un caballo para guiar hasta Rosario a una columna de caballería norteamericana, bajo el mando de los coroneles Bullard y Anderson.

Al pasar al lado del doblemente estupefacto Naval, éste detuvo el caballo del anarquista tomándolo por las riendas.

–¿Qué les ha dicho usted? –le preguntó el teniente coronel.

–Que en Rosario, junto con sesenta prisioneros españoles, se encuentran cinco prisioneros yanquis –respondió Roselló.

–¿Es eso cierto?

–¡Qué va! Pero ha dado resultado. Ustedes los militares son de lo más predecible, vistan el uniforme que vistan. Basta decir compatriota, bandera, honor o alguna otra majadería, para que agachen la cabeza y embistan como toros a un capote.

Roselló partió al frente de la caballería norteamericana, mientras un perplejo teniente coronel Naval, incapaz de réplica alguna, permanecía en pie sin siquiera tratar de apartarse del polvo levantado por los caballos.

El coronel Silang, al mando de los restos de un regimiento del Ejército Dictatorial Filipino, descansaba en Rosario, a la sombra de una choza. Iba herido en un brazo, su rostro se hallaba tiznado de hollín por los incendios y manchado de polvo por las granadas, varios cortes afeaban sus antes hermosas facciones y su uniforme se había desgarrado hasta haberse convertido en harapos mugrientos. El coronel apenas mantenía el control sobre los supervivientes de su unidad, desmoralizados por las explosiones y las derrotas: aquel regimiento había pertenecido al Ejército del Centro de Luzón y, cuando éste se desintegró, había luchado junto al Ejército del Sur. Silang no podía guardar en la memoria tanta muerte.

–Señores –ordenó a los españoles–, tomen sus enseres y caminen hacia la jungla. Allí los alojaremos en un nuevo campo que prepararemos tan pronto sea posible, hiera del alcance de los yanquis.

–Coronel, no nos moveremos de aquí –replicó Mediano, comisionado por los oficiales españoles debido a su amistad con Silang. En los ojos del desesperado coronel destelló una amenaza peligrosa y asesina. Por un instante, sobre Rosario planeó el fantasma de la matanza de Camarines. Un militar difícilmente tolera que se desobedezcan sus órdenes, aunque la rebelión provenga de un amigo que en otro tiempo le salvase la vida, haciéndolo pasar por bandolero.

–Coronel Silang, ¿qué beneficios proporcionamos a la

República Filipina? –preguntó Mediano– ¿Acaso cree que, después de tantos meses, el Gobierno español pagará siquiera una perra gorda por nosotros? ¿O los americanos acallarán sus cañones si saben que estamos aquí?

–Se lo ruego, coronel –continuó Mediano, rebañando hasta el último recurso de su elocuencia–, no le pediría que nos dejase libres si creyese que con ello perjudica en algo a su Patria.

También soy oficial y soldado, y nunca le pediría que traicionase su honor. Pero para ustedes sólo somos un estorbo: déjenos regresar junto a nuestras esposas, nuestros hijos, nuestros padres, que desde hace más de año y medio no tienen noticias nuestras. O si no, mátenos: la vida del cautiverio nos resulta tan insoportable, que preferimos morir.

El coronel Silang pareció dudar un momento si ordenar la muerte de aquellos orgullosos españoles que desafiaban su autoridad. Luego, se mostró fatigado por tanta sangre y tanta guerra:

–Señores, son ustedes libres –accedió, por fin–. Tiene razón, Mediano, es estúpido seguir manteniéndolos prisioneros.

–¡Gracias, coronel Silang, gracias! –exclamó Mediano, tratando de contener las lágrimas que pugnaban por

escapársele. ¡Iban a regresar! ¡Regresar!– Vaya usted con Dios y con nuestras bendiciones, y déle recuerdos a nuestro amigo, el teniente Lozoya.

–¿No lo saben ustedes? Lozoya murió hace tres meses, destrozado por una granada yanqui, mientras dirigía una carga contra esa cobarde artillería que nos aniquila sin permitirnos combatir –repuso el coronel.

Los oficiales españoles se apenaron por la muerte de aquel amigo. ¡Maldita guerra! Los valientes morían y los cobardes traicioneros como Benedí amasaban fortunas.

Entonces, se oyó el toque de un clarín que tocaba a la carga y sonaron disparos en las afueras del pueblo:

–¡Los americanos! ¡Llega la caballería de los americanos!

Ante el sorprendente ataque de la columna de Bullard y Anderson, los restos del diezmado regimiento de Silang emprendieron la fuga sin oponer resistencia. Silang desenvainó el sable y empuñó su revólver:

–¡No huyáis! ¡Atrincheraos en las casas!

El coronel Anderson, lanzado al galope al frente de la carga de caballería, vio al jefe de los “indios” que intentaba reagrupar a sus hombres y lo derribó de un disparo. El jefe insurrecto cayó sobre una valla de bambú, derribándola. Malherido, trató de incorporarse. Un segundo disparo lo

remató y puso fin a cualquier intento organizado de defensa. Los aterrorizados filipinos, sin nadie que los contuviese, huyeron a través de los bosques y los pantanos.

Para extrañeza de Anderson, un gigante pelirrojo que parecía irlandés, con un monito en brazos, se aproximó al moribundo jefe de los insurrectos y trató de taponar sus heridas con un pedazo de tela, para evitar que se desangrara.

–Déjelo, Mediano, es inútil –jadeó Silang, con su último aliento–. Es mejor así: no podría vivir sabiendo que mi patria cae de nuevo en la esclavitud.

Mediando lloraba e intentaba detener la hemorragia mortal. Se aproximaron también el capitán Orihuela y los tenientes Martín, Estadella y Gómez.

–Antes de morir, quiero pedirles un favor –suplicó Silang– Cuando lleguen ustedes a Manila, encargúense de darle recuerdos de mi parte a su amigo Benedí. Al ver que la suerte de las armas nos era adversa, desertó llevándose en un prao el dinero de la provincia de Tayabas, junto con sus putas y algunos de sus guardaespaldas. Nuestros espías dicen que se encuentra en la capital o en algún lugar cercano, aunque no sabemos dónde.

–¡Un traidor siempre será un traidor! –exclamaron los

cinco oficiales supervivientes del asedio de Tayabas: Orihue-la, Martín, Gómez, Mediano y Estadella– No se preocupe, si le echamos el guante, se las haremos pagar todas juntas. También nosotros tenemos cuentas pendientes con él.

–¿Y Liao–Mi? ¿Sabe usted algo sobre Liao–Mi? –preguntó Estadella, sin moderar el tono ansioso de sus palabras. Con el egoísmo propio de los enamorados, deseaba averiguar el paradero de su amada, aun importunando a un moribundo.

–No, señor; pero supongo que se la habrá llevado Benedí consigo, junto con las otras muj... –Silang se detuvo al sentirse morir y exclamó:

–¡Viva Filipinas Libre! ¡Mueran los yanquis!

Mediano dejó en el suelo el ensangrentado cadáver de quien fuera tan noble enemigo –¿o tal vez debiera decir amigo?– y los cinco españoles adoptaron la posición de firmes y saludaron:

–Ha caído por su patria. Adiós, coronel. Viaje con nuestro respeto al paraíso de los valientes. ¡Viva Filipinas! ¡Viva España!

–Bueno, señores oficiales, ¿qué esperan ustedes, permaneciendo firmes como pasmarotes? ¿Que desfilemos en fila de a cuatro y con uniforme de gala? –los increpó Roselló, sonriendo jubiloso, feliz por el éxito de la treta con la que

creía haber ganado la libertad para sus amigos. Su sonrisa desapareció al ver el cadáver de Silang, el filipino que una vez los salvase de la muerte.

Roselló desmontó de su espumeante caballo, arrió la bandera de la República Filipina que aún ondeaba sobre Rosario y cubrió con ella el cadáver de aquel patriota. Luego también se puso firme y, como los demás, saludó militarmente, a pesar de que él era un anarquista que no se habría mantenido firme ni siquiera ante la Reina de España. Pero ahora daba a aquel valiente la despedida que éste habría deseado, igual que más de una vez había danzado desnudo con los igorotes, para facilitar el viaje del alma de un guerrero hasta las Tierras Celestiales, a través del horizonte ascendente.

Los sesenta españoles de Rosario, los últimos prisioneros de Filipinas, vitoreaban a los yanquis, saludando una liberación que llegaba después de tan largo cautiverio en la jungla. Sólo permanecieron firmes y silenciosos los seis amigos que rendían un postrer homenaje a un héroe muerto.



Carga de la caballería estadounidense en Rosario (Filipinas), según un dibujo publicado en el “Detroit Evening Press” del 15 de junio de 1900

VENGANZAS Y TESOROS

Manila, atardecer del 23 de enero de 1900

–Ninguno de los oficiales con los que he hablado sabe nada sobre Bebe –dijo el capitán Orihuela–. Pero no se habrá presentado por su nombre para volver a España, siendo un desertor. Yo creo que esperará aquí en Manila oculto bajo una identidad falsa hasta que todo se haya olvidado.

Mediano apuró de un trago la extraña bebida gringa que le habían servido en aquella cochambrosa taberna y su boca se contrajo en un gesto de desagrado. Luego se sumió en silenciosas cavilaciones. Llevaban ya una semana en Manila entregados a una frenética búsqueda y todavía no habían localizado a Bebe.

Al día siguiente tenían orden de salir para la Península en el vapor “Isla de Pariay” y era impensable dejar a Liao–Mi

en manos de aquel canalla. Estadella se quedaría en Filipinas para tratar de rescatarla, desde luego, pero ¿qué podría hacer solo contra el dinero y las influencias acumuladas por Bebe? A todos les repugnaba la idea de abandonar a un compañero en apuros. Pero si no embarcaban en el “Isla de Panay” según las órdenes recibidas, se convertirían en desertores del Ejército. ¡Después de tantas luchas y penalidades, ser declarados desertores!

¿Qué pensarían sus esposas, sus hijos, sus novias, sus padres? ¿Podrían entenderlo? Gómez entró por la puerta. Su aire abatido indicó a sus compañeros que también había fracasado. Se sentó y tomó un trago de aquel limpiacristales que los yanquis bebían.

–Ni una sola mujer decente en Manila conoce a Bebe. Pero ninguna mujer dedicaría una sola mirada a ese cerdo, así es que no quiere decir mucho.

Transcurrieron unos minutos hasta que apareció Estadella, con ojos frenéticos y enrojecidos.

–¿Han averiguado algo sobre Liao-Mi? –sus compañeros negaron con las cabezas, sin atreverse a hablar-. ¡Nada! ¡Nadie sabe nada! ¡Y mañana sale el Isla de Panay\

Estadella rompió a llorar, sumido en la desesperación. El monito de Mediano bajó del hombro de su dueño y le ofreció un cacahuete para consolarlo.

–Juro que no me embarcaré hasta que hayamos rescatado a la señorita Liao–Mi o, si ha muerto, la hayamos vengado –bramó de pronto el capitán Orihuela– ¡Y al diablo la carrera militar y todo lo demás!

–Yo tampoco me embarcaré –prometió Gómez– ¡Ya pueden llorar las madrileñas que pasean por la Casa de Campo y que me están esperando sin saberlo!

Mediano dudó. Él también habría sacrificado la carrera–, pero en España le esperaban su esposa Josefina y sus dos hijos. ¡Hacía tanto que no los veía! ¿Entenderían que regresase más tarde y cubierto con la ignominia del desertor, por una mujer tagala... y un amigo?

–Yo tampoco me embarcaré –murmuró, decidiéndose por fin– ¡Pero juro por Dios que como Bebe me haga perder el "Isla de Panay", me haré un florero con su cráneo!

Los parroquianos de la taberna se giraron asustados, porque Mediano había ido elevando su voz hasta convertirla en una erupción volcánica. El monito se escondió bajo la mesa y no salió hasta cerciorarse de que la ira de su amo no iba dirigida contra él.

En ese momento, llegó Martín, con gesto cariacontecido y triste. Tampoco había encontrado nada. Cuando habló con sus amigos, también se adhirió a su decisión.

–Sólo falta Roselló y ya estaremos todos –dijo el capitán–. Mirad, por allí llega. Parece que viene medio borracho.

–Saludos a la compañía... –se dejó caer contra la silla después de varios intentos fallidos que terminaron en el suelo– Malditos yanquis y su güisqui, no sé cómo han podido ganarnos la guerra bebiendo semejante matarratas.

Reclinó la cabeza contra la mesa y comenzó a roncar.

–Señores –dijo el capitán Orihuela–, propongo que pongamos en común nuestros recursos.

Un pequeño montón de pesos viejos y arrugados se reunió encima de la mesa.

–¡Roselló! ¡Despierte, hombre! ¿Tiene dinero? –lo sacudieron.

–¿Cómo? ¿Dinero? ¡Ah, sí! Cóbrate, chico, pero es una vergüenza que haya que pagar por este meda... meca... meado de gato –diciendo esto, volvió a dormirse.

–¡Está como una cuba! No, si estos anarquistas, en cuanto pillan una botella... –exclamó Gómez.

Miraron los pesos. No era mucho. El Gobierno español les debía las pagas de todo el tiempo que estuvieron prisioneros; pero en un rasgo de cicatería que rayaba el insulto, les había pagado con devaluados pesos filipinos, en

lugar de pesetas. Así la Hacienda española ahorraba millones, a costa de aquellos presos abandonados y humillados. Todos sus haberes apenas bastarían para sobrevivir unos meses en Manila. Habían peleado por su honor y por su patria, no por dinero; pero mientras los corruptos se embolsaban enormes sumas con mil trapicheos, los que habían luchado hasta el final, se hallaban en la miseria.

–Nuestra situación es desesperada –admitió Martín.

–¡Bah, peor nos vimos en Tayabas!

–Siempre podemos montar un número de circo con el monito de Mediano. Yo sé andar cabeza abajo –dijo Gómez. A nadie le hizo gracia la broma: no estaban de humor.

–¡Maldito Bebe! –exclamó Martín.

–Eso, maldito Bebe –ratificó Roselló, despertando–. Y no sabéis lo caro que cobran el güisqui ese en su prosbít... en su prosíbu... ¡en su casa de putas, coño!

Roselló volvió a su sueño y a sus ronquidos, mientras los demás lo miraban asombrados. Cuando por fin captaron lo que implicaban sus palabras, se abalanzaron sobre él y lo sacudieron.

–¡Despierte, maldito anarquista! ¿Ha encontrado a Bebe? ¿Dónde se esconde? ¿Está Liao–Mi con él?

–¿Anarquista? ¿Anarquista yo? Sí, y a mucha honra
–Roselló inició los compases de un himno libertario, desafiando horriblemente.

–¡Que alguien le quite la curda de encima o lo estrangulo!
–gritó Estadella.

Martín tomó un cubo de agua sucia producto de pretéritos e ineficaces intentos de mantener limpia la taberna y lo vació sobre la cabeza de Roselló. El himno cesó de inmediato.

–Por favor, intente explicamos dónde se oculta Bebe –dijo el capitán Orihuela, con voz meliflua.

–Pues bien, me dije: ¿dónde puede estar un tipo como Bebe? ¡Pues en un prosít... en un prosbít...

–¡Ya lo hemos entendido, no empiece de nuevo, por el amor de Dios!

–¿Dios? ¡Yo soy ateo! La religión es el opio del pueblo y, como bien dijo Bakunin...

–¡Otro cubo de agua! –ordenó el capitán Orihuela. La segunda dosis acuática mandó al olvido la cita de Bakunin.

–Así es que me dediqué a visitar todos los prost... todos esos sitios de Manila y alrededores. Y ya se sabe, en esos lugares, güisquito por aquí, ginebrita por allá... Ya estaba un

poquitín mareado (a pesar de que resisto muy bien la bebida) cuando me hablaron de un selecto local cerca de Cavite. Me acosté con una de las putas tagalas, que entre polvo y polvo me confesó que Bebe era el dueño y se hace pasar por portugués: Francesco da Oliveira. Imagínense: ¡Francesco da Oli-veira! ¡Qué nombre tan ridículo! ¿No les hace reír?

Ninguno rió.

–¿Y Liao-Mi? –preguntó Estadella.

–¿Liao-Mi? –Roselló rebuscó en su etílica memoria, tratando de encontrar el significado de estas palabras en la docena de lenguas que hablaba– ¡Ah sí, Liao-Mi! La medio china... Pues la tagala que me tiré me dijo que se encontraba bien, pero no pude hablar con ella. ¡No saben lo que Benedí pide por un revolcón con esa mujer! Es un escalda... escán-land... ¡escándalo, coño!

–Alquilemos un par de landos y ¡en marcha! ¡Hacia Cavite!
–ordenó el capitán.

–¡Hacia Cavite! –gritaron todos, dispuestos a librar allí su guerra privada, a pesar de que entre los seis sólo llevaban encima un campilán joloano y un pequeño estilete con los que combatir. Nadie quería vender armas a unos españoles... a no ser que dispusiesen de dólares para pagarlas.

Apenas había pasado la medianoche, cuando un par de borrachos llamaron a la puerta del prostíbulo, gritando escandalosamente. Dos porteros malcarados los examinaron a través de la mirilla y abrieron la puerta:

–¡Fuera de aquí, borrachos! Éste es un burdel decente.

–¿Borrachos nosotros? ¡Sí, señor! Y sólo nos falta una bonita tagala para despedirnos de estas malditas islas Filipinas y volver mañana a la Península. Tenemos dinero, esta mierda de papeles inservibles que nos han pagado por todo el tiempo que estuvimos cautivos –dijeron los borrachos, mostrando un fajo de pesos. Los guardias les permitieron pasar entre risas:

–Con eso tenéis para quince minutos. Entrad y no arméis bulla.

Aún no había traspasado el umbral, cuando uno de los españoles vitoreó a Filipinas y a las tagalas hermosas, y arrojó su sombrero al aire. La gorra se enganchó en la rama de un árbol y los vigilantes alzaron la vista. No se apercebieron de que, al quitarse el gorro, había aparecido una siniestra coleta de pirata malayo.

En menos tiempo del que se tarda en parpadear, el campilán joloano que empuñó Gómez entró por debajo de la mandíbula de uno de los porteros, penetrando en su cerebro tras romper los frágiles huesos de la base del cráneo.

Estadella, el segundo borracho, iba armado con un estilete. Asiendo el cuello del otro guardián con un brazo, se lo clavó en un ojo. La fina hoja alcanzó también el cerebro.

Ninguno de los dos tagalos fue consciente de que iba a morir. Un segundo antes miraban una gorra colgada de un árbol y un segundo después la muerte y la oscuridad se habían apoderado de ellos. Ni siquiera llegaron a desplomarse: Gómez y Estadella los sujetaron delicadamente y los arrastraron hasta el interior.

–¡Campilanes joloanos! Donde esté un buen kriss malayo... –suspiró Gómez, recordando su querido cuchillo, perdido en la capitulación de Tayabas. De la penumbra, surgieron otras cuatro sombras sanguinarias y vengativas que arrebataron los bolos a los guardianes caídos y entraron en el burdel, con el sigilo del ángel de la muerte.

El ex-teniente Benito Benedí descansaba en su despacho, contando los beneficios de la noche. Se sentía seguro: cada semana pagaba un soborno al comandante americano de Cavite para evitar problemas. Alguien llamó a su puerta. Benedí, siempre precavido, espió a través de una pequeña rejilla. Era su guardaespaldas. Descorrió el cerrojo.

–¿Qué sucede? Sabes que no me gusta que me interrumpen...

La mano que sujetaba al cadáver lo dejó caer y una figura

gigantesca pasó bajo el dintel de la puerta: llevaba un monito sobre el hombro y su enorme barba roja llameaba como una promesa de venganza.

–¡Mediano! ¡Dios mío! –Benedí se volvió para abrir el cajón donde guardaba su revólver; pero antes de llegar allí sintió una fuerza poderosa que lo cogía por la muñeca y lo giraba. Un terrible puñetazo lo envió trastabillando hasta un rincón.

–¡No metas a Dios en esto! ¡Aquí sólo estamos tú, nosotros y el diablo!

Entraron todos y, a medida que los reconocía, los ojos de Benedí se desorbitaban. Roselló, ya repuesto de la borrachera, se dirigió hacia la mesa, terminó de abrir el cajón y sacó el revólver:

–¡Miren con lo que nos quería obsequiar nuestro viejo amigo! Fabricación yanqui. Hay que admitir que saben hacer armas. Bebe, no hace falta que chilles como un cerdo al que van a degollar: tus matones no podrán oírte. Han salido de viaje hacia el Suruga, el infierno tagalo.

Los esbirros, capaces de someter a unas prostitutas esclavizadas y de asustar a clientes ruidosos, no habían sido rivales para unos veteranos poseídos por la sed de sangre.

El capitán Orihuela, con gesto adusto, tomó asiento en el sillón que había pertenecido a Bebe.

–Teniente Benito Benedí, se constituye aquí un tribunal sumarísimo para juzgar los graves delitos que ha cometido usted. ¿Desea que le defienda uno de los oficiales aquí presentes o prefiere asumir usted mismo su defensa?

–¿Qué? ¡Esto es una farsa! Ustedes no tienen ningún derecho a juzgarme. Estamos en territorio de los Estados Unidos.

–Ha dejado de pertenecer a España debido a traidores y cobardes como usted; nadie puede escudarse en la misma circunstancia que ha ayudado a producir. Puesto que, a lo que parece, el teniente Benedí está dispuesto a llevar él mismo su defensa, procederemos a leer los cargos.

El capitán Orihuela los enumeró: deserción, entrega de secretos militares al enemigo, robo de material militar, traición, secuestro, maltrato a la población civil, asesinato de oficiales indefensos... La lista resultaba tan larga, que Jordi Roselló la interrumpió:

–¿Y si le pego un tiro y acabamos antes?

–¡Silencio en la sala! –el capitán continuó con la lectura de los cargos, mientras Roselló murmuraba por lo bajo sobre lo formalista que resultaba aquella forma de matar a la gente.

–¿Qué alega usted en su defensa? –terminó el capitán.

Benito Benedí se limpió la sangre de la boca y miró a todos con expresión desencajada, sin encontrar piedad alguna. Se arrastró hasta el fondo de la habitación, abrió una caja fuerte y sacó fajos de billetes americanos.

–¡No me maten! ¡Esto es un asesinato! ¡No es legal! ¡Tengo derecho a un juicio como Dios manda! Tomen, ustedes lo necesitan, tomen mi dinero. Son dólares ¿entienden? No son pesos filipinos, son dólares, muchos dólares. Pueden ser ricos. ¿Qué me dicen?

El asco se reflejó en el rostro de los oficiales. ¿Acaso creía Benedí que podían ser comprados? El silencio se extendió por la habitación mientras el traidor sollozaba arrodillado entre montañas de billetes, producto de una existencia dedicada a la ignominia.

–Estadella, tome la llave de las cadenas de Liao–Mi. Ella se encuentra bien en la habitación de arriba. Yo la salvé; si no hubiese sido por mí, los tagalos la habrían matado por traidora. Llévesela y sean felices –suplicaba Benedí. Estadella aceptó la llave sin abandonar su ominoso silencio.

–Señores, ya han oído la defensa del acusado. ¿Cuál es su veredicto?

Uno tras otro, los oficiales fueron diciendo “¡Culpable!” El

teniente Estadella, incapaz de contenerse, lo repitió dos veces, como si también votase la desgraciada Liao-Mi.

–Teniente Benito Benedí, conocido también por Bebe, conocido también por Francesco da Oliveira, este tribunal sumarísimo le encuentra a usted culpable de todos los cargos, y en nombre de la Regente María Cristina y del Rey Alfonso XIII, cuyas vidas Dios guarde, le condena a ser fusilado por la espalda, como traidor que es a la Patria y a su honor. Soldado Roselló, ejecute la sentencia de inmediato.

–Capitán, déjeme matarlo a mí –suplicó Estadella, con la mano crispada sobre un bolo. El capitán se negó:

–Impartimos justicia, no venganza. Roselló, cumpla mi orden.

–Bebe, a cada cerdo le llega su san Martín. ¿Te importa darte la vuelta para que te mate y acabemos de una vez?

Además, el güisqui que vendes en este garito es una porquería, no sabes el dolor de cabeza que da. Sólo por eso ya te merecerías un par de tiros.

–¡No! Escucha, Roselló, tú eres un hombre inteligente. Tienes un arma de fuego: Dispara a estos oficiales y escapémonos con el dinero, tú y yo solos. Sé que odias al ejército y a todo lo militar, mátalos y seremos ricos, inmensamente

ricos. Tú eres anarquista y, como yo, no te crees esas tonterías de la patria, la bandera y demás estupideces, ¿verdad?

Benedí estaba ofreciendo un fajo de dólares cuando sonó un estampido seco y cayó con la frente atravesada. Los billetes volaron por los aires y fueron depositándose sobre el cuerpo yerto.

–No te mato por la patria, Bebe, sino porque eres un cabrón.

El capitán Orihuela lo amonestó:

–¡Roselló! Dije que a los traidores se les fusila por la espalda. Por la espalda, ¿sabe usted lo que es eso?

–¡Como si me manda que lo fusile al bies y con punto de cruz! ¿Está o no está bien muerto?

Por un momento parecía que iban a pelearse allí mismo; pero se abrazaron. A todos les pareció hilarante una discusión tan estúpida: gran parte de la tensión acumulada durante aquellos años se había roto de pronto y para siempre.

–Cumplido el deber, busquemos a la señorita Liao–Mi. Roselló, barra un poco esta porquería –ordenó el capitán, refiriéndose a los fajos de billetes.

A continuación, fueron examinando las distintas habitaciones y expulsando del burdel a los inquilinos entregados a los placeres de la carne, hasta que dieron con Liao–Mi, desnuda y encadenada a un odioso lecho.

–¡Liao–Mi!

–¡Mi señor teniente castila!

Los dos amantes se abrazaron por fin tras casi dos años de penalidades y separación. Los demás oficiales los miraban y sonreían, sin reparar en la desnudez de Liao–Mi. Cada uno veía en ellos la tan esperada reunión con sus novias o esposas. Incluso el teniente Policarpo Gómez, el inveterado conquistador que no tenía una ni otra, ni las deseaba tener, se atusaba su coleta malaya mientras murmuraba:

–¡Ah, l'amour! ¡L'amour est belle!

En esto apareció Jordi Roselló llevando un saco a la espalda, improvisado con una cortina.

–Un regalo de boda –lo abrió y los dólares parecieron formar una pradera de futuro–. No es que yo crea en la institución del matrimonio, porque, como decía Kropotkin...

Sus compañeros, entre risas, le arrojaron un colchón a la cabeza para que se callase.

Reunieron en el salón a las temblorosas mujeres que se

encontraban dentro del burdel. Junto con las veintinueve tagalas, trataban de pasar desapercibidas las dos javanesas. Pero entonces Liao–Mi pareció recordar algo y le arrebató el bolo a su querido teniente. Se acercó a las javanesas con gesto adusto. La retuvo el capitán Orihuela:

–Señorita Liao–Mi, somos caballeros y no podemos permitir que se mate a unas mujeres, por enormes que sean los delitos que hayan perpetrado.

Liao–Mi meditó unos segundos y prometió al capitán que no las mataría. Pero eran culpables de crímenes innumbrables y debía castigarlas. El capitán le concedió permiso, con tal que respetase sus vidas.

Las furiosas tagalas arrastraron a las dos javanesas hasta la cocina del prostíbulo. Allí les arrancaron la lengua, cortaron sus brazos cauterizando los muñones con un hierro al rojo, les amputaron el clítoris y desfiguraron sus hermosas facciones arrojándoles sobre el rostro aceite hirviendo. Consumada su venganza, volvieron a presentarse ante el capitán Orihuela, que retrocedió horrorizado ante el siniestro espectáculo. Liao–Mi, en nombre de todas, le pidió que las embarcase en un junco de contrabandistas chinos con destino a uno de los islotes que servían de lazareto. Allí, para sobrevivir, tendrían que prostituirse a los leprosos.

El capitán Orihuela, obligado por la palabra concedida, accedió. No podía imaginarse qué terribles crímenes habían

cometido aquellas desdichadas, pero prefirió no preguntarlo, presintiendo que no le gustaría conocerlo.

También el teniente Estadella se horrorizó ante la venganza de su prometida. Intuyó que sería mejor no interrogar a Liao–Mi sobre los horrores y placeres a los que se había visto esclavizada; sino abandonar en un rincón de la desmemoria aquel año y medio de separación y sufrimientos.

Cuando salían del ensangrentado prostíbulo, Liao–Mi tomó una lámpara de petróleo y la estrelló contra unas cortinas. El incendio prendió en las viejas vigas que sostenían la casa y sirvió de pira funeraria para Benedí y sus rufianes. Liao–Mi deseó que sus almas se pudriesen para siempre en el Suruga.

Horas después, al amanecer, un fotógrafo de Manila fue despertado por lo que creyó era una banda de borrachos que deseaban terminar la juerga con una foto. Entraron en su estudio seis españoles, un mono y una mestiza. Como se habían vestido con restos de almacenes militares, la mezcla de uniformes era caótica y al que tenía gorro, le faltaban los galones. Roselló era el único que iba correctamente vestido como soldado: nunca habría permitido que alguien lo confundiera con un oficial.

–Capitán, póngase una gorra, que si no parece que lo han degradado –insistieron todos.

–¡Pero si no es reglamentaria!

–¡Pues estamos para reglamentos, después de lo que hemos pasado! –le dijeron. Y el capitán accedió.

Estadella y Gómez se repeinaban una y otra vez, y nunca estaban satisfechos de su cabello. Mediano insistía en que también posase el mono.

–¡Que no es serio sacar a ese maldito mono! ¡Que nuestras familias se pensarán que hemos sido unos saltimbanquis! –le replicaron los demás.

Al final, el mono fue a parar a los brazos de Liao–Mi.

–¿Quieren algún tipo de fondo, señores? ¿Una selva tropical? ¿Una calle de Manila? –preguntó el fotógrafo.

–No, gracias, éste mismo servirá –respondió el capitán Orihuela– O mejor dicho, sí. Déjeme un cartón y algo para pintar.

Con ayuda de una plantilla, el capitán escribió una frase: “Al salir del cautiverio”. Todos lo aprobaron. Sostuvo el cartel el teniente Martín, al que ya había salido una pequeña barba pero aún conservaba la mirada ingenua y agradable. En el centro, dominando la fotografía, se sentó Mediano, en una banqueta más pequeña para disimular algo su estatura.

–¡Sonrían, por favor! –ante la mueca que deformó las facciones del capitán, el fotógrafo decidió corregirse– Mejor pongan la cara que prefieran. Usted, señor soldado, ¿podría descruzar las piernas para fotografiarse más digno? Y tire ese puro.

Roselló cruzó las piernas aún más y dirigió una torva mirada al fotógrafo, desafiándolo a que lo obligara a posar decentemente.

–¡Y una mierda voy a tirar el puro, después de casi dos años sin fumar!

El fotógrafo carraspeó y decidió dar por buena la postura.

–Así. Un, dos, tres... ¡Ya!

El humo de magnesio inundó la habitación.

Aquella tarde, novecientos setenta y cinco prisioneros españoles liberados por los norteamericanos esperaban el momento de embarcar en el “Isla de Panay”. Ellos eran los verdaderos “últimos de Filipinas”, pero no les esperaba ningún recibimiento triunfal: volvían como perdedores, abandonados, olvidados. Los periódicos preferían retratar el presente, una corrida de toros o una función de teatro; los generales deseaban desligarse de una derrota –pocos discursos reciben a los vencidos–, los políticos no querían verse asociados a una guerra improductiva e impopular...

Junto a la pasarela, aguardaban las veintiocho tagalas liberadas del prostíbulo de Benedí, buscando con la vista a aquellos hombres que un día las amaron. Algunas no los encontrarían: sus cadáveres daban verdor a la jungla. Otras

vieron a quienes esperaban, pero recibieron a cambio miradas desmemoriadas o cobardes, de hombres que preferían embarcar para la Península y dejar atrás la pasión que un día los ató a Filipinas. Pero diecisiete soldados y suboficiales prefirieron el cariño de una tagala a una patria que los había abandonado y en la que sólo les aguardaba la miseria.

De los novecientos setenta y cinco inscritos para regresar a la Península, dieciocho se negaron a subir al buque, para extrañeza de los encargados de pasar lista.

En la lista de embarque, al lado de cada nombre, escribieron un “no embarca” escueto y paradójico: la burocracia nunca se ha llevado bien con el amor.

El decimoctavo que permaneció para siempre en Filipinas fue un teniente llamado Samuel Estadella, que en el muelle se despedía de sus compañeros.

–Me quedo en Filipinas y con Liao–Mi. No quiero más patria que sus brazos, cabe en ellos mi país.

–Señores oficiales castilas amigos de mi esposo –añadió

Liao Mi en un castellano dubitativo tras tanto tiempo de no usarlo-. Permítanme mostrar mi... mi...

-Gratitud -le ayudó Samuel Estadella, con un susurro.

-Mi gratitud por salvarme. Les ruego acepten este obsequio.

Primorosamente envuelto en papel de colores y con unas flores prendidas, cada uno recibió un paquete. Y en cada paquete, la sexta parte de los dólares amasados por Benedí.

-Señora Liao-Mi, no podemos, no debemos aceptar su generoso regalo -rechazó el capitán Orihuela en nombre de todos-. Este dinero es suyo.

-Capitán, amigos, les ruego no desprecien lo que les ofrecemos -replicó Estadella-. Con una parte, Liao-Mi y yo tenemos suficiente para comprar una plantación de algodón y una casa en las afueras de Manila para vivir. Mediten cómo vuelven ustedes a España: no llevan más que lo puesto, una foto y un puñado de pesos filipinos inservibles.

-Gracias, pero... -empezó el capitán. Una voz de extraños acentos los interrumpió:

-¡En nombre del Gobierno de los Estados Unidos de América, dense presos por el asesinato del súbdito portugués Francesco da Oliveira!

Un círculo de amenazadoras bayonetas empuñadas por soldados vestidos de azul los rodeó. El rostro de Mediano adquirió el mismo color que su barba:

–¿Pero no vamos a salir nunca de estas malditas islas?

La situación era crítica. Un pelotón los rodeaba con sus armas dispuestas a hacer fuego. El capitán decidió parlamentar con el oficial que los detenía. Por fortuna, éste hablaba español bastante bien. Probablemente lo había aprendido en Tejas o California.

–¿Puede saberse en qué se basa para acusarnos, señor?

–Muy sencillo. La noche pasada el señor da Oliveira fue asesinado en la casa de citas de su propiedad. Varios testigos hablan de la presencia de un grupo de españoles. Uno llevaba una enorme barba roja y un monito al hombro.

–¡Usted y su barba! –le reprochó Gómez a Mediano– Va a conseguir que nos fusilen.

–Pues he dicho que no me la afeito hasta salir de aquí y no me la afeito.

–¡Tozudo!

–¡Seré un tozudo, pero no llevo una coleta ridícula!

–Señores, ¿pueden guardar silencio y dejarme hablar con

el oficial? –los amonestó el capitán Orihuela– Ya tendremos tiempo para discutir.

–Perdone un momento, señor oficial yanqui –intervino Gómez–.

¿Ese tal señor da Oliveira no sería más bien el teniente español Benedí, que en Tayabas nos robó la pólvora de los cañones para venderla al enemigo?

–¡Ah, Benedí! ¿El que enseñó a los insurrectos dónde estaba la toma de agua de Tayabas y casi hace que nos muramos de sed? –señaló Roselló.

–¿El que también intentó ahogarnos como ratas en los calabozos del río Dago? –preguntó Mediano.

–¿No estaréis hablando de ese Benedí que trató de fusilarnos y asesinó a nuestro amigo el teniente José Pancraccio de las Virtudes y a los demás oficiales supervivientes de Tayabas? –añadió Martín.

–¿Habláis del teniente Benedí, el que secuestró, violó y prostituyó a mi esposa, la respetable señora Liao–Mi, aquí presente? –rubricó Estadella, cuando le llegó el turno.

–Sí, me parece que es ese mismo Benedí, que amasó una fortuna con la traición y el engaño. Una fortuna suficiente para dividirla en paquetes como éste –concluyó el capitán, entregándole el suyo al oficial que los detenía–. Como

puede comprobar, nosotros no conocemos a ningún señor da Oliveira.

El oficial estadounidense miró al grupo mientras sopeaba, incrédulo, el paquete de dólares que le habían colocado en las manos.

–En efecto, ha sido una confusión. Perdónenme, la mayoría de los soldados españoles lleva grandes barbas pelirrojas, como es evidente. Señores, también nosotros sabemos lo que es el honor y despreciamos a los traidores. Buen viaje hasta España. Señora, mis respetos.

Dio una orden incomprensible y los soldados se marcharon.

–Sí, sí, saben lo que es el honor... pero se ha quedado con la parte del capitán –comentó Roselló con soma–. Tendremos que volver a repartir.

–No es necesario. De hecho, me quita un peso de encima. A pesar de lo que hemos sufrido, quiero seguir siendo militar y, la verdad, un militar rico no puede ser buen militar: tendría demasiado miedo a morir –rechazó el capitán Orihuela. –El “Isla de Panay” hizo sonar su bocina, llamando a los últimos rezagados. Los amigos subieron al barco. Mientras se alejaba del muelle, se despedían de Estadella y de Liao–Mi.

–¡Sed muy felices en vuestra plantación! *

–¡Tened muchos hijos!

–¡Enseñadles a hablar en español! ¡Que no lo olviden!

–¡Y también en catalán! –puntualizó Roselló.

–¡Adiós! ¡Adiós!

Cuando el viento hizo inaudibles las voces, y la distancia invisibles las siluetas, el teniente Mediano dijo:

–Ustedes hagan lo que quieran, pero yo voy a buscar un barbero que me afeite. ¡No saben el calor que da esta maldita barba!

Los cinco rieron. Luego se dispersaron por el barco, presagio de lo que sucedería al llegar a la Península. El capitán Orihuela fue el último que se quedó en la borda, contemplando cómo Filipinas desaparecía de sus vidas para siempre. Entonces, se dio cuenta de que aún tenía en la mano el cartel con el que se habían fotografiado. Lo leyó y lo arrojó al mar.

–Adiós al cautiverio –dijo. Y volvió la espalda al pasado para, como todos, navegar hacia su futuro.

FIN

EPÍLOGO

De vuelta a España

El capitán Orihuela fue el único de los que aparecen en la foto que continuó en el ejército como miembro activo. Sin embargo, no consiguió ascender, pues se lo impidió una cierta ironía escéptica que irritaba a sus superiores. Murió al frente de su compañía en el año 1921, durante el desastre de Annual, uno más entre los miles que allí cayeron. Cuando se recuperó su cadáver, había sufrido siete heridas, todas por el frente. Él no huyó.

El soldado anarquista Jordi Roselló también murió en combate, aunque no en el mismo bando. Al llegar a Barcelona fue licenciado y donó su dinero a la Escuela Moderna de Ferrer i Guardia, pedagogo anarquista. Cayó en las barricadas de Barcelona durante la Semana Trágica del año 1909, intentando impedir que se enviase el ejército a África. Intuía que allí aguardaba a los españoles un nuevo y sangriento desastre.

El teniente Samuel Estadella y Liao–Mi fueron muy felices, hasta donde alcanza nuestro conocimiento, y tuvieron cuatro hijos. Las cartas con sus antiguos compañeros de desventuras fueron espaciándose poco a poco y, por último, cesaron. Sin duda, deseaban olvidar una época llena de dolor. Sus hijos no hablaron nunca castellano, ni tampoco catalán; y aunque eran capaces de expresarse en tagalo, su lengua materna, preferían el inglés.

El teniente Policarpo Gómez no llegó a casarse nunca, aunque se le atribuyeron varios hijos naturales. Tuvo éxito al invertir su capital y se convirtió en uno de los referentes de la buena sociedad madrileña. Murió en su cama el año 1934, tras una vida alegre y efímera.

El teniente Isidoro Martín se casó en Sevilla con su novia, que lo esperó a pesar de los años transcurridos, y formó una plácida familia de clase media que fue sorteando los avatares de la historia española hasta que murió de vejez en el año 1965, dos años después de su esposa. Para no defraudar a su padre, no abandonó el ejército, pero pasó a la reserva y no volvió a combatir nunca más, ni siquiera durante la guerra civil. Llegó a ser teniente coronel en la reserva y fue el más longevo de nuestros protagonistas, manteniéndose como amigo de la familia Mediano hasta su muerte. Su hoy anciana hija aún conserva, como un tesoro, las cartas de amor que se intercambiaron sus padres

Mi abuelo, el teniente Mariano Mediano, dudó si proseguir la carrera militar a la que había dedicado su vida, pero se decidió por dejar un ejército que veía infectado de corrupción y favoritismo. Nunca recogió las medallas concedidas, a las que tanta importancia antes diera. Con el tesoro traído de Filipinas, emprendió varios negocios que fracasaron –siempre fue demasiado noble–, hasta que con los restos de la fortuna compró una pequeña compañía eléctrica que suministraba electricidad a tres pueblos de Aragón: Fuentes de Ebro, Quinto y Pina. Tras la guerra civil, esta compañía fue absorbida por Eléctricas Reunidas de Zaragoza.

Después de regresar a España, tuvo tres hijos más con su esposa Josefina Zueras. Como todos los supervivientes de Tayabas, guardó siempre un profundo silencio y se negaba a hablar sobre lo sucedido. Sin embargo, a veces lo invadían la nostalgia y los recuerdos, y narraba extrañas y maravillosas aventuras a su familia.

El mono que trajo de Filipinas jugó con todos sus hijos y fue la desesperación de Josefina Zueras, que no podía recibir invitados con un simio balanceándose por las lámparas. Murió un invierno, siendo ya viejo para su especie, víctima del clima peninsular. Fue una pérdida para todos, en especial para los niños.

Uno de estos niños fue mi padre, llamado, como yo, Lorenzo Mediano. Él tampoco quería hablar con nosotros de

lo que sucedió en el otro extremo del mundo; pero en ocasiones, en mi más tierna infancia, me relató las hazañas de aquel abuelo que nunca conocí; historias sobre un oficial que cabalgaba un búfalo por entre las junglas y pantanos de Filipinas, y de un mono que lo precedía y evitaba que cayese en emboscadas; sobre combates librados contra enemigos superiores en los que triunfaba gracias a su astucia, y penalidades increíbles que sufrió cuando fue hecho prisionero; sobre caimanes gigantes que lo atacaban, y caníbales con los que entabló amistad. Yo me moría de envidia cuando mi padre me contaba que durante su infancia jugaba con un mono traído más allá de los mares.

Este abuelo heroico nunca tuvo un rostro para mí, y llegué a pensar que tanto él como sus aventuras eran una leyenda. Cuando cumplí veinte años, mi padre me mostró una foto que siempre había estado escondida, en la que un hombre barbudo de rasgos similares a los míos posaba en medio de los oficiales supervivientes de Tayabas. Un cartel decía: “Al salir del cautiverio”.

Muchos años después, poco antes de morir, mi padre me hizo entrega de un viejo anillo de oro con tres pequeños diamantes incrustados. Me explicó que a él, a su vez, se lo había dado mi abuelo Mariano Mediano en su lecho de muerte. Por qué, entre sus cinco hijos, mi abuelo lo había elegido a él, no me lo dijo ni yo me atreví a preguntárselo; tampoco mi padre me explicó por qué, a su vez, me lo

entregaba a mí en vez de a otro cualquiera de mis hermanos. Quizá sólo fuese el azar o el capricho. Ahora, cien años después de aquellos hechos, aquel anillo que un día salvó la vida a mi antepasado ciñe mi dedo anular, y cumplo con un deber hacia él y hacia la historia narrando al mundo lo que ocurrió en una época olvidada y lejana. Pero aunque yo firme esta novela, en realidad es una obra colectiva de los trece nietos y cuarenta y un bisnietos de Mariano Mediano, que hemos ido poniendo en común los retazos de biografía que cada uno poseíamos. En especial, César Mediano, historiador, buceó en los Archivos del Ejército, en bibliotecas de órdenes religiosas filipinas y en libros casi perdidos de la época, hasta desenterrar ingentes cantidades de documentación relacionadas con su vida y con los hechos que le tocaron protagonizar.

Mariano Mediano volvió a España con la salud quebrantada y a partir de entonces padeció problemas cardiorrespiratorios: nunca se recuperó de las prisiones del río Dago ni de las penalidades de su cautiverio. A pesar de esto, a veces tomaba su revólver y paseaba solitario por las más oscuras y peligrosas calles de la Barcelona nocturna de su época, repletas de bandas de asesinos y delincuentes. Tal vez buscaba revivir los peligros de una selva que añoraba, aunque no quisiera admitirlo.

Mariano Mediano falleció la nochebuena del año 1923 y bajó a la tumba sin las medallas que le correspondían. En su

casa no había ningún sable, ni uniforme, ni galones, ni nada que recordase al ejército. Sólo una foto en la que posaba con otros cinco compañeros de cautiverio.

Sin embargo, durante el funeral apareció inesperadamente una banda militar que le rindió honores.

RECONOCIMIENTOS

Revisión e investigación histórica: César Mediano, profesor de Historia Moderna y Contemporánea.

Revisión general: Pilar Martínez

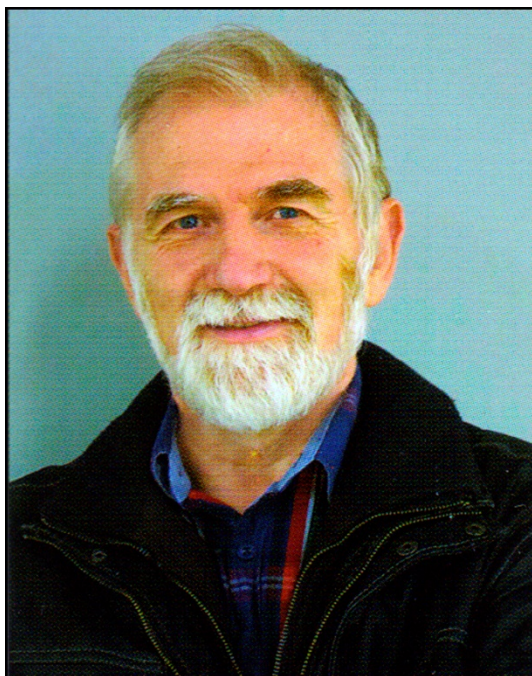
Revisión técnica: Alfonso Ballestar

Lectores de prueba: Olga Tolosa, Teresa Arbex, J. L. Arenas
Ritmo: Fagüeño y Ronda de Boltaña

Documentación: Archivo de los Franciscanos de Madrid, Archivos Histórico–Militares de Madrid y Segovia,

Museo, Archivo y Biblioteca de los PP. Agustinos–filipinos de Valladolid,

Servicio de estudios históricos de la Guardia Civil.



ACERCA DEL AUTOR

LORENZO MEDIANO (Zaragoza. 1959), médico, ha vivido durante más de quince años en apartados valles del Pirineo. Durante este tiempo ha sido instructor de supervivencia en la naturaleza.

Comenzó su carrera literaria como narrador de relatos orales; luego ha publicado siete libros. Tras el éxito de *La escarcha sobre los hombros*, regresa con una nueva novela de amor y aventuras.

Es el nieto de uno de los protagonistas y, por lo tanto, posee datos de primera mano sobre los aspectos más ocultos de lo que sucedió en Filipinas.